Llegada en noveno lugar a un hogar ya visitado muchas veces por la prueba, encuentra allí el espíritu de abnegación y el sentido del sacrificio, la educación completa lo recibido por nacimiento. Para afinar este perfil moral, se da como una admirable confluencia: todos se empeñan con entusiasmo. La madre lo hace con precisión de pinceladas, firmeza de trazo y sabia utilización de las fuerzas afectivas, de modo que Teresa, más tarde, no tendrá más que inspirarse en ella para convertirse en una maestra de novicias insuperable. El padre instruye a su «Reina» en los secretos de la unión con Dios. Pauline guía su infancia antes de orientar su vuelo hacia el claustro. Marie prepara con respeto a la primera comulgante, calma las angustias de la adolescente y despierta las confidencias de la joven monja. Léonie la provoca hacia la generosidad extrema cuando, en plena crisis vocacional, la llama en su auxilio espiritual. Céline comparte sus ímpetus de amor y, deseosa también de inmolación total, cede en todo para permitir su ingreso al Carmelo a los quince años. Incluso los cuatro pequeños difuntos la ayudan con sus sufragios, desatando la crisis de escrúpulos que desde hacía tiempo la atormentaba. Las lecciones del Breviario traducen la exacta realidad cuando, al exaltar la heroicidad de sus virtudes, asocian al elogio a toda la familia en cuyo seno floreció su alma. ¿Nos hemos de extrañar, pues, que encontremos en la doctrina de nuestra santa, sintetizados, profundizados y madurados por la contemplación interior, los principios que regían la conducta del hogar?...

P. ESTEBAN JOSÉ PIAT, O.F.M. — HISTORIA DE UNA FAMILIA

P. ESTEBAN JOSÉ PIAT, O.F.M.

HISTORIA DE UNA FAMILIA

Louis y Zélie Martin, Marie, Pauline, Léonie, Céline, Teresa

La familia de SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

TRADUCCIÓN Y EDICIÓN:
CRISTIAN JACOBO

TRADUCCIONES

P. ESTEBAN JOSÉ PIAT, O.F.M.

HISTORIA DE UNA FAMILIA

Louis y Zélie Martin, Marie,
Pauline, Léonie, Céline, Teresa
La familia de SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

OceanofPDF.com

Contenido

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I ORÍGENES Y PRIMEROS PASOS

CAPÍTULO II EN BUSCA DEL IDEAL

CAPÍTULO III LA VOCACIÓN FAMILIAR

CAPÍTULO IV GRANDEZA Y SERVIDUMBRES FAMILIARES

CAPÍTULO V EL HOGAR BAJO LA TORMENTA

CAPÍTULO VI LA PEQUEÑA FLOR DEL HOGAR

CAPÍTULO VII EL ALMA DEL HOGAR

CAPÍTULO VIII EL HOGAR EDUCADOR

CAPÍTULO IX LA PRIMERA FORMACIÓN DE UNA SANTA

CAPÍTULO X EL CALVARIO DE UNA MAMÁ

CAPÍTULO XI LA INTIMIDAD DE LOS BUISSONNETS

CAPÍTULO XII LA PEQUEÑA REINA Y SU REY

CAPÍTULO XIII LA OFRENDA DE LOS HIJOS

CAPÍTULO XIV EL SACRIFICIO DEL PADRE

CAPÍTULO XV LA CORONACIÓN DE UN BELLO HOGAR

APÉNDICE CAUSAS DEL SR. Y LA SRA. MARTIN

OceanofPDF.com

INTRODUCCIÓN

El 13 de julio de 1858, Louis Martin y Zélie Guérin se unieron por el sacramento del matrimonio. El 13 de julio de 1927, Pío XI extendía a la Iglesia universal el Oficio y la Misa de Santa Teresa del Niño Jesús. La coincidencia de las fechas subrayaba a su modo la filiación espiritual que, duplicando los lazos de sangre, unía hasta en la gloria a la Taumaturga y a sus Padres.

«Sin ésta, no habríais tenido aquél», decía con ingenio la Sra. Sarto, comparando su alianza con el anillo pastoral del futuro Pío X. Sin la atmósfera patriarcal de la calle Saint-Blaise y de los Buissonnets, la ascensión de la Carmelita habría tenido una línea menos pura. Ella misma se cuida de advertírnoslo al comienzo de su autobiografía:

> «La flor que va a contar su historia se alegra de tener que publicar las delicadezas totalmente gratuitas de Jesús... Es Él quien la hizo nacer en una tierra santa y como impregnada de un perfume virginal. Es Él quien la hizo preceder de ocho lirios resplandecientes de blancura...».

«La naturaleza no da saltos». Es por etapas que los pliegues del suelo tienden hacia su punto culminante. La gracia, sin ignorar las improvisaciones ni los golpes de rayo, procede también, de preferencia, por lentos caminos. Para hacer emerger una cumbre de santidad, Dios trabaja y levanta toda una cadena de generaciones. Raros son los gigantes de la virtud que se alzan aislados y como desprendidos del terruño familiar. Alejo, «el Santo bajo la escalera», que la leyenda dice evadido la noche de sus bodas; Francisco de Asís, a quien su padre maldice y deshereda; Juana de Chantal, que pasa, para ganar el claustro, sobre el cuerpo de su hijo, siguen siendo la excepción. La norma es el místico inicialmente formado por el ambiente del hogar.

Llamada a enseñar al mundo el arte supremo de divinizar lo ordinario de la vida, Teresa de Lisieux no podía escapar a la regla común. En el origen de su grandeza, hay una doble estirpe de cristianos de raza; hay, inclinados sobre su cuna, dos rostros de santos. El Cardenal Mercier se alegraba de ello como de un indicio providencial.

> «¡Ah! –exclamaba–, cuánto me alegra saber que es la recompensa de una familia ejemplar. No hay que cansarse de repetirlo en todas partes».

Para llevar a cabo la biografía de los Padres de Sor Teresita, no nos faltaron documentos. La correspondencia de la Sra. Martin, los Manuscritos autobiográficos de la *Historia de un Alma* son fuentes de primer valor. Además, hemos contado, sin restricciones, con los recuerdos personales de la Madre Inés de Jesús y de Sor Genoveva de la Santa Faz, así como con las múltiples cartas intercambiadas entre todos los miembros de este hogar tan unido.

La obra que ahora entregamos de nuevo al público habría ganado en interés si se presentara en una forma más resumida, con la orientación anecdótica y la puesta en escena de las biografías noveladas que hoy tienen tanto éxito. La probidad del historiador, así como el deseo de facilitar los trabajos posteriores de psicólogos y propagandistas del movimiento familiar, nos llevaron a emprender la edición de una vida completa con un tono algo austero. Algunos quizá lamentarán estas extensiones. Tal como aparece, en su esfuerzo por captar el alma de un hermoso hogar, reconstruir su ambiente, situar a sus héroes, este libro podrá, esperamos, ofrecer numerosos ejemplos a los militantes que procuran, en todos los medios, dar a Francia no sólo hijos, sino también y, sobre todo, personas de carácter, cristianos, apóstoles y, ¿por qué no?, santos.

Roubaix, 2 de febrero de 1965
R. P. Esteban-José Piat, O.F.M.

ABREVIATURAS

C. F.	Correspondencia Familiar. Cartas de la Sra. Martin. La primera cifra indica el número de la carta.
Ms A	Manuscritos Autobiográficos de Santa Teresa del Niño Jesús, manuscrito A, dirigido a la Madre Inés de Jesús.
C. T.	Cartas de Santa Teresa del Niño Jesús.
Sum. II	Sumario de los Procesos canónicos, 1920.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO I ORÍGENES Y PRIMEROS PASOS

ALENÇON — LOS ABUELOS PATERNOS — JUVENTUD DE LOUIS MARTIN — LOS ABUELOS MATERNOS — JUVENTUD DE ZÉLIE GUÉRIN

No lejos de los Alpes Mancelles, en el corazón de una campiña clara, dominada por las altas arboledas de los bosques de Perseigne, de Multonne, de Écouves, Alençon despliega su gracia despreocupada y casi aristocrática. Las mansiones con pisos en voladizo, vigas a la vista, los hoteles de estilo sobrio y severo, los arroyos bordeados de lavaderos, las calles plácidas, que cruzan las aguas limosas del Briante y del Sarthe, le dan una fisonomía pintoresca y apacible. Ciudad señorial donde la piedra canta, ciudad de ensueño donde la madera reza, una distinción natural, un encanto penetrante y como un aire de nobleza la marcan con el sello de la vieja Francia. Hay horas de recogimiento en las que, en sus barrios casi desiertos, se cree oír el paso de ronda de los centinelas de antaño y ver pasar la sombra discreta de Margarita, «la buena Duquesa».

El urbanismo no ha desflorado este misterio. Ha respetado, de buen o mal grado, el arcaísmo de la *Maison d'Ozé*. Ha dejado al Tribunal de Comercio su vetusto esplendor que el pintor de la *Comedia Humana* describió en *El gabinete de los antiguos*. El hospital, la Torre Coronada, la Prefectura atraen la atención del turista, mientras que el historiador gusta interrogar las fachadas, atormentadas y cargadas de secretos, de la calle Bonette y las tiendas de la Judería. Tres iglesias se abren al peregrino: el santuario tambaleante –hoy reconstruido– de Saint-Pierre-de-Montsort, Saint-Léonard, que debe su restauración a la Beata Margarita de Lorena y, sobre todo, Notre-Dame, testigo del estilo flamígero que, a diferencia de «la hija del Rey», ha colocado en el exterior lo mejor de su belleza.

En efecto, es una obra maestra ese pórtico de triple arcada cuyas torrecillas octogonales, balaustradas festoneadas, perfiles afinados y mil arabescos evocan el arte exquisito de las encajeras de Alençon. Se olvida el coro demasiado macizo y la torre sin elegancia, reconstruidos tras el incendio de 1744, se omite casi admirar el vuelo gracioso de la nave, la magia de los vitrales, la penumbra de las naves laterales, tanto fascina la página de piedra escrita en el umbral del edificio, al alba del siglo XVI, por

el genio de Jean Lemoyne. Realmente, es allí donde late el corazón de la ciudad. Es allí, ante la escena de la Transfiguración, frente a los santos personajes mutilados por los hugonotes y a las hornacinas abiertas, donde se saborea el carácter íntimo de «la inalterable provincia», como decía Balzac, y donde se ama releer los versos en que Paul Harel plasmaba en una presentación poética la comuna donde sopla el Espíritu:

«Entre el páramo abrupto y el alto bosque,
En medio de una llanura inmensa, ella aparece,
Mostrando, en las claridades que la aurora inunda,
Sus campanarios calados, su Catedral rubia
Y los tejados desiguales de todas sus casas»[1].

Pero he aquí que, la gloria presente enlazándose a los esplendores pasados, Notre-Dame, tan rica en recuerdos, entra de nuevo en la historia. El martes 13 de julio de 1858 a medianoche –la cosa no era insólita en la época– Louis Martin y Zélie Guérin han cruzado con algunos íntimos el prestigioso pórtico. Con simplicidad, sin el menor aparato, se han unido ante Dios. Quince años más tarde, el 4 de enero de 1873, último fruto de este matrimonio, Teresa penetraba a su vez bajo la bóveda gótica para recibir el bautismo. Medio siglo aún y la imagen de la carmelita, beatificada el 29 de abril de 1923, luego triunfalmente canonizada, tomará lugar entre el pueblo de piedra tallado por el cincel de los imagineros de antaño. Alençon será la cuna de un «renacimiento espiritual».

***

En el origen de este renacimiento, hay –preparación providencial– todo un atavismo de valentía, honor militar y fe. La leyenda, que siempre ronda en torno a la santidad, ha intentado mancillar a los antepasados de Teresa. No ha hecho más que alentar a los exploradores de archivos, que han demolido rápidamente las imputaciones calumniosas. Al culto rendido a sus «incomparables» padres, la carmelita podía unir el legítimo orgullo de sus ancestros.

Es en Athis-de-l’Orne, gran villa del distrito de Domfront, donde los registros parroquiales revelan, ya en el siglo XVII, varias familias Martin y señalan, el 2 de abril de 1692, la aparición de toda una línea indiscutible de Jean Martin, desembocando, a la fecha del 16 de abril de 1777, en el bautismo de un pequeño Pierre-François Martin. Los padres, que se

establecerían más tarde en la Quentinière, habitaban entonces a la sombra del campanario[2].

El tío materno y padrino del recién nacido, François Bohard, «Buen-Papá Bohard», como se le llamaba en la región, debía, a la espléndida corona de sus catorce hijos y a su coraje intrépido, una popularidad que un día lo convertiría en alcalde de la comuna. Fue él quien, en lo más álgido de la Revolución, desafiando los edictos de los jacobinos, escondió en su hogar las campanas de la iglesia. Se trataba allí de vieja estirpe campesina: la religión, perseguida, se refugiaba más hondo en las almas. Pierre Martin, precozmente privado de los esplendores litúrgicos, pudo apreciar, en cambio, el ejemplo contagioso de una fe que no quiere morir. La carrera de las armas no quebrantaría sus convicciones.

El 26 de agosto de 1799 se enrola en el 65 Regimiento de Infantería de línea. Del ejército del Rin a Belle-Île-en-Mer, de Brest al frente de Bélgica, luego en Prusia, en Polonia y en la campaña de Francia, sigue alegremente la bandera tricolor y el Águila imperial. En el camino gana sus galones. Durante los Cien Días se une al ejército realista que, bajo el mando del Marqués de Coueslin, sostendrá la campaña entre Loira y Vilaine, contra la gendarmería y los elementos aliados a Napoleón, para reincorporarse luego a las unidades regulares al final de la aventura imperial. La Restauración lo eleva al rango de capitán. Pasa con este título a la Región departamental de Loira Inferior, luego al 42 de Infantería de línea de guarnición en Lyon y finalmente al 19 ligero.

Fue en Lyon donde entabló amistad con el capitán Nicolas Boureau, cuya hija había de desposar. Voluntario a los diecisiete años, Nicolas Boureau había vivido, desde 1791 a 1796, los episodios trágicos de las campañas revolucionarias. En 1812 y 1813 había participado en las vicisitudes de la *Grande Armée* y había conocido, en Silesia, un duro cautiverio donde pereció su hijo, prisionero junto con él a la edad de doce años y medio. Dos veces, a lo largo de su carrera, fue víctima de odiosas acusaciones que lo forzaron a alejarse de los campamentos. El expediente que da fe refuta victoriosamente estas alegaciones.

El marqués de Averin, par de Francia, el Sr. de Grandmaison, capellán del ejército católico y real de la Vendée, atestiguan, entre muchos otros, su perfecta rectitud de vida. El párroco de Ainay certifica que «el Sr. Nicolas-Jean Boureau, capitán, domiciliado en esta parroquia, calle Vaubecourt, n. 4, con su esposa y dos señoritas, ha llevado una conducta dictada por los

principios de honor, sabiduría y religión, y que esta respetable familia ha merecido la estima y admiración de los ciudadanos de esta ciudad debido a sus virtudes».

Pierre Martin, frecuentemente acogido en este hogar cristiano durante los años 1816 y 1817, se comprometió con la segunda hija del capitán Boureau, Marie-Anne-Fannie, de dieciocho años. Los reveses financieros, que habían absorbido la dote, entonces obligatoria para la mujer de un oficial, no hicieron que el noble soldado desistiera de su elección. Él mismo aportó la suma necesaria.

El matrimonio se celebró el 7 de abril de 1818. Nacieron de él cinco hijos: Pierre, destinado a perecer muy joven en un naufragio; Marie, que murió a los veintiséis años; Louis, destinado a dar al mundo a Teresa del Niño Jesús; Fanny, que dejó esta tierra a los veintisiete años; finalmente, Sophie, fallecida a los nueve años.

Louis-Joseph-Aloys-Stanislas Martin[3] nació el 22 de agosto de 1823 en la calle Servandoni, de Burdeos. Recibió el bautismo de socorro, debiendo diferirse el bautismo solemne hasta el regreso del jefe de familia. El Sr. Martin participaba entonces, en las filas del 19 ligero, en la expedición de España, de donde debía regresar con la cruz de Caballero de la Orden Real y Militar de San Luis[4]. Prolongándose la campaña, el P. Martegoutte, capellán de las prisiones, procedió a las ceremonias complementarias del sacramento el 28 de octubre de 1823, en la iglesia Santa Eulalia, donde un monumento conmemorará un día la memoria del padre de Teresa. ¿Adivinaba acaso este porvenir el santo Arzobispo de Burdeos, Mons. d'Aviau du Bois, de Sanzay, cuando decía a los padres del recién nacido: «¡Alegraos! ¡Este niño es un predestinado!»?

Los azares de la vida de los campamentos llevaron a la familia Martin a Aviñón, luego a Estrasburgo, donde el capitán ejerció la función de ayudante de plaza en el estado mayor. Cuando se retiró, el 12 de diciembre de 1830, fue a la tierra de sus antepasados a buscar reposo. Quiso volver a ver su Normandía, Athis y el campanario, cuya secreta nostalgia llevaba por todas partes. Un noble afán de educador lo inclinó, sin embargo, a preferir Alençon, donde encontraría más recursos para la instrucción y el establecimiento de sus hijos. Se instaló primero en la calle des Tisons y, en 1842, en la calle du Mans, esperando unirse a Louis en la relojería que éste abriría en la calle del Puente Nuevo.

La jubilación es, para un soldado de carrera, la prueba crucial que puede arrojarlo fuera del servicio a la sociedad, sin ideal ni razón para vivir. El capitán Martin era un firme creyente y tenía un gran carácter. El daguerrotipo que nos ha transmitido su imagen acusa unos rasgos voluntarios, como tallados a hachazos, con los labios delgados y apretados, la mirada viva y casi imperiosa. Es la máscara de una energía inflexible y de una rectitud intransigente que conviene al oficial de las guerras imperiales. Una dama de la alta sociedad de Alençon, que lo había tratado mucho, daría más tarde este retrato a las carmelitas de Lisieux, nietas del viejo soldado:

«Nos causaba admiración por su porte correcto; tenía gran prestancia con su largo levitón adornado con la cinta roja que, en aquel tiempo, no era frecuente… ¡Qué linaje de santos tenéis en vuestra familia!».

Los íntimos del capitán Martin han confesado la emoción que los embargaba al oírlo recitar el *Pater*. Habiéndole notificado el capellán del Regimiento que se extrañaban entre la tropa de verlo, durante la Misa, permanecer tanto tiempo de rodillas después de la consagración, había respondido sin inmutarse:

«Díganles que es porque creo».

Para un hombre de tal temple, el regreso a la vida civil no podía ser más que un cambio de decorado. Saboreó como cristiano la pacífica envoltura del paisaje normando. Se refugió en el ejercicio más vigilante de sus deberes de familia, así como en la práctica más intensa de la piedad y de las obras caritativas, sostenido en ello por su valiente esposa, a quien su nuera, la madre de Teresa, había de reconocer un día «un coraje extraordinario y cualidades muy hermosas». Se hallará un ejemplo de los sentimientos que animaban al matrimonio Martin en esta carta de felicitaciones dirigida por el capitán al Sr. Nicolás Moulin, que iba a convertirse en su sobrino político:

«Alabado sea Jesucristo.

Alençon, 7 de agosto de 1838

Señor:

He recibido su carta donde me da a conocer que, por mi envío, su permiso de matrimonio le ha llegado bien. Finalmente, gracias a Dios, mi tarea ha sido cumplida lo mejor que me ha sido posible; en el presente, deseo de todo corazón que nuestro Divino Maestro se digne bendecir su unión con mi muy amada sobrina y que seáis felices tanto como se pueda serlo en este mundo y

que, en su último suspiro, Dios os reciba en su misericordia y os coloque en el número de los inmortales bienaventurados… Salude, por favor, a sus estimables padres y a los nuestros. Los saludamos a todos con amistad.

Suyo en Jesús y María».

MARTIN

He ahí, ¿no es cierto?, una literatura que delata un alma de otros tiempos.

***

El pequeño Louis sólo tenía siete años y medio cuando dejó Estrasburgo. Desde muy temprano conoció el ritmo embriagador de los desfiles militares, el encanto de las cocinas de campaña y las fogatas en el bullicio de las maniobras. Mecido por los relatos de la epopeya napoleónica, criado al son de los pífanos y tambores, conservaría el gusto por los viajes, la estima por la profesión de las armas y dejaría con pesar su uniforme de niño soldado.

Sus padres, de quienes era el favorito, velaron cuidadosamente por su educación. Si no parece haber recibido enseñanza secundaria para esa fecha, se introdujo suficientemente en el estudio del idioma francés como para apreciar los buenos libros y emprender por su propio esfuerzo la lectura de los autores clásicos, lo que más tarde le permitiría sazonar con reminiscencias literarias las conversaciones familiares y poblar con buen gusto su biblioteca.

¿Por qué milagro este hijo de soldado, de temperamento aventurero, fue encaminado hacia una profesión sedentaria? Louis, por inclinación personal, habría preferido la carrera militar, pero ¿qué cosecha de laureles podía recoger desde que «el Otro» había muerto en su roca de Santa Hélène? Su instinto de artista, que se manifestaba en dibujos de trazo muy seguro, lo llamaba hacia trabajos de calidad. Se habría complacido en cincelar objetos valiosos. Una estancia en Rennes lo inició en la fina mecánica de la relojería. Documentos familiares lo muestran, entre 1842 y 1843, residiendo en la capital de Bretaña, en casa de un primo hermano de su padre, el Sr. Louis Bohard, quien ejercía esta profesión en la calle Bourbon, n. 1.

Fue durante esta estancia que Louis Martín se enamoró del alma bretona. Amaba como un hijo de Armórica

«La tierra de granito cubierta de robles».

La sencillez de sus costumbres, la poesía salvaje de sus paisajes, la llama de su temperamento místico lo seducían. Con gusto llevaba el traje típico y se interesaba por los secretos del folclore. Con su hermosa voz cantaba *El bretón exiliado* y el *Himno a Bretaña*:

«¡Salve, madre de los valientes!... Gloria a tu diadema».

A sus entusiastas cartas, su madre respondía con misivas que le daban, en el tono sentimental y la fraseología propia de la época, sabios consejos. El 23 de agosto de 1842, al felicitarlo por su santo, le escribe:

«¡Eres, querido hijo, el sueño de mis noches y el encanto de mis recuerdos! ¡Cuántas veces pienso en ti cuando mi alma, elevada hacia Dios, sigue el impulso de mi corazón y se lanza a los pies del trono de la Divinidad! Allí rezo con todo el fervor de mi alma para que Dios derrame sobre todos mis hijos la felicidad y la calma que se necesitan en esta tierra tempestuosa… Sé siempre humilde, querido hijo».

Con más sobriedad, el padre habla el mismo lenguaje y precede su mensaje con una orgullosa profesión de fe:

«¡Dios sea siempre glorificado y amado sobre todas las cosas!».

De este período –que concluye el 16 de noviembre de 1842– conservamos un curioso documento que atestigua, junto a su formación técnica, la actividad intelectual de nuestro héroe. Se trata de dos gruesos cuadernos (uno, lamentablemente mutilado), una colección completamente manuscrita de fragmentos literarios copiados por él y encuadernados bajo su nombre con el título de *Fragmentos literarios*. La presentación es impecable: papel de gran calidad, pacientemente rayado a lápiz, caligrafía esmerada, títulos y subtítulos en redonda, márgenes respetados, paginación exacta, referencias destacadas y tabla de contenidos cuidadosamente elaborada. Todo traiciona el orden, la limpieza y el método. La selección de poemas y relatos en prosa es de un eclecticismo desconcertante: los modernos se codean con los antiguos, discursos insignificantes se mezclan con puras obras maestras. Se nota la mano del autodidacta, aún no iniciado en la crítica literaria, que valora más la grandeza de los temas y la nobleza de los sentimientos que el dominio de la forma[5].

Fénelon, Lamartine y Chateaubriand, cuyas obras completas había comprado, parecen ser sus preferidos. Del autor de *Atala* ama las vastas descripciones, ricas en colorido y poderosamente evocadoras. Sin caer en el *mal del siglo*, disfruta citando el *Epitafio* que cierra la descripción de las *Tumbas campestres*:

«Aquí yace, al abrigo de las tormentas del mundo,
Aquel que fue largo tiempo juguete de su furia.
Buscó en los bosques profunda retirada,
Y la melancolía habitó en su corazón».

Entre estas páginas literarias se encuentran también máximas heroicas de Du Guesclin y algunas oraciones que, por su sensibilidad y amor a la naturaleza, recuerdan los vuelos líricos de *El genio del cristianismo*. Pero es la sólida y candorosa piedad de Louis Martín la que brilla en la hoja añadida el 21 de mayo de 1843, con estas palabras finales:

«Gloria al Todopoderoso y a la Virgen María. ¡Que el Señor sea glorificado por toda la tierra!».

¿Fue para alimentar ese anhelo interior de cantar a Dios en su obra o acaso movido por la angustia de su destino, que Louis Martín partió en septiembre de 1843 hacia las montañas de Suiza? Un pasaporte firmado por el prefecto del Ain, fechado el 6 de septiembre de 1843 –una magnífica pieza de archivo, con sus múltiples sellos y *visados*– lo muestra cruzando el puente de Saint-Maurice el día 13, llegando a Berna diez días después y, luego, dirigiéndose a Estrasburgo vía Basilea.

En el *Libro de los viajeros del Gran San Bernardo*, bajo la fecha «14-IX-1843», se lee:

«Estoy satisfecho de haber visto el Hospicio. L. Martin».

El joven se había convertido en peregrino para establecer un contacto directo con el famoso monasterio. Sin embargo, a juzgar por los sucesos posteriores, no parece que en esa ocasión abordara el problema de su futuro. Entre las reliquias familiares, una pequeña flor marcada con el año 1843 evoca esa breve parada sin revelar su secreto. Quizás el visitante sólo quería impregnarse de una atmósfera profundamente religiosa antes de abrir una nueva etapa en su vida.

***

Zélie Guérin también recibió, desde la cuna, la doble herencia de las tradiciones religiosas y el valor militar. Su padre había nacido en los albores de la Revolución, el 6 de julio de 1789, en Saint-Martin-l´Aiguillon, en el departamento de Orne. Entre sus primeros recuerdos infantiles, destacaban las incursiones sacrílegas de los «azules», la iglesia cerrada con llave, las Misas clandestinas y las mil artimañas que se empleaban para salvar a los sacerdotes refractarios. Su tío, el P. Guillaume-Marin Guérin, era uno de

ellos. Lo escondían en el desván de la casa familiar y el pequeño Isidoro tenía la tarea de acompañarlo en sus correrías apostólicas por el campo. Un día, unos soldados furiosos irrumpieron en la casa y la registraron de arriba abajo. El sacerdote, obligado a refugiarse en la artesa de amasar, salvó la vida gracias al niño que, tras cerrar la tapa, se sentó encima como si nada, desplegó sus juguetes y, con sus risas, despistó a los perseguidores.

El confesor de la fe no carecía de audacia. Una vez, acosado por tres granujas mientras llevaba el viático a una choza, depositó el Santísimo Sacramento sobre un montón de piedras, murmurándole: «Dios mío, cuídese solo un momento, mientras yo me ocupo de los demás». Luego, arremetió contra los agresores, los agarró uno tras otro y los arrojó sin miramientos a una charca cercana, de donde salieron mojados y avergonzados, mientras retomaba su divina carga y continuaba su camino.

Perseguido por todas partes, el P. Guérin fue finalmente arrestado cerca de Écouché el 4 de Germinal del año IV (1793). Encarcelado en Bicêtre y deportado a la isla de Ré, donde sufrió los horrores de las represalias contra los sacerdotes no juramentados, su liberación probablemente se debió a la reacción termidoriana. Más tarde fue párroco de Boucé, en Orne, desde 1802 hasta 1835.

En cuanto a Isidoro Guérin, la orden de reclutamiento lo alcanzó al cumplir veinte años. Alistado el 6 de junio de 1809 en el 96° regimiento de línea, hizo sus primeras armas en Wagram. Trasladado a la división de Oudinot, participó en las duras campañas del ejército en España, desde la derrota de Vitoria hasta la batalla de Toulouse. Por ello, recibiría la Medalla de Santa Elena de Napoleón III... La caída del Primer Imperio lo mandó de nuevo a su hogar, pero amaba la acción, el desfile, la dura vida de soldado. En 1816, se alistó en la gendarmería a pie, pasando en 1823 a la gendarmería montada y, después de un período en la Compañía de la Vendée, fue asignado el 23 de febrero de 1827 al destacamento de la Compañía de Orne, acuartelado en Saint-Denis-sur-Sarthon.

Su modesto sueldo apenas alcanzaba para mantener a la familia. Había fundado un hogar y no pensaba renunciar a tener hijos. El 5 de septiembre de 1828, en la humilde iglesia de Pré-en-Pail, en Mayenne, se casó con Louise-Jeanne Macé, quien le dio tres hijos: Marie-Louise y Azélie-Marie[6], nacidas con dos años de diferencia, e Isidoro, que llegó casi diez años después y se convirtió en el consentido de la casa[7].

La familia vivía en Le Pont, en la aldea de Gandelain, junto a la carretera de París a Brest. Debido a su cercanía con Saint-Denis-sur-Sarthon, la aldea dependía del clero de esa parroquia. Fue en esa iglesia donde, la víspera de Navidad de 1831, al día siguiente de su nacimiento, fue bautizada la futura madre de Santa Teresa de Lisieux: Zélie Guérin. En 1931 se inaugurará, en un único memorial, la estatua de la Santa y una placa que recordará, en las aguas bautismales, el centenario del despertar a la gracia de quien le dio la vida.

***

De complexión delicada, entre los siete y los doce años estuvo casi continuamente enferma, conoció el martirio de las migrañas incesantes que atenazan y agobian la cabeza, y atravesó después una crisis más grave. ¿Encontró siempre en casa todas las delicadezas de afecto que deseaba en secreto su sensibilidad agudizada por la prueba física?

El Sr. Guérin era el tipo de hombre honesto, de una integridad proverbial y no carente de sentido cristiano. En la fotografía que se ha conservado de él, al ver el gesto de los labios y la expresión sombría del rostro, se le adivina un carácter íntegro y algo difícil; la dura carrera en la gendarmería había desarrollado sin duda en él, a modo de deformación profesional, el hábito del mando y unos modales bruscos. No obstante, amaba a sus hijas y era amado por ellas.

Fue de parte de su madre que Zélie tuvo que sufrir. Dotada de una fe capaz de mover montañas, la Sra. Guérin carecía del don psicológico que hace a los verdaderos educadores. Esta falta de sentido pedagógico la llevó –a pesar de una ternura materna real– a herir dolorosamente un alma de una delicadeza excepcional.

La niña parece haber estado algo privada de caricias. Ella, que debía con tanto amor acunar, vestir, rodear a sus nueve muñecas vivientes, no conoció, como sus pequeñas compañeras, la dulzura de jugar a ser mamá. Quizás haya que ver la causa en el estricto espíritu de economía que reinaba en todo el presupuesto; quizás también cierto rigorismo la privó sistemáticamente de esos mil detalles que adornan los primeros años con el encanto de la sonrisa y la poesía del ensueño.

«Mi infancia, mi juventud –confesará más tarde en una carta a su hermano– fueron tristes como un sudario, porque, si mi madre te colmaba de mimos, conmigo, lo sabes, era demasiado severa;

sin embargo, tan buena, no sabía cómo tratarme y de esa forma sufrí mucho de corazón»[8].

Isidoro era mimado más de lo razonable. Espíritu vivo, temperamento decidido, de humor alegre y algo combativo, sabía captar las miradas e inclinar a la indulgencia. Se le perdonaban de buen grado sus travesuras y malicias. ¿No ocurrió acaso que, encerrado en la bodega como castigo por no sé qué fechoría, puso la sidra al fresco y gritó su hazaña a voz en cuello para apurar su liberación? Otra vez, deambulando por la plaza del mercado, se permitió desvalijar el puesto de un vendedor de manzanas. Aquel día, por lo demás, conoció la mano firme de su madre y tuvo que devolver sin demora los frutos de su hurto. No obstante, el régimen de preferencia instituido en su favor –si bien no alteró el profundo afecto que Zélie siempre le tuvo– contribuyó no poco a crear en el hogar una especie de malestar dolorosamente sentido por la joven. Se consolaba en la amistad particularmente confiada que la unía a su hermana mayor, Élise.

También halló consuelo junto a aquellas que fueron elegidas para ser sus educadoras. El Sr. Guérin, animado en alto grado por el sentido de su responsabilidad, no dudó en hacer los mayores sacrificios para asegurar el porvenir de sus hijos. Ya en 1843, al ver que, después de treinta y nueve años de servicio, se acercaba la hora de su retiro definitivo, vendió su tierra de Saint-Denis y compró el 9 de febrero, en Alençon, en el número 34 (más tarde 36 y hoy 42) de la calle Saint-Blaise, una casa confortable, aunque algo estrecha, con la intención de ampliarla.

Se instaló allí con los suyos el 10 de septiembre de 1844, al ser jubilado con una pensión de doscientos noventa y siete francos anuales. Mientras se dedicaba como aficionado a algunos trabajos de carpintería, su esposa abrió, por un tiempo, un modesto café, que no tuvo éxito: el tono moralizador de la Sra. Guérin no estaba hecho para atraer ni retener a la clientela.

Este traslado, de una aldea sin historia a la capital del departamento, ayudó a resolver mejor el problema escolar. La ciudad contaba con varios establecimientos de enseñanza. Isidoro, cuando tuviera edad, asistiría al liceo. Las dos hermanas fueron confiadas, como externas, a las religiosas de los Sagrados Corazones de la calle de Picpus, que dirigían el convento de la Adoración Perpetua, en la calle Lancrel.

Esta casa había sido fundada en 1828 por la Reverenda Madre Henriette Aymer de la Chevalerie, cuyo proceso está hoy abierto en la Curia Romana.

Gozaba, en la región, de gran reputación. Con su fachada austera, su capilla abovedada de líneas sobrias, sus aulas que daban a inmensos jardines atravesados por parterres de flores, emparrados y una espléndida alameda de tilos, ofrecía a la educación un marco del todo adecuado. Zélie recibió allí una formación esmerada, de la que dará testimonio más adelante el buen estilo de su correspondencia. Lo confesará a su hermano, recordando con tono de broma sus éxitos de entonces:

> «Tuve el primer premio de estilo en otros tiempos. De once composiciones, fui diez veces la primera y además estaba en la primera división y en la clase superior, ¡imagínate la capacidad de las demás!»[9].

Más aún que los elementos de una cultura humana, la joven debía recoger, a la sombra del claustro docente, el espíritu de fe y la instrucción religiosa perfecta de la que daría tantas pruebas al frente de su hogar. Incluso concibió, por un momento, al contacto con aquella ferviente comunidad, la esperanza de consagrarse a Dios en la vida religiosa. La Providencia, que preparaba desde lejos la cuna de Teresa, orientaba a Zélie Guérin hacia Louis Martin, sometiéndolos a ambos a las mismas experiencias previas de aspiración al desprendimiento completo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO II EN BUSCA DEL IDEAL

LOUIS MARTIN EN EL GRAN SAN BERNARDO — EL RELOJERO DE LA CALLE DEL PUENTE NUEVO *— ZÉLIE GUÉRIN, ENCAJERA — EL ENCUENTRO PROVIDENCIAL*

Es probablemente al comenzar el otoño de 1845 –sin que podamos asignar al acontecimiento una fecha precisa– cuando Louis Martin se decidió a realizar su proyecto de vida más perfecta. Acababa de cumplir veintidós años. Había llegado el momento de encaminarse hacia el matrimonio o hacia el servicio de los altares. Optó por el claustro.

Su formación religiosa era profunda. El capitán Martin le había enseñado a entregarse a Dios sin reservas, en una entrega total, a la manera del soldado o, mejor dicho, del cristiano militante. La comunión, tan frecuente como lo permitía la costumbre de la época, había afinado su piedad. El contacto de la fe bretona y alsaciana no podía sino fortalecerla. Su temperamento, inclinado gustosamente a la meditación, lo llevaba a una conversación de corazón a corazón con el Maestro interior que se abalanza sobre el alma como sobre una presa. Se dejó arrebatar.

¿Hacia dónde dirigir sus pasos? Testigo del despertar del romanticismo, Louis se había iniciado precozmente en el culto a la naturaleza. La majestad de una puesta de sol, los susurros del bosque, el bramido de las olas lo llevaban a un recogimiento que rozaba la contemplación. Este ferviente admirador de Chateaubriand y Lamartine era, además, un cristiano nutrido de la Biblia. Sensible a las bellezas de «la tierra carnal», las superaba de un solo vuelo para cantar, al modo franciscano, «el himno de las criaturas». Le habría gustado establecer su retiro en uno de esos parajes grandiosos donde el propio paisaje eleva la mirada hacia Dios. Que además se le señalase un Instituto cuya actividad, impregnada de oración, pudiese satisfacer lo que sentía en él de ardor caballeresco, de atracción por la aventura y de gusto por el riesgo… y su elección estaba hecha.

¿Fue iluminado en este camino por su director de conciencia o por algún turista venido más allá de las montañas? ¿Influyó de forma irresistible el recuerdo del viaje realizado dos años antes? El caso es que creyó encontrar en la Ermita del Gran San Bernardo la realización plena de su ideal. Allá arriba, en la cadena de los Alpes Peninos, a 2472 metros de altura, en la

cima del paso que separa el Valais suizo del Valle de Aosta, el hospicio de Mont-Joux está en manos de la Orden de los Canónigos Regulares de San Agustín, que hace nueve siglos había instalado allí Bernardo de Menthon. Luego de alabar a Dios en las cumbres, en un marco de ensueño, los equipos de religiosos socorristas, guiados por el olfato de sus perros, partían, a través de la nieve, en fríos invernales de menos de veinte grados en promedio, a socorrer a las víctimas de avalanchas o a los viajeros extraviados en la tormenta. ¿No era esa mezcla de vida claustral, de poesía orante y de caridad heroica la definición exacta del sueño de Louis Martin?

En el otoño de 1845, según toda probabilidad[10] –pues, ante el silencio de los documentos, nos vemos obligados a interpretar una tradición familiar muy firme en cuanto al hecho, pero imprecisa en cuanto a la fecha–, nuestro héroe se arma con el bastón de peregrino y, desde Estrasburgo, donde sin duda aún reside, se dirige, a veces a pie, a veces en diligencia, hacia la frontera suiza. El caminante de Dios se extasía al paso ante tantas maravillas esparcidas como a manos llenas. Su alma de alabanza encuentra en ello tal alimento que a veces debe detenerse y derramar lágrimas de emoción y alegría. Como Dante, cansado del mundo, pero sin haber conocido la existencia atormentada del gran florentino, lo que viene a mendigar a la puerta del monasterio es «la Paz».

El Prior recibió con benevolencia a este joven cuyo mirar tenía un no sé qué de límpido y fervoroso a la vez. Le interrogó sobre los motivos que inspiraban su decisión, sobre su familia, sobre sus antecedentes. Edificado en este aspecto, le preguntó por sus estudios y no tardó en saber que el visitante no había seguido el ciclo de formación clásica. ¿Esperaba Louis Martin suplir allí mismo esta carencia? En todo caso, se sintió profundamente decepcionado cuando el religioso le respondió que el conocimiento del latín era indispensable para ser admitido entre los hermanos y lo invitó a volver con los suyos para terminar sus humanidades.

Con alma de exiliado, Louis descendió entonces la ladera de la montaña. Hasta el final de su vida conservará en el corazón el pesar de la Ermita y la visión nostálgica de la celda silenciosa donde se vive «solo con el Solo».

Por el momento, creyó sólo en un aplazamiento. De regreso a Alençon, se confió al decano de Saint-Léonard, el Sr. Jamot, quien aceptó guiarlo en la realización de sus designios. Hojas de cuentas, meticulosamente actualizadas, subrayan, entre el 16 de octubre de 1845 y comienzos de enero de 1847, compras frecuentes de manuales escolares y de autores

latinos, griegos y franceses. En ellas encontramos constancia de cursos seguidos regularmente, a razón de un franco cincuenta por lección, con cierto Sr. Wacquerie. Se cuentan ciento veinte, con una interrupción exactamente anotada, como todo lo demás, del 18 de mayo al 23 de junio de 1846. Las páginas correspondientes al primer semestre de 1847 ya no hacen ninguna alusión a los honorarios del profesor ni a gastos de librería. La mención del intercambio de un diccionario latino-francés inclina más bien a pensar que los estudios fueron abandonados. Es la época en que la enfermedad obliga al joven a decir adiós a sus queridos libros y a dedicarse a ocupaciones menos absorbentes. Vio en ello un indicio providencial y volvió a su instrumental de relojero.

***

Es entonces, sin duda, cuando, para perfeccionar su aprendizaje, se dirigió a la capital. Allí tenía algunos parientes o conocidos: su abuela, la Sra. Boureau-Nay, que entonces tenía setenta y cuatro años y vivía de una pensión proporcionada por su familia, su tío político, Louis-Henry de Lacauve, coronel retirado que residía habitualmente en Versalles, el hijo de este último, Henry de Lacauve, alumno de la Escuela Militar, a quien una ternura plenamente fraterna uniría a Louis Martin, pero que el 14 de diciembre de 1848 partiría hacia África.

La estancia en París, que parece haberse prolongado dos o tres años, fue para la fe de nuestro héroe una prueba de fuego. El espíritu volteriano, que había presidido el advenimiento de la Monarquía de Julio, aún imperaba en los ambientes intelectuales, a pesar de la vigorosa contraofensiva de Lacordaire y Montalembert. Las clases dirigentes, obedeciendo a la consigna de Guizot: «Enriqueceos», permanecían sordas a los rumores de revuelta que subían desde las masas populares. En vano Federico Ozanam lanzaba su grito de alarma. Para atraer la atención sobre el peligro social y la indigencia espiritual y material del proletariado, haría falta el levantamiento sangriento de las barricadas en las jornadas de junio de 1848. Por el momento, París duda y se divierte.

Louis Martin estuvo cerca del peligro. Unos desconocidos, aprovechándose de su generosidad innata, lo invitaron a formar parte de un club filantrópico aparentemente consagrado a obras de caridad. Se informó más a fondo sobre su identidad y descubrió que en realidad se trataba de una sociedad secreta. Su lealtad se indignó. Sólo amaba la plena luz del día:

son las obras de las tinieblas las que buscan las tinieblas. Resueltamente rechazó aquellas propuestas y salvó su libertad.

Su distinción natural y el encanto de su persona lo exponen a otros tipos de solicitaciones, que sólo su fe robusta le ayudará a superar. Más tarde se lo confiará a su esposa; ésta lo aprovechará para advertir a su hermano menor, que también había llegado a la capital para estudiar medicina.

> «Querido amigo, estoy –le escribirá– muy inquieta por ti. Mi esposo me hace, cada día, tristes profecías. Conoce París y me dice que estarás expuesto a tentaciones a las que no resistirás porque no tienes suficiente piedad. Me cuenta lo que ha experimentado y cuánto valor le hizo falta para salir victorioso de todos esos combates. ¡Si supieras por qué pruebas ha pasado…!»[11].

Se adivina con qué alegría Louis Martin se arrancó de aquel ambiente para reencontrar el aire saludable de Normandía. Ahora estaba en plena posesión de su oficio. Le gustaba el cuidado por el detalle, el sentido de lo exacto, la finura elevada con un sello artístico. Él, que contemplaba con arrobo la armonía del mundo estelar donde se manifiesta el poder del «Relojero divino», manejaba con no menos ternura los engranajes minúsculos de una mecánica de precisión. Su conciencia profesional encontraba en ello una alegría exaltante que lo emparentaba, junto con su gusto por el trabajo bien hecho, con los orgullosos artesanos de la Edad Media.

Una santa mujer de Alençon, que lo tenía en grandísima estima, la Srta. Félicité Baudouin, lo ayudó a establecerse en esa ciudad. El 9 de noviembre de 1850 compró una casa situada en el número 15 (hoy 23) de la calle del Puente Nuevo e instaló allí su taller de relojería, al que luego anexaría una vitrina de joyería. Se encontraba en la parroquia de San Pedro, cerca del puente que cruza el Sarthe hacia Montsort. El barrio, más bien apartado, sólo se animaba los días de mercado. Pero incluso entonces, sin fiebre ni agitación, pues raramente la ciudad se despoja de su tranquila dignidad. El edificio era amplio y tenía un jardincito. El capitán y la Sra. Martin vivieron allí con su hijo.

Desde entonces, Louis inició la existencia laboriosa, ordenada y casi monástica que llevaría durante cerca de ocho años. Alta estatura, presencia de oficial, rostro simpático, frente amplia y despejada, tez clara, con un bello rostro ovalado enmarcado por cabellos castaños y, en los ojos grises, una llama dulce y profunda; tenía algo de caballero y de místico a la vez y no dejaba de causar impresión. Una joven muy rica, amiga de la familia,

había proyectado unirse a él. Eludió la propuesta. Quería conservar su libertad para Dios. Su taller se había vuelto para él un retiro claustral donde prolongaba interiormente el sueño roto tan pronto. El trabajo minucioso exige recogimiento y silencio. ¿Qué mejor para elevarse hacia el Altísimo?

Los domingos, la puerta de la tienda permanecía obstinadamente cerrada. Louis asistía con los suyos a los ejercicios de piedad. A modo de descanso, se unía de buen grado a un grupo de amigos de la burguesía de Alençon, llamado familiarmente, por el nombre de uno de sus dirigentes, *el círculo Vital Romet*, que se reunía en un local de la calle de Le Mans, muy cerca de la capilla de Nuestra Señora de Loreto. Aportaba allí, junto con el P. Hurel, decano de San Leonardo, su particular nota de fe inflexible y caridad contagiosa.

Cierto día, en un salón, donde por ligereza, esnobismo o infiltración de espíritu libre, se practicaban sesiones de mesas giratorias □espiritismo□, su presencia impidió que la reunión degenerara. Afirmaba que, si bien no todas las manifestaciones del espiritismo provienen necesariamente del demonio, todas le ofrecen, por el morboso atractivo de lo maravilloso, ocasiones para entrar en escena, pues, en ese terreno, las fronteras entre los fenómenos naturales y los actos del príncipe de las tinieblas son difíciles de trazar. Primero rechazó la invitación y luego sólo accedió a asistir, tras insistentes ruegos, con la condición de ser un mero observador pasivo. Su actitud de desaprobación molestó a algunos de los presentes, quienes, alegando la inocencia del experimento, lo instaron a unirse a ellos. Rehusó tajantemente y comenzó a orar interiormente para que la tentativa fracasara si el espíritu maligno estaba implicado. Aquella vez, la mesa permaneció inmóvil y los más volubles acusaron al «santo» de haber arruinado la velada, mientras que los más reflexivos sacaban oportunamente la lección del episodio.

Sin rehuir los juegos de sociedad, en los que su alegría franca y su exquisita urbanidad eran apreciadas por todos, Louis Martin prefería los paseos lejanos. Disfrutaba alegremente, como artista, del embriagador gozo del camino. Iba hasta los alrededores de Saint-Céneri, querido por los pintores célebres, o bajo las arboledas reales del bosque de Perseigne. Más a menudo aún, volviéndose sedentario, se instalaba a la orilla de un estanque o de un río lleno de peces y lanzaba pacientemente el anzuelo.

La pesca era su distracción favorita. No ignoraba ninguno de sus secretos. En el misterio de los bosques normandos, frente a las aguas tranquilas

donde a veces se deslizaban los cisnes, su temperamento contemplativo se explayaba con júbilo. Saboreaba, como hijo de Dios, los trinos y cantos de los pájaros, orquestados por los sonidos del viento en el follaje. Sólo al atardecer se arrancaba de la conmovedora sinfonía campestre para llevar a las Clarisas de Alençon la abundante fritura que atestiguaba su habilidad. También llevaba, en temporada, algunas piezas de caza; un permiso de caza atestigua, en efecto, que no le era ajeno el arte cinegético.

Un día quiso hacerse un retiro donde pudiera guardar su equipo de pesca, ocuparse un poco del jardín –aunque no le gustaba mucho– y entregarse con libertad al encanto de las lecturas edificantes y a la contemplación. En la calle de los Lavaderos, en el barrio de la Senaduría, al sur de la ciudad, cerca del lugar donde las aguas del Sarthe se dividen en varios brazos, adquirió, el 24 de abril de 1857, la encantadora propiedad del Pabellón. Se trata, a la orilla del camino y rodeada de un bonito terreno, de una torre hexagonal con planta baja y dos pisos, a los cuales se accede por una escalera exterior que lleva a una terraza a la altura del primero, y luego, en el interior, por una escalera de madera en espiral.

Entremos en el pequeño edificio. Un mobiliario sencillo: algunas sillas, una mesa donde reposan, señalados con un marcador, libros de aspecto severo; en un rincón, cañas, una red, una cesta de pesca; en las paredes, un crucifijo, imágenes piadosas y sentencias que el joven ha colocado: «Dios me ve – La Eternidad se acerca y no pensamos en ella – ¡Bienaventurados los que guardan la ley del Señor!».

El lugar no tiene nada de un apartamento de soltero. Es más bien el templo de la austeridad. Una dama algo mundana, que fue a visitarlo un día con la hija mayor del Sr. Martin, salió precipitadamente: «¡Oh, María, esto me da escalofríos; vamos al jardín!». El solitario no tenía allí otra compañía que una galga, que un día, al olfatear su llegada, subió a la terraza y se agitó tanto que cayó a la calle y se rompió las patas.

El terreno lleva la misma impronta. Louis ha sembrado algunas flores. Más tarde plantará en el centro un nogal que crecerá junto al abeto. Al fondo ha colocado la imagen de la Virgen que le regaló la Srta. Baudouin. Es una copia, no exenta de elegancia, de la obra realizada en plata por Bouchardon para la iglesia de San Sulpicio de París y que desapareció en los horrores de la Revolución. Esta estatua, de 90 centímetros de altura, pero lo bastante pesada como para fatigar a un hombre robusto, representa a la Inmaculada, hábilmente revestida, con las manos extendidas como para

derramar gracias. Está destinada a desempeñar un papel de primer orden en la familia Martin y, después de presidir la milagrosa curación de Teresa, a reinar un día, triunfalmente, bajo el nombre de *Virgen de la Sonrisa*, sobre la Urna que contendrá, en el Carmelo, las reliquias de la Santa.

Por el momento –y es la única pena que da a su madre– Louis no piensa en absoluto en formar un hogar. El trabajo, la oración, las buenas obras, las sanas distracciones y las lecturas serias bastan ampliamente para poblar su existencia. Unas copias de tema y versión latina, fechadas en noviembre de 1852, invitarían a pensar que la idea de una vocación sacerdotal aún anda dando vueltas por momentos. ¿Quién sabe si no guarda en el fondo de sus ojos la imagen de las nieves perpetuas, de las grietas y de los picos donde su valeroso corazón aspira a acudir en auxilio de los damnificados de la montaña?

***

Zélie Guérin conocerá el mismo tipo de nostalgia. Su corazón, prodigiosamente sensible, habría podido ceder prematuramente al llamado de la criatura. La formación recibida en el hogar, la vigilancia algo susceptible que la rodeaba y, más aún, el instinto de una naturaleza espontáneamente recta y piadosa, la protegieron eficazmente. Fue hacia Dios que orientó toda su capacidad de amar. Élise, la amiga y confidente de su alma, le comunicaba sus sueños de vocación religiosa, suspendidos momentáneamente por la obligación de ayudar a su madre en el gobierno de la casa. Más libre que su hermana mayor, Zélie quiso adelantársele. Su temperamento ardiente la destinaba a la vida activa; su ternura compasiva la atraía hacia los enfermos y desheredados. Aspiró al hábito de las Hermanas de San Vicente de Paúl.

Así, acompañada de su madre, se presentó en el Hospital de Alençon para exponer sus intenciones. ¿Hubo tal vez alguna reserva en los labios maternos? ¿Parecía la postulante que tenía una salud demasiado precaria? ¿O, más simplemente, una intuición sobrenatural iluminó a la superiora acerca de los verdaderos designios de Dios sobre la joven? En cualquier caso, la entrevista no llegó a nada. Ante la petición de admisión, la religiosa respondió sin vacilar que tal no era la voluntad divina. Ante una afirmación tan categórica, Zélie se inclinó, no sin tristeza.

Desde entonces se limitará a elevar al Cielo esta ingenua súplica:

«Dios mío, ya que no soy digna de ser vuestra esposa a diferencia de mi hermana, entraré en el estado del matrimonio para cumplir vuestra santa voluntad. Entonces, os lo ruego, dadme muchos hijos y que todos se consagren a Vos».

Sin embargo, durante mucho tiempo sufrirá la obsesión del claustro y muchas veces a lo largo de su vida se creerá ver posada sobre su frente –tal era su entrega al servicio de los humildes– la cofia blanca de las Hijas de la Caridad.

Era necesario desde entonces preparar el porvenir. Los escasos ingresos del soldado retirado no bastarían para proveer la dote de la hija menor ni la educación del benjamín que, orientándose hacia las carreras liberales, pronto ingresaría en el liceo. Zélie perfeccionó su destreza en el Punto de Alençon. Ya durante sus años de estudio había aprendido los primeros rudimentos de la fabricación que hacía célebre a la ciudad. Para dominar a fondo el oficio, entró en una escuela de encaje donde se enseñaban metódicamente los mil secretos del arte.

Se trata de un arte, y de los más sutiles. Napoleón quedó deslumbrado por él, y aún más Marie Louise, cuando la berlina imperial los condujo a la ciudad en 1811. Admiraron a aquellas obreras con manos de hada que, día tras día, como canta el poeta Le Vavasseur:

«Todavía hacen con dedos ágiles,
Sin la ayuda demasiado fácil
Del huso,
Deslizar el hilo en la brida
Para cubrir de flores el vacío
Del encaje».

El patrocinio histórico del famoso Punto de Alençon correspondería a la Beata Margarita de Lorena. Esta antepasada de Enrique IV, hija por alianza del «Duque Gentil», que fue compañero de Juana de Arco, no se contentó con gobernar durante veinte años el Ducado con una sabiduría y condescendencia que le valieron el nombre de «madre de toda caridad». Antes de morir como clarisa en Argentan el 2 de noviembre de 1521, enriqueció iglesias y monasterios con valiosos tesoros, en particular con inestimables bordados que ella misma realizó con amor y que la convierten en legítima antecesora de nuestras modernas encajeras. El patrocinio técnico pertenece sin duda a Colbert, quien, hacia 1664, hizo venir de Venecia a treinta obreras expertas en el manejo de la aguja.

El encaje se trabaja en tramos de quince a veinte centímetros, sobre un pergamino perforado, siguiendo el dibujo a reproducir y doblado con tela.

Se utilizan hilos de lino de altísima calidad y de extrema finura. Una vez ejecutada la «traza», el «trozo» pasa de mano en mano, según el número de puntos que contenga –hay nueve, que constituyen otras tantas especialidades–. Luego hay que separar cada pieza, librarla de los hilos innecesarios, reparar los inevitables desgarros y proceder al ensamblaje; tarea delicada, si alguna vez la hubo, realizada con agujas casi imperceptibles y con hilos cada vez más finos. La increíble variedad de procedimientos, la gama matizada de «rellenos» y de «modos», han hecho del Punto de Alençon la joya sin rival de los vestuarios reales.

Zélie Guérin se inició rápidamente en este milagro de la destreza femenina. Aprendió, en particular, el oficio de ensambladora. Se han conservado «trozos» ejecutados por sus manos que son maravillas puras de una agilidad casi de araña. A los veinte años entró al servicio de una casa de la Plaza, pero no tardó en renunciar para proteger su virtud. Su belleza natural, su vivacidad de inteligencia y el don de simpatía que poseía en alto grado no podían pasar desapercibidos. Cuando notó ciertas atenciones en torno a ella, prefirió poner fin a la experiencia.

Algo desorientada, se interrogaba sobre su porvenir cuando, el 8 de diciembre de 1851, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, mientras trabajaba sola en su cuarto, una voz interior le indicó: «Haz hacer Punto de Alençon». Jamás había pensado en establecerse por cuenta propia. Inmediatamente se lo contó a su hermana, quien la animó valientemente. Más tarde, Zélie confiará a su hermana mayor:

> «¿Cómo pudimos, sin ningún recurso pecuniario, por así decirlo, sin ninguna idea sobre comercio, llevarlo todo a buen fin, encontrar en París casas que quisieran darnos su confianza? Sin embargo, así fue, y en poco tiempo, pues, al día siguiente, ya nos poníamos manos a la obra».

Hacia finales de 1853, se instaló, como lo indicarán en adelante sus actas del estado civil, como «fabricante de Punto de Alençon». Esto no implicaba en absoluto la apertura de un taller. El Punto es una obra maestra colectiva, pero no requiere el trabajo simultáneo en equipo. Basta con la iniciativa diligente de una empresaria de mano de obra que trate con la clientela, agrupe los pedidos, provea a las obreras a domicilio con el material necesario para su especialidad, supervise el paso de los trozos de una a otra, coordine y corrija el conjunto para asegurar finalmente su venta lucrativa. Alençon es el alma del encaje, pero por todas partes en las comunas vecinas –en Damigny, en Gandelain, en La Roche-Mabile– se esbozan las graciosas arabescas cuya magia contrasta con el entorno rústico.

«En las viejas casas de madera,
Las ruecas están olvidadas,
Pero las agujas, presurosas,
Aún pinchan dedos hermosos»[12].

Zélie Guérin colocó su «Oficina» –tal era el término usual– en la casa familiar de la calle Saint-Blaise. Los jueves se encontraba allí a disposición de las obreras, entregando, recibiendo y gestionando el trabajo. Por lo general, se reservaba la reparación del tul, corregía los daños que se producían inevitablemente durante las múltiples manipulaciones y, si era necesario, realizaba ella misma, entre todas las piezas, la unión invisible, escollo y triunfo de las virtuosas. En esa labor de calidad que exige buen ojo, destreza y gusto refinado, no es exagerado decir que sobresalía. Lo hacía *con amore*, ella, que escribirá un día:

«No me siento a gusto más que sentada junto a mi ventana, haciendo mi Punto de Alençon».

Las tiras que salían de sus manos pronto se clasificarán entre las más bellas, asegurando el crédito y la prosperidad de su casa.

La parte estrictamente comercial le interesaba menos. Cuando se trató, al principio, de abrirse mercado y establecer contacto con las casas de venta de París, la juventud de Zélie Guérin se intimidó. Fue su hermana mayor quien, dominando su propia repugnancia, se ofreció valientemente a reemplazarla. Acompañada de su padre, Élise hizo varios viajes de negocios a la capital, donde tuvo que vencer su timidez, soportar muchas humillaciones y enfrentar numerosos fracasos. Sus gestiones, coronadas por el éxito, aseguraron el lanzamiento de la empresa, pero a causa de ello contrajo un resfrío que casi le fue fatal, si juzgamos por este pasaje de una carta que la Sra. Martin, cercana a la muerte, escribirá a su hija Pauline el 22 de marzo de 1877:

«Confío en que el Buen Dios... hará por mí lo que hizo por tu tía, porque hace ya veinticuatro años que estaba desahuciada; el médico le dijo a mi madre que difícilmente podría vivir más de tres meses. Oró e hizo una novena a Nuestra Señora de La Salette para obtener la gracia de morir religiosa; la enfermedad nunca desapareció, pero vivió aún veinticuatro años».

A partir de 1856, y sin duda con la perspectiva de la partida de su hermana hacia el monasterio, Zélie deja de producir por cuenta propia y trabaja bajo las órdenes de la casa Pigache y Mallat. No retomará su autonomía hasta 1863, cuando su esposo se haga cargo de las relaciones con la clientela.

***

Las sendas de las dos hermanas empezaron poco a poco a divergir, sin que se alterara jamás la confiada amistad que las unía. Élise se dirigía, con esfuerzo constante, hacia el claustro. Desde la infancia, con una energía indomable, había apartado de sí hasta la sombra misma del mal. El abuso de ese argumento tajante: «Es pecado», desarrolló en ella una delicadeza que rozaba el temor y degeneraría en escrúpulos.

Aprendió a leer en el Apocalipsis. Cuando acompañaba a su madre a la iglesia, se creía obligada a recorrer su misal sin alzar los ojos, y pasaba así la Misa mayor repitiendo varias veces las oraciones del Ordinario. A su adolescencia le faltó el libre florecimiento de una educación dominada por el amor.

Dos años pasados entre las Damas de la Adoración Perpetua le abrieron los horizontes de la vida religiosa. De buena gana habría partido de inmediato rumbo al mar abierto de la perfección, pero tuvo primero que cumplir su tarea de segunda madre para con su hermano Isidoro. Luego, en 1853, al término de un viaje a París, sufrió su primer ataque de tisis, cuyas secuelas arrastraría siempre. Su ánimo también se vio sacudido. Durante cinco o seis años, la joven fue asaltada por dudas e inquietudes de conciencia que contribuyeron no poco a debilitar su salud. Estaba como reseca. Como por entonces aspiraba a abrazar la austera Regla de las Clarisas, su confesor tuvo la indiscreción de imponerle todo un lujo de penitencias que agotaron sus fuerzas. Parece que, hacia 1856, sufrió una grave recaída pulmonar.

Heroicamente tenaz, superará todos los obstáculos y, libre al fin de las cargas familiares, libre de sus angustias interiores, suficientemente restablecida físicamente, podrá, el 7 de abril de 1858, llamar a la puerta de la Visitación de Le Mans, fijándose a sí misma esta consigna radical:

> «Vengo aquí para ser una santa».

Tenía veintinueve años. Una última prueba, la más terrible, le esperaba. Advertida de los síntomas de tuberculosis que habían aparecido años antes, la superiora le notificó la imposibilidad de conservarla en comunidad. Élise, una vez más, solicitó y obtuvo un milagro. Durante los pocos días de gracia que se le concedieron, puso tal celo en su trabajo de lavandería, tal fervor en la oración, tal aplicación en seguir la Regla, que la madre Teresa de Gonzaga de Freslon se dejó enternecer y la admitió al noviciado entre las «Hermanas asociadas», dispensadas del rezo coral. La Sra. Guérin, que

acudió desde Alençon para llevársela, se vio también desarmada por tanta valentía. La batalla estaba ganada.

Zélie había seguido todas las etapas con fraterna ansiedad. Incomprendida por su madre, se había volcado, con una especie de impetuosidad afectuosa, hacia su hermana, tan atenta y tan buena, que acogía todas sus confidencias. En el sentido estricto del término, eran inseparables. Veinte años más tarde, cuando la Visitandina murió santamente, la Sra. Martin evocará esos recuerdos en una carta a Pauline:

> «¡La quería tanto a mi pobre hermana! No podía estar sin ella. Un día, poco antes de que se fuera al convento, trabajaba en el jardín, pero no estaba conmigo; no pude permanecer sin ella y fui a buscarla. Me dijo: "¿Y cómo harás cuando ya no esté?". Le respondí que también me iría. Y así fue; me fui tres meses después, pero no por el mismo camino»[13].

Fue en el momento de la desgarradora separación de la que era realmente el alma de su alma, cuando a Zélie Guérin se le abrió bruscamente la perspectiva del matrimonio. ¿Lo deseaba realmente o sufría aún, sin saberlo, la atracción del velo y del recogimiento que éste confiere?

De estatura un poco por debajo de la media, el rostro muy bonito y de una expresión completamente pura, el cabello castaño recogido con sobriedad, la nariz larga y de línea armoniosa, los ojos negros chispeantes de decisión, en los que a veces se deslizaba una sombra de melancolía, la joven tenía con qué agradar. Todo en ella era vivacidad, finura, amabilidad. De espíritu vivaz y cultivado, con gran sentido práctico y carácter firme, por encima de todo con una fe intrépida, era una mujer excepcional que no podía pasar desapercibida.

Una dama de la sociedad, que residía en París, quiso llevársela allí y se ofreció a introducirla en el mundo. La propuesta la hizo sonreír. No le gustaba prodigarse. Pero he aquí que la Providencia interviene, por medio de una mujer con carácter, preocupada por casar a su santo hijo, demasiado prendado del celibato.

La esposa del capitán Martin no se resignaba a ver a Louis, que estaba por cumplir los treinta y cinco años, sepultarse en la piadosa soledad de la relojería del Puente Nuevo y del Pabellón. Lo reprendía amistosamente, sin que pareciera inmutarse. En los cursos profesionales que seguía en sus ratos libres para especializarse en cierto tipo de encaje célebre y asegurar ingresos complementarios al hogar, había coincidido con la joven Zélie Guérin y había notado sus sólidas cualidades envueltas en tanto encanto.

¿No era la esposa ideal para su hijo? Se volvió persuasiva y logró quebrar una resistencia que parecía invencible.

Una intervención misteriosa facilitó el acercamiento. Un día, al cruzar Zélie Guérin el puente San Leonardo, se encontró con un joven cuya noble fisonomía, porte reservado y actitud llena de dignidad la impresionaron. En ese mismo instante, una voz interior le murmuró en secreto:

> «Ese es el que te he preparado».

La identidad del joven pronto le fue revelada. Conoció entonces a Louis Martin.

Los dos jóvenes no tardaron en apreciarse y amarse. Su armonía espiritual se estableció tan rápidamente que el compromiso religioso selló pronto su mutuo consentimiento, y tres meses después de su primer encuentro, pudieron unirse ante Dios. El 12 de julio de 1858, a las 22:00, tuvo lugar el matrimonio civil, que para ellos no era más que un odioso contrasentido en los términos y una formalidad vana en la realidad. Dos horas después –es decir, el 13–, intercambiaron su juramento en la espléndida iglesia de Notre-Dame. El P. Hurel, decano de Saint-Léonard, que sin duda había apoyado el proyecto con su autoridad de padre espiritual, recibió el consentimiento de los esposos. La escena tuvo lugar a medianoche, en la más estricta intimidad, como para saborear de la ceremonia sólo el perfume cristiano, quizá también porque las grandes obras de Dios se realizan en el silencio nocturno, y la unión de la que habría de nacer la Santa de Lisieux estaba marcada con el sello de la grandeza.

El edificio de la calle del Puente Nuevo fue acondicionado apresuradamente para recibir el nuevo hogar. Como se trataba de una casa bastante amplia, con entrada independiente, era posible que dos familias vivieran allí con total autonomía, sin perjuicio del espacio reservado al taller de relojería y a la tienda de joyería. Los padres Martin instalaron su apartamento en el piso superior. Zélie trasladó su taller a su nuevo hogar. Viviría cerca de los suyos, separada de la calle Saint-Blaise sólo por un corto tramo de la Gran Calle[14].

OceanofPDF.com

CAPÍTULO III LA VOCACIÓN FAMILIAR

PRELUDIO VIRGINAL — EL LLAMADO DE LA VIDA —
PRIMEROS NACIMIENTOS: MARIE, PAULINE, LÉONIE, HÉLÈNE —
LA SRA. MARTIN, EPISTOLARIO —
AMISTAD FRATERNA CON EL SR. GUÉRIN

La escena de la *Leyenda Dorada* que abre la monografía de la familia Martin es de líneas tan puras que, al contarla, la pluma teme desflorarla.

Hemos visto con qué sentimientos el joven abordaba el matrimonio. Había amado la soltería, no como una garantía de independencia y de egoísta repliegue, sino como una disciplina ascética de vida más liberada de las servidumbres físicas. Si finalmente se había rendido a los argumentos maternos, el fondo místico de su ser conservaba con el ideal monástico unos lazos tenaces. Lo que entrevió de nobleza en el alma de su prometida le hizo concebir la esperanza de sellar con ella, a la manera de la mártir Cecilia y de Valeriano, de los Santos terciarios franciscanos Elceario de Sobrán y Delfina de Glandève, una de esas uniones totalmente fraternales donde, superando el dominio de los sentidos, sólo las almas se funden para dirigirse a Dios con todo el dinamismo de un amor divinamente purificado.

Estudió de cerca el valor teológico de semejante matrimonio, como lo demuestra la siguiente nota, copiada de su puño y letra en aquella época, y encontrada entre sus papeles íntimos:

> «La doctrina de la Iglesia sobre el Sacramento del matrimonio.
>
> El vínculo que constituye este sacramento es independiente de su consumación. Tenemos una prueba evidente de esta verdad en la Virgen María y San José, quienes, aunque estaban realmente casados, conservaron una continencia perpetua. Estos ilustres esposos han tenido después como imitadores a varios santos que, viviendo en el matrimonio como vírgenes, se limitaron a la unión completamente pura del corazón, renunciando de común acuerdo al comercio carnal que les estaba permitido. Estos matrimonios tenían todo lo que era esencial para su validez e incluso tenían la ventaja, sobre los demás, de representar de manera más perfecta la unión casta y espiritual de Jesucristo con su Iglesia».

¿Compartía Zélie Guérin las ideas de su esposo? Desde que tuvo que renunciar a la esperanza de la vida religiosa –sin perder por ello su secreta atracción–, se despertó en ella un poderoso instinto de maternidad. Su única ambición era dar a luz a numerosos hijos y, en el sentido preciso del término, educarlos, es decir, elevarlos hacia Dios[15]. Sin embargo, por

insólito que nos parezca hoy en día, conocía sólo de manera incompleta el misterio de la vida. Los manuales de preparación para el matrimonio brillaban entonces por su ausencia. El problema de la iniciación sexual no estaba en la agenda. Era un tema que se desterraba de las preocupaciones de las casas de enseñanza y que se pretendía prohibir a la curiosidad de los jóvenes, en los ambientes herméticamente cerrados de la burguesía cristiana. La severa formación de los padres Guérin no facilitaba, por este motivo, las confidencias necesarias.

Se comprende, en estas condiciones –hemos conocido ejemplos similares en nuestras abuelas–, que un alma de una limpidez cristalina haya podido llegar al matrimonio sin haber sido previamente advertida de todos los deberes y responsabilidades que comporta.

La revelación completa que se produjo en aquella ocasión provocó en Zélie Guérin como un pudoroso temor de las cosas de la carne y la inclinó a corresponder a las íntimas aspiraciones de su marido. Su hermana Visitandina recibió la confidencia de esta decisión de manera inmediata. El mismo día de sus bodas –porque todo en esta unión estuvo impregnado de piedad–, los dos esposos hicieron el viaje a Le Mans para encomendarse a las oraciones de aquella a quien con gusto llamarían «la santa hija». Esta primera visita al monasterio, inmediatamente después de semejante conmoción psicológica, avivó en la Sra. Martin la nostalgia del claustro y provocó una crisis de lágrimas de la que, diecinueve años más tarde, en una carta a su hija Pauline, habría de confesar en términos conmovedores:

> «Puedo decir que aquel día lloré todas mis lágrimas, más de lo que jamás había llorado en mi vida, y más de lo que había de llorar jamás; la pobre hermana no sabía cómo consolarme.
>
> No era que me apenara verla allí, no, al contrario, sino que yo también hubiera querido estar ahí; comparaba mi vida con la suya y mis lágrimas se multiplicaban. Por mucho tiempo, no tenía en mi mente y en mi corazón sino a la Visitación; solía ir a menudo a ver a mi hermana y allí respiraba un sosiego y una paz que no sabría expresar. Cuando regresaba, me encontraba tan desgraciada de estar en medio del mundo, que hubiera querido esconder mi vida con la suya.
>
> Tú, que tanto amas a tu padre, mi Pauline, vas a pensar que le causaba pena y que se la causé el día de mi boda. Pero no, él me comprendía y me consolaba lo mejor que podía, pues tenía gustos semejantes a los míos; creo, incluso, que nuestro afecto recíproco se vio aumentado, nuestros sentimientos estaban siempre al unísono y siempre fue para mí un consuelo y un apoyo»[16].

En efecto, todos los días los dos esposos apreciaban más el encanto de su ternura espiritualizada. La hermana mayor expresaba su satisfacción. En una carta fechada el 27 de julio de 1858, escribía a su hermana menor:

«Estoy muy contenta de que seas feliz; no sabría expresar a la honorable familia en la que has entrado el reconocimiento que le debo por todas sus atenciones hacia ti».

Aludiendo al «secreto» confiado, se alegraba de ver a Zélie, y a quien desde entonces consideraba «como un hermano», «abrazar un estado tan perfecto».

Antes de que termine este encantador episodio, quizá no será inútil ahondar en las razones profundas. Sin duda, se podría ver en ello un sueño, algo utópico, unido a una desconfianza excesiva hacia todo lo que concierne a los sentidos, e incluso aventurarse a reprochar los sistemas de educación incompletos de aquella época. ¿No es más sabio, pensando en el prodigio de santidad que brotará de semejante unión, subrayar la conveniencia sobrenatural de este conmovedor preludio[17]?

El matrimonio tiene una finalidad personal: la plena realización de los esposos que se ayudan mutuamente a cumplir su destino en la unidad de la sociedad familiar. ¿Qué hay más poderoso para alcanzarlo que la etapa recorrida de a dos en las cumbres de la continencia, esa ascensión donde las almas más libres realizan intensamente su comunión moral? El matrimonio tiene una finalidad social: el aporte a la colectividad nacional de esas energías antes individualizadas, hoy multiplicadas por su entrelazamiento y, además y sobre todo –es su fin esencial que domina y prima sobre todos los demás–, el don de la vida, el cuidado del niño, la formación del hombre. ¿Qué noviciado más eficaz en este sentido que este tiempo de recogimiento, oración y sacrificio en que el espíritu refrena el instinto y lo mantiene en suspenso?

No, la resolución de los esposos Martin no fue el falso inicio de un idílico impulso. Fue la preparación providencial de una estirpe santa entre todas. Dios, que hizo nacer a su Hijo en tierra virginal, quiso confiar a Teresa del Niño Jesús únicamente a unos padres capaces de comprender, por haberlo practicado, el esplendor de la virginidad.

***

Después de diez meses de vida en común, la oportuna intervención de un confesor llevó al Sr. y a la Sra. Martin a modificar sus puntos de vista y a realizar de otro modo los designios del cielo respecto a ellos. Su concepción del matrimonio se amplió. Comprendieron que, según las palabras del P. Sertillanges, «la carne, puesta en su lugar, no ofende al espíritu, sino que le sirve». Las repugnancias primitivas dieron paso a la plena comprensión de

la obra de vida, en la que la teología católica ve no sólo el medio divinamente ordenado para perpetuar la raza y poblar el cielo de elegidos, sino también el símbolo concreto de la unidad conyugal, la expresión acabada del amor sin reservas que une a los cónyuges entre sí; en una palabra, el signo sensible del don total que se hacen de todo su ser para «ayudarse a ascender a Dios», como dice hermosamente San Francisco de Sales[18].

Lo que, por encima de todo, decidió a los esposos a interrumpir su santa experiencia fue la ambición de dar hijos e hijas al Señor. ¿Acaso no podrían revivir la visión del convento y del altar que había encantado su juventud, en una posteridad formada por sus propias manos para el servicio de Dios? ¡Qué alegre revancha sería un destino así! Los hijos, prenda y fruto de su amor, encarnación viva y síntesis de sus rasgos, objeto por fin de su común entrega, tomando su lugar para consagrarse al Altísimo y ofrecer a su matrimonio una prolongación sacerdotal y religiosa. La perspectiva era exultante, capaz de hacer vibrar esos corazones cristianos. Los reconciliaba, nos atrevemos a decir, con las mil servidumbres materiales de la vida conyugal.

¿No es acaso esta magnífica rectificación de sentimientos la que se adivina al final de la carta ya citada, en la conclusión de las confidencias hechas a Pauline?

> «Cuando tuvimos a nuestros hijos, nuestras ideas cambiaron un poco; ya no vivíamos más que para ellos, eran toda nuestra felicidad y nunca la encontramos sino en ellos. Al final, nada nos costaba más; el mundo ya no nos pesaba. Para mí, fue la gran compensación, por eso deseaba tener muchos, para criarlos para el Cielo».

El Sr. y la Sra. Martin han descubierto desde ahora en el corazón mismo del sacramento su centro de equilibrio y su fuente de perfección. Los deseos de evasión hacia una condición más alta se desvanecerán poco a poco. No es *a pesar* del matrimonio, sino *en* y *por* el matrimonio que se santificarán, ofreciendo, a un nivel más accesible que el que vislumbraron al principio, un ejemplo no menos heroico. Probarán que el matrimonio no es el cabo de tormentas donde naufragan la entrega y el deseo de santidad, sino el punto de partida de una ascensión más ardiente porque se realiza de a dos. La naturaleza, sometida al ritmo de la gracia, lejos de frenar su impulso, le da mayor empuje. El hecho de que el pecado original haya perturbado la armonía del plan divino no nos obliga a ver todo negro en la obra del Creador. Mutilado y caído cuando el egoísmo lo esteriliza, el hogar se

ennoblece cuando se alinea con el orden de Dios. La responsabilidad familiar se eleva a la altura de una vocación.

El Sr. y la Sra. Martin están ahora preparados para «la gran travesía». Al atardecer de las duras jornadas de trabajo, sus pensamientos, sus conversaciones, sus oraciones se orientan por completo hacia el pequeño ser que va a llegar. La madre se recoge aún más; vive espontáneamente el programa que Mons. Gay trazaba entonces a las damas cristianas:

> «Sería necesario, y sobre todo en los meses que preceden más de cerca al nacimiento, que la joven madre mantuviese su alma como bañada en Dios, de quien contiene, de quien alimenta ya la obra, la imagen, el bien, el niño. Sería necesario que no fuese para su fruto más que un templo, un santuario, un altar, y como un tabernáculo; que tuviese finalmente, si se puede decir así, la vida de un sacramento vivo, de un sacramento en acto, sumergiéndose en el seno de ese Dios que realmente la instituye entonces y la consagra, para sacar de allí las energías, las claridades, las bellezas naturales y sobrenaturales que quiere, y precisamente por ella, comunicar al niño que lleva dentro de sí y que va a nacer».

En la vida de nuestros dos esposos, el giro decisivo está tomado. Conocerán la fase alegre jalonada por cuatro cunas; la fase laboriosa: cinco nuevos nacimientos; seis duelos; tribulaciones mezcladas con sonrisas; la fase dolorosa: el calvario; y el sacrificio sublime de los padres, para culminar en la fase gloriosa, el día en que, última conquista de su amor, Teresa llevará su nombre a los altares.

***

Es el 22 de febrero de 1860 cuando la Sra. Martin conoció el orgullo de ser madre. Todavía se estremecía al recordarlo cuando, siete años después, para alentar a su joven cuñada, evocaba el acontecimiento:

> «¿No será eso que me confías una esperanza de ser mamá? Esas son las pequeñas preocupaciones que van a llegar, pero en medio de todo eso, también hay muchas alegrías. Supe por mi padre que habías estado enferma; estuve como tú con mi primera hijita, creía que todo estaba perdido, ¡y lloré, yo que deseaba tanto un hijo! Pero eso no impidió que la pequeña llegara muy bien a su término, y era muy fuerte»[19].

Durante la ansiosa espera, se habían preparado meticulosamente, como saben hacer los jóvenes esposos, las futuras tradiciones del hogar, el código o, si se quiere, el ritual cristiano de los nacimientos. La Reina del cielo tendría el patrocinio de la primogénita; daría también su nombre a todos los demás hijos sin distinción de sexo, aunque, para el buen orden, habría que

designarlos bajo el nombre del patrono secundario. El primer varón estaría bajo la protección de San José. Fuera de estas reglas generales, se adoptaría por deferencia el nombre del padrino o de la madrina. Esta ley, guardada escrupulosamente, impuso al Sr. Martin el sacrificio del nombre Yvonne que, en recuerdo de su querida Bretaña, hubiera querido dar a una de sus hijas.

El bautismo tendría lugar el mismo día del nacimiento, a más tardar al día siguiente, conforme a las leyes de la Iglesia que quieren apartar de los recién nacidos el riesgo de morir sin la esperanza del cielo, también por el deseo de los padres de ver a su hijo convertirse lo antes posible en hijo de Dios.

Cuando el Sr. Martin se presentó, con su hija mayor Marie Louise, en el baptisterio de la antigua iglesia de San Pedro de Montsort, el vicario quedó impresionado por la expresión radiante de su rostro.

«Es la primera vez que me ve usted aquí por un bautismo, exclamó el feliz padre, ¡pero no será la última!».

De hecho, el 8 de diciembre siguiente, la madre, recordando la gracia obtenida nueve años antes en ese mismo día, se dirigió a la Virgen Inmaculada para solicitar el don de un segundo nacimiento. El 7 de septiembre de 1861, Marie Pauline vino al mundo. Luego, el 3 de junio de 1863, nació Marie-Léonie, bautizada al día siguiente, que resultó ser la solemnidad del Santísimo Sacramento. Con ella comenzaron las inquietudes maternas. Era una rubiecita de ojos azules, muy frágil de constitución y que contrastaba claramente con sus predecesoras, ardientes niñas morenas y llenas de vida.

En las cartas de la Sra. Martín se adivina la embriaguez de los primeros abrazos, las miradas inclinadas espiando los pequeños gestos, los balbuceos que se comentan sin cesar entre los padres, por la noche, bajo la lámpara. Ya se perciben las angustias de la madre-enfermera. En cuanto a los dolores de parto, no le causan ninguna aprensión. Si bien se preocupa por los demás, puede decir, con toda sinceridad, que «cuando es su turno, simplemente ni lo piensa». Pero ver a esas pequeñas criaturas sacudidas por el sufrimiento, oscilando entre la vida y la muerte, es una tortura a la que nunca podrá acostumbrarse.

«También fui muy feliz –escribe– cuando crié a mi primera hija, tenía tan buena salud. Estaba demasiado orgullosa, pero Dios no quiso que eso durara; todos los demás hijos que tuve después

fueron difíciles de criar y me dieron muchas preocupaciones»[20].

«La pequeña Léonie tiene ya más de nueve meses y ni de lejos se sostiene en pie, como Marie lo hacía a los tres meses. Esta pobre niña es muy débil; tiene una especie de tos ferina crónica, aunque menos fuerte, gracias a Dios, que la que tuvo Pauline, porque no la superaría, y Dios sólo nos da lo que podemos soportar»[21].

Cuando Marie Hélène vea la luz, el 13 de octubre de 1864, la madre ya no podrá disfrutar –como tanto le gustaba– de alimentarla ella misma, al menos en parte. Su salud conocía periodos de debilitamiento. Pronto aparecerán los primeros síntomas del mal que un día acabará con ella. Habrá que confiar a la niña a otra persona. Cruel dilema. El Sr. Martin, en este asunto, era particularmente exigente. Consideraba que, en la elección de las nodrizas, la investigación debía enfocarse tanto en la moral como en las condiciones de higiene física. ¿Acaso el alma del niño no es como una placa sensible de extremada impresión, donde las primeras huellas se graban para toda la vida de manera indeleble?

Las visitas a la niña contarán en adelante entre las horas deliciosas en las que la madre saboreará el éxtasis de su maternidad. Es necesario leer el relato en sus cartas a su hermano.

«Fui a ver, el martes pasado, a mi pequeña Hélène. Salí sola a las 7 de la mañana, bajo la lluvia y el viento, que me acompañaron tanto a la ida como a la vuelta. Imagina mi cansancio por el camino, pero me sostenía la idea de que pronto tendría en mis brazos al objeto de mi amor. Mi pequeña Hélène es un pequeño tesoro, es hermosa hasta el arrebato»[22].

«No recuerdo haber experimentado nunca una sacudida de felicidad como en el momento en que la tomé en mis brazos, y cuando me sonrió tan graciosamente que creí ver a un ángel; en fin, es algo inexpresable para mí; creo que nunca se ha visto y jamás se verá a una niña tan encantadora. Mi pequeña Hélène, ¿cuándo tendré la dicha de tenerla completamente conmigo? No puedo creer que tengo el honor de ser la madre de una criatura tan deliciosa... ¡Oh!, no me arrepiento de haberme casado. Si hubieras visto hoy a las dos mayores, tan bien arregladitas; todo el mundo las admiraba y no podían apartar la vista de ellas. Y yo estaba allí radiante, me decía: “¡Son mías! Aún tengo otras dos que no están aquí, una bonita y otra menos bonita que amo tanto como a las demás, pero ella no me dará tanto orgullo”»[23].

Las últimas palabras aludían a Léonie, cuyo carácter difícil ya inquietaba a la madre y que, sin embargo, desmentiría el pronóstico con un magnífico cambio, ennobleciendo también con sus virtudes la corona materna.

Esta profesión de fe, que iguala en sinceridad y emoción, si no en valor artístico, a las mejores páginas de Víctor Hugo, revela el desprecio que la Sra. Martin habría tenido por la mujer-muñeca que teme las deformaciones y cuida su cutis y figura. ¡Cómo habría sonreído del apartamento-joya donde todo gira en torno al heredero único, a la vez ídolo y tirano! Un día que le contaron la sorprendente noticia de que una mujer de la región acababa de dar a luz a tres hijos, exclamó: «¡Oh! ¡feliz madre!... ¡si al menos tuviera gemelos! Pero nunca conoceré esa dicha».

Lo que amaba por encima de todo era la ronda de los moisés, los vagidos de los recién nacidos, el encantador despertar de esos niños que se agitan, balbucean y juegan a su alrededor, sin dejarle un momento de respiro, cubriéndola de preguntas, devorándola a besos.

Su correspondencia se llena de palabras encantadoras y gestos ingenuos que, para ella, valen más que el descubrimiento de un mundo. Isidoro Guérin se interesa con avidez por todo lo relacionado con Pauline, su ahijada. La carta del 12 de enero de 1863 se la describe:

> «No sabes cuán encantadora y cariñosa es. Te besa sin que se lo digas, a cada instante; envía besos al buen Jesús; no habla, pero comprende todo; en fin, es un fénix».

Más tarde vendrán las reflexiones divertidas. En plena celebración del Viernes Santo, la pequeña levantó una pequeña Visitandina de papel que le habían regalado y exclamó con todas sus fuerzas: «¡Es mi tía!».

Con un retrato de su tío en la mano, se burló de su hermana mayor sobre una cuestión de estética.

> «Ahí está mi padrino, mi padrino es guapo; mira, Marie, tiene pelo en la cabeza y el tuyo no»[24].
>
> «¿Crees –subraya en otro lugar la feliz madre– que ya le gusta arreglarse? Cuando le dicen que va a salir a pasear, corre rápidamente al armario donde está su vestido más bonito y extiende su carita diciendo: “Lávame”. Me parece todo eso maravilloso, como si no fuera del todo natural...»[25].

Para esta madre, que nunca regateó con la vida, la maternidad no es un fardo que se teme, ni un mal menor que se soporta. Es un renacimiento, una plenitud, una transfiguración. La obra maestra de la mujer es el hijo.

***

Sobre este capítulo, la Sra. Martin nos dejó algo mejor que una obra literaria: un documento humano, la admirable correspondencia en la que,

día tras día, entrega sus impresiones, sus proyectos y sus sueños. Se trata de doscientas diecisiete cartas que la piedad filial ha recogido cuidadosamente y que abarcan desde enero de 1863 hasta el 16 de agosto de 1877.

Es el espíritu de familia lo que, únicamente, las ha dictado. Vivían separados de Isidoro Guérin, retenido primero en París, por sus estudios, y luego en Lisieux, por su farmacia; de «la santa de Le Mans », encerrada en su claustro; más tarde, de Marie y Pauline, alumnas internas en la Visitación. Había que transmitirles algunas «chispas del hogar». Al ser el papá, como todos los hombres, muy perezoso para escribir –su mujer, en ocasiones, le reprochaba esto, pero en vano–, la mamá tomaba la pluma, lo que explica que, durante todo este periodo, su personalidad aparezca en nuestro relato con gran relieve, relegando un poco a segundo plano la no menos fecunda actividad del Sr. Martin y su papel capital en la dirección de la casa.

Este conjunto epistolar presenta algunas lagunas. Hemos perdido las cartas que preparaban a Marie para su primera comunión, las que trataban sobre la muerte del pequeño Marie Joseph Louis y, por último –y es la desaparición más lamentable–, toda la correspondencia dirigida a la hermana mayor.

Élise Guérin había obtenido, gracias a su heroico coraje, su admisión a la toma de hábito. El 24 de febrero de 1859 había tomado el hábito bajo el nombre de Sor María Dositea. Había de pronunciar sus votos el 12 de marzo de 1860 y ejercer luego, durante seis años, con magnífica puntualidad y dedicación, la función de asistente del noviciado. En el convento, como en el mundo, continuó siendo para su hermana menor más que una hermana, una amiga. Zélie se confiaba a ella con total sencillez. Con los años, la intimidad alcanzaría su máxima expresión.

Sería de una esencia completamente espiritual, si hemos de juzgar por esta alusión deslizada como jugando, en un tono miserable, casi bromista, en una nota de la Sra. Martin a su hermano:

> «Ya no sé qué decirte. Sin embargo, si vieras la carta que he escrito a mi hermana de Le Mans, estarías celoso, tiene cinco páginas. Pero a ella le digo cosas que no te digo a ti. Hablamos de un mundo misterioso, angélico; ¡a ti hay que hablarte del barro de la tierra…!»[26].

¡Ay! La Visitandina nunca transigía con el sacrificio entrevisto. Debió haber arrojado al fuego la preciosa colección, pues no se ha descubierto rastro alguno; y no podemos menos que lamentar un desprendimiento tan

radical, que nos priva de una documentación única sobre la vida interior de la mamá de Teresa.

Sea como fuere, con esas lagunas, la correspondencia de la Sra. Martin constituye un tesoro inestimable. No discutamos su valor literario. Escritas apresuradamente los domingos, al correr de la pluma, sin tachaduras, por una mujer exhausta de cansancio, al término de aplastantes semanas de trabajo, estas cartas carecen totalmente de pretensiones. Nunca buscan ser una obra de arte. Incluso desde este punto de vista, sin embargo, no carecen de cierto mérito. A menudo realzadas por una auténtica felicidad de expresión, tienen movimiento, llama, vida. Por momentos hacen presentir la mano de la santa del Carmelo, con su estilo fluido, su don de imágenes, su elegante precisión y esa melancolía sobrenatural donde canta la queja de la desterrada.

Estas misivas valen por otra cosa: por la frescura y finura de las anécdotas, por su encantadora espontaneidad y la facilidad en el abandono, por el acento de ingenua ternura y la ardiente sensibilidad; en resumen, por una especie de facilidad muy femenina para traducir en lo concreto y diario de la vida familiar los sentimientos más delicados.

La silueta de la madre cristiana se dibuja allí en toda su nobleza, amable, jovial, práctica, incansable, enemiga del diletantismo y de la complicación, confesando humildemente sus impaciencias y temores, con los pies firmemente plantados sobre la tierra y la mirada fija en Dios, creyente sin mojigatería, fervorosa sin iluminismo, sobre todo buena, infinitamente amorosa y abnegada, sin que nunca degenere en debilidad. El espíritu de fe, en todas partes latente, sólo emerge con una hermosa discreción, como una corriente subterránea que espera, para brotar y saltar, un movimiento propicio del terreno. Si es necesario, en alguna ocasión, administrar a Isidoro una tanda de varazos, lo hace con mano experta y sin palabras melosas. Nada del temblor almibarado que vuelve tan insoportables las cartas de las falsas devotas. Nada de esa voluntad de edificar que, según la bonita expresión de Teresa, convierte ciertas relaciones epistolares en «un intercambio de moneda falsa». Es ya la *Historia de un Alma* o, mejor dicho, es el *Retrato de un Hogar*.

***

Las cartas a su hermano son quizás las más sugestivas del estilo de la Sra. Martin. Zélie era para él la hermana querida con la que bromeaba y discutía

con gusto. Entre ellos reinaba el régimen de la amistad más sincera y del hablar franco más absoluto. Les complacía decirse las verdades, aunque eso los llevara a amarse doblemente después de la discusión. Este será el encanto de una correspondencia que ha podido ser comparada, por su tono de frescura y ternura fraterna, a las cartas de Louis Veuillot a su hermana Élise.

Cuando la mayor, convertida en monja, deba espaciar sus comunicaciones con la familia, es la menor quien se arroga el derecho de moralizar un tanto a Isidoro. Bien lo necesita. El corazón es generoso y leal, pero la piedad es superficial, el espíritu voluble y el carácter aún infantil. Le gusta el mundo, donde su vivacidad podría procurarle rápidamente ciertos éxitos. Tras cortejar un tiempo la carrera médica, acabó dejándose tentar, para gran decepción de los suyos, por el demonio de la química. Sus estudios en la Escuela de Farmacia lo retienen en los ambientes escépticos y mundanos de la capital, que no carecen de peligros para sus apenas veintidós años. El 1 de enero de 1863, la Sra. Martin le envía un mensaje alarmado:

> «Te deseo un buen año, deseo de todo corazón que tengas éxito en tus empresas y estoy segura de que lo tendrás si lo deseas; eso depende sólo de ti. El buen Dios protege a todos los que confían en Él, nunca ha abandonado a nadie.
>
> Cuando pienso en lo que el buen Dios, en quien he puesto toda mi confianza y a quien he confiado el cuidado de mis asuntos, ha hecho por mí y por mi esposo, no puedo dudar de que su divina Providencia vela con un cuidado especial por sus hijos».

Tras haber alegado la experiencia de su esposo, que afrontó victoriosamente un peligro similar, concluye con estos consejos apremiantes:

> «Te lo ruego, querido Isidoro, haz como él, reza, y no te dejarás arrastrar por la corriente. Si sucumbes una vez, estás perdido. Sólo el primer paso cuesta, tanto en la vía del mal como en la del bien; después, te arrastrará la corriente.
>
> Si consintieras tan sólo en hacer algo que voy a decirte y quisieras darme como regalo de Año Nuevo, yo sería más feliz que si me enviaras todo París. Aquí va: vives muy cerca de *Nuestra Señora de las Victorias*. Pues bien, entra allí sólo una vez al día para rezar un *Ave Maria* a la Santísima Virgen. Verás que te protegerá de manera muy especial y que te hará triunfar en este mundo para concederte luego una eternidad de felicidad. Lo que te digo no es por una piedad exagerada y sin fundamento, tengo motivos para confiar en la Santísima Virgen: he recibido de Ella favores que sólo yo conozco.
>
> Bien sabes que la vida no es larga. Tú y yo pronto llegaremos al final y nos alegraremos de haber vivido de manera que no amargue nuestra última hora.
>
> Ahora, si tienes mal corazón, te burlarás de mí; si no lo tienes, dirás que tengo razón».

Isidore Guérin no tenía mal corazón. Tal vez se burló un poco de la elocuencia aguafiestas de su predicadora, pero acogió con amabilidad sus exhortaciones. Y con más alegría aún recibió «los patés de oca y los tarros de mermelada» que atenuaban la severidad de las reprimendas. Desde la muerte de su madre, era Zélie quien lo colmaba de golosinas y dulzuras de todo tipo. Como respuesta, a cada requerimiento, iba a encender un cirio a *Nuestra Señora de las Victorias*.

Sus éxitos en los exámenes son celebrados en Alençon con lágrimas de alegría. La Sra. Martin, que ha movilizado en su favor las oraciones de las Clarisas, se atribuye una parte del triunfo. Lo festejan en el almuerzo familiar. Tienen prisa por ver de regreso al afortunado laureado:

> «Ven pronto, si puedes, como tenías pensado; nos divertiremos juntos, discutiremos un poco, como de costumbre, pero será una distracción, un pequeño pasatiempo»[27].

¡Y resulta que ahora a Isidoro se le ocurre casarse con una joven de cualidades más aparentes que reales y que encima ni siquiera le hace caso! Un hecho de crónica *alençonense* le brinda ocasión de reflexionar sobre la fragilidad de la felicidad humana. Lo citaremos *in extenso*. El ejemplo permitirá apreciar en la narradora la solidez de la fe y la vivacidad de su pluma:

> «No sé si conociste al Sr. Ch..., que tenía el gran molino y estaba casado con una hermana de la Sra. L... Pues bien, el Sr. Ch... y su esposa estaban construyendo una magnífica casa, justo enfrente del Café *de la Renaissance*; esta casa les hacía ilusión por adelantado: debían habitarla por San Juan y no dejarla sino tras su muerte. La señora, en especial, sentía una alegría tan grande por vivir allí, que decía a todo el mundo: “¡Dios mío! ¡Oh, qué feliz soy! No me falta nada. Tengo salud, tengo fortuna, obtengo todo lo que deseo; no tengo hijos que perturben mi tranquilidad; en fin, no conozco a nadie que viva tan cómoda como yo”. Siempre he oído decir: “¡Desgraciado, tres veces desgraciado quien pueda sostener semejante lenguaje!”. Y, querido amigo, estoy tan convencida de lo que te digo, que, en ciertas épocas de mi vida, cuando me he dicho que era feliz, no podía pensarlo sin temblar, porque es seguro y está comprobado por la experiencia que la felicidad no está en la tierra... No, la felicidad no se encuentra aquí abajo y es mala señal cuando todo prospera. Dios lo ha querido así en su sabiduría para hacernos recordar que la tierra no es nuestra verdadera patria.
>
> En fin, volvamos a nuestra historia:
>
> El Sr. y la Sra. Ch... fueron alrededor de las seis de la tarde del sábado a visitar su espléndida casa y a pasar la velada con sus familiares en el Café *de la Renaissance*. Hacia las ocho y media, el

señor le dice a la señora: “Tengo que poner una carta en el correo y ya es tarde, ven conmigo”. Parten enseguida y se dicen al regresar: “Para ir más rápido, tomemos un atajo atravesando nuestro jardín”. Su jardín daba efectivamente a ese lugar, para desembocar justo frente al café donde los esperaban. Pero al final del jardín, una fosa estaba en construcción y había que pasar por unas tablas. Como no se veía muy claro, el señor se acerca demasiado y cae dentro; la señora cae después y arrastra una piedra que mata a su esposo en el acto; ella pide auxilio, sus gritos son oídos. Estaba gravemente herida; la llevan a casa de su hermana y expira diez minutos después.

Hacia las nueve y media, oigo numerosos pasos frente a la casa y se hablaba en voz alta. Miro; llevaban los dos cadáveres en camillas. ¡He aquí la lamentable historia de esta pareja tan feliz…!»[28].

La imagen macabra que cierra el relato no logra corregir las frívolas ideas de Isidoro. Sigue soñando con una unión brillante. La Sra. Martin lo preferiría «cura» y sacrificaría «toda su parte de herencia» para lograrlo. Debe admitir que su deseo es quimérico.

«Eso nunca sucederá. En fin, se han visto milagros así de grandes, pero no mayores».

En cuanto a la unión ansiada, es una apuesta. La hermana se enfada de verdad, y aprovecha para trazar del ideal de esposa un esbozo donde, sin saberlo, se define a sí misma rasgo por rasgo.

«¿Me parece que sigues pensando en la Srta. X? Creo que estás loco... Tengo una idea fija. Te romperás el cuello, sea con ella o con otras, porque sólo consideras cosas fútiles: la belleza, la fortuna, sin preocuparte de las cualidades que hacen la felicidad de un marido, o de los defectos que causan su desolación y su ruina. Sabes bien que no todo lo que brilla es oro; lo principal es buscar una buena ama de casa, que no tema ensuciarse las manos trabajando y que ame el arreglo personal sólo como debe ser amado, que sepa educar a sus hijos en el trabajo y la piedad. Una mujer así te asustaría; no es lo bastante brillante a los ojos del mundo, pero la gente sensata la preferiría, aunque no tuviera nada, a otra con cincuenta mil francos de dote, pero carente de esas cualidades; en fin, hablaremos de esto más tarde»[29].

La advertencia hubiera sido sin duda vana si la Providencia no hubiera intervenido con una oportuna distracción. En 1865, tras un internado en el hospital de Bicêtre, Isidoro pensaba en establecerse. Negoció la compra de la farmacia Fournet en Lisieux.

Al principio, su hermana se entristeció. Lo habría querido cerca de ella en Alençon o, incluso, en Le Mans, cerca de la «santa hija». ¡Más de

trescientos kilómetros de distancia...! Era un obstáculo infranqueable, dado que estaba sobrecargada de encargos y con cuatro niños a cuestas.

«Entonces, te digo adiós para siempre, recién nos veremos en el otro mundo, porque jamás en mi pobre vida, que creo no será de larga duración, tendré tiempo de ir a verte... Miraré tu retrato, lo que es un consuelo bien pobre. En fin, no dejes que eso te haga tomar un mal camino, tienes que establecerte donde creas que puedas crearte una buena situación»[30].

La solución se reveló de una elegancia completamente sobrenatural. El Sr. Guérin encontró de golpe «el negocio y la chica». El 10 de mayo de 1866, se estableció en Lisieux, en un vasto edificio en la esquina de la plaza Saint-Pierre y la Grand-Rue (hoy plaza Thiers y calle Henry-Chéron), en un lugar de paso donde, desde 1550 –una lista auténtica lo certifica–, se sucedía una ininterrumpida línea de boticarios y farmacéuticos. El 11 de septiembre de 1866 se casó con la hija menor de la casa, Céline Fournet.

La joven, emparentada con la alta burguesía de la región, reunía, en un delicioso equilibrio, dulzura y piedad, un asombroso juicio maduro y un equilibrio moral que resaltaba aún más por la gracia de sus diecinueve años. De inmediato ejerció sobre su marido una influencia decisiva: le ayudó a desarrollar y disciplinar en sí las aún inexploradas riquezas de una naturaleza opulenta y contribuyó no poco a hacer de él el cristiano ejemplar y militante que desempeñaría en Lisieux un papel de primer orden.

La Sra. Martin, retenida por la inminencia de un quinto nacimiento, no pudo asistir a la boda. Se desquitó organizando para los nuevos esposos una entusiasta recepción. Las cualidades de su joven cuñada la cautivaron por completo. No cesaba de elogiarla. ¡Ahora, su Isidoro estaba en buenas manos! Ya no tendría que reprenderlo. A lo sumo, como broma y para no perder las viejas costumbres, le lanzaría de vez en cuando alguna pulla envuelta en buen humor. Por el momento, sólo tenía una preocupación: extender al nuevo hogar las relaciones de cálida intimidad que la unían a su hermano. Así se lo escribió el 18 de noviembre de 1866:

«Me duele que sigas pensando en las pequeñas disputas que hemos tenido. Todo eso no es nada, hace mucho que lo he olvidado. Te conozco desde hace mucho y sé que me quieres y que tienes buen corazón. Si necesitara de ti, estoy segura de que no me fallarías. Nuestra amistad es sincera; no consiste en bellas palabras, es cierto, pero no por eso es menos sólida y está construida sobre piedra; ni el tiempo, ni los hombres, ni siquiera la muerte la destruirán jamás.

El matrimonio no debe crear distancia entre los corazones y estoy muy convencida de que tu afecto por mí sigue siendo el mismo.

En cuanto al mío, se ha duplicado, te quiero mucho como siempre y a mi pequeña cuñada tanto como a ti. No sabes cuánto me alegra pensar que has hecho tan buena elección. Antes de tu

matrimonio, ya te lo había dicho muchas veces, estaba muy preocupada por tu futuro; ahora creo que tu felicidad está asegurada. Pienso, como repite nuestra querida hermana de Le Mans, que “siempre has tenido suerte y que el buen Dios te ha protegido visiblemente”».

Entre las dos familias, los lazos se estrecharon cada vez más; se estableció una correspondencia regular, que acercaría las almas y reviviría, de uno y otro lado, mil escenas de la vida común. Estas páginas, donde pasará la película del hogar, constituirán, para los capítulos siguientes, una documentación inigualable.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV GRANDEZA Y SERVIDUMBRES FAMILIARES

EL TRABAJO PROFESIONAL —
PRIMEROS SÍNTOMAS DE LA ENFERMEDAD DE LA SEÑORA MARTIN —
NACIMIENTO Y MUERTE DE MARIE JOSEPH LOUIS
Y DE MARIE JOSEPH JEAN BAUTISTA —
ENFERMEDAD Y MUERTE DEL SEÑOR GUÉRIN PADRE —
ENFERMEDAD DE LA VISITANDINA — NACIMIENTO DE CÉLINE —
MUERTE DE HÉLÈNE

Cuando no se tiene miedo a la cuna, se debe amar el trabajo. Enfrentar alegremente el deber conyugal es entregarse a múltiples preocupaciones, a largas jornadas de labor, en una época en la que todas las condiciones de la vida social están concebidas y organizadas a la mezquina medida del individuo. Con una ligereza aterradora para quien se detenga a reflexionar, la Francia del siglo XIX, «la Francia eterna» de los poetas y de los discursos oficiales, se instalaba cómodamente en una política de des-natalidad, como si hubiera renunciado a perpetuarse. Aceptar la familia numerosa era, en tal clima, una vocación al heroísmo.

El Sr. y la Sra. Martin no retroceden ante esta perspectiva. A decir verdad, si la dificultad existe, no les plantea problema. No han leído a Malthus. Todavía no se habla de Ogino. Han podido realizar por un tiempo el esplendor de una unión santificada por la continencia voluntaria. No se les ocurre defraudar a la naturaleza ni atentar contra el plan divino. Los hijos nacen: se los recibe como una bendición del cielo y, en razón del mandato recibido, se las ingenian para alimentarlos, vestirlos, educarlos y dotarlos. Dios, que impone la carga, dará también los medios.

Por lo demás, se trabaja arduamente. La tienda de orfebrería está más surtida que nunca. Los clientes serios aprecian a este comerciante afable y de legendaria probidad, que no violaría por nada del mundo el descanso dominical. En las otras joyerías, es el domingo cuando reina la mayor animación, cuando las ventas alcanzan su punto álgido. Los campesinos bajan a Alençon para hacer sus compras y preparar bodas y regalos de Año Nuevo. Entran de buen grado, en la calle del Puente Nuevo, en el gran almacén del *Gagne-petit*, para luego dirigirse instintivamente a la relojería situada justo enfrente. Allí se encuentran con la puerta cerrada. Se impacientan en vano. La consigna es inviolable: si les place, que vayan a

comprar colgantes, relojes y joyas a otro sitio. Aquí se les responde con la frase de Juana de Arco, ligeramente modificada: Es el día del Señor: «*Sólo* el Señor es servido».

Los amigos del Sr. Martin creen que exagera. No se debe despreciar tanto las leyes de la competencia. Su casa tiene una entrada particular. Que el buen hombre abra en el pasillo una puerta lateral que se abra discretamente para los clientes distinguidos: así protegería sus intereses y, al mismo, tiempo salvaría las apariencias. Responde sin rodeos que prefiere perder algunas buenas ocasiones y atraer sobre los suyos la protección de lo Alto. Su confesor, probablemente presionado por algún amigo íntimo e impresionado por los argumentos presentados, insiste a su vez para que, al menos durante la mañana, se abra el comercio. No tiene más éxito y no puede sino admirar esa intransigente fidelidad al mandamiento.

La Sra. Martin, por su parte, lleva hábilmente su negocio de Punto de Alençon. Se trata aquí, tanto para ella como para sus obreras, que, cada jueves, traen su «pieza», de una industria casera perfectamente compatible con las obligaciones familiares. No la habría aceptado de otro modo, considerando que el lugar de la madre está siempre en el hogar y que, cuando la madre se ausenta, ya no hay nido ni aves.

El apoyo del Sr. Martin, especialmente a partir del año 1863, cuando parece que su esposa comienza a trabajar por cuenta propia, permite una rápida expansión de la clientela. No le gusta la correspondencia comercial, pero de buena gana actúa como contable. Con frecuencia viaja a París, donde trata con los vendedores, compra las materias primas, toma los pedidos y realiza las entregas de precios.

Los gustos del contemplativo no han perjudicado en él al sentido práctico del hombre de negocios; tiene éxitos que asombran a su esposa. El artista que siempre ha sido ha captado rápidamente el alma del encaje. Este trabajo de delicadeza y paciencia no está tan alejado del de la relojería. También aquí se mueve uno entre lo infinitamente pequeño. Se encargará de elegir los modelos, de componer los diseños. Incluso se reserva, en sus momentos de ocio, la operación del «picado», que consiste en perforar los trazos sobre un pergamino previamente teñido de verde para atenuar la fatiga visual. Esta tarea, que se realiza sobre un cojín con una aguja de montura especial que permite perforar el pergamino sin desgarrarlo, es de aquellas que requieren buen ojo y mano firme. No es sin razón, como se ve, que el papel

con membrete comercial lleva escrito «Louis Martin. Fabricante de Punto de Alençon».

No obstante, la esposa lleva la parte preponderante. En la temporada baja, se preocupa por su personal. Cuando los pedidos se multiplican –y se trata siempre, en esta clientela de lujo, de contratos a corto plazo– ya no cuenta las ventas.

> «Es ese pícaro Punto de Alençon el que me hace la vida imposible –suspira–; cuando tengo demasiados pedidos, soy una esclava del peor de los esclavismos; cuando no van bien las cosas y me veo con veinte mil francos de mercancía en las manos, a precio de costo, y con unas obreras que me ha costado tanto conseguir que hay que enviarlas a otros fabricantes, es como para preocuparse, ¡también tengo pesadillas! En fin, ¿qué hacer? Hay que resignarse y afrontar la situación lo más valientemente posible»[31].

El Sr. Martin muestra aún más filosofía. Su única preocupación consiste en evitar cualquier deuda, en pagar al contado las facturas. Considera como un crimen antisocial el retraso de los pagos en perjuicio de los trabajadores y proveedores, cuyo crédito es limitado y a quienes tales prácticas abocan al desastre. Sus hijas testimoniarán un día que citaba con frecuencia y había adoptado como lema esta frase que Tobías dirigía a su hijo:

> «Cuando un hombre haya trabajado para ti, págale enseguida su salario y que el salario del jornalero no permanezca ni un instante contigo».

Como apoyo, contaba la lamentable historia de una modista cuyo trabajo diario era el único medio de subsistencia. Era una viuda que criaba penosamente a sus cuatro hijos, el menor de sólo dos años. Día y noche tiraba de la aguja, como la fabricante de camisa de la famosa canción inglesa que cosía su propio sudario. ¡Ay! Las grandes damas con quienes trataba, por descuido o falta de organización, demoraban indefinidamente el pago de sus honorarios. En vano golpeaba las puertas. La desplazaban, la posponían para más tarde. Llegó el día en que, agotados todos sus recursos, quedó reducida a la miseria extrema. Hasta el final se sacrificó por sus pequeños y finalmente murió de consunción, víctima de sus deudoras.

Cuando el Sr. Martin relataba esta experiencia vivida, una emoción indignada pasaba en su voz. Su rectitud se rebelaba. Por ello exigía que se pagara siempre al instante, «para no retener, decía, injustamente una suma debida o un salario ganado y no exponerse a exceder sus ingresos por descuido».

El Sr. Guérin padre, considerándose perjudicado por un contratista, se negó a efectuar el último pago por la casa que mandó construir. Reclamaba una pericia. El asunto se prolongó más de ocho años. Varias veces, el Sr. y la Sra. Martin se informaron sin poder obtener detalles, hasta que un día les llegó la factura sin más trámite. Cancelaron en el acto capital e intereses sin involucrar a sus coherederos de Lisieux.

Hasta el fin de su vida, el Sr. Martin mostró la misma delicadeza. Leyendo en 1884 la biografía de la Madre Barat, anotó una advertencia enérgica sobre el pago rápido e íntegro de las más pequeñas deudas.

La Sra. Martin aportaba el mismo sentido social en sus relaciones con su personal, visitando los domingos después de vísperas a sus obreras enfermas y proveyendo a sus necesidades. Más que asalariadas, las trataba como amigas. Ella misma lo atestiguó a su manera cuando, poco antes de morir, contó a su cuñada la visita de una de sus encajeras de Ancines, cerca de Alençon.

> «Tan pronto como supo que estaba enferma, sin saber exactamente qué tenía, vino especialmente a verme, hace casi dos meses. Le conté todo, se derrumbó en lágrimas y me mostró tanta simpatía como si fuera mi hermana».

La encajera habría deseado morir en lugar de la Sra. Martin, tan profundo era su cariño hacia ella. Una costurera a domicilio, poco concienzuda y que hacía gala de insolencia, no pudo aceptar verse despedida. Una carta de la mamá a Pauline relata el inevitable desenlace:

> «Esta pobre señorita lloró, me pidió perdón. Me apretaba las manos con tanto cariño que no pude resistirme; hace falta mucho menos que eso para que se me pase el enfado»[32].

La Srta. Commin de Courteille recogió el testimonio de su madre respecto a la Sra. Martin, que la empleaba:

> «Es una persona muy justa, buena con sus obreras, valiente y trabajadora. Es una santa».

Los dos cónyuges rivalizaban en espíritu sobrenatural para transformar en obra divina la monótona tarea diaria. La Misa que oían cada mañana les enseñaba a centrar en Dios todo el deber de estado y a convertirlo en auténtica oración o, como se ha dicho con más audacia, en «el octavo sacramento».

Tuvo esta intuición un viajero de la región del Norte, quien dijo a su hija al volver de Alençon:

«Ten, te regalo un reloj que compré a un tal Sr. Martin, que me causó gran impresión: es un santo».

El reloj en cuestión –fue un religioso misionero quien recogió este detalle curioso– mostró una longevidad notable. Debió su destrucción al bombardeo de Merville en 1917.

Esta honestidad y conciencia profesional instalaron la comodidad en el hogar. Estos cristianos no la amaban por sí misma, ellos, que repetían con gusto el versículo de la *Imitación*:

«No consiste la felicidad del ser humano en tener sobreabundancia de bienes materiales, sino que es suficiente una vida moderada».

No veían más que un medio para asegurar a sus hijos una educación esmerada. La fortuna adquirida por un trabajo arduo fue, además, favorecida por inversiones afortunadas, sin que el Sr. Martin se dejara tentar por los crecimientos fáciles de la especulación. En esa época de estabilidad financiera, una vez equilibrado el presupuesto anual, era posible invertir el excedente en títulos de padre de familia y reservar un capital rentable que garantizara la seguridad en la vejez. La parte de los pobres, la parte de las obras, la parte de Dios quedaban registradas en números gruesos en el libro de cuentas. El espíritu de economía y ahorro iba de la mano, como se verá, con la generosidad más liberal.

***

Al lado de la página laboriosa, se abre ahora la de las lágrimas. El 16 de mayo de 1864, la madre escribe a su hermano:

«La pequeña Léonie no crece bien; no parece querer caminar. Es grande y gorda como nadie, sin estar inválida, sin embargo; sólo que es muy débil y pequeña. Acaba de pasar el sarampión, del que ha estado muy enferma, con convulsiones muy fuertes».

Los síntomas preocupantes se multiplican: continuos latidos del corazón, inflamación intestinal. Luego es un eccema purulento que le arrasa todo el cuerpo y la deja en un estado lamentable: en resumen, la niña pasa dieciséis meses entre la vida y la muerte.

Para obtener su curación, los padres alertan cielo y tierra. Se invoca la ciencia médica del Sr. Guérin, pero no sus oraciones, pues aún es tiempo en que la Sra. Martin puede escribirle con picardía que apenas tiene «confianza en sus reliquias». Se clamó a Dios cuando la pequeña parecía condenada:

«Si debe convertirse algún día en una santa, sánala».

El padre, cuya caminata es su deporte favorito y que ama recorrer los hermosos caminos de Francia como un peregrino de la Edad Media, ebrio de sana fatiga, de espacio y de oración, emprendió a pie la peregrinación a Nuestra Señora de Sées. Desde Le Mans llegarán refuerzos, bajo la forma de una novena a la vidente de Paray-le-Monial recientemente beatificada. Y he aquí que, al término de los nueve días –¡gracias sean dadas a la Beata Margarita María y a Sor María Dositea!–, Léonie, a quien hasta entonces no se había podido poner sobre sus piernas, «corre como un conejito» y muestra una «agilidad increíble».

Ahora es la salud de la madre la que inspira temores. Los confía a su hermano, el 23 de abril de 1865, con su sencillez y coraje acostumbrados:

> «Sabes que, siendo joven, me di un golpe en el pecho, en el ángulo de una mesa. No se le prestó atención en su momento, pero hoy tengo una glándula en el seno que me causa inquietud, sobre todo desde que me hace sufrir. Sin embargo, cuando la toco, no me duele para nada, aunque todos los días, y varias veces al día, siento entumecimientos; en fin, no sabría decirte exactamente qué, pero lo cierto es que me hace sufrir.
>
> ¿Qué se puede hacer? Estoy bastante perpleja. No es que retrocedería ante una operación, no, estoy completamente dispuesta, pero tengo poca confianza en los médicos de aquí. Me gustaría aprovechar tu estancia en París, porque me ayudarías mucho en esta circunstancia. Sólo hay una cosa que me detiene: ¿qué hará mi marido durante ese tiempo?».

¿Qué respondió aquel que, en este terreno, era la autoridad en la familia? Se adivina, por el tono de las cartas siguientes, que el Sr. Martin, ansioso, ha consultado por su cuenta, que tiene prisa por encontrarse con su cuñado para informarse del tratamiento más seguro. Luego, el silencio se impone hasta la fatal explosión del mal, once años más tarde. ¿Por qué esa falta de acción? ¿Qué argumentos se invocaron para evitar la intervención? Estamos reducidos en este punto a conjeturas. Sin duda, la cirugía de la época no obtenía en este campo más que resultados precarios y decepcionantes, a veces peligrosos, con frecuencia dolorosos. Aún no contaba con los rayos X, herramienta capaz de completar el trabajo del bisturí con el saneamiento metódico de los tejidos más ocultos. En resumen, vacilaron, esperaron, utilizaron quizá de momento algún remedio externo y dejaron pasar la hora.

Un luto familiar también ayudó, sin duda, a subestimar el incidente. En la época en que la Sra. Martin descubre los primeros indicios de la terrible enfermedad que debe llevársela, su suegro muere lentamente en el apartamento que le está reservado en la calle del Puente Nuevo. Robusto como un roble, el capitán soportaba alegremente el peso de sus ochenta y ocho años, edificando a la ciudad con la alta dignidad de su figura de

anciano, tanto como con su celo caritativo y piadoso. En abril de 1865, se desploma de repente, alcanzado por una hemiplejía. El doctor le da quince días de vida. La agonía se prolonga más de diez semanas, durante las cuales el anciano, medio paralizado, da muestras de una asombrosa lucidez y de un admirable espíritu de fe.

El 27 de junio de 1865, la Sra. Martin anuncia el fallecimiento a su hermano:

«Mi suegro murió ayer, a la una de la tarde. Recibió los sacramentos el jueves pasado. Murió como un santo: tal vida, tal fin. Nunca hubiera creído que pudiera afectarme tanto: estoy aterrada.

Mi pobre suegra pasó noches enteras cuidándolo durante dos meses y medio, sin aceptar que nadie la ayudara; fue ella quien lo amortajó y lo vela muerto día y noche. En fin, tiene un coraje extraordinario y unas cualidades muy hermosas.

Te lo confieso, la muerte me espanta. Acabo de ver a mi suegro, tiene los brazos tan rígidos y el rostro tan frío. ¡Y pensar que veré a los míos así o que ellos me verán…!

Si bien estás acostumbrado a ver la muerte, yo nunca la había visto tan de cerca».

¿Sospechaba la Sra. Martin, al escribir estas líneas, que tendría que familiarizarse más que nadie con «aquella a quien, como dice Dante, nadie abre su puerta de buen grado»? Seis veces, de 1865 a 1870, tendrá que inclinarse sobre una tumba.

***

Por el momento, todavía piensa en una cuna. Cada noche, a su voz, las manitas de las niñas se juntan para pedir a San José un hermanito que, algún día, ofrecerá la Hostia y partirá a tierras lejanas a evangelizar a los paganos. El buen Carpintero se deja enternecer y da su nombre al recién nacido. El 20 de septiembre de 1866, Marie, Pauline, Léonie y Hélène saludan con exclamaciones jubilosas la llegada de Marie Joseph Louis.

La mamá no cabe en sí de alegría. Con un encanto lleno de ingenuidad, confía su entusiasmo al Sr. Guérin:

«¡Oh! ¡El hermoso niñito, qué grande y fuerte es! Es imposible desear algo mejor; nunca he tenido un hijo que nazca tan bien, salvo Marie. ¡Ah, si supieras cuánto amo a mi Josecito! ¡Creo que ya tengo hecha mi fortuna!»[33].

A su esposo, que comparte su satisfacción y esperanzas, le dice con materno orgullo:

«¡Mira qué bien formaditas tiene las manitas! ¡Qué hermoso será cuando suba al altar o cuando predique!».

Y ya se imagina confeccionando, para el gran día de la ordenación, un alba de encaje de Alençon que será una obra maestra digna del Sumo Sacerdote.

¡Ay! El bello sueño se romperá muy pronto. Hubo que llevar al niño a una nodriza a algunos kilómetros de allí, en casa de una buena campesina de Semallé, la Sra. Taillé, conocida como «Rosita». En Año Nuevo, al volver por unas horas, lo celebran en familia. La Sra. Martín, que recuerda no haber tenido muñecos, se divierte encantada con éste:

«Para sus regalos de Año Nuevo, lo vestí como un príncipe; ¡si supieras qué hermoso estaba, con qué ganas se reía! Mi esposo me decía que "lo paseaba como a un santo de madera". En efecto, lo mostraba como una curiosidad. Pero… ¡oh vanidad de las alegrías de este mundo! Al día siguiente, a las tres de la mañana, se oyen fuertes golpes en la puerta; nos levantamos, vamos a abrir y nos dicen: "Vengan rápido, su hijito está muy mal, temen que muera".

Imaginarás que no tardé en vestirme y me puse en camino al campo, en la noche más fría, pese a la nieve y el hielo. No le pedí a mi esposo que viniera conmigo, no tenía miedo, habría atravesado sola un bosque, pero no quiso dejarme partir sin él»[34].

Se trataba de una erisipela, que pronto fue contenida. Sin embargo, el niño no tardó en debilitarse. El 14 de febrero de 1867, en circunstancias que permanecen desconocidas –pues en la correspondencia hay lagunas–, la Sra. Martin conoció su primer duelo materno. Con el alma destrozada, compartió el abandono sobrenatural de su esposo, cuya fuerza y serenidad nunca se manifestaban tanto como en medio de las pruebas más trágicas.

Al día siguiente, desde la Visitación partió esta nota de consuelo:

«Querida hermanita: recibí tu telegrama ayer por la tarde, a las cinco y media. Nuestro angelito estaba ya en el Cielo. Querida hermana, ¿cómo podré consolarte? Soy yo la que tiene mucha necesidad de consuelo, estoy completamente temblorosa y, sin embargo, bien resignada a la voluntad de Dios. Él nos lo dio, Él nos lo quitó; ¡bendito sea su santo nombre! Esta mañana, en la Santa Comunión, mientras rogaba a Nuestro Señor que nos dejara a ese pobrecito –pues no deseábamos criarlo sino para su gloria y la conquista de las almas–, me pareció oír interiormente esta respuesta: que quería las primicias y que más tarde te daría otro hijo, tal como lo deseamos».

Los valientes cristianos eran capaces de escuchar un lenguaje así. Se irán acostumbrando a vivir familiarmente con sus difuntos, a quienes saludan como «los verdaderos vivientes». Hélène sufre de una otitis que la Facultad no logra curar. La mamá busca más alto el remedio:

«Se me ocurrió –escribe– dirigirme a mi Josecito, que había muerto hacía cinco semanas. Tomo entonces a la niña y le hago decir una oración a su hermanito. A la mañana siguiente, el oído estaba

perfectamente curado, la supuración se había detenido de golpe y la pequeña no volvió a sentir nada. He obtenido aún otras gracias, pero menos visibles que ésa»[35].

Lo que más desea es «su sacerdote», «su misionero». Con este fin, se dirige a San José; le hace una novena que termina el día de su fiesta, el 19 de marzo de 1867. Y el 19 de diciembre del mismo año –no se puede ser más puntual– un gracioso niño, Marie Joseph Jean Bautista, viene a aumentar la familia. No fue sin dificultades.

«Es muy fuerte y vivaz –escribe la Sra. Martín sobre él–, pero pasé un momento terrible y el niño corrió los más grandes peligros. Durante cuatro horas sufrí los dolores más vivos que haya sentido jamás. El pobre pequeño estaba casi asfixiado y el médico lo bautizó de emergencia antes de nacer»[36].

Ese niño era una verdadera joya, con su linda risa como de perlas, sus muecas expresivas, y la manera ya inteligente con que se interesaba en los ruidosos juegos de Marie y Pauline, su joven madrina, que estaba loca por su ahijado.

Iba a seguir rápidamente el camino de su hermano mayor. Rosita, que lo lleva a su cabaña, no oculta sus temores. La madre está dividida entre la esperanza y el miedo.

«Es dulce como un ramito, se ríe como un bienaventurado, ¡le ha tomado cariño! Me gustaría que el buen Dios me lo dejara, se lo pido y se lo suplico todos los días, pero si no lo quiere, habrá que resignarse»[37].

A pesar de una tarea doméstica y profesional capaz de agotar a tres como ella, anhela el momento en que el bebé sea destetado y pueda volver a ella.

«¡Es un trabajo tan dulce ocuparse de los propios hijos! Si sólo tuviera eso que hacer, me parece que sería la mujer más feliz. Pero su padre y yo tenemos que trabajar para darles una dote, si no, cuando sean grandes, no estarían contentos con nosotros»[38].

Las ilusiones se desvanecen pronto. El lactante se debilita semana tras semana. Tres meses de bronquitis terminan por agotar su frágil temperamento. La Sra. Martin, que recorre dos veces al día –a las cinco de la mañana y a las ocho de la noche– el camino de Semallé, asiste impotente a las escenas de tos y opresión. Hacia mediados de julio, aprovechando una leve mejoría, lleva al niño a casa, donde pronto se declara una crisis intestinal.

«Estoy realmente desanimada –gime la pobre madre–, ya no tengo ni fuerzas para cuidarlo, es desgarrador ver sufrir tanto a un ser tan pequeño. No hace más que un quejido. Desde hace cuarenta y ocho horas no ha cerrado los ojos. Se encoge por el dolor»[39].

El drama se resuelve el 24 de agosto de 1868, con esta nota desgarradora por su sobriedad:

«Mi amado Josecito ha muerto esta mañana a las siete; estaba sola con él. Tuvo una noche de crueles sufrimientos y pedía con lágrimas su liberación. Sentí el corazón aliviado cuando lo vi dar el último suspiro».

Le colocó en la frente una corona de rosas blancas, lo acostó en el diminuto ataúd e, intrépida en su fe, lo mantuvo cerca de ella hasta el final, en el taller donde recibía a sus trabajadoras.

«¡Dios mío —gemía a ratos—, tener que colocar esto en la tierra! Pero, ya que lo queréis, ¡hágase tu voluntad!»[40].

Apenas informada, la religiosa de Le Mans hace descender sobre esta nueva prueba, la misma esperanza profética de una misteriosa compensación:

«¡Oh, sí, los designios de Dios son impenetrables!… Esta vida está llena de miserias y tú, querida hermana, sabes algo de eso; pero llegará el final y la medida de tu alegría será la de tus aflicciones. Créelo sin ninguna duda: *siembras ahora en lágrimas, pero cosecharás en la abundancia de la alegría del Señor*».

Una poética comparación tomada de San Francisco de Sales sugiere la adhesión sin reservas a la mano divina que no hiere más que para curar:

«Cuando el dueño del palomar viene a llevarse a las crías de las palomas, no se resisten, pero si fuera otro, se lamentarían. Pues bien, es el Dueño del palomar quien ha venido a llevarse a su palomita para ponerla en su Paraíso, así que aceptemos con todas nuestras fuerzas su voluntad».

Instruidos por su doble duelo, el Sr. y la Sra. Martin se elevan cada vez más en conformidad al plan providencial. No impondrán más sus deseos al Señor. Dejarán de pedir por el apóstol tan deseado. Aún esperan otros nacimientos:

«No pierdo la esperanza –dice la madre hablando de sus hijos– de tener tres o cuatro más»[41].

Pero se someterán, en adelante, ciegamente a la única discreción del «Dueño del palomar».

San José conserva su confianza, pese a la Visitandina que, ante la perspectiva de un nuevo acontecimiento, aboga por el nombre de Francisco, como si el dulce Nazareno tuviera alguna responsabilidad por la muerte prematura de sus dos protegidos. En eso son intransigentes. La Sra. Martin, que cuenta la intervención de su hermana respecto al niño por venir, concluye con su mejor letra:

«¡Le respondí que, muera o no, se llamaría Joseph!»[42].

Imposible, ¿no es cierto?, llevar más lejos la simplicidad del abandono.

***

Una nueva prueba se anuncia en el horizonte. El Sr. Guérin padre, que en 1865 había recibido una advertencia, pronto olvidada, en forma de una hinchazón en la pierna con amenaza de parálisis, está al borde de la muerte cuando fallece el segundo Josecito.

En la vida de la Sra. Martin ocupaba un lugar considerable. Prácticamente nunca se había separado de él. Cuando perdió a su esposa en 1859[43], lo instaló en la calle del Puente Nuevo, a dos pasos de su casa y se encargaba de sus necesidades, rodeándolo de mil atenciones. El anciano, por su parte, que había fabricado sus muebles, ponía su talento de carpintero al servicio de su hija menor. ¿Tenía el proyecto, seis años más tarde, de regresar a su casa de la calle Saint-Blaise, que había quedado vacía? Urde todo un complot para disuadirlo. No pudiendo razonablemente decirle que necesita a sus hijos, le afirma con convicción que no podría prescindir de él. El Sr. Martin se suma a la maniobra. Isidoro aporta una carta cuidadosamente redactada y la Visitandina añade el peso de sus oraciones. Por fin, acosado por su hija, «cansado y vencido por su diluvio de palabras», el viejo jubilado cede y da su consentimiento con estas palabras, matizadas por una sonrisa: «¡Déjame en paz!».

En diciembre de 1866, se trata de una medida más radical. La crisis del personal afecta al Sr. Guérin. Para él sólo hay una salida: convivir con los suyos. La solución no deja de alterar las costumbres del hogar; la piedad filial no se detiene ante estas consideraciones. Es una noble servidumbre de la vida familiar, de la cual los cristianos no pueden substraerse. Isidoro tiene a su cargo dar el primer paso: goza de la confianza de su padre.

«Sugiérele –escribe la Sra. Martin– que no contrate a otra sirvienta y venga a vivir con nosotros, porque no podrías imaginarte todos los disgustos que tengo para encontrarle personas seguras y

devotas. Mi esposo accede a esta combinación. No se encontraría uno entre cien tan bueno como él con un suegro.

Como sabes, nuestro padre es excelente, pero ahora tiene ciertas pequeñas mañas de anciano; sus hijos deben soportarlas y estoy completamente decidida a ello. Si vivieras aquí, se iría a vivir contigo, porque te quiere más que a mí, pero no cambiará de región, así que debe quedarse con nosotros hasta el fin de sus días»[44].

Desde entonces, se verá en el hogar al orgulloso soldado que esconde un corazón tierno bajo el aspecto brusco del antiguo gendarme. Quiere a su hija, sin demostrárselo demasiado, y se apresura a ayudarla en todo. Mima a los niños, sobre todo a la pequeña Hélène, que tiene para él caricias especiales. En algunas ocasiones gruñe y se enfada cuando las niñas lo aturden con sus gritos o se pelean al abrir un paquete de regalos. Por la noche, sentado fumando su pipa junto al fuego, rememora sus hazañas, junto con la deslumbrante cabalgata del «Pequeño Corso». Su sensibilidad, generalmente contenida bajo una piel algo ruda, estalla cuando recibe la carta donde Isidoro le cuenta su naciente idilio; está tan orgulloso de su hijo, de su ciencia, de sus éxitos. También se deja hechizar por su joven nuera y, encantado con una unión tan hermosa, no cesa de dar gracias a Dios por ella.

Estaba por cumplir setenta y nueve años cuando unas crisis de asfixia, complicadas con un ántrax, lo pusieron al borde de la muerte. La Sra. Martin, que envía el boletín de salud a Lisieux, añade a la dirección de su hermano:

«No te preocupes, estoy constantemente a su lado, prácticamente no me separo de él. Yo misma curo su herida dos veces al día. Le doy todo lo que se me ocurre que pueda ser lo mejor... El pobre y querido padre nos inspira una profunda compasión. Soporta todo con mucha paciencia...»[45].

Después de algunas semanas de calma, el estado empeora bruscamente. El Sr. Guérin es llamado de urgencia. La Visitandina envía una conmovedora estampa en la que ha escrito estas líneas:

«Querido Padre, la muerte es un sueño, es el fin del día en que el alma va a recibir el premio de su trabajo, es el fin del exilio donde el hijo vuelve a encontrar a un Padre tiernamente amado».

En cuanto a los últimos sacramentos, hacía ya un tiempo que habían sido administrados. La Sra. Martin, según su propia expresión, se había «atormentado» por ello, incluso antes de que el médico señalara la gravedad del caso. El temor al sacerdote, el miedo a asustar al moribundo eran cosas

desconocidas para estos vigorosos creyentes. El único miedo que experimentaban era que la Extremaunción se difiriera más de lo debido y que sus seres queridos murieran de improviso sin haber recibido el viático.

El 3 de septiembre de 1868, la enfermera avisa a su cuñada de la noticia del desenlace, ocurrido esa misma mañana. Se enternece al hablar del difunto:

> «Tengo el corazón destrozado por el dolor y, al mismo tiempo, lleno de celestial consuelo. Si supieras, querida hermana, con qué santas disposiciones se preparó para la muerte. A las tres, aún hacía la señal de la cruz. Tengo la esperanza, e incluso la certeza, de que este querido padre ha sido bien recibido por el buen Dios. Deseo que mi muerte sea como la suya».

Por más que diga estar «acostumbrada al dolor», este nuevo golpe, coincidiendo con la desaparición del segundo Joseph, la deja sin aliento y como atónita[46]:

> «Ayer –escribe– fui al cementerio; al verme, se habría dicho: ahí va la persona más indiferente del mundo. Estaba de rodillas al pie de la tumba de mi padre. No podía rezar. Unos pasos más allá, me arrodillé sobre la de mis dos angelitos: la misma indiferencia aparente...
>
> Recorrí un camino que había hecho cinco semanas atrás con mi hijito y mi padre. No podría decirte todo lo que sentí. No prestaba atención a nada de lo que ocurría a mi alrededor; miraba los lugares donde mi padre se había sentado. Me quedaba allí de pie, casi sin pensamientos. Nunca en mi vida había sentido tales opresiones en el corazón. Al llegar a casa no pude comer, ¡me parecía que ahora cualquier desgracia me encontraría insensible!»[47].

Sus reacciones son, además, completamente cristianas. Pide de inmediato ciento cincuenta Misas por el alma de sus padres y tiene el propósito de hacer celebrar muchas más. Ofrece por el difunto todas sus obras satisfactorias y los sufrimientos de toda su vida. Incluso hace en su favor el voto heroico. Su correspondencia con su hermano no se cansa de evocar al que ambos lloran.

> «A menudo deseo que estés aquí para hablarme de mi padre. ¡Qué santa fue la muerte de ese pobre padre!... ¿Recuerdas cómo nos apretaba la mano, la víspera de su muerte, cómo parecía un santo? ¡Si el buen Dios me escuchara, lo pondría hoy en su Paraíso; si dependiera de mí, ¡lo pondría con gusto! El buen padre no estaba acostumbrado a sufrir; yo, en cambio, no tengo miedo de ir al Purgatorio, me parece muy natural sufrir. Si el buen Dios quisiera, haría ahora mismo el trato de hacer el Purgatorio de mi padre y el mío, ¡estaría tan feliz de saberlo dichoso!»[48].

***

Se decía que esta heroína del deber familiar nunca podría saborear a gusto los recuerdos ni detenerse en sus cruces. La vida la arrastra a un ritmo vertiginoso, creando cada día nuevos episodios a los que debe hacer frente. Se trata esta vez de aquella que, desde la infancia, ha sido el eco fiel de su alma: su hermana Élise.

A comienzos de octubre de 1868, el Sr. Martin, aunque sufría profundamente toda separación, por breve que fuera, de un miembro de su hogar, decidió internar en un pensionado a sus dos hijas mayores, que entonces tenían ocho años y medio y siete años. Con ello quería aliviar el trabajo de su esposa, cuya salud le preocupaba, y también aprovechar la presencia de su cuñada en Le Mans para asegurar a sus pequeñas, con la influencia directa de «la santa hija», el beneficio de una educación particularmente esmerada. A la Visitación estaba anexa una institución educativa a la que asistía un grupo de alumnas de los círculos de la alta sociedad. Gracias a la intervención de su tía, Marie y Pauline pudieron ingresar allí.

Se necesitó nada menos que la ternura completamente materna de Sor María Dositea para suavizar el desgarrador sacrificio del éxodo de Alençon. Y he aquí que, al finalizar el primer trimestre, cuando la Sra. Martin va a buscar a sus hijas para las vacaciones de Año Nuevo y se alegra doblemente de llevarlas a casa y de conversar con la tía de ellas, encuentra a esta última en un estado de opresión lamentable, con la voz apagada, consumida por una serie de bronquitis que inevitablemente la llevarían a la tumba.

> «Veo esto con la mayor pena –escribe de inmediato a Lisieux–. Lo perderé todo al perderla a ella; me es muy querida y muy útil para mis hijas. Tengo el corazón completamente triste al pensarlo. ¡Cuando tenga que volver a la Visitación y ya no esté, me faltará el valor!»[49].

Se trataba en realidad de una tuberculosis de evolución lenta que permitía algún respiro. Se aprovechó de ello para ofrecer a la enferma una suprema consolación, preparando a María para su primera comunión, cuya hora sería, de esa manera, adelantada. Con esta ocasión, la Sra. Martin escribió a su hija interna una serie de cartas tan bellas y profundas que hasta las religiosas las leían con piadosa avidez. La niña consideraba esa colección como su tesoro más preciado y, rehusando separarse de ella, la llevaba consigo a casa durante los periodos de vacaciones.

Pero, ¡ay!, un día descubrió con lágrimas que el valioso paquete había desaparecido. La sirvienta, Louise, que no era muy cuidadosa, lo había

usado como encendedor para el fuego.

Entre los consejos más insistentes que la madre prodigaba a su hija, estaba el de arrancar del cielo la curación de Sor María Dositea.

«El día de la primera comunión –gustaba repetir– se obtiene todo lo que se pide».

La niña se lo tomó muy en serio. Aprendió su catecismo con un fervor sin igual.

«En lo íntimo de mi alma –confiará más tarde– pensaba que Jesús había hecho creer a todos que mi tía iba a morir, porque tenía prisa por entregarse a mí; ese pensamiento me colmaba de alegría».

En cuanto al milagro, ya lo daba por hecho.

La enfermera casi la escandalizó al invitarla a aceptar la voluntad divina. ¿A dónde se iría a parar con semejantes razonamientos? Nunca se lograría nada. Lo que quería, con el terco candor de su lógica infantil –y, a fe mía, dejando aparte las formas, los teólogos no habrían tenido gran dificultad en darle la razón– era «cambiar, si era necesario, la voluntad de Dios». San José le servía de abogado. Con cada agravamiento de la enfermedad –subida de fiebre, hemoptisis, ahogos–, dirigía a su estatua una mirada de reproche.

Por fin llegó el gran día. Era el 2 de julio de 1869. Marie no tenía aún nueve años y medio. La mamá está en primera fila. Se siente recompensada por todas sus penas. Disfruta, como cristiana, una de las emociones maternas más puras.

«Si supieras, escribe sobre su hija, lo bien dispuesta que estaba, parecía una santita. El Capellán me dijo que estaba muy satisfecho con ella, que le otorgó el primer premio de catecismo. Pasé en Le Mans los dos días más hermosos de mi vida. Rara vez he sentido tanta felicidad. Mi hermana se encontraba mejor, Marie me decía que había rezado tanto por su tía que estaba segura de que el buen Dios la escucharía»[50].

De hecho, la cicatrización de las lesiones pulmonares se produjo rápidamente. La religiosa, que había visto no sin cierta melancolía acercarse el fatal desenlace, podrá decir más tarde a su sobrina: «A ti te debo siete años de vida». En cuanto a la niña, lo atribuyó a San José y quiso, como agradecimiento, tomar en su confirmación el nombre de Josefina.

***

Esta primera comunión amplía la serie de ceremonias y fiestas de las que cada uno de los hijos es sucesivamente el protagonista y que, entreveradas de alegres aniversarios, constituyen para los padres una perpetua renovación y, para la vida familiar, un alimento constante, incluso una especie de ciclo litúrgico donde el alma común se precisa y fortalece.

Dos meses más tarde, el Sr. Vital Romet y la Sra. Guérin acompañaban a las fuentes bautismales a la pequeña Marie Céline, que, en virtud de una tolerancia eclesiástica de aquella época, había sido bautizada de urgencia el mismo día de su nacimiento, el 28 de abril de 1869. Muchas ansiedades rodeaban aquella cuna. Muy herida por sus recientes duelos, la madre escribía a su hermano, poco antes del parto:

> «¡Digas lo que digas, tendremos todavía un hijo! Es así o sino me ocurrirá una desgracia antes. Pero si el buen Dios quiere volver a llevarse también a éste, le pido que no muera sin bautismo, que al menos tenga el consuelo de tener tres ángeles en el Cielo…»[51].
>
> «No puedes imaginar cuánto me asusta el porvenir respecto a este pequeño ser que espero; me parece que el destino de los dos últimos será el suyo, lo cual es para mí un continuo tormento. Creo que la aprensión será peor que el mal mismo. Cuando las desgracias llegan, me resigno bastante bien, pero el temor es para mí un suplicio. Esta mañana, durante la Misa, tenía ideas tan obscuras al respecto, que quedé completamente trastornada. Lo mejor es poner todas las cosas en manos del buen Dios y esperar los acontecimientos con calma y abandono a su voluntad. Es lo que voy a tratar de hacer»[52].

Sin embargo, el deseo y el orgullo de engendrar son en ella tan fuertes, que, al dar noticias de Céline a su esposo, ausente por negocios, no puede evitar añadir:

> «No tienes por qué preocuparte por los niños; desgraciadamente, estoy segura de que ya no tendré más. Siempre esperaba tener un niño, pero si el buen Dios no lo quiere, me resigno a su voluntad»[53].

¡Cuánto le cuesta separarse de la pequeña, justo cuando empieza a «piar» y a «dar sus primeros pasos»! Se la confía primero a una mujer en Alençon cuya limpieza y orden inspiraban confianza. Pronto hubo que desengañarse. Al pasar un día delante de la casa y alertado por llantos y gritos, el Sr. Martin llama, golpea los postigos, se atreve a entrar y encuentra a la bebé abandonada, mientras la nodriza está bebiendo en una casa vecina. Decide en el acto llevarse de nuevo a su Céline, que en aquel ambiente se habría debilitado pronto.

La madre debe buscar de nuevo ayuda externa y retomar sus peregrinaciones por el camino de Semallé.

«Ya he tenido –escribe– muchas penas con esta hija. Siento que me desgasto, tengo la impresión de que no viviré mucho tiempo. Durante los seis días que tuve que cuidar a la pequeña, tuve fiebre todos los días»[54].

Todo parece por fin arreglarse. Su salud mejora, cesan los problemas, el negocio marcha moderadamente, el médico ya no pone los pies en la calle del Puente Nuevo. Tranquila y como sorprendida de esta felicidad sin sombras, la Sra. Martin confía a su cuñada:

«Por el momento, sólo me faltan las miserias»[55].

Pero la calma no durará mucho.

Entre las niñas que llenan de vida el hogar, Hélène parece marcada por un signo misterioso. Es encantadora, fresca como «una rosa de la mañana», cariñosa a más no poder y de una inteligencia precoz que da a sus palabras un encanto inimitable. La fotografía revela unos rasgos finos y delicados, con ese velo de dulce gravedad en el rostro que hace presentir el más allá. Una especie de languidez la va minando silenciosamente, casi sin que los suyos lo noten. Y he aquí que, el 22 de febrero de 1870, tras una crisis que dura apenas un día, y sin que el médico adivinara la gravedad del mal, es rozada también por el ala negra de la muerte.

La madre, que se reprocha mil cosas por este final inesperado, traza un patético cuadro de los últimos momentos:

«La miraba con tristeza, sus ojos estaban apagados, ya no había vida y me puse a llorar. Entonces, me rodeó con sus dos bracitos y me consoló lo mejor que pudo; durante todo el día no dejaba de repetir: “¡Mi pobre madrecita que ha llorado!”. Pasé la noche junto a ella, fue una noche muy mala. Por la mañana, le preguntaron si quería tomar su caldo; dijo que sí, pero no podía tragarlo. Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo diciéndome: “Si la tomo, *¿me* vas a *querérmela* más?”.

Entonces se lo tomó todo, pero después sufrió terriblemente y no sabía qué hacer. Miraba una botella de poción que el doctor le había prescrito y quería beberla, diciendo que cuando se la hubiera tomado toda, estaría curada. Luego, hacia las diez menos cuarto, me dijo: “Sí, dentro de poco, voy a estar curada, sí, enseguida...”. En ese mismo instante, mientras la sostenía, su cabecita cayó sobre mi hombro, sus ojos se cerraron, y cinco minutos después, ya no existía…

Me causó una impresión que nunca olvidaré; no me esperaba ese desenlace tan brusco, ni mi esposo tampoco. Cuando llegó y vio a su pobre hijita muerta, se echó a llorar gritando: “¡Mi pequeña Hélène! ¡Mi pequeña Hélène!”. Luego la ofrecimos juntos al buen Dios…

Antes del entierro, pasé la noche junto a mi pobre niña, era incluso más bella muerta que viva. Fui yo quien la vistió y la colocó en el ataúd; creí que iba a morir, pero no quería que los demás la tocaran»[56].

En toda la familia hay una inmensa desolación. Las mayores, que están en el internado, lloran a su preferida. El padre está profundamente herido en lo más íntimo del corazón. La imagen de la ausente no lo abandonará jamás. Muchos años después, todavía se le escuchará tararear con melancolía los tiernos versos de la canción de Chateaubriand:

«¡Oh! ¿Quién me devolverá a mi Hélène,
y mi montaña y el roble centenario?
Su recuerdo es cada día
mi pena...».

En cuanto a la Sra. Martin, su lamento es desgarrador:

«A veces me imagino que me voy suavemente como mi pequeña Hélène. Te aseguro que no tengo mucho apego a la vida. Desde que perdí a esta niña, siento un ardiente deseo de volver a verla; sin embargo, los que quedan me necesitan y, por ellos, le pido al buen Dios que me deje aún algunos años sobre la tierra.

He lamentado mucho a mis dos varoncitos, pero tengo aún más pena por la pérdida de ésta; comenzaba a disfrutarla, ¡era tan linda, tan cariñosa, tan adelantada para su edad! No hay un minuto del día en que no piense en ella. La Hermana que le daba clases me decía que los niños como ella no vivían. En fin, está en el Cielo, mucho más feliz que aquí abajo, pero para mí, me parece que toda mi dicha se ha ido»[57].

Sin embargo, se repone. Desde la Visitación le llega un mensaje de esperanza que, con el tiempo, aparece como el anuncio del esplendor teresiano:

«¡Oh, mi querida hermanita! ¡Qué feliz estoy de ver tu fe tan profunda y tu resignación! Pronto volverás a encontrar a los que lloras. Sí, tu corona será bella y muy bella; tu corazón está bajo el lagar, pero, por tu aceptación de la voluntad divina, de él brota un bálsamo que alegra el Corazón de Dios.

Tu fe y tu confianza, que nunca vacilan, tendrán un día su magnífica recompensa. Ten la seguridad de que el Señor te bendecirá y que la medida de tus penas será la de las consolaciones que te están reservadas porque, al fin, si el buen Dios, satisfecho contigo, quiere darte ese gran santo que tanto has deseado para su gloria, ¿no serás muy bien recompensada?».

Y, además, en un hogar lleno de vida, no hay tiempo para encerrarse en el dolor. El flujo de la vida sigue su curso y empuja siempre hacia adelante. Los vacíos se llenan poco a poco y los padres, que llevan grabados bajo sus párpados los rasgos amados de los que partieron, se entregan a los que

quedan, uniendo, en una magnífica solidaridad, la familia de aquí abajo con la de ultratumba, ésta cuidando de aquélla.

De esa comunión más allá de la muerte, la Sra. Martin tuvo un día la intuición y como la sensación física. Recordando una leve mentira dicha en otro tiempo por la pequeña Hélène, se reprochaba amargamente no haber pensado en hacerla confesar. La idea de que, por su involuntaria negligencia, su hija pudiera estar sufriendo en el Purgatorio, le resultaba insoportable. Para librarse de esa obsesión, acudió a la *Madona* de la familia, esa Virgen cuyos dedos rotos por tantos besos habían debido ser reemplazados más de una vez. La respuesta de la Inmaculada se hizo oír de inmediato; una voz misteriosa le susurró con infinita dulzura:

«Ella está aquí, junto a mí».

Con esas palabras, las angustias se desvanecieron, una alegría indescriptible inundó el alma de esa madre, que concibió una renovada estima por su sublime vocación.

Reanimada, vuelve todo su cariño hacia la pequeña Céline. La trae de nuevo al hogar.

«Nos consolará un poco –escribe– tenerla aquí… Además, no puedo resignarme a ver sólo a un niño a mi lado por las calles»[58].

El Sr. Martin se alegra. La niña tiene para él unas confidencias curiosas:

«Cuando está él, nadie puede tenerla, grita con todas sus fuerzas para ir a su encuentro y, cuando quieren llevársela, hay que arrancarla a la fuerza»[59].

¿Acaso era ya el preludio lejano de aquella noche dolorosa en que el padre humillado encontraría en Céline al ángel guardián de su vejez?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO V EL HOGAR BAJO LA TORMENTA

NACIMIENTO Y MUERTE DE MARIE MÉLANIE THÉRÈSE— ALENÇON DURANTE LA GUERRA DE 1870 — AMENAZAS DE CRISIS SOCIAL — EL CORAJE DE UNA MADRE

El año 1870 se abre en Francia bajo sombríos auspicios. Desgastado por la aventura, la utopía y el fracaso, el Imperio, vuelto «Liberal», ha perdido en autoridad sin ganar en popularidad. Napoleón III, roído por la enfermedad y más vacilante que nunca, no es más que el juguete de sus ilusiones. Los Católicos miran con ansiedad hacia los Alpes, donde los herederos del pensamiento político de Cavour sueñan con consumar la unidad italiana sobre las ruinas del Estado Pontificio. Los patriotas clarividentes examinan la línea del Rin, tras la cual Prusia, en manos del Canciller de Hierro, vibra como un arsenal en plena efervescencia. Los observadores más lúcidos de la vida social se espantan al ver engrosar en torno a París un proletariado en lucha, condenado a la miseria, a la inmoralidad, a la irreligión y entregado como presa a los predicadores de la revolución. Se había dicho antes: «Francia está aburrida». La frase del momento es: «Francia está inquieta».

La Sra. Martin deja a los hombres el cuidado de remover esos problemas inquietantes. Para ella, lo que la absorbe es su tarea, bella entre todas, de «madre de los vivientes». Una nueva espera la hace estremecerse.

«Me alegro –escribe a su cuñada– al pensar que en el próximo mes de agosto tendremos cada una un niñito, al menos eso espero. Pero, sea niña o niño, habrá que aceptar con gratitud lo que el buen Dios nos dé, porque Él sabe mejor que nosotras lo que necesitamos[60]. Lo que me aflige es pensar en tener que poner otra vez a mi hijo con una nodriza. ¡Cuesta tanto encontrar buenas personas! Me gustaría también tener a la nodriza en casa, pero es imposible, ¡ya hay tanta gente! En fin, pienso que el buen Dios me ayudará, Él sabe bien que no es por pereza que no doy el pecho a mis hijos, pues no temo el trabajo.

Ayer hablaba de ti con la Sra. Y. Te considera muy feliz y me dijo que quisiera estar en tu lugar. Algunos le aconsejan hacer un viaje a Lourdes para obtener la gracia de tener hijos, pero dice que no quiere, pues tendría miedo de tener demasiados y, como le gusta mucho el placer, prefiere no tener ninguno a ser esclava»[61].

Se adivina, bajo la suave ironía de la frase, hasta qué punto esa cobardía ante la vida suscita la desaprobación de la Sra. Martin. El cálculo neomalthusiano le parece cargado de maldición. Es la abdicación de una grandeza, la mutilación de un ideal. Hace suya la ardiente invocación de Víctor Hugo:

«Señor, presérvame, preserva a los que amo,
Hermanos, padres, amigos y a mis enemigos incluso,
Triunfantes en el mal,
¡De no ver jamás, Señor, el verano sin flores rojas,
La jaula sin pájaros, la colmena sin abejas,
La casa sin niños!».

Fue en plena fiebre de combate cuando nació Marie Mélanie Thérèse el 16 de agosto de 1870. Al día siguiente, el primo Henry de Lacauve, que debía ser su padrino, fue herido en la batalla de Saint-Privat. No debía ver a su ahijada y expresaría su tristeza en una conmovedora carta enviada, desde su cautiverio, a quien llamaba «mi buen hermano Louis».

La madre, más valiente que nunca en este octavo parto, intentó en vano amamantar a su hija. Al menos, para poder velar de cerca por su tesoro, quería encontrar una nodriza que viviera en Alençon. Tras muchas búsquedas, recurre a una mujer que habitaba en la calle de la Barre. ¡Ay! Esta persona engañó indignamente su confianza dejando languidecer a la pequeña. Hubo que traerla de nuevo al hogar. El Sr. Martin, en plena noche, fue a buscar otra nodriza a Héloup: la enfermedad la tenía clavada en la cama.

La pobre madre, que relata todas estas peripecias y que ve a su Thérèse expirar sobre sus rodillas tras dos horas y media de agonía, describe su muerte, acaecida el 8 de octubre de 1870:

> «¡No puedes imaginar lo que sufrió! Estoy desolada, amaba tanto a esta niña. Con cada nuevo duelo, me parece siempre que amo más al niño que pierdo que a los otros. Esta era tan linda como un ramillete, además, sólo yo la cuidaba. ¡Oh! ¡Quisiera morir también! Estoy completamente agotada desde hace dos días; no he comido prácticamente nada y estuve en pie toda la noche en mortales angustias»[62].

Se desahoga aún en una carta a su hermano:

«Era una niña tan bonita; tenía unos ojos como no se ven jamás en bebés de esa edad, ¡y unos rasgos tan finos! ¡Y pensar que me la han hecho morir de hambre! ¿No es espantoso? ¡No sabes la ilusión que me hacía criar yo misma a esta pequeña! Estaba tan feliz de tenerla como si hubiera sido mi primer hijo... En fin, ya está, no hay remedio, lo mejor es resignarse. Esta niña es feliz y eso me consuela»[63].

El instinto materno, aferrándose a los que quedan, continúa deliciosamente:

«La pequeña Céline es muy cariñosa, empieza a hablar dulcemente. Todos los días me lamentaba por la pérdida de mi pequeña Thérèse y decía: "¡Mi pobre hijita!". Inmediatamente, Céline venía a colgarse de mí, creyendo que era a ella a quien hablaba. Busca a su hermanita por todas partes y pregunta por «la sesœur»[64]».

Quienes no conocen a la Sra. Martin, podrían creerla insensible; bajo los grandes choques es incapaz de llorar, domina tan bien su dolor que se ocupa de sus tareas como si nada pasara. Sólo sus íntimos perciben el desgarramiento interior. Cuando la familia vaya en adelante al jardín público que se llama los Paseos, evitará pasar por la calle de la Barre, cuya vista, e incluso el mero nombre, que evoca a la culpable nodriza, reavivan todas las heridas de la madre hasta hacerla aborrecer ese lugar.

Los allegados se alarman de la avalancha de pruebas que amenaza quebrar una salud ya debilitada. La piadosa Visitandina, en la fiesta de Todos los Santos de ese año lúgubre, dirige a su hermana algunas citas reconfortantes recogidas de sus lecturas:

«Quiero escribirte algo que te hará bien. La Venerable Margarita del Santísimo Sacramento, carmelita de Beaune, decía "que los Santos Inocentes tienen gran poder en el Cielo y que los niños muertos después del bautismo forman su corte". El P. Faber declara "que componen en la Iglesia Católica una sección aparte, donde Dios es continuamente amado y servido de una manera maravillosa, que no podemos conocer, pero que está muy cercana al reino de los Ángeles". Y en otro lugar, el mismo autor dice: "Algunos niños sólo pertenecen a Dios (son los que retira de este mundo); aman más a su madre en el Cielo que los otros niños. Estas madres son bienaventuradas de tener tales hijos, que nosotros llamamos las flores primaverales de Dios".

Así, pues, querida hermana, sé valiente; tus amados pequeñitos están hoy allá arriba, con todos los santos, y rodean el trono del Cordero, llenos de gozo por haber dejado el mundo sin haber conocido sus peligros».

La Sra. Martin participaba plenamente de estas elevaciones sobrenaturales:

«Cuatro (de mis hijos) ya están en el cielo –escribirá un día–, y los otros, sí, los otros también irán a ese reino celestial, cargados de más méritos, puesto que habrán luchado más tiempo»[65].

Es en una carta a su cuñada donde expresa, al respecto, el fondo de su pensamiento. La Sra. Guérin acababa de dar a luz a un hijo que murió enseguida. Para consolar a la madre afligida, la Sra. Martin encuentra acentos de una ternura y belleza incomparables:

«El infortunio que te acaba de golpear me entristece mucho, de verdad que estás pasando por un momento muy difícil. ¡Es una de tus primeras penas, mi pobre y querida hermana! Que el buen Dios te conceda la resignación a su santa voluntad. Tu querido hijito está con Él, te ve, te ama y lo volverás a encontrar algún día. Ese es un gran consuelo que sentí y sigo sintiendo.

Cuando les cerraba los ojitos a mis queridos hijos y los sepultaba, sentía mucho dolor, pero siempre con resignación. No me arrepentía de las penas y preocupaciones que había soportado por ellos. Varios me decían: “Hubiera sido mucho mejor no haberlos tenido nunca”. No podía soportar ese tipo de comentarios. No creía que las penas y preocupaciones pudieran compararse con la felicidad eterna de mis hijos. Además, no estaban perdidos para siempre, la vida es corta y llena de miserias, los volveremos a ver allá arriba.

Fue sobre todo con la muerte del primero cuando sentí más intensamente la alegría de tener un hijo en el Cielo, porque Dios me demostró de una manera clara que aceptaba mi sacrificio. Conseguí, gracias a este angelito, una gracia muy especial»[66].

Cuenta aquí la curación, mencionada más arriba, de la pequeña Hélène por intercesión de su hermano, recientemente fallecido. La conclusión brota por sí sola:

«Ya lo ves, mi querida hermana, es un gran bien tener angelitos en el Cielo, pero no por ello es menos doloroso para la naturaleza perderlos; son las grandes penas de nuestra vida».

Sully Prudhomme se apropiará de este tema; lo orquestará, lo revestirá con la magia del ritmo, con el brillo de la imagen, para cantar la eterna supervivencia de los niños desaparecidos:

«Azules o negros, todos amados, todos bellos,
Abiertos a alguna inmensa aurora,
Del otro lado de las tumbas
¡Los ojos que se cierran aún ven!».

A pesar de todo el prestigio del arte, el espiritualismo vago del poeta no alcanza la emoción de esta cristiana que encuentra a sus muertos mirando la cruz.

***

Fue luego el duelo por la patria lo que hubo que llorar. La máquina militar, hábilmente organizada por Bismarck, Roon y Moltke, había aplastado rápidamente nuestras fuerzas regulares, a pesar de su loca valentía. El sitio de Metz, la capitulación de Sedan, la caída del Segundo Imperio, marcaban las etapas de nuestros desastres. Para socorrer a París sitiada, el gobierno de la Defensa Nacional improvisó tropas con una rapidez desconcertante. Así fue como el Oeste entró progresivamente en la zona de operaciones, siguiendo la suerte diversa de los dos ejércitos del Loira. Se trataba, por lo demás, de incursiones enemigas y de saqueos más que de una ocupación masiva; aún no estábamos en el juego implacable de la guerra total, movilizando millones de hombres y sometiendo al país vencido a un dominio sistemático.

Desde mediados de noviembre, el Orne está en alerta. La Sra. Martin lo explica a su cuñada en una carta que uno podría creer fechada en junio de 1940, tan cierto es que «la historia es un perpetuo volver a empezar». Este documento, escrito bajo las luces de la invasión y atravesado por una verdadera angustia patriótica, se sazona, no obstante, con una pizca de picardía. Incluso en el extremo peligro, la alegría francesa nunca pierde sus derechos:

> «El día 22 de este mes tuvimos una tremenda alarma en Alençon: se esperaba a los prusianos para el día siguiente; aproximadamente la mitad de la población se mudó. Jamás vi tal desolación, todos escondían sus tesoros. Un señor, cerca de nuestra casa, los escondió tan bien que ya no podía encontrar dónde los había puesto. ¡Estuvieron tres días cavando toda una mañana hasta que lograron dar con el escondite!
>
> No tuve mucho miedo, ya nada me asusta; si hubiera tenido ganas de huir, habría ido directo a tu casa, pero mi esposo se habría visto muy incómodo solo, y yo, muy inquieta. Lo mejor era quedarse.
>
> Los prusianos fueron a Bellême y a los pueblos vecinos, hicieron bastantes requisas, pero una de ellas resultó cómica. Imagínate que tomaron el cerdo de un pobre hombre, quien defendía a su bestia con un valor sin igual; si hubiese sido su hijo, no habría podido luchar mejor. Cuando el cerdo fue atado a un caballo, el buen hombre se puso a tirar con todas sus fuerzas de la cola del animal, de la cual tuvo que contentarse porque, para que soltara al animal, el soldado le dio un sablazo, ¡de modo que la cola quedó en la mano del campesino!
>
> Al salir de Bellême, rumbo a Alençon, pasaron por Mamers, luego desviaron y se dirigieron hacia Le Mans. Eran veinte mil»[67].

Es hacia Marie y Pauline que se dirigen las inquietudes maternas. Las niñas están allá, internas. Imposible ir a buscarlas. El ferrocarril es requisado por las tropas, el camino no es seguro y los convoyes lo abarrotan.

En cuanto al Sr. Martin, tiene sangre de soldado en las venas, siente en su carne la humillación del país y a veces se sorprende lamentando, a pesar de sus cuarenta y siete años, no combatir en el ejército regular.

«Todavía sería muy posible, escribe su esposa, que hicieran partir a los hombres de cuarenta a cincuenta años, casi que lo espero. A mi marido no le inquieta en absoluto, no pediría gracia alguna y dice a menudo que, si fuera libre, estaría pronto enrolado entre los francotiradores»[68].

Esta perspectiva es dolorosa para la Sra. Martin; sin embargo, acepta con orgullo el sacrificio. Al enterarse de que una señora de la ciudad ha logrado esconder a su marido para sustraerlo a la movilización, exclama: «¿Es posible hacer semejante acción?». Ella también, heredera de una tradición militar, tiene coraje natural; la cobardía le resulta odiosa.

Mientras tanto, las autoridades ponen a Alençon en estado de defensa. Patrullas de exploradores se adentran en el bosque para vigilar los movimientos del enemigo. Se trata de esos francotiradores que debía exaltar la pluma de Déroulède. A riesgo de ser fusilado si lo atrapan, el Sr. Martin los acompaña, se mezcla con ellos y no vuelve sino cuando ha cumplido con su turno de guardia, cuando la amenaza de irrupción alemana ha sido momentáneamente alejada.

Pronto los acontecimientos se precipitan. Reagrupando el ala izquierda del ejército del general d'Aurelles de Paladine, derrotado en Beaune-la-Rolande y en Loigny, Chanzy dirige durante cinco semanas, desde Marchenoir hasta el Sarthe, esas operaciones agotadoras a las que el Gran Estado Mayor alemán ha dado el nombre de «retirada infernal».

La Sra. Martin no puede más: quiere recuperar a sus hijas, a las que ya no considera seguras en la Visitación. El 30 de diciembre, cuenta a su cuñada esta expedición:

«Sólo se ve tristeza y devastación; tengo el corazón oprimido. Somos realmente desgraciados como nunca antes lo hemos sido. Pero eso aún no es nada en nuestras ciudades; hay que ir al Mans para hacerse una idea de la desolación que arrastra esta triste guerra. Mi hermana me ha contado cosas que hieren el corazón; los pobres enfermos mueren por miles; sólo en el Hospicio de Le Mans entierran hasta ochenta al día y hay ambulancias por todas partes; el Liceo y todas las Comunidades están obligados a tenerlas.

Un cuarto de hora antes de que llegara a la Visitación, vinieron de parte de las autoridades municipales a avisar a las religiosas que iban a enviarles treinta enfermos... Además de las ambulancias forzadas de Le Mans, se ve a la Cruz Roja en todas las calles; casi todas las personas ricas tienen enfermos en sus casas, incluso la Sra. D., que ha acogido a un soldado moribundo de disentería. La viruela también reina por todas partes».

El círculo de hierro se estrecha alrededor de Alençon. El segundo ejército del Loira ha sido aplastado, ante Le Mans, el 11 de enero de 1871. Sus restos son rechazados hacia Laval, donde una intervención celestial detendrá el avance enemigo. El departamento del Orne es invadido a su vez. En la capital, todo es agitación y preparativos de combate. El Prefecto da la orden de minar los tres puentes. Los preparativos, que pronto detendrá una petición, avanzan rápidamente. Previendo la explosión, la familia Martin, que vive a unos metros del «Puente Nuevo», instala su puesto de mando en el sótano, adonde las niñas bajan sus taburetes y sus libros de estudio.

La guardia nacional fue convocada. Aún se creía en la virtud del «reclutamiento en masa» y se pensaba que bastaría para detener la ofensiva enemiga, armar precipitadamente a los que se llamaban «los *movilizados*», hombres y no soldados. La Sra. Martin evoca en una carta del 17 de enero esta lucha desigual:

> «Todos los habitantes están consternados. Nuestros pobres soldados de la Guardia nacional móvil han ido a combatir contra los prusianos que estaban a una legua de la ciudad; se ha oído el cañón por tres diferentes direcciones: Mamers, Aunay y Le Mans, hasta las seis de la tarde.
>
> Era una lástima ver regresar a nuestros pobres soldados, unos sin pies, otros sin manos; vi a algunos con el rostro completamente ensangrentado; en fin, ha habido muchos heridos, todas las ambulancias están llenas, no se conoce el número de muertos, entre los cuales hay gran cantidad de francotiradores.
>
> ¿Es razonable, cuando se tienen tan pocos hombres para oponer al enemigo, enviarlos a la carnicería contra un ejército como el que hemos tenido ante nuestros ojos? Nadie se imaginaba lo que era; los prusianos tienen un aparato de guerra formidable. Es algo verdaderamente siniestro ver sus batallones con banderas negras y una calavera en el casco. ¿Cómo es posible que nadie reconozca que esta guerra es un castigo?».

Hubo un breve bombardeo, un depósito de madera y varias casas incendiadas. La familia Martin se refugió en la bodega, mientras los fragmentos de obús caían en los alrededores y un proyectil destrozaba una fachada cercana. Los alemanes no tardaron en entrar en la ciudad. Durante varias horas desfilaron por la calle del Puente Nuevo unos veinticinco mil aproximadamente. Exasperados por la resistencia, condenaron a la ciudad a pagar una enorme contribución de guerra. El alcalde, Eugène Lecointre, se negó con estoicismo. Como, a modo de represalia, amenazaban con saquear Alençon, respondió con valentía: «Aquí están las llaves de mi casa. ¡Empiecen por mí! La fuerza prevalece sobre el derecho». Impresionado por esta actitud, el vencedor accedió a transigir.

Hubo que alojar al enemigo. La Sra. Martin aprovechó el restablecimiento del correo para enviar a Lisieux abundantes detalles sobre esas jornadas

lamentables:

«El lunes, hacia las tres, todas las puertas fueron marcadas con el número de soldados enemigos que debían alojar; un sargento mayor vino a pedirnos visitar la casa. Lo llevé al primer piso diciéndole que teníamos cuatro hijos; no intentó subir al segundo, afortunadamente para nosotros. Finalmente, nos impusieron nueve y no tenemos de qué quejarnos; en nuestro barrio, pequeños comerciantes que no tienen más que dos habitaciones, reciben quince, veinte e incluso veinticinco…

No tengo reparos con ellos; cuando me piden demasiado, les digo que es imposible. Esta mañana trajeron carne suficiente para alimentar a treinta personas. Se la están haciendo cocinar.

Hemos tenido que dejarles completamente el primer piso e ir a la planta baja. Si te contara todo, escribiría un libro.

La ciudad se negaba a pagar la suma que se le exigía y fuimos amenazados con represalias. Finalmente, el duque de Mecklemburgo se contentó con trescientos mil francos, a cambio de una enorme cantidad de material. Todo el ganado de los alrededores les fue llevado. Ahora no hay leche en ninguna parte; ¿cómo hará mi pequeña Céline, que bebía un litro al día? ¿Y cómo harán las pobres madres que tienen niñitos? Tampoco queda carne en ninguna carnicería; en fin, la ciudad está desolada. Todo el mundo llora excepto yo»[69].

Lo que la Sra. Martin no dice es que ella y su esposo sabían unir, en su patriotismo sobrenaturalizado, un valor que desafiaba el peligro con un sentido de lo humano que excluía todo odio. Así fue como, entre los nueve ocupantes de su casa, la esposa distinguió a uno más simpático, más delicado, que parecía llevar en el rostro el pesar del exilio lejos de los suyos. No dudó en entablar conversación con él e incluso en ofrecerle en secreto algunos dulces, que recibió muy conmovido.

Por su parte, el Sr. Martin se esforzaba por impedir los saqueos y apartar del comercio las requisas abusivas. Un alemán quiso robar un objeto en la joyería; él se interpuso enérgicamente, dominó su resistencia, lo echó afuera y presentó una denuncia. Al día siguiente, al saber que otro soldado acababa de ser fusilado, a modo de ejemplo, por hechos semejantes, acudió nuevamente a las autoridades militares para pedir la gracia del que había denunciado. Este francés conservaba ante el enemigo el corazón sensible y generoso del hombre de nuestra tierra, afinado además por la caridad cristiana.

No por ello dejaba de ser cruel la prueba para aquel hijo de militar acostumbrado, desde sus primeros pasos, a los estribillos de la leyenda napoleónica.

«Mi esposo está triste –subraya la Sra. Martin el 17 de enero–, no puede ni comer ni dormir. Creo que se va a enfermar».

El mismo día en que escribía estas líneas se producía un acontecimiento misterioso que reanimaría la confianza en el alma de los católicos. Cuando lo lea en el periódico, no podrá evitar llamar de inmediato a su esposo para anunciarle, emocionada, la buena nueva:

«¡La Santísima Virgen se ha aparecido en Pontmain, estamos salvados!».

De hecho, la autoridad religiosa debía confirmar bastante pronto ese primer rumor. En el pueblito de Pontmain, a seis kilómetros al sur de Landivy, el 17 de enero de 1871 por la noche, en un cielo perforado de estrellas, algunos niños habían visto a una hermosa dama vestida de azul, que no podía ser sino la Virgen, mientras una mano invisible trazaba bajo sus pies, con letras de oro:

«Pero orad, hijos míos. Dios os escuchará pronto. Mi Hijo se deja conmover».

Ese mismo día, en Saint-Brieuc, la Archicofradía de Nuestra Señora de la Esperanza hacía a su Patrona un voto solemne para proteger Bretaña del invasor, mientras que, en el santuario parisino de Nuestra Señora de las Victorias, las oraciones públicas, también acompañadas de un compromiso oficial, pedían el fin de la guerra. Pues bien, en esa misma noche de la aparición, la 20ª división, comandada por el general de Schmidt, que se disponía a entrar en Laval, cubierta tan solo por un débil cordón de tropas, recibió, sin razón aparente, la inesperada orden de retirarse. La ofensiva quedó detenida, comenzaba la retirada. El suelo de Bretaña quedaba inviolado. Diez días después llegó el armisticio, seguido pronto por los preliminares de paz y luego, por el tratado de Fráncfort.

No fue sino este favor del cielo sobre Francia lo que consiguió devolver el optimismo al hogar de la calle del Puente Nuevo. El balance de la guerra allí se saldaba con pérdidas materiales: el inmueble quedó «en estado lamentable», créditos irrecuperables, el comercio momentáneamente paralizado. Las costumbres de orden, economía y trabajo que reinaban en aquella casa no tardarían en reparar esas brechas.

Más profunda era la herida moral. El Sr. Martin lloraba la encantadora Alsacia que había embellecido su juventud, y Estrasburgo, la joya del Rin, con su esbelta aguja donde anidan las cigüeñas. Cuando aparezca la hermosa canción de Soubise *Es un pájaro que viene de Francia*, la colocará en primer lugar de su repertorio. El patriotismo no era para él una emoción fugaz. Creía en su país, en su grandeza, en su misión. Sufriría –y su esposa

expresará en una carta su indignación compartida– al ver que, justo después de nuestros desastres, y para pagar la indemnización de guerra, no se encontraba nada mejor, en Lisieux y en Alençon, que organizar, con gran aparato publicitario, una cabalgata con baile de máscaras... el baile sobre las tumbas.

***

La correspondencia de la Sra. Martin durante los siguientes tres años da testimonio de forma curiosa del malestar general y de la angustia de los creyentes. Aturdida por su derrota, Francia busca su equilibrio. Partidarios del conde de Chambord, orleanistas y republicanos se disputan el poder. El proletariado parisino, que sale del sitio con los nervios enfermos y como devorado por la fiebre obsesiva del asedio, levanta contra Thiers el Gobierno de la Comuna y prolonga la insurrección durante más de dos meses, hasta la masacre de los rehenes, las siniestras hazañas de los incendiarios y la terrible represión que siguió. Al amparo de múltiples malentendidos, una ola de anticlericalismo va poco a poco extendiéndose por el país, mientras que la cuestión social, aún sin solución, ofrecerá a los partidarios del marxismo un terreno fácil de propaganda.

En ciertos medios conservadores, se percibe como una gran inquietud. Entre los católicos militantes, es una especie de impulso místico que se acompaña, al margen –y fuera de todo control de la jerarquía– de una profusión de profecías. Al mismo tiempo, es la hora en que toma auge, con el apoyo de Mons. Guibert, la fórmula del Voto Nacional, que desembocará en la construcción del santuario de Montmartre. Es la época de las grandiosas manifestaciones de fe, donde se evoca el heroísmo de los zuavos de Charette, donde se reza por «el Papa cautivo», donde se canta: «Salvad a Roma y a Francia en nombre del Sagrado Corazón».

En esa capital de departamento que es Alençon, toda esta efervescencia encuentra prontamente eco. Nobleza y alta burguesía, que detentan los resortes del poder, parecen perseguidas por el fantasma de una revolución. Se consumen en estériles debates en torno a la bandera blanca. En cuanto a la llama cristiana, su vivacidad es completamente superficial, brillante más que cálida, protestataria más que interior. Flota en los salones, al lado de ciertos vestigios de espíritu volteriano, como un resabio de galicanismo. Incluso se encuentran allí adeptos rezagados de la Vieja iglesia, que se niegan a aceptar varios artículos del dogma. Por otra parte, los prejuicios de

casta, tenaces en este rincón de provincia, provocan, como reacción, el resentimiento de los elementos populares. Comienza a dibujarse la línea divisoria que pronto opondrá a «las dos Francias».

No carecerá de interés, en tal momento y en semejante clima, ver cómo reaccionará el sentido sobrenatural de la familia Martin. Informada del desenlace de «la semana sangrienta», la Sra. Martin escribe a Lisieux, el 29 de mayo de 1871:

> «Estoy muy bien de salud, pero no de espíritu, sobre todo esta mañana; todo lo que ocurre en París me llena el alma de tristeza; acabo de enterarme de la muerte del Arzobispo y de sesenta y cuatro sacerdotes fusilados ayer por los comuneros. Estoy completamente conmocionada».

El termómetro de la Bolsa baja de inmediato, el crédito se congela, imposible recuperar el dinero. Poco importa:

> «Cuando esta tormenta haya pasado, recogeremos los restos de lo que quede y nos las arreglaremos para vivir con ese poco»[70].

Sin embargo, hay que pensar en los hijos. Los pronósticos son tan negros y precisos que, a costa de enormes sacrificios, se esfuerzan por obtener el pago inmediato de los pagarés. Circulan predicciones de forma clandestina que fijan fechas para el curso trágico del destino. Impresionada al principio en su sensibilidad de mujer, la Sra. Martin se vuelve cada vez más escéptica ante el aplazamiento de los plazos. Su buen sentido no tarda en burlarse de los augurios.

> «Estoy bien decidida a no fiarme de ningún profeta ni de ninguna profecía. Comienzo a volverme muy incrédula; digo que sólo Dios conoce el momento y la hora; los demás creen ver algo y no ven nada»[71].

Se resigna, para hacerse una idea de los acontecimientos, a esperar «el final del pelotón», deseando al mismo tiempo que no tarde demasiado en desplegarse.

Deja traslucir, por momentos, sus aspiraciones monárquicas y se indigna de que se haya osado afirmar que Enrique V haya podido «transigir con sus convicciones para adoptar los principios de la revolución».

Sin embargo, muy por delante de la cuestión del régimen político, es la de los intereses de Cristo y de la Iglesia la que apasiona las conversaciones familiares, por la noche, durante la velada. En mayo de 1872, el Sr. Martin escribe a su hija Pauline:

«Reza mucho, querida hijita, por el éxito de la peregrinación de Chartres, de la que voy a formar parte y que reunirá a numerosos peregrinos de nuestra hermosa Francia a los pies de la Santísima Virgen, para obtener las gracias que nuestra Patria tanto necesita a fin de mostrarse digna de su pasado».

Son veinte mil los que atraviesan la llanura de la Beauce para llegar a esa cuna de nuestra devoción mariana, donde los druidas levantaron un altar «a la Virgen que debía dar a luz», y que domina, «de un solo impulso», «la flecha irreprochable e inquebrantable». La afluencia supera todas las previsiones; faltan camas, hay que dormir sobre la paja o quedarse en la iglesia. El Sr. Martin pasa la noche en la capilla subterránea, donde las Misas se suceden de medianoche a mediodía. Regresa al hogar con el corazón henchido de esperanza.

Junto a esas manos que se juntan en oración, están los doctores en guardarropía que, a la espera del «Gran Día», disimulan su espanto con diversiones y se lanzan hacia los placeres. En una carta del 9 de marzo de 1873 a su cuñada, la Sra. Martin los fustiga a su manera:

«Quiero que te entretengas con el relato de un baile de disfraces organizado por la Sra. Y..., que ha causado tanto revuelo en Alençon; todo el mundo habla de ello; fue magnífico, admirable, ¡sin igual! Desde que Alençon existe, nunca se había visto algo así.

La Sra. Y... era Reina y llevaba una corona de oro con un velo sembrado de estrellas. La Sra. O... representaba la Locura; llevaba un vestido de indiana amarillo que la ceñía de tal manera que la hacía completamente ridícula. Cuando se vio con ese atuendo y comprobó la riqueza de los disfraces de las otras damas, no sabía dónde esconderse.

Sé todos estos detalles por personas que asistieron al famoso baile, que terminó a las cinco de la mañana. Para finalizar, hubo una cena espléndida, después de la cual todos los invitados se fueron a dormir. Fue necesario apuntalar el piso de los salones, pues de lo contrario los bailarines habrían caído al salón de abajo. Olvidaba decirte que los salones estaban adornados con guirnaldas de flores y ramas de hiedra. ¡Es una lástima tomarse tanto trabajo y gastar tanto dinero para ser objeto de burla!».

He aquí, dibujado con no menos gracia, el otro lado del díptico, que representa la lucha de clases. Es en la época en que la familia se había trasladado a la calle Saint-Blaise:

«Le ocurrió últimamente una extraña aventura a una dama cuya calesa estaba estacionada frente a nuestra casa, delante de la Prefectura. El cochero iba con una librea magnífica, completamente adornada con pieles. Un individuo mal vestido, con un saco de lona en la mano, pasó por allí. Se detuvo un instante para contemplar al cochero, luego a la dama en el carruaje, y se dirigió hacia la portezuela abierta, desató su saco y vació el contenido sobre las rodillas de la dama.

Inmediatamente, se puso a lanzar gritos espantosos; el cochero acudió rápidamente en su auxilio, los transeúntes se agolparon. Se veía a la dama retorciéndose en un ataque de nervios y, sobre ella, una veintena de ranas; tenía hasta en la cabeza, en fin, ¡estaba cubierta de ellas!

El malvado individuo la miraba forcejear. Cuando llegó el Comisario y le preguntó por qué había hecho tal cosa: “Venía de capturar –dijo tranquilamente– estas ranas para venderlas, pero al ver a esta ‘aristócrata’ con su cochero lleno de pieles, preferí darle un ataque de nervios que vender mis ranas”. Lo llevaron detenido; ¡bien merecido lo tenía!»[72].

Ante este antagonismo creciente, que abre entre poseedores y desheredados un foso adornado con una «barricada», ¿quiere uno saber el pensamiento profundo del hogar Martin? Podemos captarlo entre líneas en este relato donde la censura humorística se templa con la dulce filosofía del Evangelio. Se trata, algunos años más tarde, de una representación de gala que el Sr. de Cissay debía honrar con un discurso:

«Se habían repartido doscientas cartas de invitación para las “bellas damas” y unas tarjetas para las damas “menos bellas”, y habían tenido cuidado de poner una barrera entre las dos categorías.

Entonces, una mujer, cuyo hijo era uno de los principales actores y que sólo tenía una tarjeta, dijo: “Si no me dejan pasar con las que tienen cartas, voy a buscar a mi hijo y no va a actuar”.

Sin embargo, no pasó y no se atrevió a llevarse a su hijo, pero el resultado fue un descontento general entre las que tenían sólo tarjetas.

Para prevenir una insurrección, hoy se ha organizado una pequeña fiesta donde ya no hay distinciones. Estos señores están realmente muy incómodos por complacer a todo el mundo. Es cierto que las grandes damas no vendrían si no se les reservaran los primeros asientos y, por otro lado, eso irrita a las madres que prestan a sus hijos, al ser relegadas al último lugar. Pero hagan lo que hagan, ¡sólo en el cielo los pobres podrán *ser los primeros*; en la tierra, ¡ni pensarlo!»[73].

Lo que atormenta por encima de todo a estos esposos cristianos es ver en todos los ambientes el progreso de la irreligión. En Roma, el Papa prisionero sufre los ultrajes de la masonería en el poder. La Sra. Martin, que escribía el 5 de septiembre de 1871: «Creo firmemente en el triunfo y el restablecimiento del Santo Padre en sus Estados», constata año tras año la agonía de sus ilusiones.

En Alençon, señala las manifestaciones de anticlericalismo. En la fiesta del 15 de agosto de 1873, unos energúmenos pasaban, amenazando de palabra y empujando a los que desfilaban rezando por las calles. Un entierro civil provoca escándalo, en el que se ve a las más altas autoridades comunales rodear el ataúd, al alcalde sostener una de las cintas del paño fúnebre y al diputado pronunciar un discurso. Luego, al regreso de una peregrinación a Lourdes, se organiza una especie de contramanifestación. El Sr. Martin, que regresaba radiante, trayendo como botín dos pedazos desprendidos por él mismo de la roca de Massabielle, fue el primero en salir de la estación, con la pequeña cruz roja en el pecho. Recibido con gritos e

insultos, cruzó valientemente el cordón de seguridad, mientras que, detrás de él, varios peregrinos menos afortunados eran conducidos al puesto de policía por delito de procesión.

Frente a la guerra social y a la persecución creciente, ¿no deberían los creyentes conscientes del peligro «ir al pueblo»? Un ardiente oficial de la guerra de 1870, el conde de Mun, lo proclama a todas las fracciones de la opinión en la cruzada que lleva por toda Francia en favor de los Círculos Católicos. ¿Fue bajo el impulso de su elocuencia vibrante que Alençon se puso en movimiento a su vez? Sea como fuere, no tardó en establecerse un Círculo en la parroquia de Notre-Dame, en el número 34 de la calle de la Gare. Abierta el 25 de noviembre de 1875 bajo el nombre del brillante orador, esta obra, cuya dirección asumió el Sr. P. Dupuy, capellán del liceo, tuvo en sus orígenes un carácter urbano. Contó entre sus fundadores y miembros activos al Sr. Louis Martin, cuyo nombre figura en los polvorientos cuadernos de archivo en la lista de los primeros accionistas de la sociedad civil.

***

A través de tantos avatares de todo tipo, se ve crecer e imponerse cada vez más, junto al padre, cuya imagen serena y grave nos retendrá más adelante, la figura ideal de la madre. ¿Cómo no admirar a esta mujer de salud frágil, marcada precozmente por una enfermedad implacable, sujeta a las neuralgias, migrañas y fiebres, y cuyo aspecto, según ella misma confiesa, asusta en ciertos días, que conoce en catorce años nueve nacimientos, en sesenta y cuatro meses seis duelos, por no hablar de las enfermedades de las cuales es enfermera de oficio, que une a los cuidados del hogar la dirección de una fábrica de encajes y declara en los momentos de apuro: «Estar en pie desde las cuatro y media de la mañana hasta las once de la noche»; que soporta además el saqueo de su casa y los golpes de una crisis económica, sin que jamás flaquee su confianza ni se altere su buen humor?

Le sucede, ciertamente, confesar su cansancio y lanzar una mirada nostálgica hacia ese claustro en el que, un día, creyó poder entrar. La tentación dura poco. Está embarcada, irá hasta el final, fiel a los sentimientos que expresaba a su hermano unas semanas antes de la muerte de su primer hijo:

> «Tengo mucho trabajo con este maldito Punto de Alençon, que es el colmo de todos mis males; gano un poco de dinero, es cierto, pero Dios mío, ¡cuánto me cuesta!... Es a precio de mi vida,

porque creo que acorta mis días y, si el buen Dios no me protege de una manera particular, me parece que no viviré mucho tiempo. Me consolaría fácilmente si no tuviera hijos que criar; saludaría a la muerte con alegría, como se saluda a la dulce y pura aurora de un bello día.

Pienso a menudo en mi santa hermana, en su vida calma y tranquila; trabaja, sí, pero no para ganar riquezas perecederas, sino que sólo acumula para el Cielo, hacia donde se elevan todos sus suspiros. Y yo me veo aquí, encorvada hacia la tierra, dándome una pena extrema en acumular un oro que no me llevaré y que ni siquiera deseo hacerlo. ¡Qué haría con eso allá arriba!

A veces me sorprendo lamentando no haber hecho como ella, pero enseguida me digo: "No tendría a mis cuatro hijas, ¡a mi encantador Josecito!... No, aún es mejor que esté penando donde estoy y que ellos estén aquí. Con tal de que llegue al Paraíso con mi querido Louis y que los vea a todos ellos mucho mejor colocados que yo, estaré bastante feliz así, no pido más"»[74].

La última palabra la pinta por completo. Está crucificada por la felicidad de los suyos. Sólo si su marido la precede en el cielo, y si todas sus hijas se encuentran ya encaminadas en su vida, podrá, confía a Pauline, acariciar el proyecto de terminar sus días en la Visitación. Por el momento, es la esclava del hogar, «lutz de case», como se dice en la región del sol, «la luz de la casa». A este deber primordial sacrifica lo que le sería más dulce: las largas horas de oración; lo que halagaría el celo de su naturaleza ardiente: las tareas apasionantes del apostolado exterior.

Su vida está centrada en el abandono. Lo expresa en fórmulas que se dirían tomadas de su Teresita:

«Cuando comencé mi comercio de encaje de Alençon, me enfermé por ello; ahora soy mucho más razonable, me preocupo mucho menos y me resigno a todos los contratiempos que me ocurren o puedan ocurrirme. Me digo que el buen Dios lo permite así, ¡y luego no pienso más en ello!»[75].

«Hay penas para todos; los más felices no son sino los menos desgraciados: lo más sabio y sencillo en todo esto es resignarse a la voluntad de Dios y prepararse de antemano para llevar su cruz con el mayor coraje posible».

«El buen Dios me da la gracia de no asustarme, estoy muy tranquila».

«El buen Dios, que es un buen Padre, nunca da a sus criaturas más de lo que pueden soportar».

El espectáculo cotidiano de tal magnanimidad hará decir a Céline, durante su declaración en los Procesos de Beatificación y Canonización de su hermana:

«Nuestra madre estaba dotada de una inteligencia superior y de una energía extraordinaria. ¡Las dificultades no eran nada para ella!»[76].

En cuanto a la Visitandina, después de haber confesado a su hermano el temor de que su querida Zélie sucumbiera físicamente bajo los repetidos golpes de la prueba, añade:

«Sin embargo, lo que me tranquiliza un poco es su espíritu de fe y su coraje verdaderamente increíble y prodigioso. ¡Qué mujer fuerte! La adversidad no la abate, la prosperidad no la engrandece. Es admirable».

La Sra. Martin no se hace todas esas preguntas. Está bien trabajada interiormente por el presentimiento de su próxima muerte. No deja de notar que se inquietan por ella, pero se sobrepone con energía:

«Muchas personas creen que no me queda mucho tiempo de vida, escribe. Espero que se equivoquen, porque no tengo tiempo para morir, tengo demasiado trabajo por el momento».

Y, además, ¿no es necesario, antes de la aurora eterna, que se cumpla la intuición profética de Sor María Dositea: que surja por fin «el gran Santo» que debe ser, para una madre así, el premio de su martirio y la obra maestra de su amor?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VI LA PEQUEÑA FLOR DEL HOGAR

INSTALACIÓN EN LA CALLE SAINT-BLAISE — ESPERA DE TERESA — NACIMIENTO Y ENFERMEDAD DE TERESA — ENFERMEDAD DE MARIE — PRIMER DESPERTAR DE TERESA

Desde hacía varios años, el Sr. Martin deseaba ahorrar a su esposa el agotamiento provocado por la gestión de una gran tienda y la molestia de un doble comercio. A comienzos de abril de 1870, su sobrino, el Sr. Adolphe Leriche, recientemente beneficiado con una bella herencia, decidió comprar el fondo de orfebrería y el edificio de la calle del Puente Nuevo[77]. Se buscó en vano otra casa con el amplio jardín que la mamá deseaba para los juegos de sus hijas. Sobrevino la guerra, haciendo todo traslado difícil. Finalmente, hubo que conformarse con la propiedad de la calle Saint-Blaise, adquirida por herencia tras la muerte del Sr. Guérin y que había quedado vacante.

Por testimonio de su esposa, el Sr. Martin hizo bien las cosas. Quiso para su mujer un hogar agradable y cuidó hasta los menores detalles del arreglo. ¿No es acaso la casa una especie de relicario donde el pasado se incrusta o, mejor dicho, se engasta para vivificar el presente? ¿No es acaso «el vestido de piedra del hogar», su envoltura material, el *home*, como se dice al otro lado del Canal, donde es preciso poder gozar, con un mínimo de comodidad, la dulzura de vivir juntos, donde todo debe hablar a la mirada: los retratos colgados en la pared, los marcos evocadores de impresiones de viaje, el crucifijo que recibió el último beso del abuelo, la estatua de la Virgen, ofrecida como regalo de bodas, tal tapiz donde se expresó el gusto de un ser amado, tal mueble donde se encierran los recuerdos de antaño? Si en Francia, por falta de una política coherente y valiente de vivienda popular hay demasiados tugurios inmundos que dan a nuestras grandes ciudades aspecto de ciudades leprosas, una de las más honorables tradiciones de la burguesía es adornar, cuidar, amar la morada.

No fue sino en julio de 1871 que el Sr. Martin emigró de la parroquia de Saint-Pierre-de-Montsort a Notre-Dame, conservando su madre, no obstante, el apartamento que ocupaba en la joyería donde se instalaba su nieto. Penetremos en la calle Saint-Blaise, así llamada por una antigua devoción originaria de Alençon al glorioso mártir armenio. Un castillo

histórico impone su atención al turista. Precedido por un regio patio de honor, el Hotel de la Prefectura es un notable ejemplar del estilo Luis XII, que albergó antaño la piedad y limosnas de una hija espiritual del P. de Rancé, la Duquesa de Guisa, antes de servir de residencia a los intendentes de la Monarquía y, luego, a los administradores del departamento.

Justo enfrente, en el número 42 (antiguamente 36), una inscripción lapidaria señala al peregrino la casa donde nació Teresita del Niño Jesús. Es modesta y discreta, bajo su tono rojo ladrillo, con su planta baja iluminada por dos ventanas con postigos exteriores, su primer piso perforado por tres puertas acristaladas de elegante arco, que dan a un balcón cuya barandilla de hierro recorre toda la fachada, sus buhardillas que respiran por una sola abertura. Despejada antaño a su derecha, y separada por una verja de las construcciones vecinas, lindaba a la izquierda con un edificio tan apacible como ella.

A primera vista, aquello se revelaba exiguo para una familia numerosa, pues las ampliaciones previstas por el Sr. Guérin nunca se realizaron. En la planta baja, tres habitaciones comunicadas: sala de recepción, comedor, cocina; en el primer piso, tres dormitorios, dos de ellos con vista a la calle; en el segundo, una habitación y un desván. Un corredor adoquinado conduce al pequeño patio interior donde yace un rústico lavadero de piedra. Se prolonga en un estrecho pasadizo, en desnivel entre los altos muros de las casas adyacentes y desemboca en el cuadrado de tierra –¡demasiado reducido, por desgracia!–, adornado con frutas y flores, parterres, glorieta y medias lunas, así como perales trepando en espalderas. Mordiéndole espacio al jardín, un modesto cobertizo y una construcción que alberga la lavandería con un cuarto de repuesto y un trastero. El espacio vital es reducido, pero las hijas mayores solamente habitarán allí en vacaciones y, además, se apretarán un poco y será más íntimo.

Cuando uno cruza el umbral, se baña en una atmósfera de silencio y recogimiento. Los recuerdos afloran por todas partes. La habitación delantera, a la vez salón y despacho, donde la Sra. Martin se colocaba en la segunda ventana, para hacer correr la aguja sobre la «traza» y recibir a sus obreras. La escalera de pendiente empinada desde donde Teresita, en cada peldaño, llamaba a su madre. Su habitación natal, hoy duplicada con un oratorio. En el jardín, el papá dispuso para ella un diminuto columpio. Allí estaban la enramada bajo la cual contaba sus «prácticas», el cobertizo donde se amontonaba la leña destinada al hogar, el gallinero donde Céline,

con ágil gesto, atrapaba las gallinitas blancas de su hermana menor para divertirse con ella.

Es el encanto penetrante de la familia francesa lo que se saborea en estos lugares. Todo es calma, frescura, ternura. El padre pudo colocar sobre la puerta una placa de mármol en la que estaban grabadas estas palabras: «Louis Martin. Fabricante de Encaje de Alençon». Eso significa simplemente que, aligerado de sus trabajos de relojero y joyero, tomará en adelante mayor parte en la empresa de su esposa y disminuirá así sus fatigas. Pero ningún taller, ningún escaparate atraerá a los forasteros. Salvo las idas y venidas de las encajeras cada jueves, allí estarán perfectamente en casa.

***

La cuna está lista; el «gran Santo tan deseado» puede venir; una nueva y última estrofa en el poema del hogar donde alternan luces y sombras, sin que el corazón de los padres pierda frescura ni capacidad de asombro. Alrededor de ellos, los prudentes susurran, sin duda: ocho nacimientos, cuatro duelos prematuros, la salud de la madre en peligro… ¿no es hora ya de detenerse? Incluso el Sr. Martin se inquieta a veces. La mamá lo tranquiliza: «No tengas miedo, el buen Dios está con nosotros». Es el *leitmotiv* de su espiritualidad que «el buen Dios nunca da más de lo que se puede soportar». Y, además, ha pasado ya los cuarenta años, su esposo roza los cincuenta. ¡Qué rejuvenecimiento revivir en plena madurez las emociones de los primeros tiempos conyugales!

El ataúd de su primera Teresa apenas se ha cerrado y ya necesita otra Teresa en quien reviva.

> «El buen Dios se ha equivocado de puerta, escribe a su cuñada, que le ha confiado sus esperanzas, pues yo, que he perdido a mi pequeña, estaría tan contenta de tener otra; pero no, no tendré más. Es inútil desearlo ahora. Jamás me consolaré de la muerte de mi pequeña Thérèse; es algo que me impide dormir con frecuencia»[78].

Una amiga intenta, no sin torpeza, traerla a la realidad:

> «El buen Dios ha visto sin duda que no podrías con la carga de tantos hijos, y ha puesto a cuatro de ellos en su Paraíso».

Ella protesta de inmediato y transmite, junto con la anécdota, su sobrenatural respuesta:

«No es así como entiendo las cosas... El buen Dios es el Señor y no tenía por qué pedirme permiso. Por otro lado, hasta ahora he soportado muy bien todas las fatigas de la maternidad, confiándome a su Providencia. Además, ¿qué quieres? No estamos en la tierra para tener grandes placeres; quienes esperan gozar están muy equivocados y se ven tristemente decepcionados en sus esperanzas»[79].

¡Feliz valentía materna espléndidamente recompensada! Si el Sr. y la Sra. Martin se hubieran limitado, al estilo del mundo, a ser «razonables», su corona se habría visto privada de su joya más hermosa. Los designios de Dios, trastornando los pobres cálculos de los hombres y colmando la fe ciega de estos admirables padres, es la hija del atardecer, la novena, quien pondrá el sello a su gloria.

Una carta del 21 de julio de 1872 anuncia la feliz noticia:

«Tengo que comunicarte un acontecimiento que llegará probablemente a finales de año, aunque por ahora no me interesa más que a mí. Sin embargo, me alegraría si supiera que podré criar a este pequeño ser que va a instalarse en nuestro hogar y no se marchará de él mientras él y yo estemos con vida.

Me encuentro mejor que la última vez, tengo buen apetito y no tengo fiebre. Espero que este niño venga bien, la desgracia no siempre llama a la misma puerta; en fin, ¡que se haga la voluntad de Dios!».

El 15 de diciembre, la Sra. Martin cuenta a su cuñada su alegría, atravesada de temores:

«Espero ahora todos los días a mi pequeño ángel y estoy bastante perpleja porque todavía no he encontrado nodriza. He visto a varias, pero sólo convenían imperfectamente y mi esposo nunca ha podido decidirse a tomar una. No es por el precio, es porque tememos introducir en casa a personas poco recomendables… Si el buen Dios me concediera la gracia de poder amamantar a mi hijo, sería un placer criarlo. A mí me gustan los niños con locura, nací para tenerlos, pero pronto será hora de que esto termine. Cumpliré cuarenta y un años el 23 de este mes, ¡es la edad en que una es abuela!».

Se recoge en esa deliciosa espera que tan bellamente se ha calificado de «Adviento»… y, mientras interroga al porvenir, le parece oír una voz que se une a la suya.

«Mientras la llevaba en mi seno –escribirá más tarde sobre su hijita a la Sra. Guérin–, observé una cosa que nunca había sucedido con mis otros hijos: cuando cantaba, cantaba conmigo… Te lo confío a ti, nadie podría creerlo»[80].

Sugestión piadosa femenina, dirán los que se espantan de toda sombra de lo maravilloso. Enternecedora intervención del cielo, pensarán los sencillos; en todo caso, delicioso símbolo de la unión de virtud y gracia que se

preparaba en secreto, en el seno materno, entre el alma armoniosa de Teresa y el alma vibrante de su madre.

«¡Así que ha latido tu amado fardo!
Un pequeño ángel en ti ha levantado su ala,
Se han hablado; la cuna blanca lo llama,
Y su imagen sonríe entre las flores de la cortina».

***

El infierno intenta turbar esa paz. Una tarde en que se había quedado sola en la planta baja de su casa para terminar una lectura espiritual, la Sra. Martin pensaba en las vejaciones diabólicas que sufren los grandes siervos de Dios.

> «No es a mí, pensaba con una especie de alivio, a quien le sucederán tales afrentas; sólo los santos pueden temerlas».

En ese mismo instante, como una monstruosa presión, sintió abatirse sobre su hombro un peso enorme. Hubiera dicho que era la garra de una fiera. Aterrorizada por un momento, se rehízo de inmediato con una oración de confianza y recobró la pura serenidad de la unión divina[81].

Teresa podía aparecer. En el misterio del embarazo, cuyo valor íntimo sólo las madres conocen, había tomado, junto con la vida corporal, esos contactos, esos instintos, esas predestinaciones inefables que, ya antes del nacimiento, predisponen al bien y orientan hacia Dios, como aún cantaba Sully Prudhomme en uno de sus mejores sonetos:

«Este niño será dulce, inteligente y bello,
Si cada alma se enciende en el alma materna,
El corazón en el fuego del corazón, el ojo en la pupila,
Como una antorcha se enciende al contacto de otra antorcha».

***

Fue el jueves 2 de enero de 1873, a las once y media de la noche, cuando nació la que debía llamarse a sí misma «una pequeña flor de invierno». La madre formuló en seguida la oración con que saludaba a cada recién nacido:

> «Señor, concédeme la gracia de que te sea consagrada y que nada venga a empañar la pureza de su alma. Si alguna vez ha de perderse, prefiero que la tomes ahora mismo».

Marie y Pauline, que estaban de vacaciones, fueron alertadas en plena noche por el Sr. Martin, pero debieron esperar hasta la mañana para tener la

alegría de abrazar a la benjamina, cuya simpatía las conquistó enseguida.

Apenas se supo la noticia, llamaron a la puerta. Con timidez, un joven muchacho entregó a los padres un canasto sobre el cual estaban escritas estas palabras:

«Sonríe y crece pronto,
Todo te invita a la dicha:
Tiernos cuidados, tierno amor…
Sí, sonríe a la aurora,
Capullo que acabas de abrirte,
¡Serás rosa algún día!».

Era el delicado gesto de un padre de familia a quien el Sr. Martin había encontrado tiempo atrás con su esposa y su hijo, hambrientos y desamparados, refugiados bajo un portal de la Prefectura. Conmovida por una miseria tan digna –se trataba de nobles caídos en desgracia–, la esposa los hizo entrar, los alimentó, ganó su confianza, mientras su marido se ocupaba activamente de encontrar para el pobre desocupado una situación lucrativa. El agradecimiento se expresaba ese día bajo una forma particularmente conmovedora.

María Francisca Teresa tuvo por madrina a su hermana mayor, Marie Louise, que estaba por cumplir trece años, y por padrino a un muchacho de la misma edad, hijo de un amigo del Sr. Martin, Paul-Albert Boul[82]. La ausencia de este último –y ello no dejó de inquietar a la madre– hizo que se difiriera el bautismo hasta el sábado 4 de enero por la tarde. En brazos de la fiel sirvienta, Louise Marais, la niña fue llevada al lateral izquierdo de la suntuosa iglesia de Notre-Dame, cuyo baptisterio, a imitación del de Poissy, que ilustró San Luis, recibiría de esta ceremonia un prestigio y un adorno nuevos. El sacramento fue administrado por el P. Lucien Dumaine, a quien el padre contaba entre sus relaciones personales y quien debía testificar en el Proceso de Beatificación[83].

La madre quiso redactar por sí misma la carta que informaba a su familia de Lisieux de su feliz alumbramiento. Se muestra orgullosa del buen aspecto de su hijita, de su peso, de su carita ya tan expresiva:

«Esta niña se llama Teresa, como mi última pequeñita; todos me dicen que es hermosa, ya sonríe. Me di cuenta por primera vez el martes.

Creí que me equivocaba, pero ayer ya no fue posible dudar: me miró muy atentamente y luego me hizo una sonrisa deliciosa»[84].

¡Ay! La carta siguiente es menos optimista. Después de haber intentado amamantar a la bebé, lo que consideraba un deber y una dulzura, la Sra. Martin tuvo que interrumpir la experiencia.

«Me angustio muchísimo por mi Teresita, escribe el 17 de enero a su hermano. Temo que tenga una enfermedad intestinal, noto los mismos síntomas alarmantes que en los otros niños que murieron. ¿Habrá que perder también a ésta?... Estoy muy angustiada… Apenas duermo dos horas porque casi constantemente estoy cerca de la pequeña que, desde hace algún tiempo, está muy agitada parte de las noches».

La situación se agrava. Se prevé un desenlace fatal en cuarenta y ocho horas. Un S.O.S. requiere los sufragios de la religiosa de Le Mans. Impulsada por no sé qué inspiración, Sor María Dositea decide confiar la vida de su sobrina a los cuidados del santo Doctor de Ginebra. Hace el voto, si la sana, de llamarla habitualmente por su segundo nombre: Francisca, e invita a la Sra. Martin a ratificar el compromiso, inaugurando de inmediato esa substitución de nombres. Por una vez, la madre rechaza las sugerencias fraternales. Se aferra al patrocinio de la Reformadora del Carmelo y no piensa renunciar a él sino como último recurso. Además, antes de toda intervención de la Visitandina, ya se había producido una mejoría sensible. Y, además, ¿qué le importa al dulce Francisco de Sales que le quiten el nombre a la niña? Resiste y, al mismo tiempo, enriquece la hagiografía con un segundo capítulo teresiano.

Después de algunas semanas de calma, la enteritis reapareció a comienzos de marzo. La fiebre sube. Se puede temer lo peor. La correspondencia se llenaba de gritos de angustia:

«A menudo pienso en las madres que tienen la alegría de alimentar a sus hijos; ¡y yo tengo que verlos morir a todos uno tras otro!»[85].

Dominando su cansancio, la admirable mujer se mantenía en pie día y noche, disputándole su Teresita a la muerte. El dictamen del médico fue categórico: sólo la lactancia materna podría salvarlo todo.

La madre pensó en Rosita, a quien había confiado sus dos Joseph, y cuya robusta honradez daba completa tranquilidad. No podía emprender sola tan tarde el camino.

«La noche me pareció larga –escribía–. Teresa casi no quería beber; todos los signos más graves que habían precedido la muerte de mis otros angelitos se manifestaban y estaba muy triste, convencida de que la pobre criatura ya no podía recibir de mí ningún auxilio en el estado de agotamiento en que se encontraba.

Partí entonces al amanecer, hacia la nodriza que vivía en Semallé, situado a casi dos leguas de Alençon. Mi esposo estaba ausente y no quería confiarle a nadie el éxito de mi gestión. Encontré en un camino desierto a dos hombres que me inspiraron cierto temor, pero me decía: “Aunque cuando me mataran, no me importaría”. ¡Llevaba la muerte en el alma!»[86].

La señora Taillé puso algunas dificultades. No podía dejar allí a su esposo, el «Padre Moyse», a sus cuatro pequeños, de los cuales el más joven tenía un año, y al único tesoro de la choza, la vaca que, por su pelaje blanco con manchas obscuras, había sido apodada «la Roja». Discutieron, negociaron los términos, y al final se llegó a un acuerdo: Rosita iría a pasar ocho días a Alençon y luego llevaría a Teresa a su propio hogar. El dueño de casa, que sólo había cedido refunfuñando, cambió pronto de parecer y envió a su hijo a exigir a su esposa que regresara. Pero la campesina decidida lo rechazó bruscamente y siguió su camino hasta la calle Saint-Blaise.

Al ver a Teresa, la nodriza sacudió la cabeza. Aquel desplazamiento había sido inútil. La niña estaba condenada. Ya no quería tomar nada. Era el final inminente. Pero dejemos la palabra a la «incomparable madre»:

«Subí rápidamente a mi habitación, me arrodillé a los pies de San José y le pedí como gracia que sanara a la pequeña, al mismo tiempo que me resignaba a la voluntad del buen Dios si quería llevársela consigo. No lloro a menudo, pero mis lágrimas corrían mientras hacía esa oración.

No sabía si debía bajar… por fin me decidí. ¿Y qué veo? ¡A la niña que mamaba con todas sus fuerzas! No soltó el pecho hasta cerca de la una de la tarde; luego devolvió unas cuantas bocanadas y cayó como muerta sobre su nodriza.

Éramos cinco personas alrededor de ella. Todos estaban sobrecogidos; había una obrera que lloraba y yo sentía que se me helaba la sangre. La pequeña no mostraba ningún signo aparente de vida. Por más que uno se inclinara para intentar descubrir un signo de vida, no se veía nada; pero estaba tan tranquila, tan serena, que daba gracias al buen Dios por haberla hecho morir tan dulcemente.

Finalmente, transcurrido un cuarto de hora, mi Teresita abrió los ojos y empezó a sonreír. Desde ese momento quedó completamente curada, volvieron su buen color y su alegría; desde entonces, todo marcha bien.

Pero mi pobrecita se ha marchado. Es muy triste haber criado a una niña durante dos meses y luego tener que confiarla a manos extrañas. Lo que me consuela es saber que el buen Dios lo quiere así, ya que he hecho todo lo que he podido por criarla; por lo tanto, no tengo nada que reprocharme en ese sentido.

Habría preferido tener a la nodriza en casa, y mi marido también; no quería a otras, pero aceptaba de buena gana a ésta, que es una excelente mujer.

Te deseo de todo corazón que nunca tengan hijos en ese estado; no se sabe qué hacer, se teme no darles lo que conviene, es una angustia continua. Hay que pasar por ello para saber lo que es ese tormento; no sé si el Purgatorio es peor que eso; se sufre, es cierto, pero al menos allí se sabe qué hacer. En fin, he pasado por otra dura prueba»[87].

La pobre madre no había llegado aún al final de sus penas. El honor de dar a luz a una santa se compra con el precio de la sangre. Teresa había llegado a Semallé, en el boscaje normando. La casita del padre Moyse era de lo más rústica: una planta baja y un desván, todo construido apresuradamente con piedra y barro, y cubierto de paja. La proximidad del establo, el inevitable montón de estiércol, el vagabundeo de las aves de corral rodeaban la vivienda con un aroma campestre que en la estación se vería realzado por las mil exhalaciones del prado y el perfume saludable que sube de la hierba recién cortada o de los trigales dorados. Dentro de la casa, todo estaba limpio y ordenado. Rosita sabía llevar la casa. La prole estaba bien educada; los niños de pecho que se acogían por un tiempo recibían el mismo trato y cariño que el hijo de la casa. ¿Cómo no iba Teresa a recobrar la vida en un ambiente así? Engordó, sus mejillas se colorearon, sus pulmones se llenaron de aire puro.

No habían pasado tres semanas cuando una nueva crisis intestinal se desencadenó. La madre, llamada de urgencia, acudió a marchas forzadas, acompañada del médico. Por el camino, se entregaba a melancólicas reflexiones:

> «Veía –escribía a su cuñada– un hermoso castillo y magníficas propiedades, y me decía: "Todo esto no es nada; sólo seremos felices cuando todos nosotros, con nuestros hijos, estemos reunidos allá arriba", e hice a Dios el sacrificio de mi hija…»[88].

El peligro inmediato fue conjurado. La angustia persistía en cuanto al porvenir. La Sra. Martín concluía con la doble resignación de los humildes, acostumbrados a dominar valientemente sus penas:

> «En fin, he hecho todo lo que estaba en mi poder para salvar la vida de mi Teresa; ahora, si el buen Dios quiere disponer de ella de otro modo, trataré de soportar la prueba con la mayor paciencia posible. Realmente necesito reanimar mi valor, he sufrido mucho en mi vida y quisiera, queridos amigos, que ustedes fueran más felices que yo».

Desde Antígona hasta Ifigenia, desde Epicteto hasta Marco Aurelio, todas las heroínas del drama antiguo, todos los campeones del estoicismo palidecen ante esta mujer de gran corazón. Para encontrar en el martirio del alma más simplicidad unida a más nobleza, es necesario llegar hasta la *Pietà*, es necesario subir allí donde la Sra. Martín encontró el secreto de su fuerza: en la colina del Calvario, donde la más tierna de las madres ofreció a Dios al mejor de los hijos.

***

La serie roja no ha terminado. La Semana Santa de 1873 comienza para el Sr. y la Sra. Martin con una cruz de lo más inesperada. Hasta entonces habían sido golpeados en sus hijos más pequeños; ahora se ven amenazados en su hija mayor, aquella por quien el padre sentía una secreta preferencia, y que era su viva imagen. La víspera del Domingo de Ramos debían traerles desde Le Mans a Marie, que contaba entonces trece años. El aislamiento se impone. Está amenazada de fiebre tifoidea. El médico de Alençon confirma el diagnóstico.

Fúnebres presentimientos cruzan la imaginación de la madre. Se los confía a su cuñada:

> «Aunque no estaba tan mal el sábado por la noche, cuando llegó, sentí una punzada en el corazón. No puedo quitarme de la mente que morirá; hace mucho que me inquieto por su porvenir; es una niña de una ternura de corazón extraordinaria. No ha podido aún acostumbrarse al internado, no soportaba la privación de vernos; me ha contado cosas, al respecto, que me parten el alma.
>
> Hago todo lo que puedo por consolarla y hacerle esperar su próxima curación. Ayer le decía que sería ella quien llevaría la casa y criaría a sus hermanitas cuando haya muerto. Me arrepiento mucho de haberle hablado de eso; no ha hecho más que llorar, no puede aceptar la idea de que muera antes que ella. Temo mucho que el buen Dios escuche sus deseos.
>
> … En fin, esperemos que no permitirá una prueba tan grande como perder a esta hija. Mi marido está desolado; ya no sale de casa, esta mañana se convirtió en enfermero, porque hoy, jueves, me vi obligada a recibir a mis obreras toda la mañana y me reemplazó. Pero oírla gemir lo enferma y le quita todo el valor.
>
> Adiós, querida amiga, reza por nosotros, para que, si el buen Dios exige un sacrificio semejante, tengamos fuerza para soportarlo.
>
> Marie hizo su Pascua el martes por la mañana. Comulgó a las cinco y media en perfectas disposiciones y con una expresión angélica»[89].

El termómetro se dispara. Por temor al contagio, Pauline debe pasar las vacaciones de Pascua en la Visitación. Es una separación desgarradora para las dos hermanas, unidas por la más confiada amistad, y también para la madre, que siempre mostrará por su hija menor una cierta predilección, desplegando maravillas de ingenio para consolarla.

Hacia mediados de abril, la enfermedad alcanza su paroxismo: abatimiento durante el día, delirios nocturnos, fiebre abrasadora, y así durante casi cinco semanas. A pesar de la ayuda solícita de las Hermanas enfermeras, la Sra. Martin se siente aplastada por el cansancio. El Viernes Santo pasa «una noche siniestra» escuchando a su hija murmurar con voz apagada y misteriosa frases incoherentes. Ella y su esposo no abandonan a

la niña y permanecen en pie veinticuatro horas seguidas, desafiando el agotamiento.

«Estoy segura, confiesa, de que en tales condiciones se necesita una gracia de Dios para no sucumbir»[90].

La temperatura se mantiene en un nivel insólito, la debilidad crece y degenera en languidez. Marie atraviesa esas crisis de sensibilidad en las que, con los nervios desgastados, ya no quiere más que los cuidados de su madre. Caprichos, si se quiere, pero que, en un momento así, una madre, aunque se doblegue bajo la tarea, soporta sin quejarse.

El Sr. Martin, afectado hasta la angustia por el peligro que corre su hija, quiere arrancar al cielo una decisión de salvación. Se arma con su bastón de caminante y, al comienzo del hermoso mes de mayo, recorre seis leguas a pie para ir a implorar, en su santuario de la colina de Chaumont, a un taumaturgo a quien la devoción popular ha convertido en sanador de todos los que padecen fiebres. Ha querido partir en ayunas y regresa del mismo modo. No es demasiado pagar por la curación de su hija. Su fe arranca la intervención del Altísimo: pronto llega la convalecencia. Vuelve a su distracción favorita y trae al hogar una fritura selecta que engañará el hambre de la pequeña, a la que, a pesar de los regaños maternos, no se priva de colmar de golosinas.

El 13 de mayo, la Sra. Martin envía a Lisieux un último boletín de salud que registra la rápida recuperación de las fuerzas. El día de la Ascensión, Marie hace su primera salida. En Pentecostés, Pauline vuelve por fin. Toda la familia se reúne en la Mesa santa para dar gracias a Dios y se prepara la alegre expedición que irá a saludar a la benjamina en su retiro campestre.

***

Teresa vive fuera del hogar, pero ya es su rayo de luz. Semana tras semana se puede seguir, en la correspondencia de su madre, su primer despertar y el florecimiento de su rica naturaleza. Ha triunfado de la crisis del 29 de marzo y renace con la primavera. El aire libre, la hermosa luz, los aromas de los surcos en labor, el perfume de las mieses en flor, el decorado campestre, la vida sana y ruda de las granjas de la Baja Normandía: todo desarrolla en ella instintos campesinos.

Sólo Rosita y la gente humilde como ella hallan gracia a sus ojos. Cierto día, cuando su nodriza la dejó en la calle Saint-Blaise para ir a la iglesia,

armó tal escena de llantos y gritos que Louise tuvo que rogar a la buena Sra. Taillé que regresara enseguida después del oficio. Esta, sin más, salió en medio de la Misa, lo que no dejó de molestar a la Sra. Martin, cuya conciencia era delicada hasta el escrúpulo. El 15 de mayo es otro asunto: no se pudo calmar a la niña más que llevándola al mercado de Alençon donde la campesina tenía su puesto:

«En cuanto vio a su nodriza, la miró riendo y luego no volvió a decir palabra; permaneció así, vendiendo manteca con todas las buenas mujeres, hasta el mediodía»[91].

¿Llega acaso en plena recepción de las encajeras? La Sra. Martin la confía a una u otra.

«Le gustaba verlas, escribe, incluso más que a mí, y las abrazaba varias veces»[92].

Campesinas, obreras vestidas como Rosita, ese es el mundo que quiere. ¡Nada de damas elegantes, de ricos adornos y bagatelas! He aquí que una entra en el taller.

«En cuanto la vi, continúa la madre con una pizca de malicia, le dije: “A ver si la pequeña quiere ir con usted”. Ella, sorprendida, me responde: “¿Por qué no?”. “Pues inténtelo…”. Extendió los brazos a la niña, pero se escondió lanzando gritos, como si la hubieran quemado. Ni siquiera quería que la Sra. T. la mirara. Se rieron mucho de aquello; en fin, le tiene miedo a la gente vestida a la moda».

Es en Semallé donde Teresa se siente en casa:

«Está tostada por el sol, su nodriza la lleva por los campos en una carretilla, subida en montones de hierba».

La lleva en su delantal cuando va a ordeñar la vaca y, a veces, para tener los brazos libres, la sube sobre «la Roja», cuya naturaleza pacífica se acomoda perfectamente al delicado fardo. Esa cura de oxígeno la tonifica y vivifica.

La Sra. Martin, que anota con alegría esas señales de salud recuperada, no deja por ello de espiar con sagacidad los primeros signos en que el alma se delata. Un balbuceo, un gesto, una sonrisa, ¿no es todo un mundo para una madre que interroga una cuna? La respuesta es de un optimismo sin reservas:

«Rosita dice que no se puede ver una niña más mona».

«Será muy buena, y hasta muy bonita, más adelante».

«Basta con ponerla de pie junto a una silla, se sostiene muy bien y nunca se cae. Toma sus pequeñas precauciones para ello».

«Parece muy inteligente. Creo que tendrá un carácter encantador, sonríe continuamente y tiene una expresión de predestinada».

«Mi Teresita camina sola desde el jueves. Es dulce y linda como un angelito. Tiene un carácter encantador. Ya se nota: ¡tiene una sonrisa tan dulce! No veo la hora de tenerla en casa».

«Es una niña encantadora; es muy dulce y muy adelantada para su edad».

«Soy muy feliz de tenerla; creo que será la última. Será hermosa y ya es graciosa; admiro su boquita, que la nodriza me decía que era “grande como un ojo”».

El 2 de abril de 1874, la pequeña, que contaba ahora quince meses, volvió a alegrar con su presencia el hogar familiar. No es aún la edad de la educación propiamente dicha, es el tiempo del primer adiestramiento, de la orientación de los instintos, de esos hábitos que una dulce firmeza imprime a la voluntad todavía adormecida. Dejar rienda suelta a la naturaleza es hacer que aflore el niño caprichoso; tenerla sujeta es despertar al hijo de Dios. El Sr. y la Sra. Martin no piensan sustraerse al deber de esta formación en germen. Quieren encargarse de ella por sí mismos.

Todo parece aquí indicar que la tarea será fácil. Este último fruto de su unión ha introducido en su vida como una segunda juventud. Es el sello supremo de su entrega mutua, su expresión común, el claro espejo en el que ambos se reconocen. Si Marie evocaba de modo impresionante los rasgos paternos, si Pauline reproducía exactamente la fisonomía y personalidad de su madre, Teresa parecía destinada realmente a sintetizar en sí, física y moralmente, el doble aporte de una y otra ascendencia. Les clamaba con todo su ser:

«Ustedes se mezclan en mí, miren, yo soy ustedes:
¡Sus rostros, sus voces, sus almas, sus pensamientos!»[93].

La niña tiene caricias exquisitas que son tema de las cartas de su mamá a sus hijas internas:

«Aquí está la bebita que viene a pasarme su manita por la cara y a darme besos. Esta pobrecita no quiere dejarme, está continuamente conmigo; le gusta mucho ir al jardín, pero si yo no estoy, no quiere quedarse y llora hasta que la traen de vuelta... Estoy muy contenta al ver que tiene tanto cariño por mí, pero a veces es un poco molesto»[94].

En cuanto al Sr. Martin, se desvive por la que ya llama «su Reina» y no deja, cada tanto, de mimarla un poco. No tiene aún dieciocho meses cuando le prepara, en la entrada del jardín, un columpio diminuto donde no teme sentarla.

«Se sostiene como una niña grande –escribe la mamá, menos tranquila–, no hay peligro de que se suelte de la cuerda, pero cuando no va lo bastante fuerte, grita. Se la ata por delante con otra cuerda y, a pesar de eso, no estoy tranquila cuando la veo encaramada ahí arriba»[95].

Una Providencia particular vela por los días de la niña, a juzgar por el siguiente episodio que la pluma materna cuenta complacida:

«Me ha pasado una aventura curiosa hace poco con la pequeña. Tengo por costumbre ir a Misa a las cinco y media; al principio no me atrevía a dejarla, pero viendo que nunca se despertaba, acabé por decidirme a marcharme. La acuesto en mi cama y acerco tanto la cuna que es imposible que caiga. Un día olvidé poner la cuna. Llego y la pequeña ya no estaba en mi cama; en ese mismo momento oigo un grito, miro y la veo sentada en una silla que estaba enfrente de la cabecera de mi cama; su cabecita estaba apoyada sobre la almohada y dormía mal porque estaba incómoda. No logro explicarme cómo pudo caer sentada en esa silla estando acostada. Doy gracias a Dios de que no le haya pasado nada, es realmente providencial, debería haberse caído al suelo, su buen ángel veló por ella y las almas del purgatorio, a las que rezo todos los días una oración por la pequeña, la protegieron; así es como lo explico yo... ustedes háganlo como quieran»[96].

Ya Teresa aprendía a juntar las manos, a fijar la mirada en el Sagrario, a balbucear un saludo al «buen Jesús». La Sra. Martin revivía con ella, con profunda emoción, aquella escena sublime entre todas: la madre inclinada sobre su hija, rodeándola, envolviéndola, estrechándola para ofrecerla a Dios de un solo impulso, como si quisiera hacer pasar toda su alma a la de su hijita e introducirla en las cosas divinas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VII EL ALMA DEL HOGAR

¿EN QUÉ SENTIDO LA FAMILIA MARTIN ES BURGUESA? — LA ESPIRITUALIDAD DEL HOGAR — EL ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN — LA PIEDAD COLECTIVA — EL ESPÍRITU DE APOSTOLADO — EL ESPÍRITU DE CARIDAD — LOS AFECTOS FAMILIARES — EL PERSONAL DOMÉSTICO — LAS DISTRACCIONES FAMILIARES — LA INTIMIDAD FAMILIAR

Nuestro relato ha tomado el aire de una monografía que narra, día a día, los mil acontecimientos que jalonan la existencia de una familia francesa ideal. Es momento de escrutar sus resortes ocultos, de captar la ternura que bulle bajo el decorado, la vida profunda de los personajes, en una palabra, el *alma del hogar*.

La pequeña patria y el medio social han dejado en los padres Martin huellas innegables. Con sus diecisiete mil habitantes, entre los que predominan los nobles terratenientes, altos funcionarios, ricos comerciantes y jubilados, la apacible Alençon –cabecera de distrito– encarna perfectamente el tipo de ciudad provinciana, conservadora y tradicionalista.

> «No pretende presentarse como modelo –nos confía uno de sus historiadores–[97]. No oculta sus defectos, pero tampoco alardea de sus méritos. Si, por casualidad, se confunde todavía allí la altivez distante con la verdadera distinción, las apariencias con la realidad, los rudimentos con la ciencia; si el espíritu de intolerancia y la envidia florecen a veces como manzanos en mayo, se trata de verrugas orgánicas que conocen todas las pequeñas ciudades a las que nada humano permanece ajeno y que no pueden ocultar las sólidas cualidades que extraen de sus mismos defectos: una prudencia lenta y sabia, que la aleja de innovaciones peligrosas, una loable aptitud para el ahorro, un sano equilibrio de todas sus facultades, garantía de orden y paz interior».

Si la intensidad del espíritu cristiano ha evitado a nuestros protagonistas la primera parte de esta descripción, ¿cómo negarles todo lo que contienen de positivo las últimas líneas?

Por su origen, su educación, su situación económica pertenecían a lo que comúnmente se llama burguesía; no la alta burguesía, que por entonces proporcionaba sus líderes al capitalismo, llenaba de gente las cumbres de las carreras liberales y ocupaba los puestos de mando en los servicios del Estado, sino la pequeña burguesía, que constituye el corazón de las clases

medias, consideradas a su vez como el centro de estabilidad de la nación y el depósito de sus virtudes fundamentales.

A la palabra «burgués» suele dársele hoy en día –lo que ha suscitado afortunadas reacciones– un sentido peyorativo, hasta el punto de calificar de «aburguesamiento» la instalación en una vida fácil, sin originalidad ni impulso. Por eso conviene aplicarla aquí con propiedad, para designar esas cosas sanas y sólidas que contaron en otro tiempo entre los elementos de la grandeza francesa: sencillez de costumbres, culto al trabajo, espíritu de economía, preocupación por cerrar el presupuesto, asegurar el porvenir, ubicar bien a los hijos, bienestar honesto, casa bien cuidada, honradez en los negocios, sentido de la medida, disciplina, organización, método.

¿Hay que añadir que, en el caso del Sr. y la Sra. Martin, el ideal evangélico daba alas a lo que podría haber sido sólo una filosofía a ras del suelo? Nada en ellos del advenedizo que hace sonar sus tesoros y busca deslumbrar con un oropel recién adquirido. Nada del fariseo cómodamente atrincherado en el egoísmo de los *Beati possidentes* □bienaventurados los que poseen□. Les gusta un toque de coquetería en los niños, se mejora el menú en los días de fiesta y cuando se reciben visitas, la ropa está siempre limpia y el mobiliario elegido según el gusto del momento, pero se proscriben los gastos inútiles y todo lo suntuario. Se ocupa su lugar con modestia. Nada más.

Hay que ver con qué fina ironía la madre se burla de esas jóvenes damas a quienes el próximo desfile trastorna:

> «¡Hay algunas, créelo, que hacen venir modistas desde Le Mans para confeccionar sus vestidos, por temor a que las costureras de Alençon revelen su secreto antes del célebre día de las manifestaciones! ¿No es todo eso risible?»[98].

A su cuñada, muy afligida, le escribe en tono de consuelo:

> «La señora Y. parece mucho más feliz que tú; no vive más que para el lujo y el placer, da bailes a mediados de Cuaresma. Pero, ¿sabes qué?, prefiero verte así, con tus problemas, que imaginarte como ella, olvidándote del Cielo por los placeres pasajeros de este mundo»[99].

La sabiduría de la raza se inscribe en estas palabras de la esposa:

> «¡En qué ilusión vive la mayoría de los hombres! ¿Poseen riquezas? Quieren inmediatamente honores y, cuando los obtienen, siguen siendo desdichados, porque jamás se satisface el corazón que busca algo distinto a Dios».

Al contacto con la llama cristiana, el temperamento del habitante de Alençon y la cultura burguesa se purifican, se afinan, se sobrenaturalizan. Para comprender una vida de familia así, hay que interrogar *la espiritualidad del hogar*.

***

Se basa en tres principios: *soberanía de Dios*, *confianza en su Providencia*, *abandono a su voluntad*. «Auméntanos la fe», gusta repetir el Sr. Martin.

Fuera de Dios, todo es mentira; prescindir de Dios es una locura; todo debe organizarse *sub specie aeternitatis*, en función de la eternidad. Estas ideas reaparecen como *leitmotiv* en la correspondencia de la madre.

Céline nos confía respecto a ella:

> «Tenía un gran desapego de las cosas de la tierra y desprecio por el mundo. Su pensamiento se dirigía solamente a las cosas eternas. Todavía la oigo recitar pasajes poéticos de sus lecturas y siempre era con un tono lleno de melancolía porque se sentía exiliada aquí abajo».
>
> «Mi padre y mi madre –declara Marie en el Proceso de beatificación– tenían una fe profunda y, al oírlos hablar juntos de la eternidad, nos sentíamos dispuestas, siendo aún muy pequeñas, a considerar las cosas del mundo como pura vanidad».
>
> «La verdadera felicidad no es de este mundo, escribe la Sra. Martin, se pierde el tiempo buscándola aquí».
>
> «Sí, todo, fuera del buen Dios, todo es vanidad», repetirá como eco la Santa del Carmelo.

No lo dudemos, aquí está la clave de la formación familiar. Como la Doncella de Domrémy, es realmente de su madre de quien Teresa «recibe su fe».

Es también en la escuela del hogar donde aprende a adorar la conducta divina. La Providencia conduce todas las cosas con sabiduría, con maestría, con amor, para su mayor gloria y nuestro mayor bien. Es buena política confiar ciegamente en ella. A la Visitandina, afligida por las contrariedades que aquejan al Sr. Guérin, la Sra. Martin le responde como una verdadera maestra de novicias, y hace partícipe también a su hermano:

> «Le dije que no se rompiera la cabeza por todo eso, que no había más que una cosa por hacer: rezar al buen Dios, pues ni ella ni yo podíamos ayudarte de otra manera. Pero Él, que no se ve en apuros, nos sacará de esta situación cuando considere que ya hemos sufrido lo suficiente, y entonces reconocerás que no debes tu éxito ni a tus capacidades ni a tu inteligencia, sino sólo a Dios, como yo, con mi encaje de Alençon; esta convicción es muy saludable, yo misma lo he experimentado.
>
> Sabes que todos tendemos al orgullo y a menudo observo que los que han hecho fortuna son, en su mayoría, insoportablemente engreídos. No digo que yo hubiera llegado a ese punto, ni tú tampoco, pero habríamos estado más o menos manchados por el orgullo; además, es cierto que la

prosperidad constante aleja de Dios. Jamás ha conducido a sus elegidos por ese camino, sino que han pasado por el crisol del sufrimiento para purificarse.

Vas a decir que predico, pero no es mi intención; pienso a menudo en estas cosas y te las digo; llámalo sermón si quieres»[100].

No, no se trata de un sermón para uso externo. Tenemos aquí el grito de un alma, el ramillete de sus meditaciones cotidianas, o más bien –pues en esto los dos esposos son uno– la doctrina del hogar: doctrina que se convierte en norma práctica y culmina en su coronación lógica: el abandono.

Para estos cristianos intrépidos, la vida se presenta como esos encajes calados cuya perfección es fruto de un largo y paciente ascetismo. El artista divino ha bosquejado su diseño desde toda la eternidad. Como un hilo invisible, la gracia, mediante sus insinuaciones, traza «la línea». No queda más que seguir sus más mínimos contornos, evitando cortes y fallos. El simple ejecutante trabaja día tras día en su «pieza», resignado a cuidar el detalle sin comprender el tema general. El maestro de obra repara, pule, agrupa, ensambla, y la maravilla surge, hija del trabajo obscuro completamente impregnado de amor. Bien loco sería quien quisiera improvisar, substituyendo su propio plan por el del Creador. La Sra. Martin tiene, al respecto, una pequeña experiencia que relata deliciosamente:

«Le había dicho al buen Dios: “Sabes bien que no tengo tiempo de estar enferma”. Fui escuchada más allá de toda esperanza, y hasta me gloriaba un poco. Entonces pareció responderme: “Puesto que no tienes tiempo de estar enferma, ¿quizá tendrás tiempo de sufrir mucho?”. ¡Y no se me ha ahorrado nada, te lo aseguro!

¿Ves?, en este mundo es así, hay que llevar la cruz de una u otra manera. Le decimos al buen Dios: “No quiero esa”. A menudo nos escucha, pero muchas veces para nuestra desgracia. Es mejor aceptar con paciencia lo que nos sucede, siempre hay alegría junto al dolor»[101].

No es que uno se pavonee como un bravucón ante la adversidad, ni que finja indiferencia o insensibilidad estoica. El corazón sangra, los ojos derraman lágrimas, de la prueba brotan quejas, pero siempre, ora se trate de separaciones, enfermedades, duelos, incertidumbre material o del alma oprimida, la voluntad divina tiene la última palabra: *Fiat*.

Menos aún se pretende exhibir grandes virtudes. En la correspondencia materna recogemos confesiones de este tipo, que no son falsa humildad: la Sra. Martin es la mujer más incapaz del mundo de disimular:

«Dios mío, ¡cuánto me fastidia sufrir! No tengo ni un céntimo de coraje. Me impaciento con todo el mundo».

«Antes de desear la santidad para los demás, haría bien en tomar yo misma ese camino, cosa que no hago».

«Digo a menudo durante el día: Dios mío, ¡cuántas ganas tengo de ser santa! Y luego, no hago nada al respecto».

***

Toda la vida del hogar se rige por la Providencia. Su voluntad es ley, sin posibilidad de murmuración ni apelación. *La observancia del domingo, la abstinencia y los ayunos eclesiásticos* son llevados hasta el escrúpulo. No sólo se cierra implacablemente el negocio –cosa insólita en la época, dado que el Código guardaba silencio al respecto–, sino que, salvo en casos de fuerza mayor, se evita, en el día del Señor, cualquier viaje o compra. El personal está adiestrado para procurar la víspera los víveres necesarios, incluso el pan y la leche. ¡Pobres niños que, durante las fiestas en la ciudad, sufren el suplicio de Tántalo al contemplar con ojos deseosos los escaparates llenos de cosas tentadoras, convertidas en intocables para ellos! El padre da el ejemplo. Tentado, en una tienda ambulante, por una piedra de afilar, se limita a decir al vendedor:

«Resérveme una piedra igual; volveré mañana, pues no compro nada los domingos».

La madre ve en ello una garantía del favor divino. Escribiendo a los de Lisieux, que pasaban por dificultades en los negocios, les expresa su esperanza de verlos pronto recuperados:

«Lo que me da una confianza que nada me puede quitar es, sobre todo, la manera edificante con que santifican el domingo; todos los fieles observantes del día del Señor, perfectos o imperfectos, triunfan en sus empresas y, finalmente, por un medio u otro, llegan a hacerse ricos.

Tengo tan arraigada esta convicción que a menudo digo a las niñas:

—Su tío será rico, algún día.

Ellas me responden:

—¿Cómo lo sabes, mamá?

Yo les digo que lo sé, y eso las sorprende mucho.

Marie me contesta:

—¡Entonces eres profeta, mamá!

En fin, el futuro nos dirá si me he equivocado, pero no lo creo»[102].

El futuro confirmó esa esperanza mediante una herencia que colocó de repente al Sr. Guérin a la cabeza de una brillante situación.

En cuanto a la Sra. Martin, confiesa, con encantadora humildad, que no es, en ese punto, tan severa como su esposo:

«Cuando necesito, por ejemplo, un panecillo para mis hijos, lo hago comprar. Pero muchas veces admiro el escrúpulo de Louis, y me digo: “He ahí un hombre que jamás ha intentado hacerse rico...”. No puedo atribuir la holgura de que goza sino a una bendición especial, fruto de su fiel observancia del domingo»[103].

Más meritorio aún es el respeto inviolable de los ayunos y abstinencias de la Iglesia. El padre, por su parte, es inflexible; deja a sus invitados hacer honor al menú y se contenta con una frugal colación. ¡Es muy incómodo para la dueña de casa!... Por eso recurre a toda su diplomacia epistolar para dirigir a sus visitantes hacia los días exentos de toda restricción.

Ella misma, aunque de complexión delicada, muestra, respecto a las prescripciones de la Iglesia, una intransigencia casi feroz.

«Estamos en pleno tiempo de penitencia, escribe durante la Cuaresma de 1875. ¡Menos mal que pronto acabará! ¡Sufro tanto por el ayuno y la abstinencia! No es una mortificación tan dura, pero estoy tan fatigada del estómago y, sobre todo, tan floja, que no querría hacerla en absoluto, si escuchara mi naturaleza»[104].

Es cierto que, para sostener su ánimo, hay tres sermones diarios de dos misioneros, pero añade en tono de broma:

«No predica mejor el uno que el otro, y es una penitencia más».

Al año siguiente, el consuelo espiritual es más eficaz, pero las fuerzas físicas declinan:

«Adiós, mi Pauline, hasta pronto; sólo faltan veintiún días, pero veintiún días muy largos de pasar, ¡pues hay que ayunar! Es muy cansador; la semana pasada creí que iba a desistir, tenía tanto dolor de estómago que no podía soportar el vestido; sufrí así toda la tarde. Estaba decidida a rendirme, pero el Padre capuchino predicó un sermón, por la noche, que me devolvió el valor»[105].

En diciembre de 1876, roída por el cáncer, se dirige a Lisieux con el fin de consultar a una eminencia médica que debe pronunciarse sobre la conveniencia de una operación. Es época de Témporas. Advierte a su hermano, que desea recibirla con calidez:

«Sabes que es día de ayuno, y lo hago, porque no estoy lo bastante enferma como para dispensarme».

Incluso se la ve –y ese tipo de privación le afecta mucho más– imponerse, durante la Cuaresma, restricciones en la correspondencia. Rigorismo, dirán algunos. ¿No seremos acaso nosotros los laxos o decadentes?

En realidad, en esos cristianos subsistía todo un lado ascético que traicionaba la antigua atracción del claustro. La vida ordenada del Sr. Martin conservaba algo de monacal. Se abstenía de fumar, de cruzar las piernas, de beber entre comidas, de acercarse al fuego sin necesidad. Rehuía instintivamente los asientos acolchados que incitan a la molicie. Viajaba únicamente en tercera clase, no por economía, sino por amor a la sencillez y para destinar más dinero a los pobres. Venciendo fuertes repugnancias, se había acostumbrado –no sin esfuerzo– a consumir un pan común, el pan de los pobres.

El Viernes Santo no comía sino al mediodía, y rehusaba todo alimento por la noche. Si trabajaba en el jardín en día de ayuno y sus hijas le traían algún refresco, era necesario, para que aceptara ese alivio, confirmarle que la ingestión del líquido no estaba prohibida por la ley. A una pregunta de su hija mayor, Marie, sorprendida de tanta austeridad, dio esta profunda respuesta:

> «Cuando se recibe al buen Dios con frecuencia, ¿no hay que ingeniárselas para mortificarse?».

Su fervor se renovaba en el clima sano y fuerte de la Gran Trapa de Mortagne, donde le gustaba enterrarse durante tres días para los ejercicios del retiro cerrado.

En cuanto a la Sra. Martin, añadía al cilicio del deber de estado, mortificaciones voluntarias:

> «Al volver de la Misa diaria –nos cuenta Céline–, observaba que les daba a los demás un buen desayuno y se reservaba una sopa, que comía de pie, a escondidas y con prisa. Se entregaba a sus ocupaciones con una energía extraordinaria y era la última en acostarse por la noche».

Bajo la dirección del párroco de Montsort, aspiraba a la vida perfecta. Pertenecía a muchas Asociaciones de piedad. Estaba inscrita, en particular, en la Archicofradía del Corazón Agonizante de Jesús, de la que decía –aunque su humildad vuelve sospechosa esa confesión– que no podía hacer que fuera mejor cristiana, debido a lo mal que cumplía sus obligaciones. También había adherido a grupos dedicados a la oración por los orientales, especialmente los rusos.

Desde su adolescencia, frecuentaba el monasterio de las Clarisas, cerca de la calle Saint-Blaise, en el número 3 de la calle de la Media Luna. Allí se veneraban las reliquias de la buena duquesa Margarita de Lorena, que había introducido a las Damas Pobres en Alençon. Es allí donde la Sra. Martin acudía al locutorio a confiar sus pruebas y solicitar novenas y oraciones. En

esa capilla había hecho profesión en la Tercera Orden de la Penitencia, cuyas reuniones seguía puntualmente. Fue por haberla acompañado muchas veces allí que Léonie soñaría un día con vestir el hábito de las hijas de Santa Clara. La madre de Teresa estaba más preparada que nadie para comprender y vivir esa Regla terciaria que administra a la vida seglar el beneficio de la vida religiosa y, según la expresión de Lacordaire, convierte el tálamo nupcial en una celda y el mundo en una Tebaida.

***

Penetremos en ese templo de Dios que es la morada familiar. Allí veremos honrada *la liturgia del hogar*, que marca el ritmo de los impulsos de la piedad colectiva. Viene a la mente aquí la promesa del Maestro:

> «Allí donde dos o tres están reunidos por causa mía, allí estoy Yo en medio de ellos».

Es en común, o mejor aún, «fundidos en uno», como se invoca al Señor.

En el conmovedor folleto que Sor Genoveva de la Santa Faz consagró a su madre, se encuentran estas reflexiones:

> «Su unión con Dios y el fervor de sus oraciones cuando llevaba un hijo en su seno eran tan grandes, que se asombraba de no ver, en esos pequeños seres, disposiciones a la piedad desde el despertar de su inteligencia. Su hija mayor, Marie, no tenía cuatro años y su pequeña Pauline no contaba aún dos, cuando confiaba su decepción a su querida Visitandina. Y ésta escribía a Isidore, su hermano: “Zélie ya se angustia por no ver señales de piedad en sus hijas”».

La estatua de la Virgen se convirtió en el punto de encuentro espiritual y como en el lazo viviente de unión. Ante ella se recita la oración de la noche y se arrodilla Teresa cada mañana para desgranar sus pequeñas invocaciones. Domina con su mirada el cuarto de las mayores. Marie, al considerarla demasiado grande y desproporcionada para lo reducido del lugar, hubiera querido reemplazarla por una estatuilla más fina, pero la madre exclamó:

> «Cuando yo ya no esté, hija mía, harás lo que quieras, ¡pero mientras viva, esta imagen de la Santísima Virgen no saldrá de aquí!».

Al comenzar el mes de mayo, se la coloca en el centro de un verdadero oratorio. Se le arma un dosel con ramas de espino blanco florido que una pobre mujer, como pago por una generosa limosna, fue a cortar en pleno campo. Las luces y las canastas floridas se despliegan a los pies de la Virgen. Nada se considera suficientemente hermoso para ella. El Sr. Martin quiere verla surgir entre los pétalos y las corolas. Se refleja en su frescura.

La mayor de las hijas, a quien le corresponde el privilegio de montar esta capilla en su propio cuarto, declara sin rodeos:

«Mi mes de María es tan bonito que compite con el de Nuestra Señora. Arreglar el mes de María en casa es todo un acontecimiento; ¡mamá es demasiado exigente, más que la Santísima Virgen! Quiere espinos blancos que lleguen hasta el techo, paredes cubiertas de verdor...».

¡Con qué alegría la benjamina recoge para la imagen venerada las rosas más bellas del Pabellón, los acianos y las margaritas sembradas al azar de los senderos! Reserva una parte para la estatua de San José ante la cual su madre gusta recogerse. Así, de modo completamente espontáneo, se siente envuelta por las afecciones del Cielo.

«*Amaba, en la primavera de mi vida,*
A San José, a la Virgen María;
Ya mi alma se sumía, embelesada,
Cuando en mis ojos se reflejaban
¡Los cielos!».

Las fiestas de la Iglesia, esos juegos sagrados inspirados por los misterios del Salvador, cuya trascendente carga de emoción estética cantó Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo*, impregnaban de belleza las conversaciones nocturnas. Para estos creyentes de estirpe, el calendario tenía alma. Vivían el ciclo litúrgico. Hacían de la vida de los santos su lectura preferida y se ve, en pleno siglo XIX, a estos esposos fieles a una práctica que se ha vuelto entrañable para nuestros jóvenes hogares de la Acción Católica, leer el uno y el otro alguna biografía edificante para comentarla y edificarse juntos con ella.

Toda la existencia de la familia giraba en torno a la vida parroquial. La jornada de los padres comenzaba con la Misa de las cinco y media en San Pedro de Montsort, más tarde en Notre-Dame, a menos que algún ejercicio de misión o ceremonia extraordinaria los llamara a San Leonardo o a las Clarisas. Por más tarde que se hubieran acostado, por más riguroso que fuera el ayuno –y la madre confesaba que a veces le costaba–, se levantaban a las cinco. Los vecinos, que oían en la calle silenciosa el primer golpe de una puerta que se cerraba, decían: «Son los santos esposos Martin que van a la iglesia. Todavía tenemos tiempo para dormir».

Comulgaban, según las circunstancias, una o varias veces por semana y todos los primeros viernes de mes. Desde hacía tiempo, el Sr. Martin formaba parte de la Sociedad del Santísimo Sacramento. En su cuarto, un

cuadro predilecto representaba el *Ecce Homo*. La recepción de Jesús-Hostia y la contemplación de Jesús sufriente lo ayudaban a convertir el trabajo en ofrenda y la prueba en sacrificio.

El domingo, toda la familia asistía a la Misa mayor, a vísperas y, en tiempos de misión o de predicación, al oficio de la tarde. Los fieles envilecidos –si se nos permite juntar estas dos palabras–, quizás estarían inclinados a tachar tales costumbres de beatería. ¿No debía ese régimen rezumar hastío e inspirar horror a la devoción? Los padres de Teresa, si volvieran, replicarían sin duda que, al fin y al cabo, valía tanto como la asistencia obligatoria al cine, la sesión tardía de radio o televisión, y que no se vivía peor por ello.

Si ignoraban los cantos frívolos, amaban los cantos religiosos, los verdaderos, los que hablan al corazón y lo inclinan a la oración. En cuanto a la gran música profana, la apreciaban en su lugar, pero protestaban contra sus intromisiones en el santuario. Sobre un mes de María adornado con variaciones polifónicas de gusto dudoso, la Sra. Martin escribía:

> «En el fondo, esta ceremonia no me gusta mucho; se oyen cantos imposibles, son gorjeos incomprensibles; ¡parece uno estar en un *café-concert* y me fastidia! Antes era mucho más piadoso; en fin, ¡parece que estamos en el progreso!»[106].

Tenían la fe simple y candorosa de los imagineros que esculpieron en el pórtico de Notre-Dame una página magistral de la Escritura y retrataron capítulos bíblicos en los vitrales resplandecientes. La participación en el culto no era una obligación ni una rutina, mucho menos una carga, sino una necesidad, un descanso y, para decirlo todo, una fiesta. A veces se le unía alguna peregrinación a Nuestra Señora de las Victorias, a Séez, a Chartres, a Lourdes, de donde volvían enriquecidos con recuerdos que alimentaban durante un tiempo las conversaciones del hogar. A menudo era como acción de gracias o para obtener una curación. El padre, acompañado a veces de una u otra de sus hijas, cumplía esta misión como un verdadero ministerio.

La madre no se ofrecía a acompañarlo. Se contentaba con ir a un pequeño santuario dedicado a Santa Ana.

> «Por mi parte –decía– los viajes no me tientan; sólo hay uno que realmente me atraería: visitar Tierra Santa. Pero creo que no la visitaré sino en el Juicio Final, en el valle de Josafat; ¡me esforzaré por ver todo mientras esté allí!»[107].

Al menos se esforzaba por unirse espiritualmente a esas piadosas peregrinaciones y por asociar a ellas a todo su pequeño mundo. Así se iba forjando, poco a poco, el alma común de esa cristiandad en miniatura que debe ser la familia.

***

Un hogar así no podía dejar de irradiar sus creencias. Aún no se había entrado en la era de los movimientos de la Acción Católica. La fase de las obras apenas comenzaba; ya vimos la parte que tomó el Sr. Martin en la fundación del Círculo Albert de Mun. Sin embargo, ya se vivía en una atmósfera de combate; la polémica estaba en su apogeo; en torno a la Iglesia y a la escuela se respiraba pólvora; las sociedades secretas preparaban la ofensiva que, en medio siglo, laicizaría toda la vida pública y expulsaría a Dios de las conciencias. La única respuesta posible entonces era el testimonio de una convicción profunda, leal, fervorosa, que inspirara una caridad delicada y desinteresada o, mejor dicho, el testimonio de una fe íntegra que unificara la existencia y la hiciera florecer hacia Dios y hacia los hombres.

El padre de Teresa ignora el respeto humano. En cualquier sociedad en la que se encuentre, se descubre ante una iglesia, saluda a los sacerdotes y religiosos, se arrodilla al paso del Santísimo Sacramento. Su divisa es la de Ozanam:

> «No hacerse ver, sino dejarse ver».

Le sucede con frecuencia imponer silencio a los blasfemos con una simple observación cortés. No duda en quitar el sombrero sin más a cierto bromista, espíritu fuerte o cabeza dura, que, con la gorra pegada al cráneo, parece burlarse de la procesión y mirar con desprecio la custodia. Si bien no le gusta discutir, no se rehúsa cuando está en juego el bien de las almas. Sus hijas recuerdan, en tales casos, con qué entusiasmo invocaba la célebre frase de Napoleón en Santa Elena:

> «Conozco a los hombres, y Jesucristo no era sólo un hombre».

Había caligrafiado una larguísima cita en la que, en forma de diálogo, el P. Olivaint arma a un joven con argumentos y valor para defender sus convicciones.

El Sr. Martin conspira con su esposa, a quien su generosidad le abre las puertas de muchas casas, para asegurar a todos los moribundos del barrio el consuelo de los últimos sacramentos. Considera un honor escoltar el Viático hasta los más miserables. La Sra. Martin cuenta una de estas escenas ocurridas en casa de una vecina indiferente, cerca de la cual, a fuerza de bondad, había logrado introducir al sacerdote:

«He asistido a una ceremonia que jamás olvidaré. Veía a la pobre moribunda, que tiene más o menos mi edad, dejando muchos hijos que la necesitan tanto. Todos estaban allí, llorando desconsoladamente; ¡sólo se oían sollozos! También recibió la Extremaunción; se espera su muerte en cualquier momento y sufre terriblemente. Pasa las noches de pie desde hace quince días, sin poder permanecer en la cama más que unos minutos.

Sus dos más pequeños, Élise y Georges, están en casa; los cuido por la tarde; juegan sin preocuparse... Dios mío, ¡qué triste es una casa sin religión! ¡Qué espantosa se muestra la muerte allí! En la habitación de la enferma no se veía una sola imagen donde pudiera descansar la mirada. Y, sin embargo, hay muchas, pero de todo excepto temas religiosos. En fin, espero que el buen Dios se apiade de esta pobre mujer; ha sido tan mal educada que es muy disculpable»[108].

El Sr. Martin se encargó de todos los trámites de la inhumación, mientras su esposa se esmeraba en rodear a los huérfanos de cuidados verdaderamente maternales.

Cuando un pecador obstinado se mostraba reacio a todo acercamiento, la familia entera se apasionaba por esta difícil conquista. Se recurría a San José mediante una novena para que interviniera. Varias victorias de este tipo se lograron con el poder de la oración. Los padres no conocían alegría más pura. Incluso persistían en aplicar sus sufragios por los impíos cuya impenitencia final había frustrado su esperanza.

El 14 de mayo de 1876, la madre recomienda a Pauline un obstinado que va a morir después de cuarenta años de irreligión:

«Tu padre hace todo lo posible para convencerlo de convertirse, pero cree que no le queda más, como a San Pablo, que recibir la corona de justicia.

Es verdad que es un hombre bueno, pero es más difícil de convertir que un malvado; sólo un milagro de la gracia puede hacer caer el espeso velo que tiene ante los ojos».

Se alegra del retorno a Dios de un amigo de su hermano:

«Había tomado a pecho su salvación, rezaba lo mejor que podía e hice una novena como corresponde por él, esperaba de San José su conversión. ¡Por eso estoy tan feliz de que haya terminado como un buen cristiano!»[109].

Con ocasión de la muerte repentina de una de sus encajeras, la valiente mujer escribe:

> «Su recuerdo me sigue por todas partes, pero lo que más me duele es pensar que no practicaba la religión; sólo iba a Misa dos o tres veces por año»[110].

La influencia del Sr. Martin se extendió en la ciudad a todo un círculo de amigos, agrupados en torno al Sr. Vital Romet, varios de los cuales, sin él, quizá sólo hubieran conocido los placeres mundanos[111]. Los llevó a frecuentar las reuniones del Círculo Católico, a realzar con su entrega las ceremonias parroquiales, a visitar a los pobres y a integrarse junto con él en la Conferencia de San Vicente de Paúl. También entre ellos reclutó adeptos para la obra que más amaba: la Adoración Nocturna. No habría faltado por nada del mundo a esa cita mensual ante Cristo expuesto a los ojos de un puñado de consoladores.

La víspera de todos los Santos de 1873, agotado de cansancio, quiso, sin embargo, acudir al divino encuentro. Tras recitar las oraciones de rigor, confía a un amigo la tarea de relevarlo y sube enseguida a acostarse. ¡Feliz diligencia! El dormitorio estaba lleno de un humo espeso y sofocante, dos camas ardían; sin su enérgica intervención, el incendio habría devorado la sacristía y tal vez hubiera alcanzado la iglesia.

Lo que el Sr. Martin ama en la Hora Santa es la acción de gracias, donde se expresa su sed de alabar a Dios. Ve por todas partes el dedo de la Providencia. Ante las maravillas del Creador, su alma canta, admira, se extasía. Quisiera comunicar a toda la tierra su canto de alabanza. Por eso deseaba tanto tener un hijo misionero. De ese sueño truncado se consuela destinando cada año una generosa limosna a la Propagación de la Fe.

***

El argumento principal del apostolado es el *encanto contagioso de la caridad*, el «mirad cómo se aman» que, desde la Iglesia primitiva, en medio de un mundo idólatra o neopagano, siempre ha conquistado los corazones rectos. El Sr. Martin es un ejemplo en este sentido: no es sino dulzura y benevolencia, absteniéndose de juzgar o concediendo sistemáticamente al prójimo el beneficio de la duda. Va aún más lejos. Valorando en alto grado, como su patrón San Luis, la bienaventuranza prometida a los «pacíficos», no duda, en varias ocasiones, apoyado por su valentía física y su natural intrepidez, en separar a maleantes que se pelean con cuchillos.

La Sra. Martin confiesa que le cuesta más reprimir su vivacidad y dominar los primeros impulsos de un temperamento sorprendentemente rico y ardiente. Se reprocha sobre todo esa agudeza de mirada que le permite descubrir, de un solo vistazo, la «hombría» de la que hablaba Pascal –es decir, los defectos ridículos o puntos débiles– y que la empuja a trazar para los suyos un retrato divertido. No hay mucha malicia en ello. Es más bien una forma de broma, un juego social. Sin embargo, se corrige y se humilla sin concesiones:

> «Y yo –escribe a su hermano–, que tuve la cobardía de burlarme de la Sra. Y..., lo lamento infinitamente. No sé por qué, no siento simpatía por ella. Nunca me ha hecho sino el bien y me ha prestado servicios. ¡Y yo, que detesto a los ingratos, no puedo sino detestarme; soy más que una verdadera ingrata! Por eso, quiero convertirme de verdad, y ya he empezado: desde hace algún tiempo, aprovecho todas las ocasiones para hablar bien de esa señora. ¡Y eso es tanto más fácil cuanto que se trata de una excelente persona, que vale más que todos los que se burlan de ella, empezando por mí!»[112].

He aquí, ¿no es cierto?, una confesión más sincera que muchas que se oyen en los capítulos conventuales.

Un hecho anecdótico permite medir la longanimidad de los esposos Martin. Un vecino de mala voluntad hace cavar una fosa demasiado cerca del muro medianero que encierra su propiedad. Se le advierte del peligro. Se enfurece. Por amor a la paz, se cede. El derrumbe fatal ocurre y aquel hombre monta en cólera y demanda a sus víctimas para obtener la mitad de los gastos. La mala fe es tan evidente que hasta el juez se indigna. Desgraciadamente, faltaban unos centímetros al muro desplomado; debe intervenir un perito. La ley ofrece múltiples recursos a un habituado a la chicana. Se corre el riesgo de enredarse en un laberinto jurídico. ¿Hizo esto perder la calma a nuestros héroes, odiosamente perjudicados? Así comenta la madre el incidente en una carta a Pauline:

> «Ahí estamos; no sé cuándo acabará. No me preocupo mucho; sólo nos queda aceptar las contradicciones con paciencia, ya que hay que sufrir en la tierra. Si esto puede, al menos, evitarnos un poco de Purgatorio, bendeciremos al Sr. M. en el otro mundo por habernos hecho sufrir una parte de él en esta vida. ¡Pero prefiero que sea él quien nos haga estos agravios antes que tener que reprocharnos haberle causado ni la cuarta parte!»[113].

Se adivina así con qué paciencia trataban a sus deudores apurados. Más de una vez prestaron dinero oportunamente a comerciantes amenazados de

quiebra.

En cuanto a la beneficencia hacia los pobres, la *Historia de un alma* nos muestra cuánto se valoraba en el hogar. «Hay que dar limosna para ir al cielo», solía repetir la mamá. Céline escribe a este propósito:

> «Al igual que mi padre, tenía una gran caridad hacia los pobres, cualquiera que fuese su miseria, y eso sin temer el esfuerzo ni poner límites a su generosidad. A menudo vi en casa a desdichados que hospedaba y a quienes daba ropa».

La fiel Louise atestigua que su señora la enviaba con frecuencia a casa de indigentes «con un puchero, botellas de vino y monedas de dos francos… y nadie lo sabía, más que nosotras dos». Durante las inundaciones de Lisieux, una generosa donación fue enviada con urgencia para socorrer a las víctimas.

No se trataba de gestos contables, conforme a un porcentaje asignado del presupuesto familiar a obras de caridad. Era una entrega personal, con incomodidad, si hacía falta. Esta caridad tiene sus *fioretti*, graciosos o heroicos, por los que sopla un aire renovado de los primeros tiempos franciscanos.

Teresa, que tenía una memoria prodigiosa, recordará que el 23 de mayo de 1875, cuando tenía dos años y medio, durante la primera comunión de Léonie, vio a una niña pobre, vestida por la Sra. Martin, participar en la fiesta familiar y sentarse en el lugar de honor en la cena.

En el viaje, no se busca ansiosamente la instalación más cómoda. La madre reprende amablemente el gesto de desagrado de una vecina de compartimento ante la repentina llegada de una mujer con dos bebés. Acompañada por su marido, quiso incluso, al llegar al destino, acompañar a la pobre madre y ayudarla a llevar a casa a los niños y a los bultos: eran ya las doce cuando regresaron a la calle Saint-Blaise.

Al toparse en una estación con un epiléptico completamente sin recursos y al borde del desmayo, el Sr. Martin se quita el sombrero, deposita allí una generosa limosna y no duda en pedir ayuda a los presentes. Las monedas caen en abundancia en esa inusual escudilla… y el enfermo, llorando de alegría, puede finalmente comer y regresar a su ciudad.

Y aún más meritorio: en una calle transitada, el buen samaritano se encuentra con un obrero borracho tirado en el suelo, con su caja de herramientas a su lado. Los transeúntes miran y se alejan, poco dispuestos a exponerse a sus exabruptos. El Sr. Martin se inclina, lo agarra, lo levanta

con sus herramientas y, tomándolo del brazo, lo acompaña hasta su casa, no sin reprenderlo al día siguiente de manera útil.

Le gusta entregarse así, sin pensar en el qué dirán ni en el peligro. Excepcional nadador, con varios rescates en su haber, improvisa como bombero cuando suena una alarma. Así, se lanza solo a socorrer a una anciana, arrancándola de las llamas. En casa, donde conocen su temeraria valentía, tiemblan por su vida; cuando se retrasa, temen que le haya pasado algo.

Tal vez, para pagar algún gran favor, un poeta ocasional le dedicó estos versos acrósticos, donde la gratitud pesa más que la poesía:

«**M**ejor que él, ¿quién supo, de alma noble y sincera,
A brindar al que implora su ayuda verdadera?
Resiste toda sombra su franca rectitud,
Teniendo por divisa la leal virtud.
Irradia su bondad, siempre afable y sincero,
Nadie clama en la tormenta sin hallarlo certero».

No se mostraba menos diligente en las gestiones pacíficas, pero tediosas, ante la administración, para hacer ingresar en el hospital o el asilo a vagabundos agotados, los indigentes de la época. La Sra. Martin cuenta a Pauline, con emoción, un episodio de este tipo:

> «Hicimos una larga caminata por el campo... Al volver, nos encontramos con un pobre anciano de buen aspecto. Envié a Teresa a llevarle una pequeña limosna, pareció tan conmovido y nos dio tantas gracias que supe que era verdaderamente desdichado. Le dije que nos siguiera, que iba a darle unos zapatos. Vino. Le servimos una buena comida; se moría de hambre.
>
> No puedo decirte cuántas miserias ha sufrido en su vejez. Este invierno se le congelaron los pies; duerme en una casucha abandonada, le falta de todo, se arrima a los cuarteles para conseguir algo de sopa. En fin, le dije que viniera cuando quisiera y que tendría pan. Quisiera que tu padre lo hiciera ingresar al asilo, que tanto desea. Vamos a gestionar el asunto.
>
> Estoy muy triste por este encuentro; no dejo de pensar en el buen hombre, que, sin embargo, tenía una cara tan alegre por las pocas monedas que le di: “Con esto –decía– tomaré sopa, mañana iré a las cocinas económicas; además tendré tabaco y me afeitaré”. En una palabra, estaba feliz como un niño. Mientras comía, tomaba sus zapatos, los miraba con felicidad y ¡les sonreía!»[114].

La Sra. Martin no quedará satisfecha hasta que su marido, tras varios intentos, logre finalmente hacer admitir en el hospicio al pobre mendigo, que lloraba de alegría.

Su caridad la expuso a muchos otros problemas. Habiendo confiado la educación de Léonie a dos antiguas maestras que usurpaban el hábito

religioso, se dio cuenta de que explotaban y maltrataban cruelmente a una niña de ocho años, Armandine V., de cuya educación pretendían hacerse cargo. Tras ocuparse en secreto un tiempo de su alimentación, logró que hablara y, con sus revelaciones en mano, decidió intervenir. Al no ceder las mujeres, alertó a la madre de la niña, luego al párroco de Banner y, finalmente, a la Fiscalía.

Con una hipocresía consumada, las acusadas intentaron agitar a la opinión pública. Armandine, amenazada de represalias y perturbada por el alcohol, se retractó. El asunto se agravó. Finalmente, una confrontación general resolvió el caso favorablemente. La niña fue devuelta a su familia y el comisario de policía concluyó dirigiéndose a la Sra. Martin, hasta entonces más muerta que viva:

> «Señora, pongo a esta pequeña bajo su protección, y ya que usted quiere cuidarla, yo también me ocuparé de ella. ¡Es tan hermoso hacer el bien!».

Fue una victoria, pero pagada con un gran susto. Y habría consecuencias dolorosas. Las intrigas continuaron. Se temió que la niña cayera en el vicio. La Sra. Martin, que había ofrecido en vano pagarle una pensión en un centro de acogida, concluye su relato con estos acentos de melancólica poesía:

«Como ves, Pauline,
En la tierra, no todo es rosa,
Ni dicha, ni dulce esperanza.
Por la mañana la flor se abre,
Por la noche se marchita».

> Pero, a decir verdad, ¡me resigno! He sufrido tanto toda clase de males que se han formado callos alrededor de mi corazón. Todavía no hay ninguno alrededor del tuyo, mi pobre niña, por eso sientes más vivamente cada espina; pero, a fuerza de ser pinchada, terminarás por no sentir tanto el dolor»[115].

Una caridad tan desinteresada, ¿no se une, en sus exigencias supremas, al sublime retrato esbozado por San Pablo en la primera carta a los Corintios?

***

¿Es necesario precisar que el Sr. y la Sra. Martin sabían respetar en este ámbito la jerarquía de los valores? El círculo más cercano de los *afectos familiares* era aquel en el que desplegaban más solicitud. Poseían un cierto sentido patriarcal –hoy, ¡ay!, esta palabra suena mal– que los hacía

extremadamente sensibles a los deberes que crean los lazos de sangre. En varias ocasiones, el padre hizo la peregrinación a Athis-de-l'Orne para orar sobre la tumba de sus antepasados e informarse de todos los suyos. Los abuelos eran por derecho huéspedes del hogar, donde las pequeñas eran educadas para tolerar sus inocentes manías de ancianos y rodearlos de honra y atenciones. El hecho de que hayan podido, durante largos años, cohabitar o vivir en común con sus hijos sin provocar el menor incidente, delata la calidad de esta piedad filial.

Es con la familia de Lisieux donde estalla más esta calidez de intimidad. En contacto con una esposa excepcionalmente dotada en lo afectivo, Isidore Guérin se había convertido en un magnífico modelo de cristiano y apóstol. Los múltiples contratiempos que conoció al frente de su farmacia y de la droguería que le había anexado no abatieron jamás su valentía. Se había confiado a Nuestra Señora de las Victorias. De ella esperaba, y de ella recibió a su tiempo, un auxilio eficaz. En las horas sombrías de duda o melancolía, las palabras de la Escritura bastaban para apaciguarlo.

No tardaría en entrar en el consejo de fábrica de la Catedral de San Pedro y en cooperar en la fundación, en Lisieux, de las Conferencias de San Vicente de Paúl y del Círculo Católico. Luego sería el promotor y el apoyo financiero de la buena prensa. La Sra. Martin hace alusión, en una carta, al altar de monumento que su hermano edificó en 1876 y que se recortaba de forma algo llamativa sobre una perspectiva de luz y verdor, donde resplandecía una gran cruz de vidrios multicolores, aureolada por esta inscripción: «Cuanto más se la ultraja, más brilla». El gesto y la frase describen al hombre.

Esa transformación en apóstol del antiguo estudiante burlón y frívolo parece haber multiplicado por diez la ternura que le profesa la madre de Teresa. Ya no necesita orientarlo y, menos aún, reprenderlo. Se muestra solícita para ayudarlo en su instalación material. Se informa de sus asuntos, se preocupa por sus balances de fin de año y, cuando cae enfermo, rompe en llanto, ella, que no sabe llorar. A su joven cuñada le procura sirvientas que previamente ha «probado» y formado. El Sr. Martin, por su parte, con un tacto exquisito, arregla cuestiones de herencia y realiza, con pérdida, ciertos valores con el fin de asegurar crédito a su cuñado momentáneamente apurado. Incluso intenta varias gestiones para ayudar a que arranque la droguería. Cuando se destruye por el fuego, el 27 de marzo de 1873, una

carta desde Alençon expresa la tristeza común, mezclada con la nota cristiana de la esperanza a pesar de todo:

> «Estoy desolada –es, una vez más, la esposa quien empuña la pluma– por el incendio que me anuncias. Cuando pienso en todo el trabajo que mi hermano se dio para organizar su Droguería y ver en un instante perdido todo su esfuerzo, hay que tener mucha fe y resignación para soportar este revés sin murmurar y con sumisión a la voluntad de Dios.
>
> Por mi parte, siento el golpe de este infortunio; unido a las tribulaciones que ya tengo, me ha quitado todo el ánimo. Es verdad que cada uno tiene su cruz, pero hay quienes la tienen más pesada, y tú ya has empezado, querida hermana, a darte cuenta de que no todo es color de rosa en la vida. El buen Dios quiere eso para desprendernos de la tierra y atraer nuestros pensamientos hacia el Cielo»[116].

Circunstancias más alegres provocan confidencias mutuas. Es, en febrero de 1868, el nacimiento de Jeanne Guérin, en agosto de 1870, el de la pequeña Marie. Toda esta correspondencia es como una ronda desenfrenada. Los niños se anuncian, surgen, van, vienen, crecen y a veces desaparecen. Sus gestos y palabras pueblan toda la escena, los padres apenas figuran. «Dos jóvenes mamás descubriendo a los niños», así podrían resumirse estas centenas de misivas donde todo lo que toca al hogar tiene una resonancia profunda: las esperanzas y las expectativas, las decepciones y las angustias, la canastilla que se prepara, el bautismo en perspectiva, las funciones de padrino y madrina asumidas de una y otra parte con toda la seriedad del espíritu cristiano, luego los rostros graciosos que se despiertan, los hallazgos que se comunican, los regalos de Año Nuevo que se intercambian y el entusiasmo que despiertan.

Es hermoso ver a estas nobles mujeres entrenarse para llevar, con una sonrisa en los labios, su gloriosa carga.

> «Llegan los niños –se escribe desde Alençon–. Si tienes tantos como yo, te exigirá mucha abnegación y el deseo de enriquecer al Cielo con nuevos elegidos».

Desde Lisieux, donde reside la autoridad médica, se responde enviando remedios apropiados y consejos pertinentes a la pobre mamá inclinada sobre sus enfermos.

La comunicación de las almas roza lo sublime cuando un duelo cava la tumba al pie mismo de la cuna. A su hermano que, como ya hemos sabido, sufrió la pena de perder un hijo apenas nacido, la Sra. Martin le dirige estas líneas:

«Tengo el corazón tan oprimido como cuando perdí a mis hijos. Te veo entre lágrimas, junto a ese pequeñito amado, muerto en condiciones tan penosas y, sin embargo, el buen Dios te ha concedido aún una gran gracia, pues tuvo tiempo de recibir el Bautismo. En fin, querido amigo, hace falta valor y pienso que no te falta; tienes suficiente energía y fe para soportar las aflicciones de la vida.

Recibí tu carta en el momento de sentarme a la mesa en sociedad, pues teníamos visitas…

Cuando veía a nuestros invitados divertirse durante la comida como si nada lamentable hubiese ocurrido, sentí gran amargura. No creas, sin embargo, que haya sido Louis, porque él ha sido muy sensible a tu pena y habla de ella sin cesar.

Repasamos en nuestra memoria todos los sufrimientos y contrariedades que tu pobre esposa ha debido soportar desde hace seis meses y gemimos por ese triste desenlace. Es muy duro. Sin embargo, querido amigo, no murmuremos; el buen Dios es el dueño, puede dejarnos sufrir, y mucho, para nuestro bien, pero jamás nos faltarán su auxilio y su gracia…

Si puedes escribir una vez antes de que vaya a verlos, me harás feliz, y dime, sobre todo, si el niño vivía cuando recibió el Bautismo. El médico debió haberlo bautizado antes de nacer. Cuando se ve que un niño está en peligro, siempre se comienza por ahí»[117].

Las visitas, más aún que las cartas, ponen bálsamo sobre las heridas. ¡Qué lástima que el trayecto sea tan largo, el tren tan incómodo, el comercio tan absorbente! La fiesta suprema en Alençon es la llegada de los ciudadanos de Lisieux. La mejor habitación les está reservada. Las pequeñas bailan de alegría y la mamá comparte su júbilo infantil. En cuanto al viaje a Lisieux, es el gran acontecimiento de la vida de la Sra. Martin. Habla de él, lo vive seis meses antes. Para estar libre en la fecha fijada, trabaja ocho días seguidos hasta medianoche. Lo que le encanta allí no son las recepciones, ni los fuegos artificiales en el jardín de la Estrella, y menos aún las excursiones a Trouville; es sumergirse, durante algunos días, lejos de los papeles de negocios, de las obreras y de los encajes, en el puro descanso de una atmósfera fraternal.

Su deseo más querido era ver a los dos hogares, reunidos en una misma ciudad, no formar ya, bajo dos techos diferentes, más que una sola comunidad familiar. Este sueño se realizará después de su muerte, con el traslado a los Buissonnets. No habrá conocido más que el gracioso preludio, durante sus demasiado breves visitas a la farmacia Guérin.

***

Es casi al nivel de los afectos familiares donde deben situarse *las relaciones con el personal doméstico*. La madre expuso su propia teoría al respecto. El 2 de marzo de 1868 escribe a su hermano:

«No siempre es el alto salario lo que asegura el apego de los sirvientes; es necesario que sientan que se les quiere, hay que mostrarles simpatía y no ser demasiado severos con ellos. Cuando la

gente tiene buen corazón, puedes estar seguro de que servirán con afecto y devoción. Sabes que soy muy vivaz y, sin embargo, todas las sirvientas que he tenido me han querido y las conservo todo el tiempo que deseo. La que tengo ahora enfermaría si tuviera que irse; estoy segura de que, aunque le ofrecieran doscientos francos más, no querría dejarnos. Es cierto que no trato a mis sirvientas peor que a mis hijos. Si te digo esto, no es para ponerme como ejemplo, te aseguro que no lo pienso, porque todo el mundo me dice que no sé hacerme servir».

La palabra «familiar», con la que antiguamente se designaba a los sirvientes, cobra aquí todo su sentido. Las criadas eran parte de la casa. La regla era elegir con cuidado para no exponerse al contacto de personas indeseables y luego confiar plenamente en ellas. Las niñas eran educadas para mostrar deferencia y sumisión hacia las sirvientas. Quizás incluso hubo algún exceso en este punto. Los padres fueron sin duda demasiado indulgentes con Louise Marais, quien pasó doce años bajo su techo. Fiel hasta la muerte, pero de carácter fuerte y humor irritable, puso frecuentemente a prueba su paciencia con sus comentarios libres y sus brusquedades, y poco a poco asumió sobre las niñas una autoridad casi tiránica. Sólo la mayor escapó a este dominio. «Yo soy libre», replicaba ante cualquier orden demasiado brusca. En cuanto a Léonie, veremos cuánto sufrió bajo esta tutela.

Marie atestigua que su madre era extremadamente condescendiente. Nunca les habría dado las sobras; se las quedaba para sí. Incapaz de medir sus fuerzas, se preocupaba por no agobiar a las empleadas; trabajaba más que ellas, se levantaba más temprano y se acostaba más tarde. ¿Estaban enfermas? Las cuidaba como a sus hijas. Se la vio, durante tres semanas, día y noche, al lado de Louise, postrada en cama por un terrible ataque de reumatismo articular. Sólo cuando la crisis cedió la envió en carruaje, junto a los suyos, a completar su convalecencia. Habría considerado indigno deshacerse de ella enviándola al hospital o imponiéndola como carga a parientes sin recursos.

En ocasiones, también actuaba como su educadora. Así narra el fracaso de una de sus lecciones:

«El Sr. de C., nuestro vecino, fue enterrado ayer; eso impresionó mucho a Louise. No puede comprender que uno pueda morir cuando es tan feliz en la tierra. Creo que sacrificaría gustosa su parte en el Paraíso por ser eternamente feliz aquí abajo, tan feliz como los ricos, a quienes imagina en perfecta dicha. Por más que le digo que no lo son más que los demás, no quiere creerlo»[118].

Fue necesaria una verdadera reprimenda para que llamara al sacerdote junto a su padre. De no ser por la indignación de la Sra. Martin, habría

muerto inconsciente después de una vida de indiferencia.

Como se ve, nada de lo que concierne a su personal le es ajeno a esta admirable mujer. En su casa, la sirvienta no se siente una mercenaria ni una extraña. Louise Marais y Virginie Cousin, quien estuvo a su servicio como criada durante tres años y luego, ya casada, como encajera, lloraron su muerte y dieron testimonio de su gran bondad y su sentido de justicia social. Fue en la escuela de sus padres donde Teresa aprendió a compadecer los sufrimientos de los humildes, a conmoverse ante sus desgracias y a apreciar su eminente dignidad como hijos de Dios.

***

Un hogar como este impone respeto. *¿Respira alegría?* ¿No flota en él ese olor pesado y rancio que despiden las tapicerías y sillones en un ambiente demasiado cerrado, esa atmósfera lúgubre y opaca que recuerda a la sacristía, al museo de antigüedades o al comedor de una rectoría de antaño? «Trapos viejos, papeles viejos», murmuran los maliciosos.

Entremos en el número 36 de la calle Saint-Blaise. Los cantos y gritos que surgen por todas partes, los rostros alegres, el bullicio constante, pronto nos tranquilizan. La alegría reina en esta casa. No es el aturdimiento, la búsqueda de distracciones artificiales o el afán de escapar del hogar a toda costa. El mundo no está aún entregado a los mercaderes de placeres que explotan comercialmente los instintos más bajos y degradan al hombre bajo el pretexto de divertirlo: la corrupción suprema de la «evasión» pascaliana. El problema del ocio encuentra aquí una solución familiar: tienen su parte, no excesiva, proporcional a las fuerzas que hay que recuperar tras la jornada de trabajo. El elemento educativo se mezcla espontáneamente. Alegran, descansan y relajan a las almas; las unen fundiéndolas. En el sentido etimológico del término, es la «recreación», en la que toda la personalidad renace con un nuevo impulso, como una culminación.

El padre dedica sus horas libres a su pasatiempo favorito: se sitúa a orillas del Sarthe o del Briante y declara la guerra a las truchas y los lucios. Demuestra gran habilidad en el billar, lo que le lleva a decir a sus hijas, con ese tono entre serio y bromista que le caracteriza: «Aquí abajo, tenemos una hermosa bola para jugar…». A veces visita a sus amigos en sus castillos de Lanchal, Grogny o Saint-Denis. Al principio del matrimonio asistieron, sin entusiasmo, a algunas recepciones mundanas. El tono con que la Sra. Martin enumera los actores de esas veladas, desde el anfitrión hasta el perro

de salón, cada uno cumpliendo su papel, y su manera de bromear sobre los cantos y los vestidos, muestran claramente que su corazón no estaba allí.

Con la llegada de los hijos, se replegaron en la vida hogareña. ¿No es el privilegio de las familias numerosas generar, por su propio dinamismo, entusiasmo, alegría y vida, renovándose sin cesar y bastándose a sí mismas? Las pequeños aportan el imprevisto de su despertar, las mayores su ingenio, y los padres su sentido de organización y abnegación al servicio de todos. Aparte de asistir a las sesiones del Círculo Católico, los domingos y días festivos se pasaban en familia.

La madre no duda en dejar inactiva su aguja para distraer a sus hijas:

> «Me he divertido como una niña con el juego de paciencia –escribe–, y he pagado mi infantilismo: tenía que enviar un encargo de encaje muy urgente, y he tenido que recuperar el tiempo perdido, trabajando hasta la una de la madrugada».
>
> «Hubo una exposición de juguetes y una merienda completa para estrenar el lindo juego de porcelana; duró casi dos horas. Los niños nunca habían tenido tanto placer. Pauline decía esta noche: “¡Oh, qué pena que el día haya terminado! Quisiera volver a esta mañana”. Yo no estaba del todo de acuerdo porque he tenido una dura batalla: llevo tres días sola con toda esta chiquillería».
>
> «He prometido a los niños celebrar Santa Catalina el domingo por la noche. Marie quiere buñuelos, otras quieren pasteles, otras, castañas; yo sólo quisiera paz».

En cuanto al padre, es un animador incomparable. Nadie como él sabe ponerse al nivel de las más pequeñas. Lo expresa a su manera: «Soy un niño con mis hijas». Tras sus lecturas serias, toma unas grandes canicas doradas y las hace rodar ante los ojos asombrados de sus niñas, fabrica pequeños juguetes, hace trucos de magia y pasea a «su Reina» sentada sobre una de sus botas.

Muy fino, ingenioso y de humor jovial, tiene el don de animar las veladas con chistes, anécdotas, refranes picantes y juegos de sociedad. Su voz es cálida, armoniosa, con un timbre sonoro y una plenitud que encantan. Le gusta recitar hermosos poemas de antología… a menos que sean fragmentos humorísticos sazonados con dialecto normando. Posee, y legará a Marie y a Teresa, un verdadero talento para la imitación, reproduciendo acentos, gestos, silbidos de pájaros o sonidos de tambores y clarines que marcan las marchas militares, todo ello con una precisión de trazos, un ritmo y una expresión que crean la ilusión de lo real.

Sobre todo, tiene un verdadero culto por las viejas canciones francesas. Su repertorio es inmenso. Es el encanto misterioso de las noches de Navidad, cuando, junto a la chimenea, ante el tronco ardiente y cerca de los zapatos alineados, la familia se prepara para la Misa. Las hijas del Sr. Martin

conservaron devotamente un cuaderno manuscrito con estas melodías que su padre tarareaba. *Compère Guilleri* se codea con *Les Compagnons de la Marjolaine*, *Le Juif Errant* con *Les Montagnards*, *La Plainte du Mousse* y *Le Fil de la Vierge*. Es como un testimonio venerable de una época de salud moral, donde las creaciones de la vieja Francia aún no habían cedido ante los estribillos de *music-hall* y las canciones equívocas.

Cuando el campo normando reverdece, la familia disfruta al aire libre. Los domingos, después de la Misa mayor o de vísperas, se dirigen a esa campiña exuberante que Teresa describió tan bellamente en su Autobiografía:

> «Aún siento las impresiones profundas y poéticas que nacían en mi alma al ver los campos de trigo salpicados de acianos y flores silvestres. Ya amaba los horizontes lejanos... El espacio y los gigantescos abetos, cuyas ramas rozaban el suelo, dejaban en mi corazón una impresión similar a la que aún siento ante la naturaleza»[119].

En estos paseos, tenía la misión –que la llenaba de orgullo– de llevar la limosna familiar a los pobres del camino. Con gusto saludaban al Santísimo en alguna iglesia solitaria o rezaban al pie de los calvarios en los cementerios rurales. La madre prefería el paseo llamado «La Fuie», que, entre dos magníficos cortinajes de árboles, conducía al cementerio y a sus tumbas, perdiéndose entre las altas cortinas de setos florecidos de espinos blancos y rosados.

En vacaciones, la excursión favorita de las niñas era el Pabellón, el chalet de reposo que el Sr. Martin había acondicionado en la calle des Lavoirs. Ninguna diversión igualaba esas tardes de juegos libres alrededor del viejo abeto y el nogal, entre flores y frutas. El padre, si no sacaba su equipo de pesca, se recogía con sus libros en la planta baja, donde amaba el mobiliario rústico: el reloj de granja, el sillón y la mesa plegable y, quizás, aún más las dos acuarelas que flanqueaban la chimenea, obras del incipiente talento de Pauline. La madre llevaba alguna labor y compartía las conversaciones de sus hijas, ocupadas en recoger fresas, hacer ramos o cultivar el pequeño terreno asignado a cada una de las tres mayores.

Cuando, cansadas de jugar, las hermanas se acurrucaban en el banco de paja, se abría la cesta de provisiones y estallaban nuevas risas y gritos de alegría. ¿No había ya toda una educación en esa simplicidad de disfrutar de lo pequeño, en familia, sin recurrir a los engañosos señuelos con los que la

industria del ocio pretende aliviar el aburrimiento incurable de los mundanos?

***

La clave del enigma es que se aman como cristianos. *La caridad es el alma del hogar*. Ciertamente, no ofrece materia para las peripecias tormentosas de un drama pasional. Esta claridad límpida de manantial desconcertará a los escépticos, aficionados a las novelas eróticas. Hará encoger de hombros a quienes ya no creen en el amor, de tanto haberlo visto profanado. Se conocen los afilados dardos con los que el espíritu francés ha acribillado al matrimonio: «Un duelo más que un dúo». «Se estudian tres semanas, se aman tres meses, se pelean tres años, se toleran treinta años… y los hijos vuelven a empezar». El estilo es abundante y no carece de realismo. Es el tono de una época decadente. Más que sonreír sobre estas cosas sagradas, las personas serias que desean que su patria siga viva irán a aprender lecciones al hogar de la calle Saint-Blaise.

Estos creyentes de élite, que comenzaron por prohibirse las relaciones conyugales, evocan la ternura fresca que unía a la Reina Margarita con el Rey Caballero, Louis de Poissy. Entre los dos esposos hay un lazo substancial: Cristo. Sus manos sólo se han estrechado estando unidas a las suyas. Saben que el matrimonio es un sacramento de vivos del cual son ministros, un sacramento permanente que vivificará con su gracia el curso entero de su existencia.

La comunidad así fundada se espiritualiza en su esencia. Adquiere un estilo casi sacerdotal. La santidad, lejos de secar el amor, lo convierte en una creación continua, una obra maestra de comprensión mutua, de entrega desinteresada, de don total en el olvido de sí mismo. Su vida en común no es un egoísmo en el matrimonio –lo cual instintivamente detestaban–, ni una evasión mística fuera del matrimonio –lo cual quizá les tentó sutilmente–, sino una ascensión colectiva *en* y *por* el matrimonio. Así realizaron en plenitud el plan del Creador.

El amor que se profesan estos cristianos no está quintaesenciado ni sublimado hasta el punto de parecer desencarnado. Une los fervores de los novios con todas las delicadezas de la caridad y con las confidencias sobrenaturales de la amistad. La esposa admira a su esposo. Después de cuatro años y medio de unión, escribe de él:

«Sigo siendo muy feliz con él, me hace la vida muy dulce. Mi marido es un santo, deseo uno igual para todas las mujeres; ese es mi deseo para ellas en este año nuevo»[120].

Sufre por sus ausencias forzadas y se consuela poniendo en orden sus cosas y contándole en detalle los incidentes de la casa. El pensamiento de su regreso la pone tan radiante que confiesa no poder trabajar. Sin él, incluso los viajes a Lisieux pierden su encanto, como lo prueba esta carta del 31 de agosto de 1873, que reproducimos *in extenso* como fiel testimonio de esa unión de las almas:

«Mi querido Louis:

Llegamos ayer por la tarde, a las cuatro y media; mi hermano nos esperaba en la estación y estaba encantado de vernos. Él y su esposa hacen todo lo posible por entretenernos.

Esta noche, domingo, hay una bonita recepción en su casa en nuestro honor.

Mañana lunes, salida hacia Trouville; el martes, gran cena en casa de la Sra. Maudelonde y quizá paseo en coche hasta la casa de campo de la Sra. Fournet. Las niñas están encantadas; si hiciera buen tiempo, estarían en la cima de la felicidad.

¡Pero yo soy difícil de convencer! ¡Nada de eso me interesa! Soy exactamente como los peces que sacas del agua; ¡ya no están en su elemento, tienen que perecer!

Me pasaría lo mismo si mi estancia se prolongara mucho. Me siento incómoda, fuera de lugar, y eso me afecta físicamente, estoy casi enferma. Sin embargo, me esfuerzo por razonar y sobreponerme; te sigo en espíritu todo el día; me digo: “Ahora estará haciendo tal cosa”.

Tengo muchas ganas de estar contigo, mi querido Louis; te amo con todo mi corazón y siento aún más crecer mi afecto por la privación que experimento de tu presencia; me sería imposible vivir alejada de ti.

Asistí esta mañana a tres Misas; fui a la de las seis, hice mi acción de gracias y oraciones durante la de las siete, y volví a la Misa mayor.

Mi hermano no está descontento con los negocios; van bastante bien.

Diles a Léonie y Céline que las abrazo con ternura y que les traeré un recuerdo de Lisieux.

Intentaré escribirte mañana, si es posible, pero no sé a qué hora volveremos de Trouville. Me apuro; me esperan para hacer visitas. Regresamos el miércoles por la noche, a las siete y media. ¡Qué largo se me hace!

Te abrazo como te amo. Las niñas me encargan que te diga que están muy contentas de haber venido a Lisieux y te mandan un beso enorme».

Z. Martin

Más sobrio, porque no le gusta mucho escribir, el Sr. Martin muestra la misma ternura. Citemos esta nota suya del 8 de octubre de 1863:

«Querida Amiga,

No podré llegar a Alençon hasta el lunes; el tiempo me parece largo, tengo muchas ganas de estar contigo.

No hace falta decirte que tu carta me dio mucho gusto, salvo por encontrar en ella que te estás fatigando demasiado. Por eso, te recomiendo tranquilidad y moderación, sobre todo en el trabajo. Tengo algunos pedidos de la Compañía de Lyon; una vez más, no te preocupes tanto, con la ayuda de Dios, lograremos hacer una buena casita.

Tuve la dicha de comulgar en Nuestra Señora de las Victorias, que es como un pequeño paraíso terrestre. También encendí una vela por toda la familia.

Las beso a todas de corazón, en espera de la alegría de estar reunidos. Espero que Marie y Pauline se estén portando muy bien.

Tu esposo y verdadero amigo, que te ama para toda la vida».

Louis Martin

Un amor así ignora la inquietud y la susceptibilidad. No es desconfiado ni celoso. Es una fuerza pacífica, hecha de confianza y seguridad. El marido deja a la esposa el «ministerio del interior», es decir, plena libertad en la organización del hogar y la dirección de la casa. Su sentido práctico, indudable, no está orientado hacia ese ámbito. Abandonado a sí mismo, con su despreocupación por el confort, se descuidaría y viviría de un trozo de pan y embutido. Su esposa provee todo con amor.

Entre ellos, jamás la menor nube, tal era la perfecta unidad de visión. El Sr. Martin ejercía la autoridad al modo de un patriarca, cuyo carácter inspiraba respeto y sumisión. Sólo en un punto, su repugnancia a separarse de los suyos, la mamá debía ejercer cierta diplomacia para llevarlo a las decisiones que juzgaba sabias: una estancia de las niñas con su tío, un retiro cerrado de Marie en la Visitación de Le Mans. Su fina psicología aportaba tantos matices que lograba, sin choques, inclinar al esposo hacia sus ideas.

Quizá en una discusión de ese tipo, un poco más viva de lo habitual, fue cuando la pequeña Pauline, de siete años, le dijo ingenuamente a su madre: «Mamá, ¿es esto un mal matrimonio?». La frase divirtió mucho tiempo a los felices padres. «¡Sólo tenemos que tener más cuidado, mi buen Louis!», exclamó la Sra. Martin al contarle la confidencia.

En cuanto a los hijos, se sentían rodeados de un cariño tierno y firme, acompañado de verdadero respeto. La muerte de sus cuatro angelitos había arraigado aún más en los corazones del padre y la madre la convicción de que no eran más que mandatarios de la autoridad de Dios, y que a Él solo le pertenecían los derechos supremos de autor. Purificado en el crisol de la prueba, marcado con el sello de la cruz, su amor se había despojado de toda búsqueda personal; ya no quería más que servir.

El Sr. Martin, que, según las costumbres de la época, había usado con sus padres el plural de reverencia, hubiera deseado –dice Sor Genoveva[121]– que sus hijas hicieran lo mismo en casa. Pero la madre le objetó que eso le haría sentirse menos amada; él accedió de buen grado, y el tuteo se convirtió en norma. Eso no quitó nada a la veneración que ambos recibieron. En la declaración de la Madre Inés de Jesús durante el Proceso

de Beatificación de su angélica hermana, encontramos estas líneas cuidadosamente meditadas:

> «Mis padres siempre me parecieron santos. Sentíamos hacia ellos un profundo respeto y admiración. A veces me preguntaba si podría haber otros semejantes en la tierra. A mi alrededor no veía nada parecido»[122].

Era más que piedad filial: era un verdadero culto. Deseosas de mostrar igual ternura por su padre y su madre, Marie y Pauline, siendo niñas, unían ingeniosamente los dos nombres en sus oraciones. Decían: «Señor, protege a papá-mamá» o, invirtiendo el orden: «Ayuda a mamá-papá». Así quedaba perfectamente salvada la igualdad de régimen.

Cada partida al internado causaba un desgarramiento cruel. Nunca se acostumbraron a vivir separados. Leemos en las notas íntimas de Marie impresiones muy elocuentes al respecto, sobre la jornada pasada con sus padres al día siguiente de su primera comunión:

> «Había vuelto a ver a papá y a mamá, yo que sufría tanto por estar separada de ellos. Con ellos me parecía estar en el cielo, ¡pero ese cielo debía ser muy corto, porque esa misma noche debían dejarnos! Así que mi felicidad no era completa. Hicimos un paseo al campo. Pronto me encontré en un campo lleno de grandes margaritas y acianos. Pero, para recogerlas tenía que soltar la mano de mi querido papá y preferí quedarme a su lado. Lo miraba, miraba a mamá… En mi pequeño corazón de nueve años había abismos de ternura por ellos. Además, me sería imposible decir hasta qué punto sufrí al estar separada de mis padres; en vano intentaría explicar ese martirio».

El regreso por vacaciones era un verdadero éxtasis. Marie vivía por adelantado cada episodio. Escenificaba para su hermana menor el timbre anunciando la llegada de mamá al convento, el resoplar de la locomotora, la salida del tren, las paradas en las estaciones, finalmente la llegada a la estación de Alençon, los besos, las efusiones de alegría. Eran auténticos transportes. Pauline ha confesado que, llevada de regreso al hogar por una persona amiga, su corazón dejó de latir al ver la casa paterna; creyó que se le iba a romper de emoción y tuvo que detenerse un momento para no desmayarse.

Entre las niñas reinaba la misma afectuosa intimidad. Las terquedades de Léonie provocaban algunas tormentas, pero la intervención del papá no tardaba en calmar el ambiente. Detestaba las discusiones y peleas. «¡Paz, hijas mías, paz!», exclamaba cuando los ánimos se acaloraban y las voces subían de tono; y lo decía con tanta dulzura que los nervios se calmaban como por milagro. Nadie quería causarle pena.

El canónigo Dumaine, vicario general de Séez, que conoció íntimamente a los esposos Martin durante su ministerio en Notre-Dame d'Alençon, dio este testimonio en el proceso de canonización de Teresa:

«La unión era notable en esa familia, tanto entre los esposos como entre padres e hijos»[123].

Cristo era el Rey del hogar. Aún no existía la entronización oficial; el P. Mateo Crawley aún no había predicado su cruzada. Pero en espíritu, era eso: Nazaret y Betania revivían en esa casa donde el Corazón divino sellaba la unión de las almas, inspiraba todos los sentimientos y guiaba todos los actos. Dios no podía preparar un terreno más propicio para el florecimiento de una santa. Por haber saboreado la dulzura de ese clima familiar, Teresa podrá cantar más tarde:

«¡Oh, cuánto amo el recuerdo
De los días benditos de mi infancia!
Para guardar la flor de mi inocencia,
El Señor siempre me rodeó
De amor».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VIII EL HOGAR EDUCADOR

PRINCIPIOS Y MÉTODO DE EDUCACIÓN —
FORMACIÓN DE MARIE Y PAULINE —
LÉONIE O LAS CRUCES DE LA EDUCACIÓN —
CÉLINE, UN ALMA QUE SE ABRE

En este taller familiar, la obra del alma viene a completar la de la carne. Dar la vida natural es lo de menos; se trata, por encima de todo, de hacer nacer y crecer hijos de Dios. Ese es el objetivo de la educación, ciencia suprema con demasiada frecuencia ignorada, «arte de los artes», que se empeña en esculpir la imagen divina, no en una materia plástica, sino en plena substancia espiritual.

La correspondencia de la Sra. Martin delata al más alto grado esta preocupación pedagógica. El niño no aparece allí como un juguete ni como una fiera a la que se teme por no haber sabido domesticar. Es un depósito recibido de manos del Creador: hay que servirle educándolo y no hay que temer pensar en grande. Se busca formar cristianos y santos.

El Sr. y la Sra. Martin comprendían el sentido de la autoridad, su objetivo y sus límites. Sabían que se desacredita por carencia y se desprestigia por abuso de poder, que se desgasta cuando se dispersa y se desgarra cuando se divide. Deseaban multiplicar su valor funcional por la fuerza del ejemplo. El niño es un ser de intuición y un terrible lógico. Sólo se somete plenamente a la autoridad de sus padres cuando puede admirarlos a su gusto, reconociendo en ellos como el genio del bien.

Si el papá pudo permitirse –en el sentido más inofensivo del término– «mimar» un poco a sus hijas, colmar a Marie, «su bienamada», y complacer los más mínimos deseos de Teresa sin que esas efusiones de ternura alterasen jamás la obediencia ni el respeto que le eran debidos, fue porque la santidad de su vida y la nobleza de su carácter lo rodeaban de un prestigio soberano. Se prestaba de buen grado a los deseos de su «Reina», pero nos ha dicho que una mirada, una palabra de su «Rey», eran para ella un mandato que no se discute. Céline declara a este respecto:

> «Jamás vi en casa que alguna de nosotras dijera a nuestros padres una sola palabra irrespetuosa o siquiera simplemente familiar. Jamás, salvo los arrebatos de humor de Léonie, discutíamos una orden recibida; ni siquiera se pensaba en eso, se obedecía por amor».

Ahí yace el secreto de esa educación, de tan conmovedora sensibilidad unida a una firmeza asombrosa. Con todo, el Sr. Martin sabía enojarse si se trataba de calmar nerviosismos intempestivos; era excelente para detectar en su hija mayor los engaños de la vanidad femenina y hacía entrar en razón a la sirvienta cuando corría el riesgo de ablandar a la pequeña Céline rodeándola de mimos o cediendo a sus caprichos. Ni padre excesivamente tierno, ni padre severo era, en su majestuosa dignidad, el padre... y no creía rebajarse al practicar ocasionalmente «el arte de ser abuelo». Era también el jefe de familia, un hombre fuerte, de temperamento decidido, y en absoluto ese «soñador» que algunos imaginaron, desempeñando junto a una esposa intrépida el apagado papel de príncipe consorte.

La madre lo respaldaba con su atenta vigilancia. En ese hogar ejemplar, el frente único de los padres jamás se rompía. Buscaban establecer en la misma casa –y en su prolongación natural, la institución escolar, cuidadosamente elegida por su carácter religioso– un ambiente, unas tradiciones, un clima que inclinara espontáneamente hacia la virtud. Así se prevenía el mal que sigue siendo la mejor manera de curarlo. Las personas sospechosas eran rigurosamente mantenidas a distancia. Sin mostrarse quisquillosa ni desconfiada, simplemente porque estaba presente, porque lo veía todo, porque participaba en los juegos y trabajos de sus hijas, la Sra. Martin alejaba de ellas todo peligro.

Sor Genoveva cuenta dos anécdotas que prueban hasta qué punto llevaba la delicadeza en este sentido. Poco después del nacimiento de Teresa, la pequeña familia decidió jugar al bautismo. Para hacer el juego más divertido, Louise tuvo la idea de vestir a Céline –entonces de cuatro años– de varón y que hiciera el papel de padrino en el cortejo improvisado. La cosa parecería hoy muy inocente, pero estábamos en 1873. La moda aún no se había empeñado en destruir la modestia. La madre, que no toleraba ni maquillaje ni disfraces y que vigilaba en todo la decencia infantil, exigiendo que los vestidos bajaran siempre por debajo de las rodillas, se mostró muy disgustada con esta exhibición masculina. La hizo cesar de inmediato y reprendió severamente a la sirvienta.

Tenía un instinto certero y desenmascaraba sin piedad todo lo que pudiera comprometer la inocencia y la pureza del corazón. Habiendo admitido entre los juegos de sus hijas a una adolescente algunos años mayor, la vio llevarse a una de las pequeñas al jardín para una misteriosa conversación a solas. Al notar en su actitud sospechosa y sus gestos reprobables alguna intención

perversa, le dio una severa reprimenda y la despidió sin más trámite. Luego, con infinita delicadeza, interrogó a su hija, le explicó el motivo de tal severidad y la puso cuidadosamente en guardia contra cualquier influencia perniciosa. Más adelante, sentándola sobre sus rodillas, la preparó para hacer bien el examen de conciencia antes de la confesión. En cuanto a la joven despedida, quedó tan profundamente afectada por la lección, que repudió completamente sus malas inclinaciones y más tarde ingresó en un convento.

La confianza era el alma de esta educación. Habiendo sufrido en su juventud el régimen de coerción, frío y rígido, que le impuso su madre, la Sra. Martin resolvió ahorrar a toda costa semejante experiencia a sus hijos. Los quería expansivos, abiertos, radiantes. El mutismo que afectaba a veces Léonie la desconcertaba y preocupaba. Sabía de las tentaciones del alma herméticamente cerrada, del peligro del bloqueo interior. Sus cartas la muestran aplicada, con admirable lucidez, a conocer a todos los suyos con el fin de adaptar a cada alma el tratamiento que necesitaba.

Interroga a Marie, entonces de seis años, preguntándole si no ha cometido tal falta. La memoria, siendo, como se sabe, la facultad de olvidar, lleva a la niña a responder que no, y se acuesta convencida de estar en paz con Dios. Poco después baja llorando:

> «Mamá, acabo de recordar que cometí un pecado. Mi alma está manchada, el buen Dios ya no está en mi corazón».

Fue necesaria toda la delicadeza materna para calmar el espanto, devolver el arrepentimiento a su justa medida y formar la conciencia.

Es con amor como la Sra. Martin despierta la confianza o la confesión. Con sus mayores, esta madre aparece como la primera de las amigas. Con las más pequeñas, es la ternura encarnada. Nada más encantador que el cuadro de los mimos de su Céline:

> «¡Qué adorable es, si supieras! Nunca he tenido una igual de apegada a mí; por más que desee hacer algo, si le digo que me causa pena, en el acto lo deja. Cuando la visten para salir, está muy contenta. Sobre todo, su bonito sombrero blanco la entusiasma, pero, al momento de partir, si le digo con tono triste: “¿Vas a dejarme?”, enseguida deja a la sirvienta, viene junto a mí y me abraza con todas sus fuerzas. “No, no, no dejar a mamá; vete tú…”, le dice a la criada. Luego, cuando le digo con tono alegre que puede irse, me mira a los ojos para ver si de verdad ya no estoy triste, ¡y se pone a saltar de felicidad!»[124].

Siempre amorosa, la Sra. Martin jamás era débil; no toleraba la obstinación ni el capricho infantil.

> «No te preocupes –escribe a su hermano– de que tu pequeña Jeanne sea muy vivaz, eso no impedirá que más tarde sea una excelente niña y tu alegría. Recuerdo que Pauline, hasta los dos años, era igual, me desesperaba, y ahora es la mejor. Debo decirte que no la consentí y que, aunque era muy pequeña, no le dejaba salirse con la suya en nada; sin martirizarla, pero tenía que ceder»[125].

Las maniobras interesadas de la diplomacia infantil eran descubiertas con finura. Durante una visita del Sr. Guérin, Pauline, al ver que tardaban en poner en la mesa el pastel preparado para la ocasión, insinuó con aire despreocupado: «Mamá, están olvidando el turrón para mi tío». La respuesta, con una sonrisa, no se hizo esperar: «No es para tu tío, sino para ti, hijita, que lo estás pidiendo». Resultado: confusión y lágrimas, pero también una lección eficaz que no olvidó.

El enemigo número uno, saboteador de toda formación y estafador del don divino, es el amor propio. Hablando de la brillante inteligencia de una sobrina, añade esta observación, en la que se insinúa un consejo:

> «El único inconveniente que le veo es el orgullo que eso podría darle; los niños que son los ídolos de todos tienen, más que otros, ese defecto que combatir, si no lo reprimen los padres»[126].

El régimen familiar incluía un cierto mínimo de austeridad. El lenguaje debía ser cuidado. Las palabras groseras estaban severamente prohibidas, los buenos modales eran considerados como el atuendo de la inocencia, la cortesía era como el resplandor de la caridad. El padre, puntual como un militar, insistía en la regularidad. La madre vigilaba la limpieza y el orden. En la mesa había que comportarse bien. Prohibido hacer muecas ante los platos menos sabrosos. «Si no se toma la sopa, no hay guiso», exclamaba el padre para cortar toda objeción. Había que comer mucho pan, so pena de ser tachado de goloso. En cuaresma, el menú incluía algunas supresiones. En resumen, la organización de la vida común incitaba a la energía y sugería el espíritu de mortificación. No se admitía el egoísmo. La envidia era desconocida. Los niños esperaban con el corazón vibrante de alegría la llegada del bebé que vendría a aumentar la familia.

La madre tenía el don de estimular la generosidad. Su táctica consistía en aprovechar los incidentes cotidianos para enseñar a sus hijas a vencerse. No

calaban ni las teorías ni los grandes móviles abstractos en esas imaginaciones esencialmente concretas:

«El niño no ama ver horizontes demasiado amplios;
Prefiere a los más bellos lugares del mundo entero
Un insecto, una flor, un senderito pequeño»[127].

Utilizaba, para formar a las suyas, la pequeña moneda de los deberes de estado, proponiéndoles, para alentar su fidelidad, motivos esencialmente sobrenaturales: tal pecador que convertir, Jesús que consolar, el cielo que ganar. Eso es lo que luego se llamará –el término tuvo mucho éxito en la familia– «poner perlas en la corona». Para obtener el paraíso para el abuelo Guérin, recientemente fallecido, Marie, acompañada de su madre, enfrenta las pinzas del dentista con un valor que sobrepasa sus nueve años; incluso llega a lamentar que se retrase la extracción de las muelas malas:

«¡Qué lástima, ese pobre abuelito ya no estaría en el Purgatorio!».

Cuando Teresa, convertida en catequista voluntaria, enseñe el bien a dos niñas, cuya mayor no tenía seis años y «en lugar de prometer juguetes y caramelos», les hable «de las recompensas eternas que el Niño Jesús daría en el cielo a los niños buenos», no hará más que repetir las lecciones aprendidas en el regazo materno.

Podría componerse todo un código de educación con las cartas de la Sra. Martin. Sus hijas le rindieron testimonio en el Proceso de Beatificación:

«No éramos consentidas. Nuestra madre velaba con gran cuidado por el alma de sus hijas y la menor falta no quedaba jamás sin corrección. Era una educación buena y afectuosa, pero atenta y esmerada»[128].

¿No evocan tales elogios la figura de Isabel Romée en el valle de Domrémy? ¿Y no puede aplicarse a la humilde flor del Carmelo lo que Michelet decía de Juana, la buena Lorena?

«Supo todo lo que sabía su madre sobre las cosas santas. Recibió su religión, no como una lección o una ceremonia, sino en la forma popular y sencilla de un bello cuento de velada, como la fe simple de una madre. Lo que recibimos así con la sangre y la leche es cosa viva, es la vida misma».

***

De esta impregnación materna, de esta transfusión de alma, Marie y Pauline fueron las primeras en beneficiarse. Sus caracteres ofrecían

contrastes singulares: la mayor, independiente, apasionada por su libertad, pero de exquisita sensibilidad, enemiga de toda complicación, recta y franca, con destellos de originalidad y, a veces, manifestaciones de timidez, que la hacían parecer salvaje y enigmática; la menor, de una vivacidad que necesitaba ser refrenada, pero simpática y chispeante como su madre, mostrando, como ella, esa armoniosa combinación de cualidades sólidas y brillantes que la destinaban al ejercicio de la autoridad: ambas estaban adornadas con dones de inteligencia y de corazón, unidas por una amistad que las hacía inseparables.

Desde la infancia fueron iniciadas en el noviciado de la renuncia. Marie evocaba de buen grado su primer acto de virtud: una maravillosa tacita hecha con cáscara de naranja que sacrificó por su hermana «para tener una perla en su corona». «Mamá –exclamó enseguida– ¿iré al *Cielo*?». El amor por el buen Dios y los afectos familiares la absorbían por completo. Desdeñaba saludar a los transeúntes, pues no quería parecer que mendigaba atención con reverencias. A su madre, que la reprendía por ello, le respondía sin rodeos:

> «Me da igual que la gente no me quiera, con que tú me quieras, me basta».

En varias ocasiones, como un pintor que esboza una miniatura, la Sra. Martin trazó el retrato de sus hijas:

> «Mi hija mayor se está volviendo muy razonable, se nota que hace esfuerzos por corregir sus pequeños defectos, ¡y además es tan cariñosa! Cuando se da cuenta de que me causa tristeza, se echa a llorar. Pauline es muy bonita y se gana todos los corazones, pero es de una exuberancia sin igual»[129].

De su breve paso por la escuela de las Hermanas de la Providencia, en Alençon, recojamos este recuerdo relatado por Marie:

> «En mi clase había alumnas distraídas y mal educadas... ¡Más que eso!... La maestra no se daba cuenta de nada. Como yo no quería ocultarle nada a mamá, le contaba todo lo que había visto y oído».

La Sra. Martin, feliz del horror que su pequeña sentía ante la menor indecencia, aprovechaba para formarle la conciencia y animarla a una total apertura de alma hacia su confesor.

> «Me contaba –añade la testigo– esta historia que me hacía poner los pelos de punta: “Había una niña que no se atrevía a decir sus pecados y, cuando iba a confesarse, el sacerdote veía salir de su

boca la cabeza de una gran serpiente. Luego desaparecía de inmediato. Finalmente, un día tuvo el valor de confesar sus faltas y la gran serpiente salió completa, y detrás de ella una multitud de serpientes pequeñas, porque, cuando uno expulsa a la más grande, las otras se van solas, como por arte de magia"». Grabé eso en mi memoria y por nada del mundo habría querido ocultar un pecado»[130].

En octubre de 1868, Marie y Pauline ingresaron al internado de la Visitación de Le Mans. Fue una escena de lágrimas.

«No puedes imaginar –confiesa la Sra. Martin– cuánto me cuesta separarme de ellas, pero hay que saber hacer sacrificios por su bien».

Marie confiesa, haciendo eco, que la separación fue un verdadero tormento:

«¡Ah! Si no hubiera tenido a mi tía, a quien no quería afligir, jamás habría pasado siete años tras las rejas».

Eso no impidió que nuestras internas trabajaran con empeño. La madre lo constata, no sin orgullo:

«Marie es una excelente alumna; Pauline aprende todo lo que quiere y se aplica mucho; es la más adelantada entre las niñas de su edad... Un día en que Marie le hablaba durante el estudio, le dijo: "No perdamos el tiempo, pues es dinero de papá y mamá". Ambas nos honran»[131].

Eso no quiere decir que el cuadro no tenga sombras. Las salidas intempestivas de la mayor, el espíritu chispeante de la menor, les valen reprimendas de «la santa hija», cuya influencia marcará profundamente a ambas almas. Tanto en Le Mans como en Alençon, la rectitud es la norma. Marie se acusa ingenuamente en sus cartas de sus más mínimas faltas. ¿Le conceden alguna medalla como premio, susurrándole: «por indulgencia»? Se niega a llevarla. «No quiero adornarme, explica, con lo que no he merecido bajo ningún aspecto».

Los padres colaboran con la escuela; no pretenden descargar en ella sus responsabilidades. Siguen los informes escolares, aplauden los éxitos, recuerdan, como se haría en casa, las comuniones de las grandes fiestas y las circunstancias litúrgicas, sugieren intenciones de oración; sobre todo, hacen que sus hijas ausentes vibren con todos los acontecimientos del hogar, para que conserven el espíritu de familia y no se sientan exiliadas. Las narraciones maternas tienen tal encanto que las maestras se las pasan de mano en mano.

Con el mismo tacto, los padres orientaron a su hija mayor cuando, al regresar a Le Mans tras una fiebre tifoidea, se encariñó tanto con una compañera de noble origen que perdió su libertad interior y comenzó a ambicionar gloria y riqueza. El Sr. Martin no se engañó sobre el sentido de esta evolución. Un día, paseando con Marie por una modesta finca familiar llamada *Roulée*, vio a la adolescente apresurarse a recoger un ramo de flores mientras decía con aire misterioso: «Voy a llevar estas flores a la Visitación en recuerdo de Roulée». «Muy bien –replicó con finura– y luego harás alarde ante tus amigas mostrándoles flores de tu propiedad». Marie se sintió descubierta. Muy contrariada, tiró el ramo al césped… y hablaron de otra cosa.

El mejor remedio contra los sueños de grandeza es la sujeción permanente al deber de estado. Cuando Marie salió del internado con quince años y medio, su madre la asoció de inmediato a la dirección de la casa. Inquieta ya por el presentimiento de su cercana muerte, la iniciaba con fervor en la pesada herencia que le dejaría. La joven relata al respecto:

> «Por la tarde trabajaba con mamá. Cuando veía que hablaba sin mover la aguja, me decía que había que trabajar mientras se hablaba».

Bajo tal impulso, Marie se desarrolla admirablemente y pronto se libera de la crisis sentimental que había estado a punto de empañar su hermosa simplicidad. Sigue siendo el alma impetuosa que Teresa, su ahijada, definirá un día en un retrato hecho en acróstico:

> «Antaño la vi en su independencia,
> Con plena libertad buscaba la dicha verdadera».

El conformismo le causa horror. Rechaza por igual la tiranía de la moda, las exigencias del protocolo, ciertas formas tradicionales de piedad. Se resiste ante la idea de una vocación religiosa y se niega a recitar la oración a «San José, padre y protector de las vírgenes», porque cree que está reservada para las que aspiran al velo o al hábito. Tampoco el matrimonio la atrae. Lo que quiere es su autonomía: «Yo soy muy libre».

Suavemente, su madre la rodea, la guía y la vuelve a traer a la realidad:

> «Ahí tienes a Marie soñando con ir a vivir a una bonita casa, en calle de la Media Luna, frente a las Clarisas; habló de eso toda la tarde de ayer; ¡parecía que era el Cielo! Desgraciadamente, sus deseos no podrán realizarse: tenemos que quedarnos donde estamos, no toda la vida, pero en cuanto a mí, no me mudaré sino a mi muerte.

Tu hermana, que no es para nada mundana, nunca está contenta donde está; ambiciona más, querría grandes apartamentos, espaciosos y bien amueblados... Cuando tenga otra cosa, tal vez sentirá aún más el vacío»[132].

Estas líneas, que tienden a reforzar las convicciones de Pauline, revelan la táctica de la Sra. Martin hacia sus hijas. No impone silencio, no reprime las objeciones, deja hablar, le gusta que se expresen con el corazón abierto, y luego, con suavidad, rectifica los juicios precipitados o erróneos apelando a la fe.

Su hija no irá a una velada en casa de personas demasiado ricas: «Eso despierta envidias malsanas». En cambio, le permite asistir a algunas recepciones más modestas que no podrían hacerle perder la cabeza. No importa si alguien se escandaliza, ¡aunque sea la tía Visitandina!

«¿Hay que encerrarse entonces en un claustro? No se puede vivir en el mundo como lobos. En todo lo que nos dice la "la santa hija", hay que tomar y dejar. En primer lugar, no me molesta que Marie encuentre algo de distracción, eso la vuelve menos huraña, ¡y ya es demasiado!»[133].

Lo que desconcierta momentáneamente a la madre es ver que su hija se resiste sistemáticamente a las manifestaciones ostensibles de fervor sobrenatural. Consulta a Sor María Dositea, cuyos «sermones de santidad», como los llamaba su sobrina, no surtían ningún efecto. Marie, piadosa en el fondo –asiste a Misa todos los días–, detesta mostrarse, y eso la hace parecer peculiar. Pero su madre no pierde el ánimo. En 1876, la envía a un retiro cerrado con las antiguas alumnas de la Visitación. En 1877, repite la experiencia, pese a las dudas del padre, a quien no le gustan las separaciones ni los gastos de viaje:

«El dinero no importa cuando se trata de la santificación y perfección de un alma; el año pasado, Marie volvió completamente transformada, los frutos aún perduran, pero ya es tiempo de renovar su provisión».

Esta vez, el resultado es decisivo. A través de las confidencias de su hija, la madre adivina su futuro:

«Estoy muy contenta con Marie –confiesa–. Las cosas del mundo no penetran en su corazón tanto como las espirituales; se está volviendo muy piadosa. Creo que será religiosa; la quiero santa…».

En cuanto a la menor, su preferida, a la que el Sr. Martin llamaba cariñosamente «la Paulinita», es sobre todo por correspondencia como la madre la educa. Esas cartas son las más conmovedoras y espontáneas,

también las más extensas, porque la niña exige –excepto en Cuaresma– sus cuatro páginas bien llenas. La ternura desborda en fórmulas encantadoras:

«No puedo decirte cuánto me alegró tu última carta; vi todos los esfuerzos que haces, a pesar de tu vivacidad natural, para agradarnos a todos. ¡Te lo agradezco infinitamente, si supieras cuánto te amo!...»[134].

La madre no ignora las buenas disposiciones de la pequeña, ni su facilidad para los estudios; por eso no insiste en ese aspecto. Teme el espejismo de la vanidad, la complacencia en los éxitos escolares. La piedad será el antídoto. Es su única preocupación. Habla de ello entregándose a sí misma, con el tono de una amiga que se confía en la intimidad. Evocando esa fiesta de la Inmaculada Concepción en la que solicitó de la Virgen la gracia de un nuevo nacimiento, escribe a su hija:

«No he olvidado el 8 de diciembre de 1860... pero no puedo pensarlo sin reírme, porque era totalmente como una niña que pide una muñeca a su madre, y así me comportaba. Quería tener una Pauline como la que tengo y ponía los puntos sobre las íes, temiendo que la Virgen no entendiera bien lo que deseaba. Tenía que tener, ante todo, un alma hermosa, capaz de ser santa, pero también quería que fuera muy bonita. En cuanto a eso, no es muy linda, pero a mí me parece hermosa y muy hermosa, ¡así es como la quería!

Este año iré otra vez a ver a la Virgen muy temprano, quiero ser la primera en llegar; le daré mi cirio como de costumbre, pero ya no le pediré más hijitas, sólo le rogaré que las que me ha dado sean todas santas y que yo las siga de cerca, ¡pero tienen que ser mucho mejores que yo!»[135].

¿Hay algo más encantador y más poderosamente formativo que estas confidencias de una madre?

***

La tarea del educador tiene sus cruces. A veces se enfrenta a naturalezas rebeldes, tan reacias a los métodos de coacción como insensibles a los argumentos de la persuasión. Léonie Martin era una de ellas. Una cierta debilidad intelectual, deficiencias físicas causadas por una sucesión ininterrumpida de enfermedades, habían entorpecido su desarrollo. Con la ayuda del complejo de inferioridad, se había vuelto ingobernable y casi indescifrable. En múltiples ocasiones, la madre expresa su sufrimiento:

«Esta pobre niña me causa preocupación, porque tiene un carácter indisciplinado y una inteligencia poco desarrollada».

«No puedo entender su carácter; hasta los más sabios fracasarían en el intento. Aun así, espero que la buena semilla brote algún día. Si llego a ver eso, cantaré mi *nunc dimittis*»[136].

Confía, para domar a la pequeña, en los talentos pedagógicos y en las virtudes de su hermana de Le Mans. Un primer intento de internado en la Visitación fracasa estrepitosamente. La niña es demasiado caprichosa para someterse a un reglamento, demasiado excitable para adaptarse a la vida común y demasiado atrasada para seguir el ritmo normal de los estudios. Sin embargo, la religiosa no se muestra pesimista: bajo la corteza áspera y tosca, ha intuido los gérmenes de cualidades sólidas. Escribe al respecto:

> «Es una niña difícil de educar y cuya infancia no aportará ninguna satisfacción, pero creo que después valdrá tanto como sus hermanas. Tiene un corazón de oro, su inteligencia no está desarrollada y está por debajo de su edad; sin embargo, no carece de aptitudes y le encuentro un buen juicio; junto a eso, una admirable fuerza de carácter... En fin, es una naturaleza fuerte y generosa, completamente de mi agrado, pero si no estuviera la gracia de Dios, ¿qué pasaría?».

La madre acogió con alegría la predicción, pero, en lo inmediato, aquella a quien su tía llama «la predestinada» y que sueña, en sus ratos libres, con unirse a ella en el claustro, se le aparece más bien como un haz de espinas. La muerte de Hélène ha privado a Léonie de la dulce compañera que podría haberla ayudado a florecer. Las clases particulares no dan fruto. Los reproches o las caricias no tienen efecto duradero sobre este temperamento extraño. Los buenos momentos son raros y los arrepentimientos, fugaces.

En enero de 1874, para preparar a la niña a su primera comunión, se intenta una nueva experiencia en la Visitación. Los comienzos son prometedores. Sor María Dositea toma a Léonie bajo su tutela moral. Al darse cuenta, después de algunos días, de que los reproches resbalan sobre esta alma cambiante, cambia de táctica e inaugura el gran juego de la dulzura y de la confianza absoluta. El efecto fue mágico. Pudo creer durante algunas semanas que tenía la partida ganada, pero luego todo se desmoronó. El carácter volvió con toda su fuerza, junto con la falta de atención y la turbulencia; Léonie recayó en lo que más tarde llamaría «su detestable infancia».

Desde el mes de abril, hubo que avisar a la pobre madre que fue a buscar a su hija. No intentó obtener una prórroga, estimando que «cuando los hijos son difíciles, corresponde a los padres lidiar con esa carga». Sin embargo, la decepción fue muy dolorosa.

> «Como puedes imaginar, escribió a la Sra. Guérin, me ha disgustado mucho; incluso más: me ha causado un profundo dolor que aún persiste. No tenía esperanza más que en mi hermana para reformar a esta niña y estaba convencida de que la conservarían, pero no fue posible, a pesar de la mejor voluntad, o habría sido necesario separarla de las otras niñas. En cuanto se encuentra en compañía, se descontrola y muestra una disipación sin igual.

En fin, ya no tengo fe más que en un milagro para cambiar esta naturaleza. Es cierto, no merezco un milagro y, sin embargo, espero contra toda esperanza. Cuanto más difícil la veo, más me convenzo de que el buen Dios no permitirá que permanezca así. Rezaré hasta que se deje conmover. Fue curada a los dieciocho meses de una enfermedad de la que debía morir; ¿por qué el buen Dios la habría salvado de la muerte, si no tuviera sobre ella planes de misericordia?»[137].

La niña rebelde se ha convertido al mismo tiempo –las madres entenderán fácilmente esta paradoja– en su gran sufrimiento, su gran preocupación, su gran ternura. La prepara para su primera comunión, la ayuda a aprender el catecismo, la anima en los pequeños sacrificios y, para preparar la ceremonia, la lleva en peregrinación al santuario de la Inmaculada Concepción de Séez. El esfuerzo fue innegable, la alegría del gran día sin nubes.

Esta naturaleza inestable no estaba, sin embargo, corregida. El espíritu de contradicción parecía innato en ella. A veces daba la impresión de cerrarse, de atrincherarse en su mal humor. Absteniéndose, después de las comidas, de las recreaciones familiares, se demoraba en la cocina con Louise, que ejercía sobre ella una extraña fascinación. Sin embargo, tenía impulsos de retorno hacia su madre, actos inesperados de renuncia, como ese viaje a Lisieux que rehusaba obstinadamente –se descubrió mucho después– por temor a privar de él a Céline.

Un misterio, que más tarde se esclarecerá, parece planear sobre Léonie. Para sus padres, representa un enigma viviente. La madre no se desanima. Registra los más mínimos signos de mejora, confía a la pequeña al cariño de Marie, que, salida del internado, ejerce sobre ella la influencia más feliz. Apela a su corazón y anota con esperanza los éxitos que obtiene, por precarios que sean.

Algunos extractos de su correspondencia nos muestran, en distintas etapas, el arte de la educadora enfrentada a esta ingrata tarea:

«No estoy descontenta con mi Léonie, anota; si se pudiera llegar a vencer su terquedad, a suavizar un poco su carácter, se haría de ella una buena muchacha, entregada, sin miedo, al esfuerzo. Tiene una voluntad de hierro; cuando quiere algo, supera todos los obstáculos para lograrlo. Pero no es en absoluto devota, sólo reza al buen Dios cuando no tiene más remedio. Esta tarde la llamé a mi lado para leerle algunas oraciones, pero pronto se cansó y me dijo: “Mamá, cuéntame la vida de Nuestro Señor Jesucristo”. No estaba decidida a narrarla, me cansa mucho, siempre tengo dolor de garganta. Al final hice un esfuerzo y le conté la vida de Nuestro Señor. Cuando llegué a la Pasión, las lágrimas comenzaron a brotar…».

«… He aquí que viene Léonie a traerme mi rosario y me dice: “¿Me quieres, mamá? Ya no te desobedeceré”. A veces tiene buenos momentos y buenas resoluciones, pero no duran... Ayer tuvo un día detestable; al mediodía le dije que hiciera sacrificios para vencer su mal humor y que, por

cada victoria, pondría una avellana en un cajón que le iba a indicar, y que las contaríamos por la noche. Le hizo ilusión, pero no había más avellanas; hice que le trajeran un corcho que corté en siete pequeñas rodajas.

Por la noche le pregunté cuántas “prácticas” había hecho. Ninguna; había hecho todo lo peor posible. No estaba contenta y le hice amargos reproches diciéndole que no le correspondía en absoluto pedir ser religiosa en esas condiciones.

Entonces vinieron las lágrimas de un sincero arrepentimiento, me inundaba el rostro con sus sollozos y hoy ya hay dos pequeñas rodajas de corcho en el cajón».

Un pensamiento sostenía a la Sra. Martin en esta tarea que siempre debía reiniciarse: ¡la hija de tantas oraciones y angustias no podía perderse! Y, además, Sor María Dositea, cuyas intuiciones sobrenaturales rozaban la profecía, ¿no había dicho de la niña: «En cuanto a la pequeña Léonie, no puedo evitar creer que será una pequeña Visitandina»[138]?

***

De otra manera, fácil y consoladora fue la educación de Céline. Desde la cuna, la Sra. Martin la toma en sus manos. La niña tiene apenas dos años cuando la madre ya se inquieta por sus caprichos y su aire travieso. «Se la ha mimado demasiado». Sus múltiples dolencias no son ajenas a ello, ni tampoco las familiaridades de la sirvienta, de quien será la preferida.

«Habla como una cotorra, es encantadora y espiritual... Aprende todo lo que quiere».

En quince días conoce todo el alfabeto. ¿Sus hermanas repiten varias veces la misma canción? La reproduce enseguida sin desafinar, tanto la melodía como la letra.

La artista debe armarse del cincel y dar esos golpes medidos que imprimen a Dios en un alma. Aquí uno captado en vivo:

«Céline aprende a leer, pero se vuelve astuta como un diablillo. Hay que decir que sólo tiene 4 años y, gracias a Dios, me las arreglo fácilmente. Al respecto, he aquí una historia divertida: anoche me decía: “¡A mí no me gustan los pobres!”. Le respondí que el buen Jesús no estaría contento y que tampoco la amaría.

Ella respondió: “Amo mucho al buen Jesús, pero no amaré a los pobres nunca en mi vida; además, ¡no quiero amarlos! ¿Qué le importa eso al buen Jesús? Él es el Señor, pero yo también soy la señora”.

No te puedes imaginar lo animada que estaba, nadie pudo hacerla razonar. Pero hay una explicación a su odio hacia los pobres.

Hace algunos días, estaba en la puerta con una amiguita, cuando una niña pobre que pasaba las miró con aire desafiante y burlón. Eso no le gustó a Céline, que le dijo a la niña: “Vete”. Furiosa, le dio una bofetada bien dada antes de irse y aún tenía la cara roja una hora después.

La animé a perdonar a la niña pobre, pero no ha olvidado el incidente y ayer me dijo: “¿Quieres, mamá, que quiera a los pobres que vienen a abofetearme, dejándome la mejilla ardiendo? ¡No, no los querré!”.

Pero la noche trae el consejo; la primera palabra que me dirigió esta mañana fue para anunciarme que “tenía un hermoso ramo, que era para la Virgen y el buen Jesús”; luego añadió: “¡Ahora sí quiero a los pobres!”»[139].

La Sra. Martin inicia la instrucción de la pequeña. La encuentra tan delicada, tan ardiente de fiebre. Teme enviarla a clase y verla languidecer como a su hermana Hélène. Es sobre las rodillas de su madre que Céline se inicia en los rudimentos del saber. Pero no se trata de una formación blanda, sin reglas ni método. Los sacrificios marcan el camino y estimulan la voluntad.

Cuando Marie sale del internado, recibe la responsabilidad de la niña. Se dedica a ella totalmente.

«Hubiera tenido veinte alumnas –declara– y no me habrían dado más preocupaciones».

Ha traído de Le Mans un rosario de semillas móviles, que se usa para contar los actos de virtud. Céline se siente atraída por el juego: contará, en los buenos días, hasta veintisiete victorias. Con tacto y medida, la madre guía a su hija mayor en esta difícil misión. Modera sabiamente sus exigencias hacia su joven discípula:

«La pequeña Céline es muy linda, hace muchas “prácticas” para obtener la curación de su tía; a veces, sin embargo, le falta constancia. Anoche no quería dar algo a su hermanita, a pesar de que se lo pedían. Marie se enojó y le dijo que sólo hacía sacrificios que le gustaban y que, en esas condiciones, era mejor que no hiciera ninguno. Le dije a Marie que no tenía razón para desanimarla así, que no era posible que una niña tan pequeña se convirtiera de golpe en una santa, ¡y que había que tolerarle alguna cosilla!»[140].

Los resultados son alentadores en todos los aspectos. La Sra. Martin vuelve a ello en varias ocasiones.

«Estoy muy contenta con Céline; es una excelente niña que reza al buen Dios como un ángel, aprende bien y es muy dócil con Marie; sin duda saldrá algo bueno de ella, con la gracia de Dios».

«Está completamente inclinada a la virtud, es el sentimiento íntimo de su ser, tiene un alma cándida y horror instintivo al mal».

«Tiene una naturaleza de élite. Ya se preocupa seriamente (Céline tenía entonces siete años) por saber cómo prepararse bien para su primera comunión».

Blanca de Castilla, inclinada sobre el alma de Luis IX, no aportó ni más lucidez para observar, ni más ternura para animar, ni más fuerza para sostener ese ascenso hacia lo divino que resume toda educación.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IX LA PRIMERA FORMACIÓN DE UNA SANTA

EL TESTIMONIO DE LA MADRE - LA FISONOMÍA MORAL DE TERESA
LA EDUCACIÓN DE LA GENEROSIDAD - LA VIRTUD TEMPRANA DE TERESA
LEGÍTIMO ORGULLO DE LOS PADRES

Como un maestro que, después de muchos tanteos y trabajos preliminares, logra hacer surgir de la piedra la creación artística en la que se fijará su genio, el Sr. y la Sra. Martin, llegados al ocaso de su vida conyugal, van a cincelar la obra maestra que los inmortalizará. Teresa tenía cuatro años y medio cuando murió su madre, pero conservaría de ella una imagen imborrable.

> «Dios me concedió –escribe al comienzo de la *Historia de un alma*– la gracia de abrir mi inteligencia muy pronto y de grabar tan profundamente en mi memoria los recuerdos de mi infancia que me parece que lo que voy a contar ocurrió ayer. Sin duda, Jesús quería, en su amor, hacerme conocer a la Madre incomparable que me había dado, pero a quien su mano divina tenía prisa por coronar en el Cielo»[141].

Su autobiografía pondrá plenamente de relieve el rostro materno, mientras que las cartas de la Sra. Martin darán su verdadera luz a la fisonomía de la santa. Abundante y rica, esta correspondencia –que incluye ochenta y dos misivas dirigidas a los familiares de Lisieux y cuarenta y siete destinadas a las internas de la Visitación– constituye la documentación capital sobre la infancia de Teresa. En ella no hay rastro de ceguera consciente ni de inconsciencia en los juicios: es con clarividencia, honradez y un perfecto tacto que esta mujer de gran valor, y que sabe manejar la pluma, analiza, en sus diversas tendencias, defectos y progresos, los temperamentos y caracteres que tiene el deber de orientar hacia el bien.

Con Isidore Guérin y su esposa, el tono es más sobrio, más grave. Con Pauline, que exige cartas largas, hay más abandono, un lujo de detalles, una búsqueda del anecdotario picante e incluso cierta exageración en los rasgos que puede, si no se tiene cuidado –como la misma Teresa admitirá al final de su vida–, dar a sus palabras de niña una resonancia que las excede. Pero, en uno y otro caso, existe la misma precisión en los matices y la misma sinceridad; también, al acercarse la muerte, algo patético y solemne, cuando

la madre lega a quienes la sucederán junto a las más jóvenes todo su pensamiento, como una especie de señalamiento supremo. Una vez más, ¿qué testimonio puede valer más que ese?

***

Última en llegar al hogar, Teresa es su sonrisa y su adorno.

«¡Cuánto me alegro de tenerla! –exclama la Sra. Martin–. Creo que la amo más que a las demás, sin duda porque es la más pequeña».

«¡Dios mío, si perdiera a esta niña, cuánto dolor tendría! ¡Y mi esposo la adora!... Es increíble todo lo que sacrifica por ella, de día y de noche».

Las hermanas mayores no están menos hechizadas.

«¡Si supieras –escribe Marie a Pauline– lo traviesa e inteligente que es! Estoy maravillada ante este pequeño "ramillete". En casa, todos la cubren de besos. ¡Es una pobre pequeña mártir! Pero está tan acostumbrada a las caricias que ya apenas les presta atención. Así que, cuando Céline ve su aire de indiferencia, le dice en tono de reproche: "¡Se diría que a la señorita se lo deben!". ¡Y hay que ver la cara que pone Teresa!»[142].

¿Niña mimada, entonces? Podría haberlo sido, de no ser por la vigilancia de sus padres y el afortunado conjunto de cualidades que la predisponían al bien. Con una inteligencia asombrosamente precoz y despierta, bastó una sesión improvisada, antes de cumplir tres años, para enseñarle el alfabeto. Retiene fábulas y canciones con una facilidad desconcertante. Admitida a asistir a las lecciones de Céline –de las que no se la puede arrancar sin lágrimas–, permanece callada, hilando cuentas durante el tiempo que haga falta, pero su pequeña cabeza trabaja, recoge al vuelo muchos comentarios y no deja de sorprender que a los cuatro años explique expresiones como «Todopoderoso» o «mi pobrecito Patira», y adorne muy oportunamente sus respuestas con sabrosas expresiones normandas que hacen sonreír al Sr. Martin:

«¡No hay que meterse en *el tupé* que papá nos va a llevar todos los días al Pabellón!»[143].

«Sin darme cuenta –confesará más tarde–, prestaba mucha atención a todo lo que se hacía y decía a mi alrededor, me parece que juzgaba las cosas como ahora»[144].

Su madre podía decirle a Pauline:

«Tiene más ingenio del que he visto en cualquiera de ustedes».

Su sensibilidad no es menos viva. Tiene delicadezas como respuesta a todas las delicadezas. Ella misma se reconoce un corazón afectuoso.

«Amaba mucho a papá y a mamá -escribirá– y les mostraba mi cariño de mil maneras, porque era muy expresiva».

«Es una niña que se emociona con facilidad –destaca la Sra. Martin–. Las lágrimas brotan rápidamente de sus párpados, cualquier cosa basta: la partida momentánea de un ser querido, una sombra que pasa por la frente materna, el arrepentimiento por una pequeña falta reciente, o quizá la reprimenda de Céline acusándola de "educar mal a sus muñecas" y "concederles todos sus caprichos"».

Pero no por ello debe creerse que es de naturaleza blanda o de humor sombrío, siempre a punto de estallar en llanto y deseosa de dar lástima. Si la fotografía tomada a los tres años y medio la muestra preocupada y pensativa, su madre se encarga de atribuirlo al miedo a la cámara.

«Ella, que siempre sonríe, hacía pucheros».

Y, sin embargo, ¿quién no amaría esa imagen que la familia consideró poco lograda? Esa mirada velada pero tan pura, esos labios apretados, ese mentón voluntario, ¿no está ya ahí –en un rostro tan rico que ningún retrato podrá sintetizarlo plenamente– la admirable alianza de dulzura y fuerza que hace la belleza teresiana? Era todo un *carácter*, esta niña capaz de permanecer horas enteras, conteniendo sus impaciencias, ante su aguja enhebrada, antes que interrumpir a Marie en sus lecciones.

Más aún, hay que elogiar esa lealtad cristalina que la hacía confesar por sí misma sus menores travesuras. La Sra. Martin relata complacida estas confesiones espontáneas –que Teresa retomará en la *Historia de un alma*– y que la muestran enumerando a sus padres, sin atenuantes, los empujones y palabras fuertes, el jarrón roto o el tapiz rasgado, esperando su veredicto como una culpable que quiere redimirse, segura, además, de un perdón que la enternece tanto como el arrepentimiento por sus faltas. La madre no se cansa de dibujar este retrato:

«La pequeña no mentiría ni por todo el oro del mundo».
«Es una criatura encantadora, mi Teresa…».
«Fina como el ámbar, muy franca y viva».

¿No tiene defectos? Afirmarlo sería presuntuoso, pero cuidémonos de obscurecer el cuadro. Se trata de muy poco. La Sra. Martin, que acecha en los más mínimos incidentes el despertar de su hija para transmitir a Pauline la narración calentita, sólo encuentra minucias que cosechar –a pesar de

toda su agudeza– en lo que hace a conductas reprobables. Existe, en un juego de cubos con Céline, una disputa fraterna:

«Estoy obligada a razonar con esta pobre bebé (Teresa aún no tiene tres años), que se pone en unos estados que dan lástima cuando las cosas no salen como quiere. ¡Parece creer que todo está perdido!»[145].

Se trata del episodio –narrado por la santa– de los dos anillos de azúcar que le dio su tía Visitandina durante un viaje a Le Mans y de los cuales constató con dolor que uno se había perdido.

«¿Ved –concluía finamente– cómo desde la infancia tenemos el instinto de preservar nuestros bienes personales? Naturalmente, a pesar de mi sincero deseo de compartir, atribuí a Céline el anillo perdido, con el fin de quedarme con el que quedaba».

Es –inmediatamente reprimido, por lo demás– el primer movimiento de desagrado que sintió cuando su madre recomendó vestirla con su traje más bonito… ¡pero con mangas largas!

«Pensé que habría estado mucho más bonita con mis bracitos al aire».

Sobre todo, es la estampa, grabada con agua fuerte, de Teresa a los tres años y cuatro meses:

«Para el huroncito no se sabe muy bien cómo resultará, es tan pequeña, tan atolondrada; tiene una inteligencia superior a la de Céline, pero es mucho menos dócil y, sobre todo, de una testarudez casi invencible; cuando dice “no”, nada puede hacerla ceder, se la pondría un día entero en el sótano y dormiría allí, antes que decir “sí”»[146].

De este pasaje se han armado los biógrafos pesimistas como de un argumento irrefutable para obscurecer el retrato de la niña y atribuirle una especie de obstinación feroz y orgullosa cuya corrección sería el drama de su vida. Una exégesis que recurre, como corresponde, a los «lugares paralelos» –es decir, que confronta el testimonio con el conjunto de documentos del mismo tipo–, y una crítica que lo sitúa, además, en su contexto, teniendo en cuenta en este caso, con la propia santa, cierta exageración deliberada de los rasgos, por el tono general de una correspondencia destinada a interesar a Pauline, desembocan en una interpretación mucho más moderada.

En efecto, nuestra Teresa nunca tuvo que ser puesta en el sótano. Aparte de los instintos inconscientes de los primeros años, cuando se obstina es

porque no está en juego el amor de sus padres ni el de Jesús. Había más nobleza que terquedad en su negativa a agacharse para recoger la moneda puesta en el suelo por la Sra. Martin. La madre no se equivocó y no se lo reprochó.

Queda claro que la niña era extremadamente emotiva, que no era insensible a los impulsos del amor propio, que tenía una dosis de voluntad poco común y que era necesario orientarla sobre el uso que debía hacer de ella para agradar a quienes amaba con ardor: su padre, su madre, el buen Dios. Un día podrá decir –marcando con el uso del condicional que esa hipótesis no se realizó–:

> «Con una naturaleza como la mía, si me hubieran educado unos Padres sin virtud, o incluso si, como Céline, me hubiera mimado Louise, habría llegado a ser muy mala y tal vez me habría perdido»[147].

Eso es evidente, en virtud del principio de que «la corrupción de lo mejor es lo peor»; pero tenemos derecho a añadir, ante la riqueza de dones otorgados a Teresa, que nunca educación alguna se presentó bajo un aspecto más propicio.

Tal como nos la describe la Sra. Martin, esta rubiecita ardiente y risueña, con el halo de sus rizos de seda y el profundo brillo de sus ojos verdes, tenía de sobra para seducir e imponerse. No era una santa de nacimiento, tampoco una anémica apacible y sin problemas. Digamos que, incomparablemente dotada, estaba hecha para el heroísmo, pero que, marcada por la huella del pecado original, habría podido desviar toda esa riqueza hacia un callejón sin salida o el abismo. La educación iluminada de sus padres y hermanas la orientará hacia la grandeza.

***

El Sr. y la Sra. Martin supieron aprovechar plenamente la necesidad de amar que tan asombrosamente se había despertado en su hija menor. ¡Una afectividad tan absorbente era casi una servidumbre! La madre de Teresa la acepta de buen grado. Se presta con paciencia a sus preguntas infantiles. Acepta con dulzura los «excesos de amor» en los que la inocente traviesa llega a desearle la muerte. No deja nunca de responder: «Sí, hijita mía», a sus interpelaciones en cada peldaño de la escalera. El papá, por su parte, para divertir a su «Reina», juega con ella a la manera de Enrique IV, tanto tiempo como quiera, y se mezcla con gusto en su delicioso parloteo. En esa

alma infantil hay un prodigioso florecimiento de ternura. Llega a no temer ya el infierno, convencida de que el buen Dios no podría arrancarla del abrazo materno. Pero, como contrapartida, ¡qué irresistible dominio han adquirido sobre ella el Sr. y la Sra. Martin! Pueden pedirle cualquier cosa cuando apelan a su corazón.

Ese mismo motor, llevado a la máxima potencia, la conducirá a Dios. Su conciencia apenas ha salido de las primeras envolturas y ya le enseñan a agradar al Padre Celestial. Varias veces al día –lo confesará más tarde–, su madre le pone en los labios esta graciosa fórmula:

> «Dios mío, os doy mi corazón: tomadlo, por favor, para que ninguna criatura pueda poseerlo, sino sólo Vos, ¡mi buen Jesús!».

Se conoce su desilusionado comentario, una mañana en que una amiga la recibió en su casa junto con Céline, al término de la enfermedad de la Sra. Martin:

> «¡Ah! No es como mamá. Ella siempre nos hacía rezar…».

Teresa es asociada precozmente a los actos de piedad colectiva que honran el hogar. Esos ejemplos vivos inflaman su imaginación y alimentan su devoción. Le es imposible dormirse si no ha recitado sus pequeñas oraciones. Hay que recordárselas todas y no olvidar pedir… «la gracia». El Sr. Martin, que no está iniciado en todos los secretos de esta liturgia infantil, tiene mucho trabajo cierta noche en que debe presidir los ritos en lugar de su esposa. En una ocasión, es reprendido por la pequeña que no lo ha visto arrodillarse como de costumbre.

> «¿Por qué, papá, no haces tu oración? ¿Acaso fuiste a la iglesia con las señoras?».

Cada domingo, so pena de una crisis de llanto, es necesario que vaya a «prider» □*prier*, rezar□ «a la mette» □*a la messe*, a Misa□: léase, asistir a parte de las vísperas. Una tarde, durante un paseo, la llevaron a casa sin la acostumbrada visita a Notre-Dame. Entonces, se escapó por la puerta entreabierta –tenía entonces dos años y dos meses– y se dirigió, bajo una lluvia torrencial, a la casa de Dios. Cuando Louise la alcanzó, lloró durante más de una hora. Con la edad, su gusto por las ceremonias religiosas aumentará aún más. El de los sermones vendrá más tarde. «Es más bonito que de costumbre, pero sigue siendo largo», suspirará a los cuatro años, al salir de una instrucción de las Cuarenta Horas.

La mamá se maravilla de esas buenas disposiciones. Las aprovecha para sugerirle a la pequeña motivos sobrenaturales que redoblen su impulso:

«Teresa me decía esta mañana que quería ir al cielo y que, para eso, iba a portarse muy bien como un angelito».

¡Qué fácil resulta entonces descubrir y corregir sus pequeños defectos!

Nada tan ilustrativo en este sentido como el relato, contado por Marie, del día en que la niña, incapaz de abrir la puerta de la habitación donde Céline tomaba su lección, se acostó delante de la entrada, manifestando así su pena. La mamá, atenta, dijo que no había que dejarla hacer eso.

«Al día siguiente –concluye la hermana mayor– se repite la misma escena; entonces le digo: "Teresita, estás apenando al Niño Jesús". Me miró atentamente. Comprendió tan bien que nunca, desde entonces, lo volvió a hacer».

Se ve claramente el método educativo y sus resultados.

No se le permite el menor gesto de indisciplina. Le gusta recortar letras en papel o hacer diminutos collares: es su distracción favorita. Muy bien, pero debe pedir permiso cada vez. Que no se le ocurra hacer pucheros ni gestos coquetos para atraer la atención. Ni siquiera su «Rey» lo toleraba. Un día le pidió que bajara de la hamaca para ir a darle un beso. «¡Muévete tú, papá!», le replicó ella distraída. «Niña maleducada», interviene Marie. Y ella, trastornada por el remordimiento, sube la escalera de un tirón para pedir perdón.

Una vez fingió dormir cuando la Sra. Martin vino a darle su beso matutino y luego se escondió bajo las mantas: «No quiero que me vean». Era un juego de su parte, pero cuando su madre se aleja mostrando su disgusto, viene enseguida, con el rostro bañado en lágrimas, a reconciliarse con ella y se acurruca en sus brazos. El desenlace del incidente es encantador.

«Cuando se vio tan bien recibida –leemos bajo la pluma materna– me dijo: "¡Ay, mamá, ojalá me envolvieras como cuando era chiquita! Me tomaría el chocolate aquí en la mesa". Me tomé la molestia de ir a buscar su manta, luego la envolví como cuando era pequeña. Parecía que jugaba con las muñecas»[148].

Rara vez se ha visto tal facilidad para confesar sus faltas de bebé, tal vehemencia en arrepentirse. Marie lo señala con sorpresa:

«Cuando dice una palabra de más o hace una travesura, se da cuenta enseguida y, para repararlo, recurre a las lágrimas; luego pide perdón sin cesar. Por más que se le diga que ya se le ha

perdonado, sigue llorando. ¡Qué inocentes son los niños! No me sorprende que el buen Dios los prefiera a los adultos, ¡son mucho más amables!»[149].

¿Hay allí una pizca de diplomacia? Tal vez, pero se trata de algo mucho más profundo. En rigor, Teresa no soporta haber afligido a alguien. Más que la reconciliación, lo que la preocupa es la reparación y el modo de sanar las heridas que cree haber causado. Escuchemos lo que dice su madre en una carta a Pauline:

«Rompió un pequeño jarrón, del grosor de un pulgar, que le había dado esa mañana. Como siempre, cuando le ocurre una desgracia, vino enseguida a mostrármelo; yo aparenté un poco de disgusto, su corazoncito se encogió... Un momento después vino corriendo a buscarme y me dijo: “No te pongas triste, mamita, cuando gane dinero, te aseguro que te compraré otro”. Como ves, ¡no estoy cerca de recibirlo…!»[150].

La madre es una verdadera virtuosa al tocar esa sensibilidad vibrante. La canaliza toda para agradar a Jesús. Teresa es iniciada desde muy temprano en el arte de renunciarse y vencerse. Compite con Céline en generosidad al respecto. Es el tema de interminables conversaciones entre las dos hermanas. Más allá de la verja del jardín, los ecos llegan a oídos de la vecina, la Sra. Gaucherin, quien, intrigada, pregunta a Louise qué significa ese lenguaje tan misterioso: «¡Prácticas! ¡Prácticas!».

La menor también recibe pronto el famoso rosario de cuentas móviles y vemos a la futura santa –que más tarde desterrará todo cálculo de la espiritualidad– comenzar su carrera metiendo la mano en el bolsillo cien veces por día para contar sus sacrificios. Dejando aparte la aritmética, se trata ya de «el caminito». A su edad, no hay grandes hazañas: sólo se trata de esas mortificaciones ligeras con las que puede sembrarse la vida sin que se noten desde afuera.

Ha recogido durante su paseo una abundante cosecha de flores silvestres que se dispone, toda alegre, a colocar en ramos. ¡Ay! La abuela Martin se encapricha con el maravilloso ramo y lo pide para su altar. El sacrificio es inmediatamente aceptado, y con tal gracia que sólo Céline percibe el combate interior y ve las lágrimas que brillan en los párpados de su hermana. Es a propósito de este incidente que la carmelita escribirá un día:

«Esto no le agradaba a Teresita, pero se cuidaba mucho de decirlo, pues había adquirido la buena costumbre de no quejarse jamás, ni siquiera cuando le quitaban lo que era suyo o cuando la acusaban injustamente: prefería callar y no justificarse…»[151].

Ya soporta con paciencia los pequeños contratiempos de la vida:

«El buen Dios –había de escribir poco antes de morir– siempre me ha tratado como a una niña mimada; es cierto que su cruz me ha acompañado desde la cuna, ¡pero a esa cruz, Jesús me la ha hecho amar con pasión!»[152].

Sin penetrar aún, salvo por intuición, el misterio redentor, la futura religiosa obedece a los impulsos de esa incomparable maestra de novicias que fue la Sra. Martin. En caso de malestar o sufrimiento físico, evita quejarse o mostrarse huraña, como si ya presintiera que la paciencia es la obra maestra de la fortaleza, y el abandono, la cumbre del amor.

***

Por sorprendente que parezca, la verdad obliga a decir que Teresa adquirió, desde la más tierna infancia, un auténtico dominio de sí misma y que la educación basada en la ternura la condujo a un equilibrio muy alto. La mamá se tranquiliza rápidamente sobre su destino: es «un ángel de bendición».

«Hace la felicidad de Marie y su gloria: es increíble lo orgullosa que está de ella».

«No tendrán ninguna dificultad para criar a Teresa –confía a sus hijas mayores–, está tan bien dotada. Es una naturaleza elegida».

Antes de morir, esboza este retratito con toda la frescura de los pasteles de La Tour:

«Será buena, ya se ve el germen, no habla más que del buen Dios; no dejaría de hacer sus oraciones por nada del mundo. Quisiera que la vieras recitar pequeñas fábulas, nunca he visto nada tan encantador; encuentra ella sola la expresión que hay que dar y el tono, pero sobre todo cuando dice:

¿Dónde crees tú que está el buen Dios?
Niño pequeño de cabellos rubios,

Cuando llega a las últimas palabras:

Está allá arriba, en el cielo azul,

levanta la mirada con una expresión angélica; no nos cansamos de pedirle que lo repita porque es tan hermoso, hay algo tan celestial en su mirada que uno queda embelesado...»[153].

El juicio de la Visitandina, basado en un encuentro en el locutorio, el lunes de Pascua de 1875, no es menos alentador.

«Zélie me trajo a su Teresita. Es una niñita muy linda y de una rara obediencia; hizo todo lo que se le dijo sin necesidad de insistir y estuvo tan tranquila que podría haber estado sentada todo el día sin moverse. ¡Qué contenta estuve de ver a ese querido Ángel!».

En el proceso de beatificación, las hermanas mayores, bajo juramento, testificaron cuánto les impresionaba esa virtud naciente. Marie usa fórmulas categóricas:

«Sor Teresa del Niño Jesús me pareció, desde su más tierna infancia, como un ángel que el buen Dios habría enviado a la tierra en un cuerpo mortal. Lo que llama sus imperfecciones o sus faltas no lo eran; nunca la vi cometer la más mínima falta»[154].

Ella misma aporta al elogio, que puede parecer a primera vista excesivo, el correctivo que se impone, cuando muestra todo el cuidado que ponía la niña en trabajar sobre sí misma:

«No era necesario regañarla cuando cometía una falta: bastaba con decirle que eso no estaba bien o que le causaba dolor al buen Dios y no volvía a hacerlo jamás… Sus ejercicios consistían en ceder ante su hermana en muchas ocasiones. Para eso hacía grandes esfuerzos sobre sí misma, pues su carácter era entonces muy firme»[155].

Pauline nos describe a una niña amorosa y dócil, con la ingenuidad de sus arrepentimientos y enmiendas. Léonie la muestra rodeada de las predilecciones de toda la familia.

«Era una niña tan encantadora. Por su parte, Teresa no abusaba en lo más mínimo de este afecto especial, era muy obediente e incluso más que todas nosotras y nunca observé en ella ninguna actitud de superioridad hacia nosotras»[156].

En cuanto a Céline, compañera de sus juegos y de sus primeros trabajos, insiste en la firmeza de su hermana:

«Antes de la muerte de mi madre, Teresa era una niña llena de vida, vivaz, expansiva, naturalmente orgullosa y obstinada, excepto cuando se trataba de desagradar al Niño Jesús, porque, desde entonces, como ella misma lo reconoce, ponía gran cuidado en agradarle en todas sus acciones y en no ofenderle jamás»[157].

Tenemos aún más que estos testimonios: el juicio que da de sí misma la santa, cuya infalible memoria conservó el recuerdo preciso de sus primeros pasos en la vida. Tras haber relatado el escaso balance de sus travesuras

infantiles y de sus tendencias peligrosas, se ve obligada a concluir en el tono más optimista:

«Jesús velaba sobre su pequeña prometida. Quiso que todo obrara para su bien, incluso sus defectos, que, reprimidos desde temprano, le sirvieron para crecer en perfección».

«La virtud me atraía y me parece que estaba entonces en las mismas disposiciones en las que me encuentro ahora, teniendo ya un gran dominio sobre mis acciones».

«Es verdad que, incluso antes de los tres años, no era necesario regañarme lo más mínimo para corregirme. Una sola palabra, dicha con dulzura, me bastaba y me habría bastado toda la vida para hacerme comprender y arrepentirme de mis errores».

Y para concluir, esta prodigiosa declaración, que sólo una humildad fuera de lo común podía permitirse:

«Desde los tres años no he rehusado nada al buen Dios».

Se conoce el episodio de la cesta donde Léonie había amontonado los restos de sus muñecas y que Teresa se llevó entera sin más ceremonia, diciendo: «Elijo todo». La fórmula, pronunciada en tono de broma y que, en realidad, ocultaba una decepción –pues, en suma, se trataba de una cajita diminuta y algunos retazos–, debía significar más tarde para nuestra Santa lo absoluto del llamado divino, el radicalismo del sacrificio. ¿No vivía ya su simbolismo esa niña que, apoyada en el balcón de la calle Saint-Blaise, miraba hacia la estación pensando en «el pequeño Paulin» y, con dos años, soñaba con seguir a la más joven de la familia en la vocación religiosa?

Tan probada y demostrada como está por un conjunto indiscutible de testimonios concordantes, esta precocidad en la ascensión hacia Dios desconcierta a ciertos hagiógrafos y los sume en una extraña incomodidad. Encuentran este estilo de ascesis demasiado suave y nada apologético. ¿Qué valor tiene una santidad adquirida desde el seno materno, que no es fruto de una lucha patética entre la naturaleza y la gracia? ¿No es ésta la más peligrosa de las falsificaciones históricas, la que mina las bases de la espiritualidad y prohíbe la imitación?

No hay de qué preocuparse. Tal vez todo esto no sea más que un malentendido, pero de gran tamaño, sobre la esencia misma de la perfección. Si la santidad consistiera en la ausencia de defectos exteriores, en la eliminación o el total dominio de los impulsos que traicionan hacia afuera el fondo malo de la «humanidad», Teresa habría sido santa, o casi, desde la infancia: Dios, que es dueño de sus dones, la había colmado espléndidamente, y la educación hizo el resto. Pero una perspectiva así es demasiado estrecha. Más allá de esa etapa está la purificación profunda del

ser caído, ese vuelco, esa revolución, esa «penitencia», en el sentido evangélico del término, que en los sentimientos, las intenciones, las acciones disocia lo divino del elemento turbio, a menudo imperceptible, el fermento desintegrador, el «yo» orgulloso y sensual; toda esa miseria secreta que llevamos en estado difuso y durante mucho tiempo sin saberlo siquiera, ese olor a corrupción que el Espíritu Santo revela cuando quiere sanar, esas asperezas de la naturaleza que sólo ceden ante el cincel del Escultor celestial que abre y talla en carne viva el corazón vuelto maleable a fuerza de abandono.

Un drama así, aunque se desarrolle en secreto, no es menos conmovedor que las conversiones fulminantes o las evoluciones de almas con peripecias palpitantes. Pues bien, este drama lo vivió plenamente la inocente Teresa. Su vida escrita por ella misma narra los episodios con una precisión digna de la teología mística. No son los gritos fulgurantes ni los análisis austeros del autor de *La noche oscura*. El estilo es florido, insinuante, envolvente. Pero, para quien sabe leer, es la misma espada aguda que desgarra hasta los tuétanos la voluntad entregada completamente al beneplácito de Dios. Ahí está la fuerza de Teresa. ¿Qué podría añadir al esplendor de esas operaciones conmovedoras un preludio lleno de tormentas?

Y hay más. Para comprender la santidad plena –porque, al fin, la Virgen María es de entre todas las criaturas la más auténticamente, la más meritoriamente perfecta, y ella, la Inmaculada, no pasó por el terrible lagar de las purificaciones activas y pasivas–, hay que evocar, en un alma completamente pacificada, la llama de la caridad que somete las más pequeñas acciones a la soberanía de la voluntad divina y les confiere el máximo de impulso, entusiasmo y ardor sobrenatural; hay que concebir, más alto aún, la cruel insatisfacción del deseo en un ser de capacidades limitadas, ese ardor de un amor que supera tanto las posibilidades del corazón humano que se consume hasta la angustia, hasta el éxtasis. Eso es también y, sobre todo, lo que canta la autobiografía de Teresa y que alcanza su punto culminante en el vuelo final de la carta de septiembre de 1896 dirigida a su hermana mayor.

Inútil, como se ve, para destacar su mérito y subrayar su vigor moral, complicar su infancia, endurecer o ensombrecer estos rasgos, forjarle defectos aparentes. Su grandeza está en otro lugar: en el desprendimiento de lo sensible, en sobrepasar todo lo terrenal, en la rectificación esencial del interior, en la plenitud del don sin alteración ni mezcla; digámoslo

claramente, en la cristificación total de la personalidad. Ahí hay campo suficiente para la heroicidad. Criatura de elección desde su nacimiento, Teresa no es por ello una santa ya hecha, una santa dulzona. No es deslucir su aureola, sino situarla en su verdadera luz, definirla con Pío XI como «una obra maestra de la naturaleza y de la gracia».

***

A la patricia de Campania que mostraba sus joyas, Cornelia respondía señalando a sus hijos: «He aquí mis joyas y mis adornos». Aspiraba a pasar a la historia más como la madre de los Gracos que como hija de Escipión el Africano.

Con la gracia de Cristo, además, y sin el orgullo pagano, ¿no es un sentimiento análogo el que inspira a la Sra. Martin? Su hija mayor relata un episodio significativo:

> «Tenía yo entonces siete años; un día en que estrenábamos vestidos de satén de lana azul obscuro, mamá nos hizo venir a las cuatro, mis hermanitas y yo, para vernos antes del paseo. Nos miró largamente con una ternura complacida, luego nos dijo: “Vayan ahora, mis pequeñas”. Pero se cuidó bien de hacernos algún elogio sobre nuestra ropa, que yo encontraba tan bonita, para no darnos ocasión de ninguna vanidad».

Esta mamá, tan despreocupada por las apariencias, que, para desesperación de Marie, detestaba toda ostentación en su propio vestir y se burlaba abiertamente de lo que llamaba «la esclavitud de la moda», cuidaba con gusto el aspecto de sus hijas, sin apartarse jamás de la sencillez. Las madres no quedarán indiferentes ante este delicioso retrato de Céline a los dieciséis meses:

> «Le hice estrenar el día del *Corpus* la encantadora ropita que le regaló su madrina; ¡si supieras qué bien le quedaba! Todo el mundo la admiraba y te aseguro que estaba orgullosa de mi hija. Llevaba también un bonito sombrero con pluma blanca; en fin, todo era encantador. Han tomado gusto en vestirla de blanco, ya no sale más que con vestidos blancos, todos simples, pero ¡está tan linda así! ¡Nunca vestí tan bien a mis otros hijos!»[158].

Del mismo modo, *con amore*, cuando esperaba el próximo regreso de Teresa a Alençon, le preparó su ajuar.

> «Ya tengo previsto para ella un conjunto celeste, con zapatitos azules, un cinturón azul y una bonita capota blanca, será encantador. ¡Me alegra de antemano vestir a esta muñeca!»[159].

Hubiera faltado algo en la feminidad ideal de esta «madre incomparable» si no hubiese mostrado hacia sus hijas cierto gusto por el adorno. El Sr. Martin, que bromeaba amablemente sobre sus compras de ropa, compartía en el fondo su orgullo. Porque ambos, seguros de tener perfectamente en sus manos su pequeño mundo, entreveían más allá de la belleza sensible una nobleza más alta que la matrona romana podía concebir. Sabían que el hijo se convierte para los padres, según la educación que reciba, en recompensa o en castigo. De un esfuerzo conjunto, cultivaban para el Señor esas almas que el Señor les había confiado. Allí residía su suprema ambición y su única razón de vivir.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO X EL CALVARIO DE UNA MAMÁ

LA ASCENSIÓN DE UN ALMA —
EL TERRIBLE ATAQUE DE LA ENFERMEDAD —
LA MUERTE DE LA VISITANDINA — LA REEDUCACIÓN DE LÉONIE —
LA PEREGRINACIÓN A LOURDES — LOS ÚLTIMOS DÍAS —
LA MUERTE — ELOGIOS FÚNEBRES DE LA SEÑORA MARTIN

Dijimos que en abril de 1865 la Sra. Martin sintió los primeros trastornos, entumecimientos y dolores localizados, causados por una glándula en el seno derecho; sin duda, un simple adenoma en su origen, del cual no se juzgó oportuno practicar la ablación, pero que corría el riesgo, tarde o temprano, de volverse canceroso. Durante once años el mal permaneció dormido. No obstante, frecuentes migrañas, accesos de fiebre, extrañas fatigas delataban una salud cada vez más quebrantada. La madre de Teresa, con una energía indomable, superaba estas fallas físicas. Aquella a quien la Madre Inés llamará «la abnegación personificada» nunca escatimó sus fuerzas.

Sin embargo, no dejaba de sentirse perseguida por el presentimiento de su próximo fin. Cuántas veces sus hijas la oyeron recitar aquella página, rítmica como una música, conmovedora como un encantamiento, donde Lamennais evocaba la imagen de los desaparecidos[160]:

> «La abeja había regresado a su colmena, el ave a su refugio nocturno; las hojas inmóviles dormían sobre su tallo; un silencio triste y dulce envolvía la tierra adormecida. Una sola voz, la voz lejana de la campana de la aldea, ondulaba en el aire tranquilo. Decía: “¡Acordaos de los muertos!”».

Era con una suerte de divina nostalgia, pensando en toda su familia del Cielo, que esta madre continuaba:

> «¡Oh, habladme de los misterios de ese mundo que mis deseos presienten, en cuyo seno mi alma, fatigada de las sombras de la tierra, aspira a sumergirse! Habladme de Aquel que lo hizo y lo llena de sí mismo y que sólo puede colmar el inmenso vacío que ha cavado en mí…».

No es que se rinda ante la vida. Una cobardía semejante ni siquiera la roza.

> «A pesar del inmenso deseo que tengo de volver a ver a mis cuatro angelitos –explica el 5 de noviembre de 1871–, prefiero ser privada de ellos por más tiempo, sabiendo que no me necesitan, para quedarme con los cuatro que me quedan y a quienes aún soy útil, me parece».

Sólo quiere estar preparada para afrontar ese más allá que su gran espíritu de fe le hace familiar.

Por lo demás, no se instala en las nubes. Su espiritualidad está sólidamente anclada en la tierra. Cree que Dios es el Dueño, que es infinitamente bueno, que la ama y que, para hacerla feliz, ha trazado todo el plan de su vida. Hacer «su Voluntad» es la única sabiduría. La descubre en esas obligaciones familiares y tareas profesionales que, tan a menudo, adoptan la forma de la cruz.

> «No es –escribe– el deseo de acumular una fortuna mayor lo que me impulsa; tengo más de lo que jamás he deseado, pero creo que sería una locura de mi parte dejar esta empresa, teniendo cinco hijas por establecer. Debo ir hasta el final por ellas. Si estuviera sola y tuviera que volver a soportar todo lo que he sufrido desde hace veinticuatro años, preferiría morir de hambre, pues el mero hecho de pensarlo me hace estremecer»[161].

Su modestia puede añadir:

> «Me digo a menudo que, si hubiera hecho la mitad de todo esto para ganar el Cielo, ¡sería una santa para canonizar!».

No nos engañemos, es la caridad sobrenatural, y sólo ella, la que ha inspirado y sostenido la continua crucifixión en el deber de estado.

Hay horas, sin embargo –el cura de Ars conoció muy bien esta tentación– en que arde en deseos de escaparse bajo los arcos de un claustro para acabar allí «su pobre vida». La pasión de lo mejor la acosa. Se abre una noche de Todos los Santos a sus internas de Le Mans:

> «Debo ir a Vísperas, mis queridas niñitas, para rezar por la intención de nuestros queridos difuntos. Llegará un día en que ustedes irán por mí, pero debo procurar no necesitar demasiado sus oraciones. Quiero hacerme santa, no será fácil, hay mucho que labrar y la madera es dura como piedra. Habría sido mejor comenzar más temprano, cuando era menos difícil, pero, en fin, “más vale tarde que nunca”»[162].

¿El vuelo hacia Dios es compatible con la esclavitud material que padece hasta la angustia? Se interroga, se inquieta. Pauline recibe sus confidencias:

> «Anhelo el descanso, me falta incluso el valor para continuar la lucha, siento la necesidad de recogimiento para pensar en mi salvación, que los afanes del mundo me hacen descuidar.
>
> Debería, sin embargo, recordar esta palabra de la *Imitación*: “¿Por qué buscas el descanso, si has nacido para el trabajo?”. Pero cuando ese trabajo te absorbe demasiado y ya no tienes la energía de

la juventud, no se puede evitar desear quedar al menos parcialmente libre de él. En fin, vivo con esa esperanza...

Me parece que seré mucho mejor cuando ya no haga punto de Alençon; al menos tendré tiempo para trabajar en mi perfección. ¡Ah, qué día tan hermoso para mí cuando me vea libre de ello!»[163].

A su amiga Philomène Tessier le confía:

«Quisiera ser una simple mujercita desgranando mi rosario al pie de la iglesia y sin que nadie me conozca».

Cuanto más avanza la Sra. Martin hacia la tumba, más se acentúa en ella el debate interior entre Marta y María. La que se queja, en este caso, es siempre la ama de casa activa, pero que, harta de la fatiga, sólo aspira a unirse a su hermana contemplativa para adueñarse, como ella, de «la mejor parte»:

«Esta mañana, en Misa, no podía rezar y me decía que, si fuera religiosa en la Visitación, tendría que rezar de todos modos; ese pensamiento me ayudaba a reaccionar. Me parece que una no es tan triste siendo religiosa; una tiene menos preocupaciones, ¡y yo las tengo por encima de la cabeza!»[164].

El prestigio monacal renace con una extraña fascinación. La Sra. Martin lee el primer tomo de la biografía de Santa Juana de Chantal.

«Estoy completamente admirada –escribe–. Es tanto más interesante para mí porque me gustaba mucho la Visitación, pero ahora la amo más que nunca. ¡Qué felices encuentro a las personas llamadas a ella!»[165].

Cuando comienza el segundo volumen, la sirvienta Louise se echa a reír con su franqueza habitual: «Vamos a tener conversación por quince días…», y la pobre chica no se siente a gusto con ese tipo de charlas. ¿Se postularía la madre al velo negro de las Visitandinas?

«No hago más que soñar con el claustro y la soledad –confiesa–. No sé realmente, con las ideas que tengo, cómo es que esa no fue mi vocación o quedarme soltera o encerrarme en un convento. Quisiera ahora vivir muchos años para retirarme a la soledad cuando todos mis hijos estén ya criados»[166].

Ese es su espejismo. ¿Qué mujer en esta tierra no tiene el suyo, sea reina o mística? En el fondo, no se engaña. Tiene la cabeza demasiado bien

formada como para alimentarse de quimeras.

«Siento que todo eso son ideas vacías, así que no me detengo mucho en ellas; vale más emplear bien el tiempo presente que pensar tanto en el porvenir».

Tenemos aquí el preludio del cántico de Teresa: «Nada más que por hoy». Heroicamente, sin desviarse jamás, la Sra. Martin obedecerá a la regla de oro: «Florece donde Dios te ha plantado». Es en la vida de familia donde debe santificarse y santificar a los demás.

***

En octubre de 1876, nueva alarma. La glándula del seno crece de forma anormal, provocando frecuentes punzadas, un dolor sordo constante y un entumecimiento que se extiende por todo el lado derecho. La intrépida mujer no se alarma.

«Si el buen Dios permite que muera de esto, procuraré resignarme lo mejor posible y tomar mi mal con paciencia, para reducir mi purgatorio. Pero espero que todo irá bien»[167].

Al resultar ineficaces los remedios sugeridos por el Sr. Guérin, se resigna por fin, bajo la presión de su esposo, a consultar al doctor X., de Alençon. Era un médico concienzudo, pero incrédulo y que no se andaba con rodeos. El diagnóstico fue tajante como un veredicto de condena:

«Lo que usted tiene ahí es de una naturaleza muy grave. Es un tumor fibroso».

Habló vagamente de una operación, para desaconsejarla inmediatamente; propuso una receta, pero, ante la pregunta de su paciente: «¿Para qué servirá eso?», respondió sin rodeos: «Para nada, es para agradar a los enfermos». Fue realmente un golpe seco y administrado del modo más brutal. La Sra. Martin agradeció al médico su franqueza.

«Una vez me hizo un favor –escribirá–; fue el día en que me dijo toda la verdad, esa consulta no tiene precio»[168].

Los que la rodeaban mostraron menos serenidad. La madre misma lo atestigua el 17 de diciembre de 1876 cuando escribe a su cuñada, bajo el golpe de la primera emoción, una carta que ya tiene aires de testamento:

«No pude evitar decirlo todo en casa. Ahora me arrepiento, pues fue una escena de desolación… todos lloraban; la pobre Léonie sollozaba. Pero les cité tantas personas que estuvieron diez y

quince años así, y yo parecía tan poco preocupada, haciendo mis cosas tan alegremente como de costumbre –quizá más aún–, que calmé un poco a los míos.

Sin embargo, estoy muy lejos de hacerme ilusiones, y me cuesta dormir por la noche cuando pienso en el porvenir. No obstante, me resigno lo mejor posible, pero estaba lejos de esperar una prueba semejante…

Mi esposo no puede consolarse; ha dejado el placer de la pesca, guardó sus líneas en el desván, no quiere ir más al Círculo Vital, está como aniquilado...

Quisiera que esto no te atormente demasiado y que te resignes a la voluntad de Dios; si me encontrara aún muy útil sobre la tierra, ciertamente no permitiría que tuviera esta enfermedad, porque le he rogado mucho que no me lleve de este mundo mientras sea necesaria a mis hijas.

Ahora Marie es grande, tiene un carácter muy serio y no tiene ninguna de las ilusiones de la juventud. Estoy segura de que, cuando yo ya no esté, será una buena ama de casa y hará todo lo posible por criar bien a sus hermanitas y darles buen ejemplo.

Pauline también es encantadora, pero Marie tiene más experiencia; además, ejerce mucha autoridad sobre sus hermanitas. Céline muestra las mejores disposiciones, será una niña muy piadosa; es muy raro mostrar a su edad tales inclinaciones hacia la piedad. Teresa es un verdadero angelito. En cuanto a Léonie, sólo el buen Dios puede cambiarla, y tengo la convicción de que lo hará…

Serán muy felices de tenerte cuando yo ya no esté; tú las ayudarás con tus buenos consejos y, si tuvieran la desgracia de perder a su padre, las acogerías contigo, ¿verdad?

Me consuela mucho pensar que tengo buenos parientes, que nos reemplazarán dignamente en caso de desgracia. Hay madres mucho más desgraciadas que yo, que no saben qué será de sus hijos, que los dejan en la miseria, sin ayuda alguna; yo no tengo nada que temer por ese lado. En fin, no veo las cosas con pesimismo, es una gran gracia que me hace el buen Dios…».

A fin de satisfacer el deseo de los suyos, la Sra. Martin va a Lisieux a consultar con un célebre cirujano de la época, el Dr. Notta, el mismo que seis años más tarde atenderá a Teresita. Ella misma relata a su esposo, con toda clase de precauciones, el resultado negativo de la visita:

«El doctor Notta considera muy lamentable que, desde el comienzo, no se haya hecho la operación, pero ahora es demasiado tarde. Sin embargo, parece decir que puedo continuar así mucho tiempo. Así, pues, pongámonos en manos del buen Dios, Él sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene: “Es Él quien hiere y quien venda”. Iré a Lourdes en el primer peregrinaje (desde el anuncio fatal, el Sr. Martin había insistido en ello) y espero que la Santísima Virgen me curará, si es necesario. Mientras tanto, estemos tranquilos.

Me alegra mucho volver a verlos a todos; ¡qué largo se me hace el tiempo! ¡Cuánto hubiera querido regresar hoy mismo! No me siento bien más que contigo, ¡mi querido Louis!»[169].

Fue durante ese penoso viaje que la valerosa cristiana, a pesar de su aspecto desmejorado, se negó obstinadamente a eximirse del ayuno y la abstinencia en la vigilia de Navidad. También puso cierta coquetería en animar a su hermano y desviar la atención de la amenaza que pesaba sobre ella.

«¡Cómo me gustaría –decía– que no se hablara más de todo esto! ¿Para qué sirve? Se ha hecho todo lo que debía hacerse, dejemos el resto en manos de la Providencia».

Sus cartas a Pauline no son ni menos numerosas ni menos graciosamente escritas que antes. Les añade toques divertidos, como el del paño de cocina olvidado por Léonie en el fondo de una sopera, que dio al caldo una consistencia insólita.

«Es como el zapatito del auvernés —exclamaba el papá—. No es que esté sucio, ¡pero ocupa su lugar!».

Las recreaciones familiares continúan, tan animadas como siempre. La Sra. Martin lleva a sus hijas a la feria; la noche de Carnaval hace buñuelos antes de ir al sermón. Con humor, culpa a Adán y Eva de sus miserias. Su ánimo disipó rápidamente los temores y despertó la esperanza.

No obstante, se propone poner en orden sus asuntos y busca ceder su empresa de punto de Alençon. La negociación habría tenido éxito de no ser por un escrúpulo de última hora. ¿No habría presentado el asunto de forma demasiado favorable? Un plazo oportuno permitirá esclarecer a los compradores. Menos mal que lo hizo. Una información inesperada revela que esos supuestos interesados no eran más que estafadores y ladrones de ahorros. La venta queda anulada. Habrá que trabajar hasta el final para cumplir con los encargos.

«Siento que necesito descanso –gime–, pero no lo tendré sino hasta el descanso eterno».

Observa con serenidad el progreso de su mal. Los sufrimientos se vuelven más punzantes. Una segunda glándula aparece cerca del cuello. ¡Qué importa!

«El buen Dios me concede la gracia de no asustarme; estoy muy tranquila, me siento casi feliz, no cambiaría mi suerte por ninguna otra.

Si el buen Dios quiere curarme, estaré muy contenta, porque en el fondo deseo vivir; me cuesta dejar a mi esposo y a mis hijas. Pero, por otro lado, me digo: “Si no me curo, es que tal vez les será más útil que me vaya...”»[170].

«No tengo mucho motivo para alegrarme al ver acercarse el tiempo, pero soy como los niños que no se preocupan del mañana; ¡siempre espero la felicidad!»[171].

Si contempla con serenidad el desenlace, lo hace sin afectación, sin aires de valentía, sin aparentar heroísmo:

«¡Los grandes sufrimientos! No, no tengo bastante virtud para desearlos, Los temo».

«Intento convertirme, pero no lo consigo; es verdad que uno muere como ha vivido, no se puede remontar el curso cuando uno quiere. Te aseguro que lo noto bien, a veces me desanimo. Dicen, sin

embargo, que basta un momento para hacer de un réprobo un santo, pero creo que eso será sólo un santito. En fin, ¡tiene que haber de todas clases!»[172].

Será más que una santita, esta mujer a quien el abandono dará la paz, a quien se verá hasta el final arrastrarse a la primera Misa en Notre-Dame o, mañana y tarde, a los ejercicios del retiro en Saint-Léonard, que no dejará nunca de manejar la aguja, de educar a sus hijos, de sostener a los suyos, ocultando bajo una sonrisa los horribles estragos del cáncer y sus torturas cada vez más intolerables. ¿No merece, por ello, figurar a la cabeza de esa estirpe de humildes a quienes su Teresa llevará mañana la doctrina de la infancia espiritual?

***

En enero de 1877, la encontramos nuevamente en Le Mans. Le gusta el locutorio de la Visitación; allí se respira el aire del Cielo.

«Nada me encanta tanto como esto –escribe–, es mi mayor felicidad».

Esta vez, se trata de despedidas. No porque haya revelado a su hermana la gravedad de su estado. ¿Para qué? La religiosa está también en su ocaso y parece que irá antes que ella al sepulcro. Desde hace dos años, la tisis va acabando con sus fuerzas físicas. Una hinchazón en el pie la tiene inmovilizada. Sin embargo, cada mañana, habiendo obtenido el privilegio –entonces poco común– de comulgar todos los días que puede levantarse, domina su enfermedad con un verdadero prodigio de energía «para ir a buscar al buen Dios», como dice. Sigue siendo siempre esa perfecta monja que Dom Guéranger amaba citar como ejemplo, por haberla tratado a menudo durante sus idas a la Visitación, donde conservaba profundos lazos.

En la fiesta de Navidad de 1876 se administró a la enferma el sacramento de la Extremaunción. Estas vigilias de eternidad tienen para ella la paz de una hermosa tarde. ¿Qué motivo tendría para turbarse? ¿Del pasado? Confesaba que le parecía no haber cometido jamás, en toda su vida, una falta, ni siquiera leve, de manera deliberada. ¿Del futuro? Mons. d'Outremont, obispo de Le Mans, la tranquilizará plenamente al respecto, llevándole su última bendición:

«Hija mía, no tengas ningún temor; donde cae el árbol, allí permanece; vas a caer sobre el Corazón de Jesús para quedarte en él eternamente».

«Ni siquiera me preocupo –confiará– por los últimos sufrimientos, ni por mi agonía; estoy tan persuadida de que el buen Dios me dará su gracia, que no me inquieta en absoluto».

«Nada me asusta. Nuestro Señor me sostiene. Tengo la gracia del momento, la tendré hasta el final».

La Sra. Martin, que también, sin darse cuenta, se iba poniendo en la escuela de la muerte, pudo edificarse a su gusto con esas disposiciones admirables. Ella, que nada ocultaba a su hermana mayor y se le confiaba como a un director de conciencia, habló por última vez de lo que era el alma de su alma. Sin embargo, quiso guardar silencio sobre el pesado secreto que la oprimía. ¿Para qué obscurecer inútilmente aquella espera pura del más allá? Se limitó a transmitirle sus «encargos para el Cielo». Escuchémosla relatar, en términos graciosos, el más apremiante de sus pedidos a quien la precedía allá arriba:

«Le dije: “Apenas llegues al Paraíso, ve a buscar a la Santísima Virgen y dile: mi buena Madre, le jugaste una mala pasada a mi hermana dándole a la pobre Léonie; no era una niña así la que te había pedido, tienes que reparar el asunto”».

Luego, irás a ver a la Beata Margarita María y le dirás: “¿Por qué la curaste milagrosamente? Habría sido mejor dejarla morir; tienes la obligación en conciencia de reparar el desastre”».

Sor María Dositea reprende a su querida Zélie por ese lenguaje un tanto irreverente, pero cumplirá el doble encargo; pronto veremos la prueba.

¿Es un signo precursor del prodigio? La misma Léonie se decide a poner en movimiento la diplomacia de su tía. A pesar de la sonrisa escéptica de Marie, escribe con su mejor caligrafía:

«Cuando estés en el Cielo, pide por favor al buen Dios que me conceda la gracia de convertirme y también que me dé la vocación de ser una verdadera religiosa, porque pienso en ello todos los días».

La madre no sale de su asombro. ¿Quién pudo meterle esas ideas en la cabeza?

«Empiezo a tener esperanza –declara a su cuñada– de que, tal vez, Dios tenga planes de misericordia para esta niña. Si bastara el sacrificio de mi vida para que se convierta en santa, lo haría con gusto».

Fue el sábado 24 de febrero de 1877, en el décimo octavo aniversario de su toma de hábito y a los cuarenta y nueve años de edad, cuando Sor María Dositea se apagó dulcemente. Una sobrenatural confianza la envolvió hasta el final.

«Oh, Madre mía –decía a su Superiora–, ya no sé sino amar, confiarme y abandonarme. Ayúdeme a dar gracias al buen Dios por ello».

La noche anterior a su muerte había bendecido con emoción, desde lejos, a su doble parentela de Alençon y Lisieux. Tres semanas antes, había enviado a su hermano y a su hermana una carta-testamento en la que decía especialmente:

> «Debo agradecer mucho a Dios por haberme dado una familia tan buena. Gracias, querido hermano, gracias, querida hermana. Sólo Dios será vuestra recompensa; los he puesto en sus manos, estoy tranquila por ustedes, tendrán éxito. Pero entonces, en la prosperidad, no se enorgullezcan; que sus gustos y el estilo de su hogar sean modestos; compartan su abundancia con los pobres y verán llegar su último día con el rostro sereno. Ahora, querido hermano, ¡perdón!... Te digo lo mismo a ti, querida Zélie; mis fuerzas no me permiten escribirte una carta personal; pero perdón y gracias, siempre te he amado... Reunámonos todos en el Sagrado Corazón. Siempre me encontrarán allí, porque allí moriré y allí permaneceré por toda la eternidad».

La Sra. Martin sintió profundamente esa pérdida. Con piadosa avidez se apropió de las reliquias de «la santa hija»: la cruz «que recibió su último beso», el *Ecce Homo* que estaba en su celda, el rosario que pensaba usar cuando se viera «realmente enferma». Cada vez más minada por su terrible mal, ¿no era acaso el anuncio de su fin lo que sonaba en la campanilla aguda de la Visitación? Cuando se inclina sobre los vestidos negros de sus hijas, cuando despliega el velo de crespón, experimenta la amarga sensación de preparar su propio duelo.

***

Un acontecimiento inesperado la volverá a atar a la vida. Léonie era para ella «una cruz muy pesada de llevar». Afectuosa e indisciplinada, obedecía ciegamente las más mínimas órdenes de la sirvienta y desobedecía sistemáticamente los mandatos maternos; desentonaba en la intimidad familiar. ¡Cuántas veces la Sra. Martin la invitó en vano a acompañarla en sus salidas o a participar, después de las comidas, en los juegos de sus hermanas! ¿Había que desesperar de esta alma?

Sor María Dositea, que había recibido ese encargo, no tardó en hacer sentir su influencia. No habían pasado veinte días desde su muerte cuando el misterio que pesaba sobre ese destino empezó a aclararse. Intrigada por fragmentos de conversaciones, Marie vigila más de cerca la relación entre la niña y la sirvienta. Espía, interroga, arranca confesiones, en fin, descubre el secreto.

Fiel hasta la muerte, pero de carácter violento y totalmente carente de sentido educativo, Louise se empeñaba en dominar a quien nadie podía doblegar. Usó métodos brutales y, literalmente, aterrorizó a la niña, que se

convirtió en su sirvienta «golpeada y contenta». Más grave aún, esta mujer se dedicó, más o menos conscientemente, a minar la autoridad de los padres: Léonie debía obedecerla solamente a ella, sin réplica, bajo amenaza de un castigo memorable. Todo fue llevado con tanta astucia que la madre no logró descubrirlo. En vano se esforzaba en abrir el alma de su hija. La niña había recibido la orden de callar. Se adivina lo que un régimen así podía hacer en una naturaleza difícil. En poco tiempo, Léonie habría acabado siendo una hipócrita y una rebelde.

Se puede imaginar la indignación de la Sra. Martin ante tal revelación. No tenía reproches que hacerse. Agobiada como estaba por los trabajos y preocupaciones, tenía que dejar gran iniciativa a la sirvienta, que, por lo demás, parecía encarnar la dedicación misma y merecía toda confianza. La reacción no fue menos enérgica. Esa madre tan tierna rechazaba con horror una táctica de coerción que lleva a la rebelión bajo apariencia de corregir la resistencia.

> «La brutalidad –decía– nunca ha convertido a nadie; sólo hace esclavos, y es lo que ha pasado con esta pobre niña».

El cambio fue total. La Sra. Martin lo explica en una carta del 12 de marzo de 1877 a Pauline:

> «Creo haber obtenido una gran gracia por las oraciones de tu tía; le había encomendado tanto a mi pobre Léonie desde su entrada al Cielo, que creo sentir sus efectos.
>
> Sabes cómo era tu hermana: un espíritu de insubordinación, que jamás quiso obedecerme sino a la fuerza; que hacía, por espíritu de contradicción, todo lo contrario de lo que deseaba, aunque en el fondo lo quisiera; en fin, sólo obedecía a la sirvienta.
>
> Había intentado todos los medios posibles para atraerla hacia mí; todo había fracasado hasta ese día, y era la mayor pena que he tenido en mi vida.
>
> Desde que tu tía murió, le he suplicado que me devolviera el corazón de esa pobre niña y el domingo por la mañana fui escuchada. Ahora la tengo tanto como es posible, no quiere separarse de mí ni un instante, me abraza hasta asfixiarme, hace todo lo que le digo sin replicar, trabaja a mi lado todo el día.
>
> La sirvienta ha perdido completamente toda autoridad y no hay dudas que jamás volverá a tener dominio sobre Léonie, después de lo que ha pasado. Le resultó muy duro, lloró y se lamentó cuando le dije que debía irse inmediatamente, que ya no quería verla más.
>
> Me suplicó tanto quedarse, que voy a esperar aún un poco, pero tiene prohibido hablarle a Léonie. Ahora trato a esta niña con tanta dulzura que espero poder corregir poco a poco sus defectos.
>
> Ayer salió a pasear conmigo y fuimos a ver a las Clarisas. Me dijo en voz baja: “Pide, mamá, que las que están encerradas recen por mí, para que sea religiosa”. En fin, todo va bien, esperemos que continúe así».

El obstáculo que bloqueaba el acceso a esa alma ha sido removido: la reeducación se impone. La Sra. Martin la emprende con juvenil ardor.

Todos los principios que la guiaron en la formación de sus otros hijos los aplica ahora con pleno éxito. Nunca mostró tanta paciencia, tanta ternura. Algunos la acusan de exagerar. No le importa. Tanto su marido como ella tienen ideas firmes al respecto. La niña sigue siendo impulsiva, caprichosa; a veces «hace pucheros» con sus hermanas o se enoja aún. Pasemos por alto esas faltas menores. Es el tributo que hay que pagar. Lo esencial es que se abra, que haga sacrificios, que quiera agradar a sus padres y, ante todo, a Jesús. La dirección ha sido corregida. Lo demás vendrá con el tiempo. La madre triunfa cuando puede escribir sobre su hija:

> «Me ama tanto como es posible amar y, con ese amor, el amor de Dios va penetrando poco a poco en su corazón. Tiene en mí una confianza ilimitada y llega hasta contarme sus menores faltas, quiere cambiar realmente de vida y hace muchos esfuerzos que nadie puede apreciar como yo.
>
> No puedo quitarme de la cabeza que esta transformación se debe a las oraciones de mi santa hermana, porque todo cambió dos o tres semanas después de su muerte. También fue ella quien me obtuvo la gracia de saber cómo ganarme este corazón, y espero que el buen Dios me permitirá terminar esta tarea que está lejos de estar acabada. Se necesita tiempo para vencer una naturaleza como esta, y veo que esta misión me ha sido confiada y que nadie más podría cumplirla, ni siquiera las religiosas de la Visitación, que la devolverían a la niña, tal como lo hicieron una vez»[173].

Para cultivar esta «tierra difícil de labrar», como la llama en algún momento, la Sra. Martin –cuya salud sigue deteriorándose–, pedirá al cielo un plazo de gracia. Nadie comprendió como ella el trabajo de una «madre». Esta tarea, gloriosa entre todas en su humildad, siente cada vez más que debe seguirla junto a la niña víctima de un falso inicio.

> «Por eso –declara–, ahora tengo un deseo de vivir que nunca antes había sentido. Soy muy necesaria para esta niña; después de mí, sería demasiado infeliz y nadie podría hacerla obedecer sino quien la martirizó, pero no, no será ella, porque una vez que muera, tendrá que irse enseguida. Creo que no se negarán a cumplir mi última voluntad.
>
> Pero tengo confianza en Dios, ahora le pido la gracia de dejarme vivir. No le pido que me quite mi enfermedad ni que no muera de ella, pero sí que me conceda el tiempo suficiente para que Léonie ya no necesite de mí»[174].

***

La heroica enferma había acogido con simpatía –como se recordará– el proyecto de una peregrinación a Lourdes. Su enfermedad empeora. El tumor en el seno se vuelve cada vez más doloroso. Las grietas amoratadas se extienden hacia la espalda y el cuello, denunciando el desarrollo de inflamaciones ganglionares. Teme las supuraciones y la hemorragia. Los

momentos de crisis se multiplican; a partir de mayo, el sufrimiento se vuelve constante, con fases de paroxismo. ¿No es esta la hora de lanzar hacia la Virgen de Massabielle un grito de auxilio?

La Sra. Martin, a diferencia de su esposo, detesta los viajes. En aquella época no constituían un descanso; en su estado, serían incluso una dura penitencia. Pero la curación bien vale afrontar esa prueba. No partirá sola; la acompañarán sus tres hijas mayores, cuyas oraciones forzarán el milagro; además, se unirá a un grupo de peregrinos: es menos cómodo, quizás, pero incomparablemente más piadoso. No habiendo ningún grupo que partiera desde Alençon ni desde Le Mans, se informa en las demás diócesis del oeste y acaba obteniendo los últimos cuatro billetes del tren que debe salir de Angers el lunes 18 de junio a las 7:50 de la mañana.

Toda la familia prepara esta expedición con una verdadera cruzada de súplicas y sacrificios. Se animan mutuamente.

> «Es imposible –escribe la madre– que la Santísima Virgen no se deje conmover. Si vieras la carta de Pauline, me infunde confianza. No, nunca el cielo ha visto ni verá oraciones más fervientes ni fe más viva. Y, además, tengo a mi hermana en el cielo que se interesa por mí, y también a mis cuatro angelitos que rezarán por mí; ¡todos estarán en Lourdes con nosotras!»[175].

La sabia educadora se cuida de mantener este fervor en el marco del abandono.

> «Debemos –escribe a Pauline– ponernos en la disposición de aceptar generosamente la voluntad del buen Dios, sea cual sea, pues siempre será lo mejor para nosotros»[176].

En su interior, su corazón oscila entre la esperanza de la curación y el presentimiento del final. Filosofa sobre el tema.

> «Estaba preparando una comida especial –escribe el 12 de abril a su cuñada– y, mientras lo hacía, me decía: “¿Cómo se arreglarían si yo no estuviera aquí?”.
>
> Me parece imposible que pueda morir; entonces creo que debo quedarme y que me quedaré. Soy como todas esas personas que he conocido y que no veían por sí mismas su estado; sólo los demás lo ven claro y uno se queda pasmado de lo que se prometen a sí mismas cuando sus días están contados. Es realmente curioso, pero así es, y yo soy como las demás».

Ciertamente, el Todopoderoso puede hacer un milagro. Incluso tiene al respecto un pensamiento muy bonito –con un aire muy teresiano– dirigido a su hermano, que asegura que el buen Dios la curará «sólo por su gloria».

«Yo –responde– digo que todo redunda para gloria de Dios, pero que Él no piensa solamente en sí mismo; podría hacer un milagro por mí, aunque nadie en el mundo lo supiera»[177].

Lo más sabio es abandonarse por completo a Él:

«Espero mucho, pero estoy totalmente resignada a aceptar lo que el buen Dios quiera; así, en caso de que no resulte, la decepción será menor»[178].

Lo que pide con mayor insistencia es la transformación de Léonie. Desea llevarla con ella a toda costa.

«Al menos, si la Santísima Virgen no me cura, le suplicaré que cure a mi hija, que abra su inteligencia y haga de ella una santa»[179].

Es un domingo –para gran disgusto de la Sra. Martin, que nunca viajaba en ese día–cuando la madre y Léonie salen de Alençon. Tomaron el tren por la tarde, habiendo querido reservar la mañana para sus ejercicios religiosos. Tras una parada en la Visitación de Le Mans, donde se unieron a Marie y Pauline, y una segunda en la Visitación de Angers, donde fueron recibidas con conmovedora acogida y la promesa del apoyo espiritual de la comunidad, embarcaron el 18 de junio, a la hora prevista, rumbo a las riberas del Gave. Una invencible esperanza llenaba sus corazones.

La peregrinación no fue más que una serie de contratiempos. La madre sintió dolorosamente los vaivenes y sacudidas del vagón, lo que no le impidió rehusar obstinadamente un lugar mejor en el compartimento. Tuvo que atender a una u otra de sus hijas, súbitamente indispuestas. Algunos errores de horario complicaron el viaje. Algunos compañeros de trayecto, para prepararse un café en el tren, encendieron un hornillo y volcaron la bandeja sobre las provisiones y la ropa de nuestras viajeras. Al ir mezcladas con otro grupo diocesano, no conocían los cantos que se entonaban durante el camino, lo que dificultó un poco la intimidad y el fervor colectivo.

En Lourdes fue aún peor. El alojamiento previsto resultó inadecuado, por lo que hubo que buscar una habitación. La comida dejó que desear. Marie perdió el rosario de la tía de la Visitación. La madre rasgó su vestido, estuvo a punto de ser atropellada y sufrió una caída tan desafortunada que se torció el cuello, lo que le causó un dolor agudo que ya no desaparecería.

¿A través de tantos contratiempos, sonreiría al fin la Virgen y recompensaría la angustiosa espera de la enferma? No. El cielo pareció cerrado. En el alma de la pobre madre todo era obscuro y nublado. Apenas

bajó del tren, y aunque estaba al límite de sus fuerzas, decidió permanecer en ayunas y se dirigió directamente al lugar de las apariciones.

«Al llegar a la gruta –escribe– tenía el corazón tan oprimido que ni siquiera podía rezar; durante la Misa, estaba muy cerca del altar, pero tan postrada que no me di cuenta de nada.

Salí en un estado de completo aniquilamiento y de allí fui a la piscina. Miraba con terror esa agua helada y ese mármol frío como la muerte. Pero había que hacerlo y me lancé con valor. Sí, pero… estuve a punto de ahogarme, tuve que salir casi de inmediato; debí haber ido más despacio»[180].

A pesar de las oraciones cada vez más insistentes, las otras experiencias resultaron igual de decepcionantes:

«Me sumergí cuatro veces en la piscina; la última vez, dos horas antes de partir. Tenía agua helada hasta los hombros, pero no estaba tan fría como por la mañana; estuve más de un cuarto de hora, esperando siempre que la Santísima Virgen me curara.

Mientras estaba dentro, no sentía dolor alguno, pero apenas salía, todo volvía a dolerme como de costumbre»[181].

Se consuela implorando la protección de la Madre de Dios sobre Léonie. Le frota la frente con agua bendita, pidiendo que la niña se desarrolle y florezca. Su fe es tan profunda que tiene como una intuición de ser escuchada. Para desviar la atención de su propia miseria, se compadece de la de los demás; piensa en los casos más lamentables reunidos en esa ciudad de María que parece un patio de milagros.

«La Santísima Virgen –concluye– ha dejado a otros, además de mí, en la prueba».

La Sra. Martin había mantenido correspondencia con Mons. Peyramale, el venerado párroco de Lourdes que había recibido los mensajes y confesiones de la vidente. Quiso visitarlo. En su ausencia, fue recibida por una persona de modestia casi angélica, a quien confió las hondas impresiones sentidas en esa tierra bendita.

«¡Oh, señora! –le respondió–, le aseguro que lo de ahora no es nada. Cuando una ha visto como yo a Bernadette en éxtasis, eso basta para toda la vida».

La sirvienta enjugó una lágrima y comenzó a contar cómo había visto antaño a la hija de los Soubirous de rodillas en la pendiente del peñasco, con el rostro iluminado por el resplandor de la hermosa Señora y la llama del cirio tocándole los dedos sin quemarlos. Esa evocación, conmovedora en su sencillez, quedó como uno de los recuerdos más puros de la peregrinación.

Cuando, al canto del *Ave*, hubo que dejar Lourdes, Marie, Pauline y Léonie estaban como aturdidas por la inmensa decepción. La Sra. Martin se dio a la tarea de reanimar su confianza. Se mostró rebosante de ánimo, participó con entusiasmo en los cánticos que jalonaban el trayecto de regreso; en suma, dominó tan valientemente su agotamiento que logró disimular su estado. No había perdido toda esperanza de curación, pero su mirada ya se orientaba más alto. Al relatar a su hermano y a su cuñada los episodios de esa agitada semana, escribe:

> «Díganme si puede hacerse un viaje más desafortunado. Seguro que hay grandes gracias escondidas en todo esto y que me compensarán de estas miserias... La Santísima Virgen nos ha dicho, como a Bernadette: "Te haré feliz, no en este mundo, sino en el otro"»[182].

Eso es lo que repite a su esposo, que fue a buscarla a la estación de Alençon junto con las pequeñas y que mostraba en el rostro el cansancio de días angustiados, consumidos, esperando el telegrama anunciando el milagro. La desilusión del Sr. Martin daba lástima. Se sorprende de que su esposa regrese «tan alegre como si hubiera obtenido la gracia deseada». La intrépida mujer no tarda en disipar las nubes con su buen humor. La vida debe continuar como antes. Se reanudan las novenas y las aplicaciones de agua de Lourdes. ¿Quién sabe si la Virgen no desmentirá a esos espíritus escépticos que, durante su visita a la calle Saint-Blaise, dejaron entrever su asombro ante tanta credulidad?

En cuanto a Pauline, de regreso en el internado, una carta materna la reprende con ternura por haberse enfadado con la Santísima Virgen, que no quiso «hacerla saltar de alegría»:

> «No esperes muchas alegrías en la tierra, te llevarías demasiadas decepciones; por mi parte, sé por experiencia lo que valen las alegrías terrestres, y si no esperara las del cielo, me sentiría muy desdichada»[183].

¡Ah! Si no fuera por su familia, la Sra. Martin contemplaría con entusiasmo ese salto del niño hacia su Padre que es la muerte para el cristiano. Siente tan intensamente el tormento del exilio, la nostalgia de la patria. Pero está su esposo, que ya agoniza sólo con pensar en perderla; y, junto a él, la cariñosa Teresa, Céline, tan delicada, y, sobre todo, Léonie, enfermiza y difícil. Es pensando en todo eso que escribe a su hija interna:

> «Pues bien, yo todavía espero ese milagro de la bondad y omnipotencia de Dios, por la intercesión de su Santa Madre. No le pido que me quite completamente el mal, sino simplemente

que me deje vivir algunos años más para tener tiempo de criar a mis hijas y, sobre todo, a la pobre Léonie, que tanto me necesita y tanta lástima da.

Está menos favorecida que ustedes por los dones de la naturaleza, pero a pesar de ello, tiene un corazón que necesita amar y ser amado y sólo una madre puede demostrarle constantemente el cariño que ansía, y seguirla de cerca para hacerle bien.

Esta querida niña se comporta conmigo con una ternura sin límites: se anticipa a mis deseos, nada le cuesta, me mira a los ojos para adivinar lo que podría agradarme, diría que casi hace demasiado.

Pero apenas los demás le piden algo, su rostro se obscurece, su expresión cambia al instante. Poco a poco estoy logrando que supere esto, aunque todavía se le escapa con frecuencia»[184].

Es la misma Léonie quien, tras leer en el *Semaine Religieuse* el testimonio de una alma víctima, se sintió iluminada como con el «eureka» de Arquímedes: se ofrecería en lugar de su madre. Dicho y hecho.

«Voy a morir –asegura–, el buen Dios me ha escuchado, me siento enferma».

Se ríen, ella llora, luego, secas las lágrimas, se le ocurre pedir unas pantuflas bordadas. Y la madre responde a su voluble hija:

«Pero si quieres morir, sería dinero tirado».

Se ve con qué maestría, asumiendo, a pesar del sufrimiento, todas sus responsabilidades, la Sra. Martin siguió siendo hasta el final el alma de su hermoso hogar.

***

Pronto tuvo que reconocer los espantosos progresos del mal, que el viaje a Lourdes no había hecho más que acelerar. Había rogado a su hermano que la previniera, a su debido tiempo, de la inminencia de su fin. El Sr. Guérin, conociendo su valentía, creyó deber tomarla en serio. En una visita a Alençon, le dijo sin rodeos, en plena cena:

«Pobre hermana mía, no te hagas ilusiones, pon en orden tus asuntos porque no te queda más de un mes».

Ante un reproche amistoso del Sr. Martin, profundamente afectado, intentó, a solas con ella, suavizar lo brutal de su declaración:

«Lamento lo que te dije porque, al fin y al cabo, no conozco el futuro. El buen Dios todavía puede curarte».

Con una sangre fría sorprendente, la enferma respondió que le agradecía su franqueza y que no temía a la muerte. Tras una pausa, sólo suspiró:

«¿Qué será del pobre Louis con sus cinco hijas? En fin, los abandono a todos al buen Dios».

Muy conmovido, el Sr. Guérin le pidió que animara a su esposo a establecer su hogar en Lisieux, donde las niñas encontrarían en su tía a una segunda madre.

«¡Oh, no! –exclamó la Sra. Martin–, si le hablara de eso, no dudaría en aceptar por complacerme, ¡pero su vida cambiaría demasiado! Temo que no sea feliz».

Al haber renovado su cuñada por escrito la propuesta, respondió el 15 de julio:

«Tu carta es realmente conmovedora, al igual que la de mi hermano; a mi esposo se le llenaron los ojos de lágrimas; está admirado de tu generosidad y te aseguro que me consuela enormemente, al pensar en mi partida de este mundo, saber con qué auxilio contaré en ti para mis queridas hijas. En cuanto a ir a vivir a Lisieux, mi esposo no dice ni sí ni no, hay que dejar pasar el tiempo».

A una amiga que le pregunta: «¿No te preocupa el futuro de tus hijas?», se limita a responder:

«El buen Dios cuidará de ellas».

Las últimas ocho semanas fueron atroces. El cuello estaba como torcido y atravesado por un estilete. El más leve movimiento tortura a la enferma, que se ve ante la perspectiva aterradora de una inmovilidad total. Los nervios se tensan o son sacudidos por descargas que le arrancan gritos agudos. Para colmo, sufre varios días seguidos de intensos dolores de muelas, mientras la fiebre la consume y agota. Aun así, no deja de mostrarse valiente. Aprende, como dice, «su oficio» y cómo cambiar de posición sin recurrir demasiado a los demás.

Aunque conservando, ¡ay!, su sensibilidad, sus miembros se van anquilosando cada vez más. Pronto tiene que admitir que ya no puede ni vestirse ni desvestirse sola. «El brazo del lado enfermo se niega a servir, pero la mano –saludemos aquí este rasgo de valentía admirable– aún quiere sostener una aguja». Sólo al final confía a su hija mayor la tarea de recibir a las encajeras.

La sostienen los pensamientos de la fe. Sabe que la prueba, vivificada por el amor, tiene un papel esencial en el plan de la Redención. Compra con ello la felicidad del más allá y gracias para los suyos. Se refugia en Dios y gusta cerca de Él «la bienaventuranza de las lágrimas».

Para no molestar a nadie, durante las noches que constituyen un verdadero martirio, esta madre, que sólo piensa en los demás, todavía no acepta que se

queden durante la noche con ella y para escapar de los más leves ruidos que hacen estremecer sus nervios maltratados, se instala sola en la habitación de Léonie. Marie la oye gemir durante sus insomnios:

«¡Oh Vos, que me habéis creado, tened piedad de mí!».

Cuando alguien se levanta para socorrerla, expresa un dolorido asombro.

«¿Para qué molestarse, si no se puede hacer nada?».

El Sr. Martin tendrá que ejercer toda su autoridad para que acepte una religiosa enfermera. Aun así, mostrará cierta tristeza la noche en que la vea llegar por primera vez.

El 27 de julio, envía un S.O.S. a su hermano tras una crisis aguda:

«Ayer te llamaba a grandes gritos, creyendo que sólo tú podías aliviarme. He sufrido, durante veinticuatro horas, más que en toda mi vida, así que esas horas se pasaron entre gemidos y gritos. ¡Imploraba a todos los santos del Cielo, uno tras otro, y nadie me respondía!

Finalmente, pedí solamente, no pudiendo obtener otra cosa, poder pasar la noche en mi cama; por la tarde no había podido quedarme en ella, estaba en una posición espantosa, imposible apoyar la cabeza en ninguna parte. Se había intentado de todo, pero mi pobre cabeza no podía tocar nada, ni podía hacer el menor movimiento, ni siquiera para tragar un líquido. El cuello estaba afectado por todos lados y moverme levemente me causaba dolores atroces.

Al final, pude permanecer en la cama, con la condición de estar como sentada. Cuando el sueño quería venir, el más leve movimiento que hacía, sin darme cuenta, despertaba todos los dolores. Tuve que gemir toda la noche; Louis, Marie y la criada permanecieron a mi lado. El pobre Louis, de tanto en tanto, me tomaba en brazos como a una niña... No puedo seguir escribiéndote, ya no veo y estoy en una debilidad incomprensible…».

Es «el camino real de la cruz»; es también el camino ascendente. La Sra. Martin se va desprendiendo poco a poco de la tierra. Todavía se une a las novenas que se multiplican por su curación; en sus breves momentos de sueño, sueña con Lourdes, con la piscina, con el milagro; con frecuencia se aplica en sus llagas el agua de la fuente mariana. Pero ya pone el pie en la eternidad.

El 15 de julio había escrito a su cuñada:

«Me dices que no pierda la confianza, eso intento hacer. Sé muy bien que la Santísima Virgen puede curarme, pero no puedo evitar temer que no quiera hacerlo y te diré, sinceramente, que un milagro ahora me parece muy dudoso.

He aceptado mi parte y trato de obrar como si fuera a morir. Es absolutamente necesario que no pierda el poco tiempo que me queda de vida, son días de salvación que no volverán jamás, quiero aprovecharlos.

Ganaré doblemente: sufriré menos al resignarme y haré una parte de mi purgatorio en la tierra. Ruega por mí, te lo ruego, para que tenga resignación y paciencia, las necesito mucho; sabes bien que no tengo mucha paciencia».

Su confesor, el P. Crêté, párroco de Montsort, se maravillaba de tanta serenidad. Más tarde contaría la emoción que sintió cuando la Sra. Martin se despidió de él en el confesionario, prediciéndole el momento en que moriría. Al visitarla poco después en su despacho de la calle Saint-Blaise, le habló de su próxima muerte con tanta sencillez que no pudo evitar decirle:

«Señora, he visto muchas mujeres fuertes, pero ninguna como usted». — «Ese buen sacerdote –añade Louise, testigo ocular de la escena– estaba menos tranquilo que la señora».

Es en Dios en quien se apoya. Él será siempre para ella «el primer servido». El domingo 22 de julio todavía se levanta a las cinco para asistir a la Misa del alba. Marie, que la acompaña, después de haber intentado en vano retenerla, nos da detalles conmovedores sobre esa peligrosa empresa:

«Tuvo que hacer esfuerzos y mostrar un coraje inaudito para llegar hasta la iglesia. Cada paso que daba le repercutía en el cuello; a veces debía detenerse para recobrar fuerzas.

Cuando la vi tan debilitada, le supliqué que regresara a casa, pero quiso llegar hasta el final, creyendo que ese dolor pasaría, y no fue así, al contrario, le costó mucho volver de la iglesia… Creí que no lograría llevarla de vuelta viva a casa. ¡Ah, qué Misa tan angustiosa pasé! Varias personas nos miraban con asombro, preguntándose sin duda cómo se había podido sacar a una enferma en estado tan lastimoso. Pero ella había querido ir a toda costa, no se creía bastante mal como para faltar a Misa un domingo».

La Sra. Martin reconoce que fue una imprudencia de su parte. Aun así, quiere repetirlo ocho días después, alistándose para la Misa mayor. Incapaz de disuadirla, su hija mayor debe recurrir a la astucia, demorando sistemáticamente en vestirla, en fin, dejando pasar la hora adecuada. El 3 de agosto, insiste en ir por última vez a Notre-Dame. Es casi una locura. El descenso de la acera y el golpe de una piedra que sobresale sacuden todo su cuerpo hasta hacerla gritar. Tiene que fingir interés en un escaparate para poder terminar, sin caerse, esa subida al calvario. Marie escribe a su tía:

«El viernes fue a Misa de siete, porque era el primer viernes del mes. Papá la acompañó, pues sin él no habría podido ir. Nos dijo que, al llegar a la iglesia, si no hubiese tenido a alguien para abrirle las puertas, no habría podido entrar»[185].

Recluida en casa, se consuela prolongando sus devociones a la Virgen y a San José. La oración es verdaderamente la respiración de su alma. Su hija la encuentra jadeante, pálida, casi lívida, rezando de rodillas el rosario entero ante la estatua de la Virgen. Quiere hacerla sentar. Una sonrisa velada le responde. ¿Para qué cuidar una vida que ya se va? Es tan dulce consumirla

al servicio de la Mamá del cielo. En las horas de crisis, se la oye conversar en voz alta con el Amigo divino:

«¡Oh, Dios mío! –exclama–, veis bien que ya no tengo fuerzas para sufrir. ¡Tened piedad de mí! Ya que debo quedarme aquí, en este lecho de dolor, sin que se me pueda aliviar, os lo suplico, ¡no me abandonéis!».

En los primeros días de agosto, aprovechando una pasajera calma, se le prepara una sorpresa a la enferma. Es la distribución de premios en la «Visitación Santa María de Alençon» (así se designan pomposamente las lecciones dadas por la mayor a Céline y Teresa). La falsa directora describe la escena en una carta a la Sra. Guérin, el 9 de agosto de 1877:

«Te aseguro que fue realmente hermoso. Adorné mi habitación con guirnaldas de pervincas entremezcladas con ramos de rosas. A cierta distancia estaban colgadas coronas de flores. Una alfombra cubría el suelo y dos sillones esperaban a los Presidentes de la augusta ceremonia: el Sr. y la Sra. Martin. Sí, tía, mamá también quiso asistir a nuestra entrega de premios. ¡Qué lástima que no hayas estado allí! Nuestras dos pequeñas estaban de blanco y había que ver con qué rostro triunfante venían a recibir sus premios y coronas. Papá y mamá repartían las recompensas y yo llamaba a mis alumnas. Incluso pronuncié un discurso que Pauline y yo habíamos compuesto la víspera».

***

Esta encantadora fiesta familiar fue el último consuelo de la enferma en la tierra. Las alegrías terrestres ya no eran para ella. Pauline había regresado al hogar y se entregaba activamente a las tareas domésticas. En otro tiempo, la Sra. Martin habría saboreado la dicha de tener a su pequeño mundo a su alrededor. Había deseado tanto, tras la marcha de Louise, no tener que contratar personal. Habría vivido deliciosamente «entre los suyos», las mayores ocupándose del mantenimiento de la casa y del cuidado de las pequeñas.

«¡Es necesario –suspira la moribunda– que vea desvanecerse el sueño de toda mi vida, justo cuando estaba a punto de realizarse!».

Esta visión la enternece. Le sucede llorar al mirar a sus hijas, una tras otra.

«¡Ah!, mis pobres hijas, ya no podré llevarlas a pasear, yo, que quería hacerlas tan felices».

Para complacerla, el Sr. Martin, dominando su dolor, organiza una salida en bote. Pero ¿qué distracción tomar cuando se muere una tal madre?

A veces una sombra cruza por el rostro crispado por el sufrimiento. No es en ella en quien piensa. Se preocupa por la niña rezagada que, más que

ninguna otra, necesita ser comprendida y guiada con ternura.

«Si tuviera que lamentar la vida, no sería más que por la pobre Léonie... ¿Quién se ocupará de ella cuando ya no esté? ¡No puede ser tarea de un padre, por muy bueno que sea! ¿Quién la amará como una madre?».

Marie le respondió de inmediato:

«Oh, mamá, seré yo, te lo prometo».

Cumpliría su promesa, ayudada por la querida difunta, que acabaría desde el cielo la tarea de educación iniciada en la tierra con tanto fervor.

La Sra. Martin no pensaba menos en las dos pequeñas. Encomendó a Marie y a Pauline que las educaran como cristianas y, además, las recomendó a su hermano y a su cuñada, quienes fueron a visitarla a comienzos de agosto. *La Historia de un alma* analiza las dolorosas impresiones de las niñas, a quienes se alejaba adrede de la habitación de agonía y que, cada mañana, como pequeñas exiliadas, se dirigían a una casa amiga. Todos los pensamientos se dirigían a su madre sufriente. Para ella se reservaba un hermoso damasco, que recibía con agradecimiento, aunque ya no pudiera tocarlo. Céline nos relató cómo su madre, poco antes de morir, quiso mostrarle las llagas violáceas que devoraban su hombro y su cuello. La niña se retiró, con la muerte en el alma.

En la vida de la Sra. Martin, Pauline ocupaba un lugar especial. ¿Presintió acaso la madre la futura misión de su hija? ¿Era el orgullo de reconocerse en ella, la intuición de su próxima consagración a Dios? Ninguna de sus otras hijas había recibido de ella semejantes muestras de confianza, que rozaban el respeto. Viéndola al borde de la cama, ya próxima a la muerte, le tomó las manos, las besó y le dijo:

«¡Pobrecita, qué vacaciones! ¡Y yo, que me alegraba tanto de tenerte! Oh, mi Pauline, eres mi tesoro. ¡Sé muy bien que serás religiosa!».

Más tarde, cuando la familia se haya reunido bajo la sombra del claustro, se verá en este gesto y en estas palabras el símbolo de una especie de investidura espiritual conferida, por la moribunda, a aquella que sería «la madrecita» de Teresa y la priora del Carmelo de Lisieux.

Habiendo hecho todas sus ofrendas, despedidas y recomendaciones testamentarias, la Sra. Martin aguardó la muerte con mirada serena. El jueves 16 de agosto, tras haber celebrado en el sufrimiento la fiesta de la

Asunción, envió a su hermano una última carta que concluye con un sublime pensamiento de abandono a la Providencia:

«No puedo ya tenerme en pie. Apenas bajo, voy de la cama al sillón y del sillón a la cama; acabo de pasar dos noches muy crueles. Hace dos días me lavé con agua de Lourdes; desde ese momento he sufrido mucho, sobre todo bajo el brazo. Decididamente, la Virgen Santísima no quiere curarme.

No puedo escribir más, mis fuerzas se han agotado. Hicieron bien en venir a Alençon, mientras aún podía estar con ustedes.

¿Qué quieren que haga? Si la Virgen Santísima no me cura, es porque mi tiempo ha terminado y Dios quiere que descanse en otro lugar que no sea en la tierra...".

En los días siguientes, los dolores aumentaron aún más, en un trágico *crescendo*. Las noches eran horribles, los remedios resultaban casi ineficaces. Marie escribió a su tía:

«Debe levantarse cada quince minutos, no puede permanecer en la cama, tal es su dolor. El menor ruido le provoca crisis terribles; por más que hablemos en voz baja, que andemos descalzos para no hacer ruido, oye todo; su sueño es tan ligero que cualquier sonido la despierta».

Los consuelos de la fe eran su único alivio. La superiora de la Visitación de Le Mans había recordado, en una carta a Pauline, este pensamiento de San Francisco de Sales:

«Una onza de virtud practicada en la tribulación vale más que mil en tiempo de descanso y alegría».

Se la citaron a la enferma, quien la saboreó largamente, pidió que se la repitieran varias veces y se la repetía a sí misma en las horas de crisis.

El 25 de agosto era, en la casa, día de fiesta tradicional: se felicitaba al Sr. Martin por su santo, San Luis. Esta vez, el pobre padre pasó el día en la más viva ansiedad. Había permanecido en vela toda la noche, alarmado por una hemorragia que agotó las últimas fuerzas de la moribunda.

«Estaba tan turbado –cuenta su hija– que no podía separarse de ella».

La noche del 26 fue a Notre-Dame a buscar al sacerdote y quiso acompañar el Santo Viático. Toda la familia estaba reunida alrededor del lecho de agonía. Los corazones se unían en una misma oración. Teresa dejó constancia de este recuerdo fúnebre:

«La conmovedora ceremonia de la extremaunción quedó grabada en mi alma; todavía veo el lugar donde estaba, junto a Céline. Las cinco estábamos por orden de edad y el pobre papá también estaba allí, sollozando...»[186].

El sacramento, ejerciendo su acción consoladora, alivió un poco los sufrimientos. La Sra. Martin cayó en una especie de postración. Estaba como aniquilada, con las piernas y los brazos hinchados, incapaz de moverse o de hacerse oír. Había que leerle el pensamiento en el imperceptible movimiento de sus labios. Pero sus ojos todavía hablaban. Cuando, al día siguiente, advertidos por una carta de Marie, el Sr. y la Sra. Guérin entraron en su habitación, los recibió con una sonrisa, luego fijó largamente su mirada en su cuñada con una expresión profunda y suplicante que expresaba toda la esperanza que depositaba en ella y su infinita gratitud.

A causa de una nueva hemorragia, fue, en el umbral del martes 28 de agosto de 1877, exactamente a las doce y media de la noche, tras una brevísima agonía, que la Sra. Martin se apagó dulcemente. Su esposo y su hermano, avisados por la hermana enfermera, llegaron a tiempo para recibir su último suspiro. Avisaron enseguida a las hijas mayores, que, tranquilizadas por la religiosa, se habían retirado a las nueve de la noche. Pauline, que se había refugiado en el cuarto del jardín, sobre la lavandería, fue entre lágrimas al lado de las dos pequeñas, pero no quiso interrumpir su sueño. Dejó para el día siguiente la desgarradora noticia.

El Sr. Martin llevó a Teresa ante el lecho mortuorio. Ella misma narró la escena:

> «Me tomó en sus brazos y me dijo: “Ven a dar un último beso a tu pobre madrecita”. Y yo, sin decir nada, acerqué mis labios a la frente de mi querida madre...»[187].

Parecía dormida. Aunque estaba ya cerca de cumplir los cuarenta y seis años, se diría que había sido arrancada mucho antes. El rostro, demacrado y como esculpido por el sufrimiento, había adquirido en la muerte una expresión impactante de majestad y juventud. Una atmósfera impresionante de recogimiento y calma sobrenatural envolvía la capilla ardiente. El Sr. Martin y sus hijas no se cansaban de contemplar el semblante sereno de aquella que, tras tanto trabajo, conocía, por fin, el descanso.

En cuanto a la benjamina, dio testimonio en su autobiografía sobre aquellos días obscuros –tenía entonces cuatro años y medio–:

> «No recuerdo haber llorado mucho; no hablaba con nadie de los sentimientos profundos que experimentaba... Observaba y escuchaba en silencio… nadie tenía tiempo para ocuparse de mí, así que veía muchas cosas que habrían querido ocultarme; una vez me encontré frente a la tapa del

ataúd... me detuve largo tiempo a mirarla; nunca había visto una, pero comprendí... era tan pequeña que, a pesar de la baja estatura de Mamá, tenía que *alzar* la cabeza para ver la parte superior, y me parecía muy *grande*... muy *triste*…»[188].

***

El funeral, según la costumbre de la época, tuvo lugar al día siguiente, es decir, el miércoles 29 de agosto a las nueve de la mañana, en la iglesia parroquial donde habían sido convocados familiares y amigos. Conforme a la costumbre entonces vigente, las hijas de la difunta no asistieron a la ceremonia. La inhumación se hizo en el cementerio Notre-Dame de Alençon.

No fue sino hasta octubre de 1894, tras la muerte del Sr. Martin, que el Sr. Guérin, queriendo reunir en la tumba a quienes habían vivido una unión conyugal ejemplar, hizo trasladar el cuerpo de su hermana al panteón familiar en Lisieux. La losa de granito que llevaba la inscripción funeraria fue entonces colocada cerca, en un terreno libre. Fue hallada intacta cincuenta y un años después, y se instaló en lugar destacado en el jardín del Pabellón, donde a los peregrinos les gusta encontrar el recuerdo de la madre de Teresa.

No faltaron elogios a la memoria de la Sra. Martin. El párroco de Montsort declaró sin ambages «que había una santa más en el cielo».

La Sra. Guérin, que también había recibido las confidencias de su cuñada y tantas veces se había beneficiado de su experiencia y de sus delicados servicios, evocaría de nuevo sus eminentes méritos en una carta que dirigió catorce años después, el 16 de noviembre de 1891, a su sobrina ya carmelita, Teresa del Niño Jesús:

«¿Qué he hecho para que Dios me haya rodeado de corazones tan amorosos? No he hecho más que responder a la última mirada de una madre a quien amaba *mucho, mucho*. Creí entender esa mirada, que nada podrá hacerme olvidar. Está grabada en mi corazón. Desde ese día, he intentado reemplazar a aquella que Dios les había arrebatado, pero ¡ay!, nada puede reemplazar a una madre.

Sin embargo, Dios ha querido bendecir mis débiles esfuerzos y hoy permite que recoja el cariño de esos jóvenes corazones. Ha querido que esa madre, que guió tu primera infancia, fuera elevada a una gloria sublime y disfrutara de las alegrías celestiales. ¡Ah!, es que tus padres, mi Teresita, son de aquellos a quienes se puede llamar santos y que merecen engendrar santos».

No menos conmovedora es la opinión que dio de su antigua patrona quien había vivido doce años con la familia Martin: Louise Marais. Esta sirvienta fiel entre todas había sido despedida, ya se vio en qué condiciones. Pidió y

obtuvo quedarse hasta la muerte de su señora, asegurando que ninguna otra la cuidaría como ella. En efecto, rodeó a la enferma hasta el final con la más absoluta devoción. Luego se retiró, pues la reeducación de Léonie lo requería, pero no sin llevarse el imborrable recuerdo de quien le había mostrado tanta condescendiente dulzura. En 1923, pocos meses antes de morir, aún escribía al Carmelo de Lisieux:

> «En mis dolores agudos invoco a mi Teresita y, al mismo tiempo, a su buena y santa madre, porque si Teresita es una santa, su madre, a mi parecer, también es una gran santa. Fue muy probada durante su vida y aceptó todo con resignación. ¡Y cómo sabía sacrificarse! Para ella, todo era siempre suficientemente bueno; pero, para los demás, no era lo mismo. Tendría mucho que contarles sobre todas sus bondades y su sumisión a la voluntad de Dios».

Por encima de todos estos testimonios se alza la voz del Sr. Martin, que no hablaba de su esposa sino atribuyéndole el calificativo de «santa», y la voz de sus hijas, que, bajo juramento, afirmaron sus virtudes maternas en el Proceso de Beatificación de su hermanita. Más alto aún habla la más pequeña, cuya creciente gloria constituirá para la difunta su más auténtico título de nobleza. ¿Se habrá escrito jamás retrato más bello de una madre que esta estrofa cincelada por Teresa?

«De mamá, amaba la sonrisa,
Su mirada profunda parecía decir:
“La eternidad me atrae y me arrebata,
Voy a ir al Cielo azul
¡A ver a Dios!”».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XI LA INTIMIDAD DE LOS BUISSONNETS

LA INSTALACIÓN EN LOS BUISSONNETS —
LISIEUX — LA ORGANIZACIÓN DEL HOGAR —
LA EDUCACIÓN DE LAS HIJAS —
LOS MOMENTOS DE ESPARCIMIENTO FAMILIAR —
LA VIDA ESPIRITUAL — EL SR. MARTIN EN BELVEDERE

Teresa contó cómo, la tarde del funeral de la Sra. Martin, mientras Céline tomaba a Marie por mamá, ella hacía de Pauline «su madrecita». Con diecisiete años y medio y dieciséis años respectivamente, las dos hermanas mayores se encontraban admirablemente preparadas para desempeñar tal papel. Respondiendo al último deseo de la difunta, la Sra. Guérin se ofreció a guiarlas e invitó a su cuñado a trasladar su hogar a Lisieux. La farmacia, ahora en plena prosperidad, sería para las huérfanas una segunda casa donde Jeanne, ya seria a pesar de sus nueve años, y su hermana menor Marie, encantadora traviesa de cabellos castaños y ojos de azabache, les brindarían la acogida más fraterna. La intimidad que unía a las dos familias no haría sino crecer.

De uno y otro lado reinaban las mismas tradiciones de sencillez, trabajo y rectitud. Los padres Fournet cultivaban la memoria de uno de los suyos, el sacerdote Thomas-Jean Monsaint, antiguo vicario de Orbec-en-Auge y luego de Saint-Roch, en París, martirizado en la Abadía durante la masacre del 2 de septiembre de 1792. En la sólida y antigua construcción que dominaba la intersección entre la plaza Thiers y la Gran Calle, a la sombra de las altas torres de la Catedral de San Pedro, se respiraba, en toda su pureza, el aire vivificante de la fe.

Para el Sr. Martin, el cambio de residencia equivalía a un desarraigo. Todo lo retenía en Alençon: los paisajes amados, la poesía de los recuerdos, los placeres de la pesca, sus múltiples relaciones, el recogimiento del Pabellón, su anciana madre, a quien no podía pensar en llevarse, y, más aún, la cercanía de sus tumbas. Su confesor y los numerosos amigos que tenía en la región se oponían con energía a un exilio pagado a tan alto precio. Lo apremiaban a internar a las hijas menores en un colegio y a introducir a las

mayores en la sociedad, donde la Sra. Tifenne y la Srta. Pauline Romet ejercerían sobre ellas una benéfica tutela moral.

La perspectiva de una vida más mundana no agradaba al gran cristiano, ni tampoco la idea de añadir a la tristeza del duelo la de nuevas separaciones. Prefería para sus hijas la seria y alegre educación del hogar. En cuanto a los argumentos que le concernían personalmente, rehusaba detenerse en ellos. Lo que alimentaba su perplejidad era que su esposa, por delicadeza, le había ocultado hasta el final su deseo de instalarse en Lisieux. Consultada por el Sr. Guérin, Marie, por los mismos motivos que su madre, se negaba a tomar la iniciativa.

En su indecisión, el Sr. Martin consulta a sus dos hijas mayores sobre la posibilidad de una partida:

> «Les pido su opinión, hijas mías, porque este sacrificio lo hago únicamente por ustedes y no quisiera imponerles otro».

Las jóvenes responden que la felicidad de su padre es lo único que les importa, pero él adivina de inmediato la inclinación de sus corazones. Su decisión está tomada. Marie le escribe a su tía a comienzos de septiembre:

> «Por nosotras, me ha dicho, haría todos los sacrificios posibles; sacrificaría su felicidad, su vida, si fuera necesario, para hacernos felices. No retrocede ante nada, ya no vacila ni un instante, cree que es su deber y nuestro bien para todas, y eso le basta».

El Sr. Guérin, que no esperaba más que una señal, se lanza enseguida en campaña para descubrir, en territorio de Lisieux y no lejos de su casa, una vivienda capaz de alojar a siete personas, sin olvidar la última recomendación de la Sra. Martin, que quería un jardín amplio para la salud de las pequeñas y el descanso en familia. Apoyado en la ayuda invisible de su hermana, a quien ha pedido orientación, pasa revista a los veinticinco inmuebles desocupados de la localidad y encuentra finalmente, en la parroquia de Saint-Jacques, en el lugar llamado «aldea del Nuevo Mundo», la propiedad soñada, cuya descripción meticulosa, con precisión de notario, remite a su cuñado en una carta del 10 de septiembre.

Está a setecientos sesenta y cuatro pasos de su farmacia y a setecientos de la iglesia. Desde la ruta de Pont-l’Évêque, bordeando a la izquierda el suntuoso Parque de la Estrella, desde entonces destinado a urbanizaciones, se accede por un sendero pedregoso que asciende alegremente la colina. Este estrecho y encajonado camino, si bien entonces carecía de comodidad –y hoy de estética–, permite escapar del ruido, el polvo y el bullicio que

acompañan el flujo de turistas que se precipitan hacia Deauville. Tras algunos meandros, se llega a media ladera, acurrucado en un islote de verdor, a la encantadora casa de campo normanda con un nombre deliciosamente simbólico, cantado en su día por el Cardenal Touchet:

> «¡*Les Buissonnets*[189]! –ni siquiera «les Buissons»–; nombre que evoca una imagen, que indica una mata de rosales silvestres, de espinos blancos, de avellanos, de retamas, no sé, donde se esconde el musgo de un nido».

Franqueemos la puerta incrustada en el muro, subamos algunos escalones y la casa se recorta, elegante, con su fachada revestida de ladrillos rojos con líneas blancas, sus pilastras y cornisas de piedra esculpida, sus altas ventanas adornadas con motivos de madera calada. Los árboles, los canteros y las cortinas de hiedra la envuelven de frescura y le llevan las caricias del viento y los mil cantos de los pájaros. A la entrada, un césped cortado a la inglesa, con canastas de flores, un marco de bosquecillos y la sombra de una pérgola natural donde será agradable trabajar en los días de verano. Una glorieta rústica cubre el pozo y la bomba de estilo antiguo. Detrás del chalet, un jardín elevado con césped apto para los juegos infantiles, mientras que el huerto proporcionará a la cabeza del hogar ocupaciones útiles y saludables.

Aquí y allá, escondites misteriosos bajo los laureles y los boneteros, senderos sinuosos que recorren el pie de los abetos y bordean los tuyos: es el rincón del ensueño que encantará a Teresa. Al fondo, el cobertizo donde se instalará su hamaca, el lavadero precedido por un pequeño cuadrado que cubrirá de helechos y bígaros, el invernadero que albergará las especies más raras, la puerta cochera que da a una vía de servicio, por donde entrarán los toneles de sidra y las cargas pesadas.

La construcción, bajo su apariencia coqueta, es relativamente antigua. Las habitaciones, de techos muy bajos, están bastante mal distribuidas. Sin embargo, el conjunto es acogedor y espacioso. La planta baja, hundida del lado del jardín, incluye un comedor revestido de roble, una cocina con chimenea de ladrillo rojo, un pequeño despacho y una despensa. En el primer piso, dos cuartos de baño y cuatro dormitorios, los de atrás, con salida directa al camino de grava. En el segundo, tres buhardillas bien empapeladas y, coronando la villa con su agudo hastial y sus vidrios blancos y azules, el lugar elevado propicio al estudio y a la contemplación:

el observatorio desde el cual se domina un inmenso panorama, la amable réplica del Pabellón, el Belvedere.

Entusiasmado con su hallazgo, el Sr. Guérin, que no duerme por la noche, apremia a su cuñado para que venga a juzgar por sí mismo y se pronuncie con urgencia. El Sr. Martin llega y, conquistado al instante, firma el contrato sin demora. Mientras permanece algún tiempo en Alençon para poner en orden sus asuntos y liquidar su empresa de encajes, sus hijas dejan la calle Saint-Blaise, luego de una conmovedora visita de despedida al cementerio de Notre-Dame.

El traslado se realiza la tarde del 15 de noviembre de 1877. Las huérfanas pasan su primera noche bajo el techo de su tío, que ha ido a buscarlas y quiere agasajarlas en su nueva ciudad de adopción. Hace falta nada menos que la acogida materna de la Sra. Guérin y las caricias de Jeanne y Marie para suavizar el primer desgarro de tan duro exilio. Sólo Teresa mantuvo el rostro sereno.

> «No sentí ninguna pena al dejar Alençon –escribe–, los niños aman el cambio y fue con gusto que vine a Lisieux»[190].

Al día siguiente, inspección del nuevo refugio, que a todas les parece ideal, y luego la instalación, llevada a cabo con alegría y buen gusto. El comedor, con su piso meticulosamente encerado, se adorna noblemente con muebles auténticos de roble: un aparador decorado con volutas y figuras de caza, una mesa redonda con un robusto pie central, sillas austeras a las que más tarde se añadirán, para las raras recepciones, dos altos sillones del mismo estilo. Sobre la chimenea, un reloj de bronce lleva la firma del joyero Martin. Cortinas espesas tamizan la luz, imprimiendo gravedad sobre la escena de la Natividad que corona el espejo y los alegres cuadros de niños colgados en las paredes. La cocina está equipada con robustos utensilios, orgullo de los hogares de antaño. El despacho contiguo se transforma en un gabinete íntimo donde, por las noches, tendrá lugar la velada familiar.

En el primer piso, frente al camino, se prepara con esmero la habitación del padre de familia. Aquí domina la caoba, sobria y elegante. Están el escritorio, el sillón, la mesita y la gran cama con dosel, cuyas cortinas caen en pliegues clásicos donde parece flotar una dulce melancolía. Las dos lámparas de aceite –que alumbrarán la cena en la primera comunión de Teresa– enmarcan la imagen del Crucificado, hacia quien se elevarán tantas

oraciones. El decorado es burgués, pero el espíritu monástico se impone a través de los temas piadosos que invitan a la oración: el *Ecce Homo*, el Cristo en la cruz, al que se unirá, en 1888, el cuadro pintado por Céline de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Una luz tenue y misteriosa se filtra a través de las ventanas religiosamente veladas.

Con esa cuasi-celda, el apartamento contiguo reservado a Marie y a Pauline –y donde tendrá lugar el milagro de la Virgen de la Sonrisa– contrasta por el tono claro de sus maderas y la suavidad de las muselinas que adornan con gracia la alcoba. Las habitaciones que dan al jardín trasero son asignadas: la más amplia para Céline y Teresa, la otra para Léonie. Nadie se olvida del Belvedere, que responderá tan oportunamente –sus hijas lo intuyen– al deseo de soledad innato en el Sr. Martin y que su viudez no hará sino avivar.

Ya el 16 de noviembre, Marie puede escribirle a su padre:

> «Nos hemos instalado en los Buissonnets. Es una encantadora casa, alegre y risueña, con ese gran jardín donde Céline y Teresa podrán retozar. Sólo el escalón deja que desear y también el sendero –el "camino del paraíso", como lo llamas–, porque en efecto, es estrecho, no es "el camino ancho y espacioso".
>
> ¡Qué importa!, todo eso es poca cosa, porque aquí en la tierra no hacemos más que acampar: hoy tenemos aquí nuestras tiendas, pero nuestra verdadera morada es el Cielo, adonde un día iremos a reunirnos con nuestra querida Madre.
>
> Mientras tanto, mi querido Papito, quisiéramos tenerte en medio de nosotras. Tu ausencia ya nos parece larga. ¿Cuándo terminarás tus asuntos en Alençon? Pienso en ti sin cesar. Me parece que serás feliz aquí, rodeado de tu pequeña familia. ¡Oh sí!, trataremos de ser muy buenas, de hacerte la vida dulce para agradecerte el gran sacrificio que haces por nuestra felicidad. Esa felicidad será también la tuya, pues haremos todo para hacerte feliz».

El Sr. Martin responde que está apurando a las encajeras para que terminen sus «piezas». También está ansioso por tomar posesión de su nuevo reino. Mientras tanto, exhorta desde lejos a su pequeño mundo:

> «Estad atentas a todas las recomendaciones de vuestro tío y de vuestra buena tía; sabéis los grandes sacrificios que he debido hacer para procuraros la ayuda de sus buenos consejos; no dejéis pasar ni una sola ocasión de aprovecharlos.
>
> Tú, mi Marie, mi mayor, mi primogénita, sabes cuánto te amo (lo mismo que a Pauline); ¡pues bien! sigue entregándote cada vez más por tus hermanas; procura que, al mirarte, tengan delante un buen modelo que imitar...
>
> Adiós, mis queridas hijas, os estrecho a todas contra mi corazón como os amo y os confío a vuestra santa Madre»[191].

Cuando las trabajadoras terminaron sus tareas, el Sr. Martin entregó los últimos encargos y cedió su empresa de encajes de Punto de Alençon. Su anciana madre, que no quiso abandonar la región, expresó el deseo de

terminar sus días en el campo. La llevó desde su casa de la calle del Puente Nuevo hasta Valframbert, donde vivía entonces la Sra. Moyse Taillé, «Rosita», quien se encargó de cuidarla. La visitará con frecuencia hasta el 8 de abril de 1883, cuando se apague en paz a la edad de ochenta y tres años. Fue pensando en esos frecuentes regresos al país que conservó, a modo de apeadero, su propiedad del Pabellón, donde una pequeña habitación en el primer piso le serviría de refugio nocturno. A fines de noviembre abandonó definitivamente, no sin pesar, la querida casa de la calle Saint-Blaise y se unió a los Buissonnets, donde será recibido como un rey.

***

Lisieux, donde nuestros amigos llegaron como desconocidos, y que heredará tanta gloria por su estancia, ofrecía a sus inesperados huéspedes un rostro ensombrecido por las nieblas otoñales. Ya no era la ciudad pulcra y distinguida, ceñida de luminosas campiñas. El valle donde confluyen el Touques y el Orbiquet se cubre de grises y densos vapores. Los prados que tapizan la ladera de las colinas parecen entumecidos y empapados de lluvias. Las altas chimeneas fabriles trazan en el cielo bajo volutas de hollín negro. Los ríos, que serpentean en insólitos lazos, adquieren tonos de pizarra y a veces arrastran aguas teñidas de tinta. Hay callejuelas estrechas donde, sobre esas aguas turbias, las lavanderas baten y retuercen su ropa. La industria ha dejado aquí y allá su huella. Se oyen retumbar toneles y barriles. Por momentos, un acre olor a sidra fermentada se adhiere a la garganta.

Hay otro aspecto del rostro de Lisieux que la implacable guerra, ¡ay!, ha devastado y casi aniquilado. Junto a muchos defectos, se revelaban allí auténticas maravillas. La antigua ciudad galorromana, *Noviomagus Lexoviarum,* que, antes de la invasión de César era la capital de la importante tribu de los Lixoves, conservaba de su agitado pasado recuerdos prestigiosos. Mientras cerámicas, herramientas arcaicas y piedras esculpidas, testigos de esos tiempos primitivos, enriquecían las galerías por donde pasea el amante de la historia, la Edad Media revivía en ese prodigioso museo al aire libre que era el corazón de la ciudad. La calle de la Paix, el Manoir Carrey, la plaza de las Carnicerías, la calle de los Herreros ofrecían los más variados ejemplos de la vivienda normanda desde el siglo XIV hasta el XVI. Las casas con entramado de madera y frontones puntiagudos se inclinaban curiosamente unas hacia otras como para

contarse secretos o murmurar padrenuestros. De las construcciones vetustas, con dinteles carcomidos, surgían monstruos grotescos y figuras extrañas.

Más adelante, una fachada inesperada revelaba la impronta del Renacimiento. El estilo de Versalles se inscribía en las líneas clásicas del antiguo obispado que encierra, como en un joyero, el «apartamento del Rey», la deslumbrante Cámara Dorada. La tradición de Le Nôtre animaba el Jardín Público, con sus líneas sabias de árboles y setos vivos que enmarcan nobles terrazas. El alma de los grandes prelados ha abandonado esos lugares, pero queda la Catedral de San Pedro, con sus altas torres desiguales, donde el gótico se funde sin brusquedad con el románico. Maurice Barrès ensalzó, como artista, este exvoto de piedra de tan poderosa austeridad. La profunda espiritualidad normanda de finales del siglo X estalla en el impresionante alargamiento de la nave. Para llenar tal recinto era necesario el unánime concurso de todo un pueblo.

Es allí, en la encantadora capilla absidial –que domina la estatua de la Virgen, demolida luego «por causa de la guerra» y reconstruida por Pierre Cauchon–, donde la familia Martin se arrodillará cada día para asistir a Misa y, con frecuencia, recibir a su Dios. Es allí, en el lado sur del deambulatorio, casi en la cabecera, en el oratorio dedicado antaño a San José de Cupertino y hoy a San Antonio de Padua, donde cada domingo el papá instalará a Teresa para que asista a la Misa mayor, con los ojos fijos en el altar mayor. Al llegar el evangelio, se lo verá, tomándola de la mano, conducirla cerca del púlpito para que, pese a la amplitud del edificio, no se pierda ni una palabra del sermón. Sentado en el banco de los miembros del consejo parroquial, el Sr. Guérin se estremecerá de alegría al ver surgir de la penumbra a la que llamaba «su pequeño rayo de sol».

Durante los paseos de la semana, será más bien San Desiderio, Saint-Jacques o el humilde santuario del Carmelo los que recibirán la visita del padre y de la niña. San Desiderio, a pesar de un elegante pórtico, una conmovedora Gloria y un coro histórico, ofrecía escaso alimento a la inspiración estética, pero Saint-Jacques, con su monumental escalinata, su robusto campanario de forma extraña y sus contrafuertes vetustos –de piedra tan frágil y desgastada por el viento– imponía su silueta y dictaba la oración[192].

Sin embargo, por más abiertos que estuvieran los recién llegados a los mil reflejos de la belleza, no era el placer artístico lo que buscaban entre esos

muros. La misma Teresa apenas hará mención de las maravillas acumuladas en la pintoresca ciudad por ebanistas y maestros constructores. Preferirá a ellas la carrera desenfrenada por los senderos hundidos, a través de los prados, hacia horizontes cubiertos de bruma o por las laderas de pastos verdes. Lo que esperan de Lisieux no es tanto entretenimiento como el olvido del mundo: es, con la cercanía de los Guérin, la perspectiva de una vida apacible, piadosa y recogida, en la intimidad familiar. El recinto de los Buissonnets parece hecho a propósito para albergar semejante sueño.

***

Pronto, la vida se organiza. El Sr. Martin ha renunciado definitivamente a su profesión. ¿Por qué buscar aún beneficios que lo desviarían de su tarea principal, la responsabilidad de su hogar? La educación de sus hijas, la gestión de sus bienes, las relaciones con el exterior, el mantenimiento de la casa, el cuidado del jardín, del corral y del palomar bastarán para absorberlo. Jamás estará inactivo[193]. Es él quien dirige desde lo alto. Da el tono, el espíritu, la línea general. Quiere el orden, la pulcritud en todo y se muestra afligido cuando, por descuido o negligencia, se desperdicia, se pierde o se estropea algo. Desea que cada una de sus hijas tenga su parte de ocupaciones y se inicie en el buen manejo de un hogar. No toleraría la menor sombra de «masculinización» y profesa que las labores del hogar deben seguir siendo el honor de los talentos femeninos. Por lo demás, se remite a sus hijas y no se inmiscuye en absoluto en las cuestiones de detalle.

Durante nueve años será Marie, y luego, al ingresar al convento, Céline, quien asumirá el papel de ama de casa. La acción póstuma de la mamá las sostendrá. Su presencia invisible reina en ese lugar. ¿Acaso no sintió la hija mayor, junto al lecho fúnebre, como un choque físico, la certeza invencible de que la difunta no había muerto del todo y que volvería para ayudarla en su misión?

Al observador superficial, el modo de vida de los Buissonnets podría parecer duro. Se desconocía el confort moderno. No se hablaba, evidentemente, de gas, electricidad, ni agua corriente. En los dormitorios nunca había fuego encendido. Las comidas se preparaban a la antigua, en el fogón con carbón de leña, en el hogar donde la olla del caldo colgaba del llar, en la vieja cocina donde se hace girar la comida para asarla. En las noches de invierno, para asombro de Teresa, el Sr. Martin hacía asar

manzanas sobre una piedra. Disfrutan de la poesía de la llama palpitante y de las ramas que brillaban y crepitaban bajo la mordedura del fuego.

El menú era sin pretensiones, salvo en las solemnidades litúrgicas, que hasta «el Hermano Asno» tenía derecho a celebrar. Se comía abundantemente, sanamente; no se querían ni gourmets ni glotones. El chocolate servido a las más pequeñas en el desayuno era reemplazado, en cuanto crecían, por una buena sopa de cebolla. El café sólo aparecía al mediodía en las fiestas con repique de campanas.

Fuera de la familia Guérin, los invitados eran raros. Se ignoraba al mundo y se vivía ignorado por él. Nada de salón. El comedor hacía sus veces o el dormitorio del padre, cuando el primero no estaba disponible a causa de los preparativos de alguna gran comida. Cuatro visitas bastaban, en la mañana del primero de enero, para saludar a parientes y allegados. Cumplido el recorrido ritual, se compadecía uno, con cierta malicia, del pobre tío y de la querida tía, condenados, por su posición, a la penosa servidumbre de unas sesenta recepciones duplicadas por otras tantas visitas.

La ociosidad estaba impiadosamente desterrada. El estudio, los trabajos de aguja y las artes de adorno ocupaban todos los momentos libres del día. El Sr. Martin, que admiraba mucho las delicadas miniaturas y retratos sobre pergamino o marfil pintados por Pauline, se ocupaba de comprarle, durante sus viajes a París, las conchas doradas que sabía usar con tanta destreza. Hará que Céline tome clases de dibujo y pintura. Del mismo modo, procuraría para su hija menor madejas de hilo fino para encaje de guipur, con el que bordaría, tras dos años de arduo trabajo, un alba, verdadera obra maestra, que, ofrecida en un principio al P. Ducellier, director espiritual de la joven y vicario de la Catedral, volvería después de su muerte al Carmelo y sería usada por el Cardenal Pacelli durante el Congreso Eucarístico de 1937.

Tanto en Lisieux como en Alençon, las sirvientas eran parte del hogar. Eran fieles y sólo se iban por «la puerta grande»: Victoire, después de siete años de servicio, para instalarse como lavandera por cuenta propia; Félicité, tras tres años, para casarse. Con el personal, el Sr. Martin se mostraba de una bondad encantadora.

El 30 de agosto de 1885, durante su viaje por Europa Central, escribiría desde Viena a Marie, que llevaba el timón en su lugar, para que cuide bien a la criada y le pague puntualmente su trimestre. Más tarde, una empleada pidió ausentarse el primero de enero, e intercedió ante Céline, que dudaba

un poco: «Déjala salir, sé buena, dale su día». Parece incluso que la experiencia resultó desafortunada y que un encuentro funesto, al volver, trajo a la interesada en estado de semi-ebriedad, lo que hizo que se lamentaran de aquella indulgencia.

Si estallaba algún conflicto entre las sirvientas y las niñas, en principio eran estas últimas quienes debían ceder. El padre no aceptaba que les faltaran el respeto. Teresa, a quien Victoire sabía bromear ocasionalmente –el relato del «acuérdate» a la luz de una vela lo prueba–, tuvo que disculparse con ella en circunstancias en que, evidentemente, la falta no estaba del lado de la niña.

¿Qué hay más conmovedor que el homenaje rendido a sus antiguos amos por estas sirvientas devotas? Desde París, el 25 de mayo de 1926, la anciana Victoire Pasquier, indignada por ciertos rumores calumniosos sobre el ambiente de los Buissonnets, protesta con noble vehemencia:

> «Las señoritas nunca salían solas y cuando su padre no las acompañaba, era yo quien lo hacía, y nunca observé que las señoritas tuvieran una conducta incorrecta, al contrario, tenían una educación excelente y diría incluso que podían citarse como modelos; y en cuanto a la educación de sus hermanitas, las educaron muy bien, sería deseable que muchas familias criaran a sus hijos de la misma manera. Lo que encontré fue que era una familia verdaderamente cristiana como pocas; yo, que he estado bastante en el mundo, no conocí más que una que se le acercara, porque en los Buissonnets se habría dicho que era un pequeño convento».

En la misma época, Félicité Saffrey también escribe a las hermanas carmelitas:

> «Erais realmente una familia como pocas».

***

El amor confiado sigue siendo el alma de la educación que el padre da a sus hijas.

> «Era tan duro consigo mismo –atestigua Céline– como grande el amor que nos tenía. Su corazón era de una ternura excepcional hacia nosotras, no vivía más que para nosotras; no hay corazón de madre que lo supere. Sin embargo, lo hacía sin debilidad».

Teresa dice, por su parte, en términos casi equivalentes:

> «¡El corazón tan tierno de Papá había unido al amor que ya poseía un amor verdaderamente materno…!».

No pudo decidirse a someter a las más jóvenes al régimen del internado. Ya lo dijimos: sufría cuando su pequeña tribu se dispersaba. Si Sor María

Dositea hubiera estado viva, quizá se habría inclinado, al escoger la casa de enseñanza, por la Visitación de Le Mans. La muerte de «la santa hija» lo dejó libre, y buscó y encontró en Lisieux.

Al oeste de la ciudad, tras cruzar el río Touques y alcanzar la ruta nacional en dirección a Caen, se alzaba un conjunto de construcciones algo dispares, dominadas por el portal y el campanario de Saint-Désir. Era una reliquia de la historia esa parcela de tierra donde, en la noche del 6 al 7 de junio de 1944, un bombardeo aéreo sembraría la ruina y el incendio, haciendo perecer a veinte religiosas en las llamas y destruyendo los recuerdos de la primera comunión de Santa Teresita del Niño Jesús. Allí, ya en el año 1046, Lesceline, viuda de Guillermo, conde de Exmes, trasladaba, sobre un terreno cedido por Guillermo el Conquistador, a las monjas benedictinas establecidas desde 1011 en Saint-Pierre-sur-Dives. La Abadía de Notre-Dame-du-Pré se había perpetuado allí. Si los trastornos de casi un milenio se hacían sentir en la piedra, sólo el sangriento intermedio de la Revolución había podido interrumpir –y por muy poco tiempo– la recitación del Oficio Divino, misión esencial de las hijas de San Benito. No fue lo mismo con la escuela anexa a la Abadía, al menos desde el siglo XVI. Dispersada durante el Terror, reabierta en 1808, esta brillante institución fue incluida en la proscripción de 1904 y reemplazada por una hostería para señoras y señoritas.

En 1877, interrumpida la tradición abacial durante la Restauración, era una priora, la Reverenda Madre San Exuperio, quien gobernaba el monasterio. La enseñanza estaba a cargo de la Madre San Arsenio, emparentada con la familia Martin. En 1882 fue designada para sucederle una religiosa de gran corazón, pedagoga experimentada y perfecta educadora, la Madre San Plácido. Cinco clases, cada una con dos o tres divisiones y diferenciadas por los colores de los cinturones del uniforme –rojo, verde, violeta, naranja y azul–, se repartían una sesentena de alumnas de los mejores estratos sociales. La casa, de apariencia austera, se distinguía por su espíritu familiar. Su reputación estaba sólidamente fundada.

Jeanne y Marie Guérin asistían a sus cursos. En enero de 1878, el Sr. Martin decidió que Léonie y Céline las acompañarían. Teresa, que sería invitada allí ocasionalmente para alguna sesión o fiesta, recién ingresaría como alumna en octubre de 1881.

Mientras Léonie sería interna, Céline y, más tarde, Teresa llegaban por la mañana poco después de las ocho y regresaban por la tarde hacia las seis. A

la vuelta solían hacer el camino con sus primas, acompañadas por la sirvienta de la farmacia, la fiel Marcelline, que más adelante tomaría el velo entre las benedictinas de Bayeux. El Sr. Martin las acompañaba con frecuencia y a veces las iba a buscar, lo cual era una buena ocasión para informarse sobre sus progresos y esfuerzos. Bajo su rostro afable se ocultaba una firmeza real. Cuando las notas no eran satisfactorias, manifestaba claramente su contrariedad. El pensamiento de afligirlo ensombrecía entonces el regreso a los Buissonnets. Jamás habría aceptado que se pusiera en duda la autoridad de las maestras; ninguna diplomacia podía llevarlo a darles la razón.

De igual modo exigía puntualidad y regularidad. No le gustaba que se exageraran malestares leves ni que se los usara como pretexto para faltar. Céline declara que, en sus ocho años de internado, a pesar de su salud muy frágil, sólo faltó dos días. ¿Sufría de intensos dolores de oídos? Salía con una mentonera. En caso de indigestión llevaba un trozo de chocolate como refrigerio… No faltaban por tan poco.

Educadas con rigor por sus hermanas mayores, acostumbradas a no discutir jamás una consigna, las niñas obtenían con facilidad el primer premio en disciplina. Debían cuidar el material escolar y usar con moderación el número determinado de plumas que se les asignaba cada mes. Asimismo, recibían para el postre del mediodía cierta cantidad de mermelada que debía durar cierto tiempo. Mala suerte si no alcanzaba. En la colación habitual de media mañana, sus compañeras recogían al paso, de la bandeja que pasaba por la clase, los vinos fortificantes y los bizcochos que sus familias les enviaban en abundancia. Ellas, en cambio, se contentaban –aunque su amor propio, si no su paladar, se viera profundamente mortificado– con un frugal pedazo de pan seco.

Tampoco se cedía a la moda cuando halagaba la vanidad; Céline, que tenía la frente amplia, habría querido llevar el peinado «à la chienne» □suelto□, entonces muy en boga. Había, sin duda, en ello un toque de coquetería. No se le permitió esa debilidad.

Tal austeridad resultó provechosa. La misma Léonie evolucionó rápidamente, para gran alegría de su padre, que le prodigaba paciencia y ánimos. Pronto fue evidente que la influencia materna la seguía desde el más allá con conmovedora eficacia. Marie, que la había tomado a su cargo, lo expresaba con alegría. Ella, que había escrito: «Espero más de la protección de mi santa mamá que de mis débiles esfuerzos para transformar,

desde el Cielo, a mi pobre hermana…», pudo enviar, ya desde su llegada a Lisieux, un primer parte de victoria.

> «Me doy cuenta –escribía de Léonie– de que está cambiando día a día desde hace un tiempo, ¿no lo has notado, mi Papito? Mi tío y mi tía ya lo han hecho. Estoy segura de que es nuestra querida Madre quien nos obtiene esta gracia y estoy convencida de que nuestra Léonie nos dará un día una gran alegría»[194].

De hecho, si los estudios de la joven quedaron truncos a causa de los retrasos acumulados, los dones del corazón se desarrollaron maravillosamente. Según el testimonio de la Madre San Francisco de Sales, que la trató mucho durante sus cuatro años con las benedictinas, sus redacciones en francés brillaban por la delicadeza de sentimientos. En el hogar, si no se despojaba del todo de su primitiva insociabilidad –que frecuentes migrañas alimentaban en parte—, sin embargo, se abría y se dejaba llevar por la corriente de intimidad que hacía el encanto de los Buissonnets. Las insinuaciones maliciosas que la pintaron como una Cenicienta relegada por su entorno se oponen totalmente a la verdad.

En cuanto a Céline, que se había vuelto, según la expresión de Teresa, «un pequeño duende travieso», se adaptó rápidamente al reglamento del colegio. Con una fervorosa actitud, que se percibe en la alusión que hace la *Historia de un alma*, celebró su primera comunión después de varios días de retiro vividos íntegramente entre las religiosas. Su satisfacción fue total cuando, tras relevar a Léonie al término de sus estudios, la benjamina ingresó a su vez en la Abadía.

***

Después de las jornadas de estudio, el descanso en los *Buissonnets* aparecía más apacible. El espíritu del mundo no traspasaba aquel recinto. El papá vivía retirado de los negocios, replegado en su duelo. Extraño a la ciudad, apenas trabó allí relaciones. Asistían a las funciones teatrales y a los conciertos del Círculo católico; apreciaban la tierna amistad del Sr. y la Sra. Guérin, en cuya casa, cada domingo, por turno, los niños pasaban la velada; pero se ignoraron siempre los salones de Lisieux.

Guardián nato de la tradición familiar, el padre apartaba celosamente todo lo que pudiera alterarla. No admitía otro periódico que *La Croix* y reservaba su lectura a las hijas mayores. Gustaba poco de los juegos mixtos y de la excesiva familiaridad que de ellos resulta entre niñas y niños. Delicado

hasta el escrúpulo, escogía los lugares de paseo de modo que se evitaran ciertos rincones con mala fama y ponía a los suyos en guardia contra los escaparates sospechosos y los encuentros turbadores. La diversión era entre los de casa. La autonomía en la recreación garantizaba la independencia moral del hogar.

Cada noche de invierno, cuando la mesa estaba servida, la vajilla lavada y puesta en orden, la voz clara de Teresa resonaba en la escalera: «Papá, papá, la lámpara está encendida». Se oía rodar el sillón en el Belvedere, un paso grave sacudía el piso. El Sr. Martin bajaba, con semblante alegre, al pequeño salón arreglado junto a la cocina[195]. Allí se reunían las mayores durante el día. Allí celebraban la velada.

Una partida de *damas* la inauguraba. El papá se revelaba allí como jugador casi imbatible. Cuando por casualidad su vigilancia flaqueaba y se veía acorralado en la derrota, Marie, su compañera predilecta, encontraba todavía la manera, mediante alguna falsa jugada, de restablecer su suerte. Luego mandaba traer *El año Litúrgico*, esa obra maestra de Dom Guéranger que había regalado a Pauline al salir del pensionado[196]. El volumen de la estación estaba señalado con un marcador correspondiente a la fecha oportuna. Leían allí algunas páginas que suscitaban a veces pequeños comentarios y los colocaban al unísono con el alma de la Iglesia. Después tomaban un libro instructivo o una novela escogida de la biblioteca parroquial, y era una nueva ocasión de comulgar juntos en el pensamiento de un maestro.

Entonces se abría la hora del descanso, la más deliciosa para Teresa, que se venía a acurrucar en los brazos de su padre y lo cubría de besos. El alma cantora del Sr. Martin iba a arrullar a su «pequeña Reina». Retenía cuidadosamente aquellas melodías y, más tarde, en el Carmelo, añadiéndoles coplas y estribillos nuevos, compondría cánticos donde se expresaría su ideal. Con no menos deleite escuchaba a su «Rey» declamar algunas fábulas de La Fontaine, *El Anticristo* de Víctor Hugo o *Reflexión* de Lamartine. No tenía más que sacar de su inmenso repertorio.

¿Quería alegrar el programa? Pasaba entonces a los monólogos de M. de La Palisse o, improvisándose como fabricante de juguetes, tallaba, en una cáscara de melón, minúsculos carritos rodantes ante los cuales se extasiaba la niña. Recortaba en la médula del saúco unos conos que reforzaba en la base con un poco de plomo. Teresa se divertía derribándolos para verlos

levantarse de un brinco y la voz paternal sacaba de ello una graciosa lección:

«En las adversidades y los choques de la vida, hay que imitar a los muñecos *Tombi-Carabi*[197]: levantarse tras cada caída y mirar siempre hacia lo alto».

La velada concluía con la oración en común ante la Virgen, en la habitación de las mayores, donde Teresa se colocaba junto a su «Rey», «no teniendo más que mirarlo para saber cómo rezan los Santos»...

Cuando se acercaba el 25 de diciembre, el Sr. Martin elegía entre mil un tronco de formas pintorescas, cuya lenta agonía en la chimenea, con los acentos de alguna endecha bretona, deslumbraba todas las miradas, mientras las castañas se asaban bajo la ceniza. Más tarde, evocando esta escena, la santa del Carmelo escribiría:

«Amaba poner cada año
Mi zapato en la chimenea;
Acudiendo en cuanto despertaba,
Cantaba la fiesta del Cielo:
¡Navidad!».

En verano, tras el trabajo bajo la parra, venían las comidas al aire libre, con el perfume de las rosas, luego la iniciación a la jardinería o los juegos más imprevistos. ¿No se le ocurrió acaso al papá, un día en que había recibido una herencia, queriendo entregar cien francos a cada una de sus hijas, enterrar aquí y allá los rollos de preciosos luises y guiar las exploraciones de las «buscadoras de oro», acompañándolas con las indicaciones acostumbradas: «Frío, frío... caliente, caliente...»? Los espíritus indiferentes podrán sonreír ante tales maneras de proceder. ¡Bienaventurado, ¿no es cierto?, el hogar donde los corazones permanecen lo suficientemente sencillos para gustar de esos ingenuos placeres!

Al dejar Alençon, el Sr. Martin no había enterrado la caña de pescar. Haría admirar a los visitantes de los Buissonnets las cañas, cuyos extremos se encajaban unos en otros, las cuerdas trenzadas, su provisión de crines de Florencia. En Saint-Martin-de-la-Lieue, donde un hacendado complaciente le había dado un permiso que lo ponía a salvo del guardabosques, pescaba lucios. En Saint-Ouen-le-Pin, en casa de una pariente, atrapaba truchas en dos viveros. No lejos de Deauville, en Touques, la marea le traía lenguados y peces de mar. Se citan en su haber capturas memorables: en particular una carpa de 0, 60 m de largo. Pauline hacía de las víctimas, fieles dibujos que

figurarían en el Belvedere como trofeos, mientras lo mejor de la fritura servía para mejorar el menú básico del Carmelo.

Cierto día, la pacífica expedición terminó en corrida. Oculto en un pastizal, al fondo de una pradera, un toro salió en dirección del intruso que violaba su dominio. La caja de pesca quedó hecha pedazos. El Sr. Martin, que seguía, de pie, lentamente el curso del agua, esbozó hacia la cerca una retirada estratégica. Acorralado de cerca por el animal furioso, le hizo frente con sangre fría y varias veces se lanzó contra él con sus cañas. Un salto *in extremis* lo salvó de la cornada: «Hijas mías, muy poco ha faltado para que no volvieran a verme vivo», confesó aquella noche, al regresar a su casa.

A menudo, sus hijas lo acompañaban. Se instalaban sobre la hierba, mostraban alguna labor o manejaban los pinceles. Se vio incluso al P. Lepelletier, primer vicario de la Catedral de Lisieux, tomar parte para aprender a lanzar el anzuelo, pero aprovechó para dar a la pequeña Céline una lección de perspectiva, trazando en su cuaderno el boceto de Teresa cogiendo flores.

Cuando la frescura del tiempo invitaba a caminar, el Sr. Martin llevaba a los suyos de paseo. Recorrían los alrededores: Ouilly-le-Vicomte, el bosque de Rocques, Beuvillers, la carretera de Ruan, la de París. Iban a rezar al Petit-Bon-Dieu donde se alza el Calvario de Saint-Pierre. Llegaban al bonito cementerio de Lisieux, que escalona en la ladera sus cruces y setos de aligustres: en el camino se detenían en la baranda, desde donde se domina el horizonte, se demoraban en interrogar, bajo su halo de vapores violáceos, las colinas y los valles cuyas líneas se entrecruzan y cabalgan hasta perderse de vista.

En septiembre se organizaba una verdadera excursión. Un coche de caballos llevaba a toda la familia a diez kilómetros, a Saint-Ouen-le-Pin, a la modesta casa que allí poseía la Sra. Fournet, madre de la Sra. Guérin. Allí tenía lugar la recolección de avellanas, las caminatas por una campiña esmaltada de castillos, de campanarios, de ruinas queridas a los arqueólogos, luego los picnics en la pradera con la rústica loza de sabrosos temas normandos. Como por azar, al Sr. Martin le correspondía cierto plato ilustrado donde figura, frente a una pareja enjuta y un perro esquelético, una sirvienta de imponente corpulencia que se presenta a contratarse. Abajo, esta inscripción: «Cien francos de sueldo, sin aguinaldo, pero será alimentada como nosotros». Fue allí, entre flores y árboles altivos, donde, al día siguiente de su tos ferina, Teresa pasó su convalecencia.

Las estancias en la costa no eran menos apreciadas. En 1878, 1885, 1886, 1887, en la temporada, la Sra. Guérin alquilaba allí por uno o dos meses. El chalet Colombe en Deauville, la villa Marie-Rose, el chalet de las Lilas en Trouville acogían familiarmente a los visitantes. El padre iba allí de vez en cuando durante el día. Las jóvenes lo acompañaban y se quedaban una tras otra, o de dos en dos. Aquellas playas no tenían aún su fama mundial. Los artistas se adelantan a todo París. Si ya los trajes excéntricos inclinaban a desertar el Paseo de las Planchas, había, frente al «gran azul», dominando los malecones que encauzan la desembocadura del Touques, flotando sobre las casonas nobles abrigadas entre los bosques, soledades rocosas, verdaderos nidos de silencio donde el alma de oración que era el Sr. Martin debía embriagarse de recogimiento y de alabanza divina.

Cuando Teresa no lo acompañaba, cuidaba de reservarle algún recuerdo, una concha o pez de elección. En 1880, la niña, entonces de siete años, escribía en su cuaderno de deberes:

> «Papá está en Trouville; tal vez traiga cangrejos, me alegro, es tan divertido ver a los animalitos negros volverse rojos cuando se los cuece».

Los viajes a Alençon eran más raros. El padre iba allí cada trimestre y pasaba dos o tres días. Se alojaba en el Pabellón y comía con los íntimos, que tanto habían lamentado su partida. Las mayores se dirigían, cada dos años aproximadamente, a la tumba de su madre; Céline y Teresa esperarán hasta 1883 antes de volver a ver el cementerio de Notre-Dame. Esas estancias, que duraban a menudo más de una semana, se alegraban con recepciones amistosas y a veces brillantes, por parte de los amigos de antaño: la Srta. Pauline Romet conducía a sus invitados a casa de su hermano en el castillo de Saint-Denis-sur-Sarthon, la Sra. Tifenne los llevaba a Grogny en el Sarthe, al castillo de su hermana, la Sra. Monnier. Los Rabinel los acogían, en ocasiones, en su castillo de Lanchal en Semallé.

El Sr. Martin, que hacía a las conveniencias mundanas esas concesiones, prefería, sin embargo, a tales salidas las peregrinaciones en familia. Le gustaba llevar a sus hijas a Notre-Dame de la Délivrande. En 1883, durante el viaje tan trágicamente interrumpido por la enfermedad de Teresa, pasó con Marie y Léonie la Semana Santa en París, les hizo visitar los santuarios y asistió con ellas a las ceremonias litúrgicas que coronó, en la mañana de Pascua, en Notre-Dame, según sus propias palabras, «un banquete espléndido: por lo menos ocho mil comulgantes, todos hombres». Fue

Mons. Guibert quien dio la comunión; «el R. P. Monsabré nos dirigió la palabra»[198].

En julio de 1887, conduciendo a Léonie, Céline y Teresa a la Exposición del Havre, quiso primero arrodillarse en Honfleur ante el altar de Notre-Dame de Grâce. Al impregnar toda su vida el espíritu de fe, este orgulloso cristiano no concebía dar a Dios sólo una parte. Le daba lealmente todo. Los ratos de ocio, en su hogar, tanto como el trabajo y aun la oración, estaban marcados con el signo de lo Eterno. Era la evasión hacia lo alto, donde el alma se rehace volviéndose mejor.

***

En los Buissonnets, como en Alençon, es en las fuentes divinas donde se fortalece la vida común. Se desconoce ese miedo irracional, respeto humano o falso pudor que impide, entre los más cercanos, las confidencias de orden sobrenatural y limita a la mediocridad las conversaciones cotidianas. El corazón del hogar siempre es esa estatua de la Madonna, que Marie y Pauline habían colocado cerca de su cama. El Sr. Martin, temiendo que se rompiera durante la mudanza, había pensado primero devolverla a su marco original, en el Pabellón, pero su hija mayor, alegando el culto que su madre profesaba a esta Virgen venerable, insistió en llevársela y el traslado se efectuó sin contratiempos. Así podrá perpetuarse la rica tradición mariana.

Desde la llegada a Lisieux, el padre había visitado el presbiterio de Saint-Jacques, su nueva iglesia y negoció para los suyos la renta de sillas asignadas. La afluencia era entonces tal, en esta parroquia populosa, que no se pudieron encontrar suficientes lugares libres. Habría sido necesario dispersarse. Mientras tanto, se habían acostumbrado a asistir a San Pedro, que estaba más cerca y que frecuentaba la familia Guérin; allí permanecieron fieles.

Entre semana, las jóvenes se reunían a las seis, junto a la Catedral, en el bonito santuario gótico dominado por la efigie de la Madre de Dios. Su padre las llevaba, indiferente a las tormentas, la nieve o el hielo. Prefería la primera Misa:

> «Es la única –decía– a la que pueden asistir los sirvientes y los obreros. Allí estoy en compañía de los pobres».

No será sin pesar que la dejará más tarde por la de las siete, para ahorrar a los suyos la molestia de levantarse demasiado temprano.

Sus comuniones, al principio frecuentes, se volvieron luego cotidianas. La Eucaristía, «la acción de gracias» por definición, respondía tan perfectamente a su necesidad de alabar a Dios. Cuando regresaba por el camino de los Buissonnets permanecía absorto, silencioso, ajeno a las conversaciones que mantenían las niñas. Si alguien se sorprendía, se disculpaba con una palabra:

«Sigo conversando con Nuestro Señor».

Durante el día, el Sr. Martin era asiduo en rezar el Rosario y visitar al Santísimo. En las procesiones del *Corpus Christi* avanzaba recogido, con los ojos fijos en el ostensorio y nunca estaba tan feliz como cuando uno de los dignatarios que portaban el cordón del dosel le cedía su lugar junto a la Hostia. Sin embargo, para él era un verdadero martirio, debido a su calvicie, caminar con la cabeza descubierta bajo un sol abrasador.

Sólo faltaba una cosa: la Adoración nocturna, de la que era el principal animador en Alençon. Hizo tanto que su cuñado, sacristán de la Catedral, se entendió con el clero local y puso en marcha la obra en Lisieux. Del mismo modo se unió a las diversas asociaciones de piedad de la parroquia.

Sus relaciones con los sacerdotes estaban impregnadas de un respeto casi reverencial. No habría aceptado la menor palabra de burla o crítica hacia ellos. Sus hijas, según el testimonio de Céline, les profesaban un culto tal que los consideraban «como dioses». Esto explica ciertas sorpresas de Teresa cuando los conocerá más de cerca durante la peregrinación a Roma y las observaciones que anotará al respecto en la *Historia de un Alma*.

El Sr. Martin hacía a su párroco la visita anual de cortesía. Una vez al año, y con ocasión de una primera comunión, recibía en su mesa a su confesor, el P. Lepelletier, el de sus hijas mayores, el P. Ducellier que, también vicario de la Catedral, llegaría a ser arcipreste y, finalmente, al canónigo Delatroëtte, párroco de Saint-Jacques, y al abad Domin, capellán de la Abadía. Fuera de estas ocasiones, ningún eclesiástico frecuentaba los Buissonnets, los habitantes del lugar se consideraban sinceramente indignos de tal honor y los sacerdotes respetaban ese sentimiento de delicada reserva. Tanto que el P. Ducellier, al venir a agradecer por la maravillosa aurora preparada por Pauline en su honor, vaciló un instante a la puerta de la casa y finalmente dio media vuelta.

Cabe hacer una mención aparte del P. Almire Pichon, jesuita originario de Sainte-Marguerite de Carrouges, cerca de Alençon, quien más tarde asegurará a Teresa que nunca había perdido la inocencia bautismal. Durante diversas predicaciones en Lisieux, este santo religioso conoció a la hija mayor del Sr. Martin. El 17 de abril de 1882 Teresa se colocó bajo su dirección. Contribuyó poderosamente a orientar su vocación. El padre siempre le estuvo infinitamente agradecido y lo llamaba en broma «el amigo y director de la familia Martin»[199].

En 1886, la joven, al saber que el jesuita, tras una estancia en Canadá, regresaba a Europa, decidió que su padre lo acompañara a su encuentro. «No tengo nada que negarte, hija mía», le respondió de inmediato. Esperaron dos días en Calais, luego en Dover, el famoso barco que nunca llegó. Fue en París donde, tras varios contratiempos, encontraron al P. Pichon. La viajera, quejándose como una Filotea decepcionada por la información errónea que la había despistado, fue reprendida por el Sr. Martin con su admirable serenidad:

> «No debes murmurar, mi Marie, lo que sucede es que el buen Dios juzgó que necesitabas esta prueba».

Se reconoce allí esa caridad tranquila que será cada vez más la característica del santo anciano. Él, que no habría sido normando si no hubiera tenido sentido de la economía en la gestión de sus bienes, se muestra cada día más ávido de dar. Cada lunes acude a los Buissonnets la clientela de pobres acreditados. Tienen su día: es una tradición conmovedora de los antepasados. Esto no impide que el caminante desamparado venga en cualquier momento a pedir posada o comida. Teresa es la limosnera: ella misma solicitó esa función. Con una caricia apacigua a *Tom*, quien se resiste a este desfile de mendigos. Se compadece de las madres de mejillas demacradas, de los bebés pálidos de rasgos dolientes. Se convierte gentilmente en su abogada para aumentar la ofrenda. ¡Qué emoción cuando una mendiga le responde: «¡Que Dios la bendiga, señorita!», o cuando un peregrino, alojado por el Sr. Martin y colmado por él de auxilios, traza con un gesto torpe sobre ella y Céline de rodillas, una gran señal de cruz, garantía de favores divinos!

Durante los paseos, si algún desafortunado extiende la mano bajo un pórtico o a la sombra de un campanario, es ella quien moviliza en su favor la cartera del padre, quien, hay que decirlo, siempre accede de muy buena

gana. Se conoce el episodio del viejo enfermo que rechazó la moneda presentada por Teresa, y a quien temió haber ofendido. Más tarde, es a domicilio donde descubre y alivia las miserias.

«Nada la repugnaba; abrazaba y acariciaba a los niños pobres, incluso si estaban sucios».

Léonie, que aporta este testimonio, podría añadir que toda la familia obedecía a los impulsos de la caridad. Se la vio a ella misma, dominando sus repugnancias, visitar a una mujer que moría en la inmundicia, limpiar su tugurio, renovar su ropa, darle consejos y, cuando murió, enterrarla.

El Sr. Martín daba ejemplo con estas gestiones en las que se implicaba personalmente. Apenas llegado a Lisieux se inscribió en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Tenía sus protegidos y se ocupaba diligentemente de ellos. Céline lo vio entrar, en las afueras de la ciudad, en casa de una mujer pobre rodeada de muchos niños. Le entregó una generosa limosna, se interesó familiarmente por la salud de todos y añadió a la conversación consideraciones bien adaptadas sobre la paciencia cristiana y la tolerancia ante los agravios. Evidentemente, era el benefactor escuchado de quien se esperaba todo: apoyo material y consuelo moral. Ante una pregunta de su hija: «¿Conoces a esta persona?», se limitó a responder:

«Es una mujer muy probada que su marido abandona durante largos periodos y a quien trato de hacer un poco de bien».

A veces, con exquisita indulgencia, accedía a demandas indiscretas. Los vecinos estaban impresionados por su profunda piedad y la llama sobrenatural que iluminaba su semblante. Con la frente descubierta, las sienes tempranamente encanecidas, la barba grisácea y, sobre todo, su aire venerable que combinaba dignidad y jovialidad, imponía respeto. Un iluminador medieval le habría puesto la aureola en la frente. Sin llegar a beatificarlo en vida, varios comerciantes del barrio lo consideraban un poco como su «amuleto de la suerte». Era necesario que les hiciera alguna compra para comenzar el día. Y él se dejaba hacer, burlándose finamente de su confianza supersticiosa, y cargando su mochila con un jamón o algunas frutas que pronto encontrarían comprador.

Con la edad, su generosidad no hizo más que crecer. Escribiendo desde Constantinopla, el 16 de septiembre de 1885, añadió una posdata a su carta para ratificar las liberalidades de Marie:

«Da, da siempre y haz felices a los demás».

Teresa bebía en su escuela esta generosidad sin medida que la llevaría a decir un día:

«Si hubiera sido libre de mis bienes, seguramente me habría arruinado, porque no habría podido ver a alguien en la miseria sin darle inmediatamente todo lo que necesitara».

***

La caridad que trae de vuelta a Dios a los incrédulos conservaba todas las preferencias del Sr. Martin. No conocía mayor alegría que la conversión de un pecador. ¿Se entera de que un amigo muy querido ha dado el paso decisivo? Le manifiesta de inmediato su entusiasmo:

«¡Siento la necesidad de felicitarte o, mejor, de agradecer contigo al Señor, y con todo mi pobre corazón, por la gran gracia que te ha concedido el pasado diciembre, época memorable para siempre!... El valor de esta gracia sólo se conocerá más tarde… Tu familia “tira un buen nudo”; esperemos que el viento no cambie y que todos lleguen a buen puerto»[200].

Se había vuelto más que nunca poseído por el deseo de la gloria divina. La muerte de su esposa y el éxodo lejos de Alençon lo dejaron, a los cincuenta y cuatro años, alejado de todo asunto comercial, de sus viejas relaciones, más hambriento aún de contactos sobrenaturales.

«No vivo casi que de recuerdos –escribe a ese mismo compañero de infancia–. Estos recuerdos de toda mi vida son tan dulces que, a pesar de las pruebas, hay momentos en que mi corazón rebosa de alegría… Recientemente te hablé de mis cinco hijas, pero olvidé decirte que tengo cuatro hijos más que están con su santa Madre, allá arriba, donde esperamos unirnos a ellos algún día».

Debe ocuparse de la administración de sus bienes y lo hace con sentido práctico, pero evitando instintivamente las maniobras bursátiles en las que podría percibir especulación ilícita.

«Siento –confesará a Céline– que fácilmente me inclinaría a mis inversiones, pero no quiero dejarme llevar; es una pendiente muy peligrosa que conduce a la usura».

Además, tanto en este ámbito como en otros, confiaba en la Providencia, que nunca le faltaba. No habría tomado ninguna decisión sin consultar a Dios en la oración. Un día, cuando se disponía a partir en tren hacia Burdeos para invertir gran parte de sus fondos en una empresa aparentemente segura, un esguince imprevisto lo inmovilizó en la habitación. Lo vio como una señal de su Consejo celestial y de inmediato comunicó su desistimiento al notario que debía acompañarlo. Bien hecho: la operación pronto quebró. Habría sido casi la ruina total para los suyos.

La mayor parte de su tiempo libre, el Sr. Martin lo pasaba en el Belvedere. Allí había establecido su Gran Cuartel General. Desde las ventanas multicolores, más allá de los espinos rosas, las flores doradas de los aligustres y el telón verde de los saúcos y abetos, la vista se sumergía sobre Lisieux, abarcando en una inmensa perspectiva sus altas torres espirituales, sus mansiones engalanadas, sus chimeneas ennegrecidas y descubría allá, en medio de vegetación exuberante que cubría colinas y valles, el Refugio de Nuestra Señora de la Misericordia, esa casa de rehabilitación donde Teresa habría querido enterrarse entre los niños deficientes o abandonados. Ningún extraño accede a este templo del silencio. El Sr. Martin lo convierte en un claustro, una celda, un desierto donde, a sus horas, tiene la ilusión de vivir como ermitaño, independiente del mundo, perdido en Dios.

¿Qué hace allí en sus largos retiros? Reza, medita, contempla con los ojos fijos al cielo o recorriendo los árboles que se mecen con el viento. Entona algún cántico donde revive toda su juventud. Recibe a sus hijas y escucha sus confidencias. Sobre la mesa, al alcance de la mano, algunos libros de cabecera: el *Evangelio*, la *Imitación*, el *Reloj de la Pasión* de San Alfonso de Ligorio, el *Piénsalo bien*, el *Libro de Oro* o la *Humildad en la Práctica*. En los estantes, tratados de espiritualidad, obras de maestros, la *Historia del pueblo de Dios*, los cuatro tomos de los *Estudios Filosóficos sobre el Cristianismo* de Auguste Nicolas, a los que se sumaban, tomados de la biblioteca parroquial, la *Historia del Imperio*, la de la Trapa, la biografía del P. de Rancé, en fin, volúmenes escritos por santos o que narran la vida de los santos. Lee, comenta, anota. No es poca sorpresa encontrar entre sus papeles citas escogidas del Concilio de Kiersy denunciando los errores de Gotescalc. El erudito y el hombre de cultura se reconocen en esta preocupación por recoger en todos los ámbitos y quedarse sólo con lo mejor.

Cuanto más avanza en la vida, más retrocede la curiosidad del investigador ante la santa avidez del creyente.

«La grandeza se derrumba, la belleza se desvanece, la alegría desaparece. Conócete a ti mismo».

Esta máxima, cuidadosamente recopilada, se convierte en toda su filosofía... o esta otra, tomada del P. de Pontlevoy:

«Deja los *para qué* y los *cómo* curiosos; en este sentido, nunca tendrás la última palabra. Pero conoce los *para qué* y los *cómo* útiles: ¿Para qué estamos en la tierra? ¿Cómo vamos al Cielo?».

En esa altura donde se resguarda y donde vuelve a visitarlo la imagen del Gran San Bernardo, el Sr. Martin se entrega al soplo del Espíritu. Escapa de las contingencias, se une a su esposa y a sus muertos y, a veces, embriagado de inefable alegría, concluye su estudio glorificando a Dios.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XII LA PEQUEÑA REINA Y SU REY

UN DÍA DE TERESA —
TERESA EN EL INTERNADO DE LA ABADÍA —
LA PRIMERA COMUNIÓN —
VIAJE DEL SR. MARTIN A LOS BALCANES —
LA «CONVERSIÓN» DE TERESA — SU VERDADERO CARÁCTER —
LA UNIÓN DE LOS CORAZONES EN LOS BUISSONNETS

En la vida del Sr. Martin en los Buissonnets, Teresa desempeñará un papel de primer orden. Su carácter ha evolucionado bruscamente: la exuberancia ha dado lugar a la reserva; la seguridad, a la timidez. Su sensibilidad, afinada por el duelo, se conmueve al menor choque. Ella misma se definirá como «una niña muy dulce, pero llorona en exceso», que sólo se abre al calor del hogar y que en cualquier otro lugar se siente torpe, exiliada y con el corazón oprimido. Para presidir su educación están el alma tierna del papá y la mano firme de una hermana mayor. No se le pasa por alto ninguna imperfección; jamás se vuelve atrás sobre lo ya decidido.

> «No recuerdo –declara Pauline– que me haya desobedecido una sola vez; pedía permiso para todo. Cuando mi padre la invitaba a salir con él, respondía siempre: "Voy a pedir permiso a Pauline". Incluso mi padre la animaba a esta sumisión; y si yo me negaba, lloraba a veces, por causa de mi padre, que habría sido feliz de salir con ella, pero obedecía sin insistir»[201].

¡Qué frescura de manantial en este preludio de santidad! He aquí esbozado al vivo en la *Historia de un alma* el cuadro de un día de Teresa. Apenas despierta, ofrece su corazón a Jesús, se viste rápidamente y salta en los brazos del Sr. Martin, que, más ávidamente que un cortesano del Rey Sol, acecha el despertar de su benjamina. Terminado el desayuno, la habitación se transforma en sala de clases. Un perfume sobrenatural impregna esas horas de estudio, desde el alfabeto adornado con imágenes piadosas –la palabra «cielos» fue la primera que descifró la niña– hasta las lecturas corrientes, tomadas preferentemente del Evangelio, y los dictados o composiciones francesas, embellecidas con temas de formación que cantaban la vida de familia y las glorias de la fe.

En el cuaderno amarillento que conservó esos cándidos ensayos, leemos estas frases edificantes:

> «La Santísima Virgen fue al Templo a la edad de tres años. Se hizo notar entre sus compañeras por su piedad, su angélica dulzura; todos la amaban, la admiraban, pero más aún los ángeles, que la consideraban como a su hermanita. Quiero ser una niña muy buena. La Virgen María es mi Madre querida y ordinariamente los niños se parecen a su madre».

Terminada la lección, Teresa daba un salto hasta el Belvedere para contar allí sus éxitos y recrearse a placer. Cuando, por desgracia, las notas eran insuficientes, los lamentos no tenían fin. El padre se sentía el más castigado de los dos: tendría que realizar solo su paseo de la tarde y ver desilusionado al papá de esa manera ponía en el corazón de la niña una pena que relegaba a segundo plano su propia decepción.

Salvo en esas raras ocasiones, se veía, después del almuerzo, a los dos caminantes descender alegremente por el sendero de los Buissonnets, recorrer el jardín de la Estrella, sentarse en el césped de las riberas del Touques, para concluir con una visita al Santísimo Sacramento en uno u otro santuario. De camino, conversaban sobre los más diversos temas. El padre respondía sin cansarse a los mil «porqués» de la niña, sin vacilar en abordar cuestiones muy por encima de su edad. Modelaba su pequeña alma, iniciándola en todas las delicadezas de la conciencia cristiana. Aprovechaba los incidentes del camino, un calvario saludado al pasar, un pobre al que llevaba una limosna, para despertar su caridad. Al término de esas conversaciones, Teresa le decía ingenuamente «que, sin duda, si dijera todo eso a los grandes hombres de gobierno, lo tomarían para hacerlo *Rey* y entonces Francia sería feliz como nunca lo había sido... Pero, en el fondo, estaba contenta (y me lo reprochaba como pensamiento egoísta) de que solamente yo *conociera* a Papá, porque si se hubiera convertido en *Rey de Francia* y de *Navarra* sabía que habría sido desgraciado, pues es la suerte de todos los monarcas y, sobre todo, ya no habría sido mi Rey para mí sola»[202].

Más tarde, un alegre compañero los acompañará con sus brincos. No contenta con criar conejos de suave pelaje, Teresa solicita de su padre «un animal con pelos» que salte y retoce a su alrededor. El Sr. Martin adquiere un magnífico spaniel que, bajo el nombre de Tom, pasa a formar parte del decorado de los Buissonnets. La niña lo colma de caricias; él se acuesta a sus pies cuando estudia sus lecciones. ¿Está a punto de morir? lo salva de la muerte dándole, bocado tras bocado, una papilla de su invención. Este buen

perro, elegante como un paje y fiel como un caballero servidor, hará huelga de hambre durante el viaje de su amo a Europa Central.

No olvidará a su dueña cuando entre al Carmelo. En 1889, cierto día en que Santa Teresa del Niño Jesús ayudaba a la portera a introducir obreros en el monasterio, aparecerá por casualidad en la puerta de clausura y correrá a refugiarse bajo el velo de la querida Santa, que llorará de emoción.

Por el momento, patrulla alrededor de nuestros dos héroes, monta guardia bajo el pórtico de la iglesia donde oran y, a su manera, interviene en sus coloquios. Cuando se lanza de cabeza a un estanque cubierto de nenúfares y mancha su hermoso pelaje blanco revolcándose en el polvo del camino, sirve de ejemplo al Sr. Martin para figurar el alma virginal súbitamente prostituida por el vicio. Tom gruñe de buen grado y los transeúntes, alertados por sus ladridos, miran al grupo con simpatía. No pueden dejar de admirar al anciano que conduce de la mano a una deliciosa niña cuyo rostro, aureolado de rizos de oro, parece enteramente devorado por el resplandor radiante de dos ojos de luz.

Regresan a casa, cansados del camino, sedientos por el calor. La pequeña tiene sed. Es para Pauline la ocasión de sugerirle a veces un sacrificio, que cumple al instante sin vacilar. ¿No hay una multitud de pecadores que salvar? ¿Acaso Cristo no se privó, por ellos, de probar el narcótico que debía calmar sus dolores…?

Teresa aborda luego con alma valerosa la preparación de sus clases. Con conciencia termina sus deberes. Luego viene la recreación en el jardín, donde le gusta juguetear. Corre tras las mariposas, se interesa por el crecimiento del manzano plantado por Marie, recoge flores, no sin vacilación, preguntando a Céline «si eso no les causa pena». A veces interrumpe las lecturas de su padre para ofrecerle sus sabrosas tisanas, hacerle admirar sus «pequeños altares», llevarlo al fondo del cobertizo donde la instala en el columpio y la empuja con un movimiento rítmico, más alto, siempre más alto, hasta que divisa por encima del muro, en la propiedad vecina, el gorro de algodón de la madre Godet.

Después de la cena y de la velada, el examen de conciencia corona la jornada. Inspirado por Pauline, prepara esa primera confesión hecha al P. Ducellier, y que dejará a la niña tan dulces recuerdos. Con el alma apaciguada, Teresa se duerme sola en las tinieblas: la han habituado a no asustarse de nada. Al igual que el capricho, desconoce el miedo.

En esta tranquila existencia, los domingos y las fiestas arrojan una nota de dulzura ideal. El servicio del Señor ocupa todo el tiempo. No hay necesidad de excursiones ni de espectáculos tentadores. A pesar de su vehemente deseo de seguir a los suyos a la mesa santa, la pequeña se ve detenida por los reglamentos de la época. ¡Con qué santa envidia verá, el 13 de mayo de 1880, a su querida Céline acercarse a Jesús por primera vez! Se desquita asistiendo a la Misa mayor en la Catedral. Durante el sermón, ¿se nombra a Teresa de Ávila? El Sr. Martin se inclina hacia su hija y le susurra al oído:

«Escucha bien, mi pequeña reina, están hablando de tu Santa Patrona».

«Escuchaba bien, en efecto –dirá más tarde la carmelita en su autobiografía–, pero miraba a papá más a menudo que al predicador; ¡su bello rostro me decía tantas cosas…! A veces sus ojos se llenaban de *lágrimas*, que en vano se esforzaba por contener, parecía ya no tener apego a la tierra, tanto le gustaba a su alma sumergirse en las verdades eternas…»[203].

Al término de Vísperas, el poético oficio de Completas, donde la serenidad del abandono se envuelve en la augusta melancolía del ocaso, clausuraba el programa religioso. Luego venía la velada en familia. Cuando tocaba el turno de Teresa de pasarla a la casa del tío Guérin, el papá, que siempre sufría al ver un lugar vacío en la mesa de los Buissonnets, pero no osaba declinar tal invitación, se alegraba en ir a buscar a la pequeña y traerla bajo las estrellas. Él aseguraba su caminar; ella, con la frente levantada, escrutaba el firmamento y, descubriendo allá arriba el Cinturón de Orión, con la forma de una T ligeramente inclinada, exclamaba ingenuamente:

«Mira, papá, mi nombre está escrito en el cielo».

Palabra de niña que el porvenir debía ratificar, pero que no era entonces más que la observación ingenua de un alma ya abierta a las bellezas de la creación y demasiado cándida para forjarse no sé qué horóscopo.

Al final del año escolar tenía lugar la entrega de premios. El pabellón se adornaba con cortinas y follaje. Frente a un estrado improvisado se agrupaba un círculo de padres y amigos. Las jóvenes representaban una comedia de ocasión, pero el momento culminante de la ceremonia era la proclamación del palmarés. Teresa lo describe en estos términos:

«Allí, como siempre, se guardaba la *justicia* y yo no recibía más que las recompensas merecidas; *completamente sola*, de pie en medio de la *noble asamblea*, escuchaba mi sentencia, leída por “el Rey de Francia y de Navarra”; mi corazón latía con fuerza al recibir los premios y la corona… ¡era

para mí como una imagen del juicio!... Inmediatamente después de la entrega, la pequeña Reina se quitaba su vestido blanco y luego se apresuraban a disfrazarla para que participara en la *gran representación*…».

Las vacaciones multiplicaban las ocasiones de salida: juegos en el Parque de la Estrella con Céline y Marie Guérin, sesiones de pesca en las que el padre enseñaba a la niña a lanzar la línea, en agosto de 1878, excursión a Trouville, donde, por primera vez, contempló la majestuosidad del océano, obra del Poder infinito, y admiró, al anochecer, desde la punta desierta de las Rocas Negras, «el surco dorado» que teñía de púrpura el horizonte, «imagen de la gracia iluminando el camino que debe recorrer la pequeña nave con la graciosa vela blanca», es decir, el alma fiel. Durante estos paseos, el Sr. Martin invitaba a la discreción a los transeúntes que alababan en voz alta a la «muy linda niñita». Su sentido innato de la educación le hacía rechazar celosamente todo lo que pudiera perturbar la simplicidad alimentando el amor propio.

En los Buissonnets se organizaban los juegos. A Teresa no le gustaban las muñecas. Se divertía observando a Céline reprender a las suyas y reía a carcajadas cuando su hermana le decía a una de ellas: «Cariño, besa a tu tía». Tampoco practicaba ejercicios violentos. Sor Genoveva recuerda un pistolete que le regalaron para su fiesta y que dejó a Teresa perpleja y confundida, tan alejada estaba del carácter belicoso de su «intrépida» compañera. El Sr. Martin resolvió el incidente, con su acostumbrada buena gracia, entregando el instrumento a un niño del catecismo y proporcionando a su benjamina un regalo más acorde a sus gustos.

Es en la actual sala de juguetes de los Buissonnets donde se gusta evocar estos encantadores juegos de una santa. Por acá está el trompo de boj, la trompeta de madera, la carretilla barnizada y la cuerda para saltar; por allá, el acuario donde seguía con pasión los movimientos de los peces rojos, la jaula donde daba grano a sus aves, el caleidoscopio que la intrigaba profundamente y le sugirió una comparación graciosa sobre la santificación de los deberes de estado en el hogar de amor de la Trinidad. En una pequeña mesa están dispuestos la jarra y las tazas donde preparaba sus infusiones de hierbas y plantas. La cesta de las jornadas de pesca, donde colocaba los panes con mermelada, estaba junto al mobiliario de su minúscula sacristía. Estas humildes cosas tienen su elocuencia. Hacen

revivir, bajo una luz más amable y accesible, a la niña predestinada que florecía allí.

Se la ve de nuevo en este entorno, saltando ligeramente entre los arbustos, admirando todo, alegrándose por cualquier cosa y mezclando en todos sus juegos su ternura por su padre y su amor por «Papá Dios». «No nos aburríamos», podría decir un día. Realmente constituía el alma de los Buissonnets. Su nombre resonaba tan a menudo bajo el follaje, que el loro de una casa vecina también se acostumbró a gritar: «¡Teresa! ¡Teresa!», enrollando las erres. Tan fuera de lugar cuando la llevaban al mundo, se encontraba a sí misma, vivaz, espontánea y cómoda, cuando estaba entre los suyos. La silueta del jefe de familia aparecía en el marco de la puerta; con un impulso corría hacia él, aplaudiendo de placer.

«¡Ah! –exclamaba–, ¿cómo podré devolver todas las ternuras que “Papá” prodigaba a su pequeña reina?».

***

En octubre de 1881, Teresa reemplazó a Léonie en las Benedictinas; debía permanecer allí como media pensionista hasta Navidad de 1885. Aunque sólo tenía ocho años y medio, lució el cinturón verde, distintivo de la cuarta clase, siendo por lejos la alumna más joven. Sus éxitos no fueron menos brillantes. Dotada de manera superior, con grandes facilidades, salvo en ortografía y aritmética, atenta y aplicada, conquistó fácilmente los primeros puestos.

La Madre San Francisco de Sales dio este testimonio:

«Seguí a Teresa casi todo el tiempo que pasó en el internado. Como profesora de su clase, noté que siempre cumplía con su deber; nunca tuve que reprocharla formalmente; el pensamiento de Dios le era habitual y todo en sus estudios la remitía a ese recuerdo; esto era particularmente notable en sus pequeñas composiciones de estilo, donde siempre introducía una nota sobrenatural, a pesar de la ingenuidad infantil del relato»[204].

La directora del Pensionado, la Madre San Plácido, que tenía en común con Teresa el hecho de haber ingresado a la vida religiosa a los quince años, pareció discernir, bajo una reserva algo torpe, fruto de una sensibilidad excesiva, las profundas y brillantes cualidades de su alumna. La rodeó de dedicación y ternura. La adaptación al entorno escolar no fue menos dolorosa para la niña. Fuera de casa, a pesar de los fraternales alientos de Céline, no era ella misma.

Había tantas cosas en las que se sentía torpe. En la capilla, a pesar de su formación litúrgica, le costaba seguir la Misa en un libro: el espíritu de Dios ya la atraía hacia la contemplación pura. En el recreo, fácilmente agobiada, no le gustaba correr, saltar ni manejar la raqueta y el mazo. Prefería contar historias, proponer adivinanzas, organizar un cementerio de pájaros, interesarse por los movimientos de los más pequeños. Las pocas veces que, con ocasión de unas vacaciones extraordinarias, fue a Monte Casino, terreno ondulado que prolongaba la Abadía y perfecto para juegos de escondite, se demoraba interrogando a la naturaleza o contemplando desde lo alto de la meseta el paisaje urbano.

Los jueves con los niños Guérin y sus primas Maudelonde la entregaban a mortificaciones similares. A pesar de su buena voluntad, no lograba disfrutar de las rondas y cuadrillas.

> «Lo único que me gustaba –escribió– era ir al jardín de la Estrella, entonces era la primera en todo, recogiendo flores en abundancia y sabiendo escoger las más bonitas, despertando la envidia de mis compañeritas…»[205].

Necesitaba de su padre y del horizonte tranquilo de los Buissonnets. Qué grito de alegría al terminar la jornada escolar, cuando, al preguntar: «¿Está papá esta noche?», la portera respondía afirmativamente. Antes de terminar su aseo, Teresa saltaba del vestuario. «Vamos, ven rápido, mi pequeña Reina», gritaba el Sr. Martin al verla por la ventanilla. Era un encuentro exquisito que ahuyentaba todas las preocupaciones. La niña mostraba los resultados de su trabajo, exhibía orgullosa sus decoraciones: la insignia de plata cuando obtenía el primer puesto en composición; la de bermejo, al alcanzar el máximo de puntos. Una monedita blanca, que ponía inmediatamente en la hucha de los pobres, coronaba su esfuerzo, pero su verdadera recompensa era la alegría que irradiaba el rostro paterno. El amor, tanto allí como en otros lugares, presidía su educación.

El esparcimiento en el hogar seguía siendo su deleite. Tenía su voladero donde palomas, periquitos, canarios, jilgueros y verderones se reunían. Pudo incluso añadir pinzones hallados en un nido durante un paseo, pero tuvo escrúpulos de separarlos de su madre. Por el contrario, tuvo una urraca en una gran jaula de ardilla, regalo del Sr. Martin. Parlanchina y ladrona, como corresponde a su especie, esta ave se volvió pronto insoportable. Intentaba también pronunciar el nombre de Teresa. A veces se la dejaba en libertad y aprovechaba para saquear aquí y allá y perseguir a las dos

hermanas jóvenes, que, armadas con un bastón para protegerse de sus familiaridades excesivas, daban juntas las cuarenta vueltas al jardín equivalentes a una legua. El pobre animal murió de manera trágica: fue hallado ahogado en el fondo de una cubeta.

Junto con Pauline, una de las distracciones favoritas de la niña consistía en inclinarse sobre su colección de estampas. El mérito artístico de esas láminas era escaso, pero su gracioso simbolismo bastaba para seducir una sensibilidad temblorosa, de frescura virginal.

Los buenos libros, elegidos con juicio y adecuados a su edad, completaban su formación. Entre los que se conservan en los archivos del Carmelo se hallan *Fabiola*, del Cardenal Wiseman; *La Tirelire aux Histoires*, cuyo capítulo titulado *El sendero de oro* impresionó a la niña; las obras de la Condesa de Ségur; los tres tomos de *La Mosaïque, nouveau magasin pittoresque universel*; y el *Journal de la Jeunesse*, heredado cada año de Jeanne y Marie Guérin. Teresa tenía pasión por la lectura, pero sólo podía dedicarle un tiempo muy limitado: «lo cual me causaba –precisa– grandes sacrificios, pues a menudo debía interrumpir mi lectura en el pasaje más interesante…»[206].

Su padre hubiera querido que aprendiera dibujo, al tiempo que orientaba a Céline hacia la pintura. Una objeción de Marie descartó la propuesta. Teresa, que con todo el ardor de sus diez años aspiraba a iniciarse en las artes, se limitó a ofrecer a Dios en silencio su sueño roto. Este rasgo demuestra con claridad cuánto supo evitar, pese a estar tan mimada, los defectos propios del niño consentido. De ahí proviene el exquisito abandono de las horas de intimidad que más tarde cantará en sus versos, repitiendo a su Rey «la oración de la hija de un santo»:

«Acuérdate de que en el mirador
A menudo la sentabas en tus rodillas,
Y, murmurando entonces una oración,
¡La mecías con tu estribillo tan dulce!
Veía del Cielo un reflejo en tu rostro
Cuando tu mirada profunda se perdía en el espacio...
Y de la eternidad
cantabas la belleza,
¡Acuérdate!».

Muchas pruebas iban a arrugar aquella joven dicha. Fue primero, en octubre de 1882, la partida de Pauline al Carmelo de Lisieux. A pesar de la ternura de Marie, que asumió directamente la educación de Teresa, la

separación de su «madrecita» sacudió tan violentamente a la niña que su salud se resintió de golpe. Los dolores de cabeza, primero intermitentes, se volvieron continuos. Sin embargo, no le impidieron sostener valerosamente su puesto en la clase violeta, la tercera, donde había ingresado al comenzar el año en la segunda división.

En marzo de 1883, durante la ausencia del Sr. Martin, se desencadenó la terrible crisis –acompañada de temblores convulsivos, alucinaciones y palabras incoherentes– que dejó a Teresa al borde de la muerte. La desolación del padre al regresar fue inmensa. A veces sucedía que su Reina ya no lo reconociera, que se volviera hacia la pared con gritos de espanto cuando se acercaba a su cama con el sombrero en la mano. El doctor Notta, al ser consultado, tuvo que admitir su impotencia: «La ciencia es incapaz ante estos fenómenos». La enferma parecía presa de una misteriosa obsesión. Aprovechando una leve mejoría, pudo visitar a Pauline el 6 de abril de 1883, día de su toma de Hábito. Al día siguiente recaía bajo el implacable agobio del mal.

Durante esta prueba, que lo hería en lo más hondo, el Sr. Martin mostró –según nos dice la *Historia de un alma*– una «resignación admirable». Encontraba en su cuñado un apoyo inapreciable.

> «Recuerden siempre –decía a sus hijas– que su tío y su tía les tienen una dedicación poco común».

Pero su esperanza se aferraba sobre todo al cielo. Había mostrado siempre una devoción filial a Nuestra Señora de las Victorias; muchas veces había recurrido a su «omnipotencia suplicante». A comienzos de mayo de 1883, hizo pedir al célebre santuario parisino una novena de Misas. Su fe y la de toda su familia se desataron entonces con algo tan impetuoso que forzó el milagro... El 13 de mayo, en el esplendor majestuoso de una fiesta de Pentecostés, la estatua de la Virgen, que desde hacía veinticinco años la familia veneraba con verdadero culto, cobró vida y sonrió a la niña en la habitación de Marie, donde la enferma había sido trasladada; calmó todos sus temores y le devolvió la salud.

El padre, radiante, envió a un amigo de juventud este boletín de victoria:

> «Te diré que Teresa, mi pequeña Reina –así la llamo, porque es una muchacha encantadora, te lo aseguro– está completamente curada; las numerosas oraciones han terminado por asaltar el Cielo, y Dios, tan bueno, ha querido capitular»[207].

***

Teresa no volvió inmediatamente, salvo para encuentros amistosos, al camino del internado. Necesitaba recuperar fuerzas. Además, el año escolar llegaba a su fin.

Una nueva prueba la esperaba. Por una gracia divina, las breves confidencias que hizo en el Carmelo sobre el favor recibido del cielo, la impresión que sintió de haberse explicado mal y de haber quizá inducido a error a sus interlocutoras, la idea, sobre todo, de que su enfermedad podría no haber sido más que una ficción de su imaginación, la sumieron por momentos en una verdadera ansiedad. El Sr. Martin juzgó oportuno consolidar su recuperación proporcionándole algunas distracciones. En el mes de agosto la llevó con sus hermanas a Alençon, donde la Sra. Tifenne y la Srta. Romet la pasearon de fiesta en fiesta, de castillo en castillo, entre los esplendores estivales del Bocage normando.

En octubre de 1883, la encontramos en tercer año. Era para ella el año de la primera comunión. Podemos imaginarnos con qué pasión se dispuso la niña a recibir la Hostia. Los domingos asistía a la Abadía y permanecía allí con sus compañeras hasta después de la Bendición. Por su estado de salud, se le dispensaba del internado completo en el mes anterior al gran día, pero Marie, cada noche, se encargaba de la preparación a distancia.

> «Me parece –declarará en su autobiografía– que me pasaba todo su corazón, tan grande, tan generoso».

Para prepararse, utilizaba «el encantador librito» compuesto por Pauline, donde las virtudes y los sacrificios se asimilaban a las flores más variadas, destinados a formar el parterre que perfumará al divino Rey.

La *Historia de un Alma* narró, con un encanto inimitable, el retiro de tres días durante los cuales Teresa, ya pensionista, veía a la Madre San Plácido acercarse a su pequeña alcoba, linterna en mano, para besarla en la frente. La jornada del 8 de mayo de 1884 estuvo despojada de todo esplendor exterior, debido a la reciente muerte de la Priora, la Madre San Exuperio. Este aroma de intimidad debió agradar a la niña, cautivada hasta las lágrimas por el divino Banquete que se atrevía a llamar «una fusión». A su desbordante alegría, unió la de los suyos:

> «¿No estaba el Cielo en mi alma y, acaso, Mamá no había tomado ya su lugar en ella? Así, al recibir la visita de Jesús, recibía también la de mi querida Madre»[208].

Tras el oficio de la tarde, donde Teresa pronunció el acto de consagración a la Virgen, el Sr. Martin la llevó al locutorio del Carmelo, donde la esperaba Pauline (en religión Sor Inés de Jesús), quien, por deseo propio, ese mismo día había hecho la profesión. La fiesta terminó con la comida familiar en el comedor de los Buissonnets. El Sr. Martin, tan emocionado como su Reina, le entregó como recuerdo un bonito reloj y la niña se durmió soñando con el día sin ocaso de la comunión eterna.

El 14 de junio, con un entusiasmo y una especie de éxtasis que le costaba contener, dada la vehemencia de su llamado al Espíritu de Amor, recibió el sacramento de la confirmación de manos de Mons. Hugonin, que había ido a celebrar la Misa a la Abadía.

En octubre de 1884, Teresa entró en la clase naranja, la segunda. A veces mostraba signos de fatiga. Su tía la hizo venir, entre el 3 y el 10 de mayo de 1885, para descansar un poco en la villa que ocupaba durante cinco semanas en Deauville, bautizada con el nombre de su propietario, el Chalet Colombe. La niña dominaba sus propios dolores para interesar a su prima, Marie Guérin, cuyo estado enfermizo tendía a convertirse en languidez y melancolía. A pesar de las objeciones de la criada Marcelline, quien alegaba la distancia y la necesidad de dormir, insistió en asistir cada día a la Misa matinal y al ejercicio del mes de María en la iglesia Nuestra Señora de las Victorias, desde donde se veía, al otro lado de Touques, sobre las casas del viejo Trouville, el elegante portal y el esbelto campanario.

Poco después del regreso a Lisieux, comenzó para Teresa el retiro de la segunda comunión. Fue entonces cuando la asaltó una terrible crisis de escrúpulos que la atormentaría moralmente durante diecisiete meses y le provocaría punzantes migrañas. Este «martirio», como lo califica, no minó su valor.

***

En septiembre de 1885, Teresa hizo en la costa, con Céline, una segunda estancia de unos quince días: esta vez en Trouville, calle Carlomagno, villa Marie-Rose. La Sra. Guérin había aprovechado un viaje del Sr. Martin por los Balcanes para ofrecer a sus sobrinas los mil encantos de la playa.

Estas vacaciones no atrajeron mucho a Teresa. El papá estaba ausente. El P. Charles Marie, vicario en Saint-Jacques, había insistido tanto que se lo había llevado como compañero en un amplio viaje por Europa Central, a orillas del Bósforo e Italia. El Sr. Martin, como dijimos, adoraba viajar: le

gustaba lo inesperado, lo pintoresco e incluso la incomodidad. Con una alegría casi infantil entonaba, en cada partida, un viejo estribillo de su juventud:

«Rueda, rueda, mi diligencia;
¡Aquí vamos por el gran camino!».

Esta vez, para decidirlo a viajar y vencer, además, la reticencia de Marie a dejarlo ir, fueron necesarios los formales ánimos de Pauline, con la perspectiva, que el futuro desmentiría, de prolongar la excursión hasta Tierra Santa. Llevaba consigo una carta de recomendación del P. Godefroid Madelaine, Prior de Mondaye, para el Abad de los Premonstratenses de Schläg, en el obispado de Linz, Austria.

El 22 de agosto, aún sin haber dejado París, la nostalgia de los Buissonnets lo embargó.

«Si sufrís demasiado –le manda a su hija mayor–, escríbemelo francamente, dirige tu carta a Múnich, apartado de correos, y dejaré de lado al buen P. Marie».

Desde Múnich, donde escala la rampa de Baviera y explora los tesoros de los museos, envía múltiples descripciones, en las que desliza esta confidencia:

«Me gustaría tenerlas a las cinco; sin ustedes, me falta la mayor parte de mi felicidad. Mientras tanto, sigan rezando por nosotros».

En Viena, la situación es muy diferente. Allí recibe los votos de San Luis. Cada año, ese día, era gran fiesta en casa. El Belvedere se adornaba con flores y guirnaldas. Las cinco hermanas subían sigilosamente para sorprender a su padre entre sus queridos libros. La benjamina ofrecía su pequeño cumplido; Marie, su tradicional regalo: un espléndido pañuelo de seda negra que duraba las cuatro estaciones. Al mediodía se rociaba el hojaldre con mermelada de grosella; todo era júbilo y gratitud. Esta vez, fue en la capital austríaca donde recibió la carta de su Teresa.

«Mi querido papito, para tu fiesta, Pauline me hizo unos bonitos versos para recitártelos, pero, como no puedo, te los escribiré».

La obra se titula:

«Los deseos de una pequeña Reina para la fiesta de su Papá-Rey».

Termina con estas estrofas:

«Al crecer veo tu alma
Llena del Dios de amor.
Este ejemplo bendito me enciende
Y quiero seguirte a mi vez.

Quiero ser en la tierra
Tu alegría, tu consuelo.
Quiero imitarte, papito,
Tú, tan tierno, tan dulce, tan bueno.

Tendría mucho más que decir,
Pero al final hay que parar.
Papá, dame tu sonrisa,
Sobre mi frente deposita un beso».

La carta termina con estas palabras:

«Adiós, mi amado Papá. Tu Reina que te ama con todo su corazón».

El Sr. Martin leyó y releyó el tierno mensaje, secó una lágrima y, entregándose a los recuerdos, dejó correr su pluma:

«Me parecía verlas a todas alrededor de mí en el Belvedere, y mi pequeña Reina, con su voz simpática y dulce, arrullarme con su pequeño cumplido. Me conmovió tanto que quisiera estar en Lisieux, pero de verdad, para abrazarlas a todas…

Finalmente, mi Marie, mi mayor, mi primogénita, sigue conduciendo a tu pequeño batallón lo mejor que puedas y sé más razonable que tu anciano padre, quien ya tiene suficientes bellezas a su alrededor y sueña con el Cielo y el infinito. Vanidad de vanidades y todo es vanidad, ¡excepto amar a Dios y servirle!

Quien las ama a todas y las lleva en su corazón»[209].

Constantinopla, que alcanzó antes de mediados de septiembre, lo deslumbró por la inmensidad de sus horizontes, el prestigio arcaico de sus mezquitas, el exotismo de sus bazares, el bullicio de sus multitudes en la sutil atmósfera y el mágico brillo del sol de Oriente. Esta fiesta para los ojos lo atrajo hacia la oración:

«¡Si pudiera hacerles sentir todo lo que experimento al admirar las grandes y bellas cosas que se despliegan ante mí! ¡Dios mío! ¡qué admirables son tus obras!... Quisiera exclamar: es demasiado, Señor, ¡eres demasiado bueno para nosotros!»[210].

Entre tantas maravillas que describe con complacencia, la imagen de los Buissonnets lo persigue:

«En unas semanas, ya no será un sueño, ¡y estaremos reunidos nuevamente todo el tiempo que Dios, en su bondad, quiera reservarnos!»[211].

Tras una escala en Atenas y una melancólica meditación entre las ruinas de la Acrópolis, llega a Nápoles, «la ciudad encantadora», desde donde envía esta nota:

«Vamos, queridas hijas, sean siempre mi alegría y mi consuelo en la tierra y continúen sirviendo bien al Señor; es tan grande y admirable en sus obras».

Finalmente, el domingo 27 de septiembre está en Roma. Es una de las últimas etapas del itinerario; sin duda, para el Sr. Martin, es el punto culminante. En este cénit espiritual donde late el corazón de la cristiandad, su espíritu de alabanza, atravesado, por momentos, por una extraña premonición del calvario que le espera, magnifica al Creador:

«San Pedro es para mí lo más bello del mundo… Sin duda, aquí disfruto más que en ningún otro lugar. Dile a mi Perla fina (así llamaba a Pauline) que estoy muy feliz y que "estiro la espalda", porque esto no puede durar… Las encomiendo a la gracia de Dios y rezo por ustedes todos los días en San Pedro. El recuerdo de vuestra madre también me sigue constantemente. ¡Hasta pronto… pronto… pronto!»[212].

La cautividad del Sumo Pontífice ensombrece sus reflexiones.

«Es un tropiezo –confía a Marie– y esta sombra te hace meditar con pesimismo, pese a todo».

Cuando deja la Ciudad Eterna sin haber podido disfrutar el favor de una audiencia pontificia, confiesa en broma sentirse «como un gato tuerto y negro, ronroneando en la esquina de un mojón bajo la lluvia».

En el fondo, está saturado de los espectáculos terrestres. Su alma apunta más alto y mejor. Con un estremecimiento de felicidad, el 6 de octubre, víspera de regresar a Lisieux vía Alençon, escribe desde Milán:

«Todo lo que veo es espléndido, pero sigue siendo belleza terrestre y nuestro corazón no se llena de nada mientras no vea la belleza infinita que es Dios. Pronto el placer íntimo de la familia, es esa belleza la que nos acerca aún más».

***

Teresa había retomado el camino de la Abadía. Ahora iba sola, pues Céline, su inseparable compañera, había terminado sus cursos. El aislamiento del corazón, los crecientes dolores de cabeza, el tormento íntimo de los escrúpulos, minaron poco a poco a la adolescente, sin disminuir, sin embargo, su energía ni sus éxitos académicos. Al comienzo del segundo trimestre de 1886, el Sr. Martin, alegando el estado de salud de

su hija, la retiró del internado. Decisión providencial, considerando que el ciclo regular de estudios, si hubiera mantenido a Teresa hasta julio de 1888, no le habría permitido entrar al Carmelo a los quince años.

La alumna conservaría una profunda gratitud hacia sus maestras. A pesar de dejar el internado, fue admitida a la recepción solemne de la medalla y la cinta azul de las hijas de María, con la condición de que regresara, hasta entonces, a asistir dos veces por semana a la sesión de costura y que luego participara en la conferencia del primer domingo del mes.

El Sr. Martin acompañaba a su hija en sus idas y venidas. Era más que nunca su pequeña confidente. Físicamente se sentía envejecer, pero su corazón rejuvenecía cuando conversaba familiarmente con su Reina y caminaba a su lado ofreciéndole el brazo. A partir de entonces, la llevaría varias veces por semana a la Plaza de San Pedro a recibir lecciones particulares en la casa de una respetable maestra, la Sra. Papinau.

De esta última y de su familia, Teresa dibuja un retrato que no carece de humor:

> «Era una persona muy buena y *muy instruida*, pero con un poco de aire de solterona; vivía con su madre y era encantador ver el pequeño hogar que llevaban juntas *las tres* (pues la gata era *de la familia* y yo debía soportar que ronroneara sobre mis cuadernos e incluso admirar su bonita postura). Tenía la ventaja de vivir en la intimidad de la familia; los Buissonnets estaban demasiado lejos para las piernas algo envejecidas de mi maestra, así que había pedido que viniera a recibir mis lecciones en su casa. Cuando llegaba, normalmente sólo encontraba a la anciana Sra. Cochain, que me miraba "con sus grandes ojos claros" y luego llamaba con voz calma y sentenciosa: "Sra. *Pâpinau*… Mi… señorita Te…resa está aquí". Su hija respondía prontamente *con voz infantil*: "Aquí estoy, *mamita*". E inmediatamente comenzaba la lección»[213].

Marie, por su parte, con su talento de educadora, matizado con un toque de originalidad, orientaba a su ahijada hacia el dominio de la voluntad y el espíritu de ofrenda sobrenatural. Comparaciones amables, suavizando la austeridad de las exigencias divinas, la inclinaban a aceptarlas sin miedo. Durante una visita a Trouville, evocando el ligero deslizamiento de los cascos de los barcos y los silenciosos movimientos de las velas blancas sobre el océano, iniciaba a Teresa en las conquistas espirituales:

> «Vamos con nuestra pequeña barca a pescar perlas. Hay algunas muy hermosas en el fondo del mar que cruzamos. Cuando Céline es ladrona y cuenta sus secretos allá, lanza rápido tu red, mi querida pequeña pescadora. ¡La hermosa perla grande!»[214].

Otras veces, le describía el afán de los hombres por alcanzar una fortuna que sólo es apariencia y herrumbre.

«Y nosotros, concluía, podemos en todo momento, y sin tanto esfuerzo, adquirir tesoros para el Cielo; ¡podemos recoger diamantes como con un rastrillo! Para eso, basta con hacer todas nuestras acciones por amor al buen Dios».

¡Ay! La frente de la niña se ensombreció. La vocación, antaño intuida por la Sra. Martin, se precisó: Marie también aspiraba al honor del claustro. Toda la familia la acompañó a Alençon, donde revivió, desde el Pabellón hasta el cementerio de Notre-Dame, las emociones de antaño, mientras Léonie, con una brusquedad que aterraba a todos los suyos, intentaba de improviso un primer ensayo monástico bajo el hábito de las Clarisas. El 15 de octubre de 1886, la mayor, que actuaba como segunda madre, se enterró con su Pauline detrás de la reja del Carmelo.

Bajo el tierno control paterno, Céline asumió con autoridad la dirección de los Buissonnets. Teresa sólo la ayudaría ocasionalmente «para agradar al buen Dios». «No estaba acostumbrada a servirme», confesó. Apenas tenía trece años y medio. Delicada de salud y frecuentemente obligada a interrumpir sus clases, se la dejó deliberadamente a sus estudios, oraciones y recreaciones infantiles; apenas se la iniciaba en las labores del hogar. La partida de su querida madrina le causó un verdadero colapso. ¿Quién aliviaría ahora su conciencia?

Conmovida, sintiendo en su corazón un vacío inmenso, se volvió hacia su familia del cielo, esos cuatro angelitos que la habían precedido en la patria. Les representó que, viviendo aquí abajo, la tendrían como la más joven, rodeada de predilección, y que el gozo de la bienaventuranza no podía hacerlos indiferentes al afecto fraternal. En resumen, solicitó, por su intercesión, el fin de su tormento moral.

«La respuesta, declara, no se hizo esperar; pronto, la paz inundó mi alma con sus deliciosas olas»[215].

Quedaba por despojar su sensibilidad de esa agudeza de impresión, de esa vehemencia de acento que, por razones triviales, la hacían llorar a mares. Jesús se encargó del milagro, «en esta noche de luz» del 25 de diciembre de 1886. Se conoce por la *Historia de un Alma* la escena que Teresa llama «su conversión» y que, en su psicología, marcó como un verdadero golpe de estado. Al salir de la Misa donde tuvo la felicidad «de recibir al Dios fuerte

y poderoso», escuchó al Sr. Martin mostrar un poco de contrariedad al ver aún otorgarse a una niña de catorce años el tradicional zapato de Navidad. No obstante, dominó su emoción y procedió con alegría al descubrimiento del tesoro oculto:

> «¡La pequeña Teresa había recuperado la fuerza de alma que había perdido a los cuatro años y medio y había de conservarla por siempre…!».

Fue entonces, con el equilibrio interior plenamente afirmado, que se agudizó en ella el deseo de saber. Instaló su mesa de trabajo bajo los aleros, frente a los grandes árboles del *Parque de la Estrella*, en la antigua sala de pintura de Pauline, que convirtió, según sus expresiones, «en un verdadero bazar, una mezcla de piedad y curiosidades, un jardín y una pajarera».

> «Realmente, añade, este pobre desván era un mundo para mí y, al igual que el Conde de Maistre, podría componer un libro titulado: "Paseo alrededor de mi habitación". Era en esta habitación donde me encantaba quedarme sola durante horas enteras a estudiar y meditar ante la hermosa vista que se extendía ante mis ojos»[216].

Allí, en el canto de los pájaros, dolor de cabeza para otros, melodía para ella, se aplicaba a ciertas ciencias.

Su esfuerzo personal le valió, tal como reconoce, más conocimientos en unos pocos meses que durante todos los años anteriores. Esta curiosidad lectora, que florecía especialmente en ciencias e historia, no estaba exenta de peligro. Su piedad la salvaba de todo desvío: en esta época, crecía prodigiosamente. Desde hace tiempo, *La Imitación de Cristo* le servía de alimento. Siempre la llevaba consigo, en verano en el bolsillo, en invierno en la manopla. Era capaz de recitar de memoria el texto completo. Con avidez devoraba una obra del P. Arminjon, prestada al Sr. Martin por sus queridas Carmelitas. Las *Conferencias sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura* marcaron su espiritualidad.

> «Copié, declara, varios pasajes sobre el amor perfecto y sobre la recepción que el Buen Dios debe hacer a sus elegidos en el momento en que *Él mismo* se convierta en su gran y eterna recompensa, ¡repetía sin cesar las palabras de amor que habían encendido mi corazón!»[217].

Cada mañana asistía a Misa. Varias veces a la semana, por un favor especial, para el cual, a pesar de su deseo, dejaba la iniciativa a su confesor, se acercaba a la Santa Mesa.

Pronto, ante la imagen del Crucificado desconocido, se encendió en ella, inextinguible, la sed de las almas. Pranzini sería más tarde su primer beneficiario. Este extranjero políglota, venido de Alejandría, que, para robar una caja fuerte, acababa de asesinar en París, calle Montaigne, a tres personas, incluida una niña de once años, marchaba hacia la guillotina con un cinismo aterrador. Había pasado su tiempo libre de detenido traduciendo libros obscenos. Sólo la devoción a María sobrevivía al naufragio de sus creencias. En la mesa, en los Buissonnets, el Sr. Martin hablaba de este monstruo, de su próxima ejecución, de su increíble endurecimiento. Teresa se conmovió. ¿Acaso no sería ese «su primer hijo»? Solicita del cielo su conversión, la espera, la exige, pide una señal, por humilde que sea, aunque sea un simple beso en la cruz. Y el 31 de agosto de 1887, al amanecer, el condenado, hasta entonces rebelde a la gracia y ya atado a la fatídica balanza, hace un gesto al sacerdote y, antes de entregarse al hachazo de Deibler, besa repetidamente el crucifijo que se le presenta.

Este episodio arranca a Teresa del «círculo estrecho» en el que vivía, para lanzarla a las amplias conquistas apostólicas. Hasta en el Carmelo recordará a Pranzini y hará decir Misas por su intención. Por el momento, catequiza a niñas cuya madre está enferma, se esfuerza por convencer a una mujer de servicio cuya fe ha decaído, coloca medallas de la Virgen en la ropa de los obreros, se interesa por los agonizantes del barrio e ilumina y sostiene la fervorosa devoción sobrenatural de Marcelline, la dedicada sirvienta de la familia Guérin.

***

Su carácter, templado por la prueba, alcanzó prematuramente su plena madurez. La fotografía conservada de sus trece años deja entrever una gracia ingenua y tímida, junto con un pliegue de dulce melancolía en los labios. La que la representa con el cabello recogido para la entrevista episcopal, unos meses antes de su ingreso al Carmelo, resplandece por encima de todo en viveza y decisión. Pero, de uno y otro lado, el brillo límpido de los grandes ojos azulados, la mirada dirigida hacia el interior, traicionan la profundidad de un alma directamente puesta bajo el movimiento divino.

Algunos han pronunciado a su respecto las palabras malsonantes de «llorona» y de «orgullosa». La verdad, y no la vana pretensión de blanquear a toda costa un rostro que no lo necesita, nos obliga a decir que eso es una

caricatura. Teresa tenía, en realidad, un punto débil: la emotividad excesiva despertada bruscamente por la muerte de su madre, que no siempre lograba dominar. Pero esta «enfermedad» –en el sentido paulino del término– fue más bien ocasión de demostrar su fuerza. Nunca se la vio desagradable ni malhumorada, hosca ni egoístamente encerrada en su tristeza. Las pruebas de todo tipo se abatían sobre ella: perplejidades morales, enfermedades y escrúpulos, sin inclinarla, ni siquiera un poco, al desaliento ni al abandono. Céline dijo, al respecto, las palabras definitivas:

> «Es importante notar que, incluso en este período de su vida, fue, en el fondo, realmente fuerte, a pesar de la aparente debilidad producida por su extrema sensibilidad. Esta fuerza notable la veo en que sus tristezas nunca la desviaron del más mínimo de sus deberes. Por mi parte, nunca la sorprendí, incluso en este período, en un desvío de carácter, una palabra áspera, una falla de virtud; su mortificación era constante y en las más pequeñas cosas. Me parece que no dejaba escapar ninguna ocasión para ofrecer sacrificios a Dios»[218].

En cuanto a ese apetito de dominio que algunos creen percibir en ella, confieso no haber encontrado rastro alguno en el inmenso expediente donde se acumulan los testimonios examinando sus más mínimos hechos y gestos. Habla en algunos lugares de su «orgullo»; sobre la austera formación que recibió, declara, en modo hipotético –y este detalle no carece de interés–:

> «La necesitaba tanto más porque no habría sido insensible a las alabanzas».

Concluyamos que sentía interiormente, en una naturaleza aún no totalmente pacificada, esas revueltas, esos impulsos del «yo», de los que antaño se acusaba Bernadette moribunda. Lo importante es saber si este personalismo instintivo explotaba hacia afuera o si reprimía implacablemente las más mínimas exigencias.

Interroguemos a este respecto a quienes vivieron en su intimidad. Pauline declara sin ambages:

> «Estaba atenta a adquirir dominio sobre sus acciones y tomó desde entonces –se trata de su primera infancia–, la costumbre de nunca quejarse ni disculparse»[219].

Léonie no es menos categórica:

> «Todo en la persona de Teresa respiraba paz, bondad y condescendencia. Siempre se olvidaba de sí para agradar a todos, poner felicidad en todos los corazones; era su elemento. Su igualdad de ánimo era tan simple y parecía tan natural que se podría creer que nada le costaba en sus renuncias perpetuas.

Era amable y graciosa, uno se sentía a gusto con ella. Todo en su persona atraía los corazones. El orgullo y la vanidad no tenían lugar en esa alma inocente. Era muy bonita, pero parecía ignorarlo; en aquella época en que vivíamos juntas en casa, nunca la vi mirarse en un espejo.

Tenía una atención muy delicada para no humillar ni entristecer a nadie»[220].

Céline, que fue su compañera preferida, se pronuncia con la misma claridad:

«No sólo Teresa no imponía su voluntad, sino que ni siquiera la hacía conocer. En casa, como en el internado, siempre la vi sumisa en todo; nunca se le oía objetar, discutir o murmurar, ni siquiera por diversión»[221].

Marie dice, por su parte:

«Nunca la vi cometer la más mínima desobediencia».

«Era un alma profunda y muy reflexiva, me parecía muy seria y adelantada para su edad»[222].

Jeanne Guérin apoya esta apreciación:

«Teresa se mostraba muy dulce, seria, reflexiva y, fuera de la familia muy íntima, no se entregaba a nadie»[223].

He aquí, ¿no es cierto?, un conjunto de testimonios que no deja de impresionar. ¿Se recusará su autoridad debido a los lazos de sangre que pueden paralizar la imparcialidad y sesgar el juicio? Prosigamos nuestra investigación. La Madre San Francisco de Sales, de la Abadía, hace esta deposición:

«Incluso cuando la Sierva de Dios era mi alumna, reconocía en ella una inocencia y piedad que me inspiraban respeto.

En cuanto a la docilidad y a la conducta, eran perfectas...

En sus relaciones con sus jóvenes compañeras, siempre mostró buen carácter y nunca manifestó animosidad, incluso hacia aquellas de quienes podría haberse quejado... Siempre la vi simple y humilde»[224].

El R. P. Pichon, que bajó varias veces al hogar del Sr. Martin y conoció a Teresa desde sus años jóvenes, refuerza esta nota:

«Lo que más me impresionó en esta niña fue su simplicidad, su ingenuidad y su inocencia. Era muy querida por su padre y sus hermanas, sin que yo haya visto ninguna debilidad de su parte. Pero lo particularmente notable en una niña de esta edad es que no se atribuía absolutamente nada a sí misma y se olvidaba completamente, sin valerse de ninguna de sus ventajas. Era tímida y reservada, nunca se ponía en primer plano.

El Sr. Martin tenía un afecto particularmente tierno por Teresa, a quien llamaba su «Pequeña Reina». Una niña menos dotada que ella podría haber sentido algún amor propio y sufrir en su formación moral, pero nunca vi que la Sierva de Dios se valiera de ello»[225].

¿Queremos finalmente escuchar la voz de los más humildes? Aquí está la anciana Victoire Pasquier, que fue siete años sirvienta en los Buissonnets:

«Teresita estaba muy bien educada, me admiraba su dulzura y su aire angelical. Siempre era obediente y como un angelito de dulzura. Era muy tímida».

Y Félicité Saffrey:

«Supe que algunas personas malintencionadas criticaban a nuestra querida Santita, ella, que era tan dulce y amable, siempre temía hacer daño. Estuve tres años en casa del Sr. Martin, puedo decir que nunca me contrarió».

Marcelline, la criada del Sr. Guérin, convertida en Sor María José de la Cruz, en las Benedictinas del Santísimo Sacramento, en Bayeux, dice:

«En aquella época, su carácter se manifestaba muy dulce y dócil… Se mostraba caritativa y afectuosa con los demás»[226].

Quien quiera quejarse de una perfección tan prematura, es difícil escapar a tal red de testimonios. La misma Teresa arroja sobre ello el peso de su palabra serena e indiscutida. ¿No dice formalmente que la gracia divina la ayudó a dominar hasta los primeros movimientos?

«La práctica de la virtud nos resultó dulce y natural; al principio, mi rostro a menudo traicionaba la lucha, pero poco a poco esa impresión desapareció y la renuncia me resultó fácil, incluso en el primer instante»[227].

Se puede preferir, por su estilo épico, una fórmula más tormentosa del itinerario del alma hacia Dios. Hay que inclinarse ante los hechos y no imponer al Altísimo el marco de nuestros conceptos estrechos. Estamos aquí, sin duda, ante un verdadero prodigio de la gracia preveniente. No es la santidad infusa; es, en una medida sorprendente, un capital de dones y virtudes que predisponen a adquirir la santidad[228].

***

El lector seguramente encontrará que nos hemos embarcado en una larga digresión y que la aclaración relativa a la «verdadera figura» de Teresa adolescente pertenece más a la historia de la Santa que a la biografía de sus

padres. «El tesoro de la Madre pertenece al niño», cantará la carmelita en su último poema dedicado a María. ¿No podemos, modificando la fórmula, alegar a modo de excusa: el tesoro de la Reina pertenece a su Rey? Restituir a aquélla su fisonomía auténtica, ¿no es contribuir a colocar a éste en pleno relieve?

Junto con la casa de la calle Saint-Blaise, los Buissonnets constituyen el santuario ideal de la familia francesa. Desde Nazaret y Betania, ¿hay muchos lugares donde se haya amado más? Este padre, que aceptó heroicamente dar al cielo, junto con su esposa, cuatro de sus hijos, y luego inmolar a las cinco restantes a la vida religiosa, nunca era tan feliz como en su propio hogar, rodeado de la hermosa corona de todas sus hijas.

Con un toque de delicadeza, les daba a cada una apodos donde el cariño ponía un acento particular. Teresa hará de ello el tema de una poesía conmovedora. A la cabeza estaba Marie, su «diamante», su «primera», su «mayor», a quien también llamaba, por ciertas tendencias de su temperamento, la «bohemia». Seguían Pauline, su «perla fina», luego la «buena Léonie» y Céline, la «valiente», la «intrépida».

En cuanto a la benjamina, tenía para ella todo un lujo de vocablos y diminutivos familiares que uno gusta recordar, pues reviven, en su aspecto más humano, la educación de nuestra santa. Era oficialmente la «pequeña Reina de Francia y Navarra». Se convertía ocasionalmente en «la huérfana de la Bérézina», su «pequeño escarabajo rubio», su «pequeña»… y cuando la balanceaba, por la noche, sobre sus rodillas, le gustaba decirle, arrastrando cada sílaba: «Mi pequeña Reina, ha hecho la fortuna de toda la Auvernia, ¡caramba!». Evocando los recuerdos de su retiro de primera comunión, la carmelita escribirá:

> «Experimenté que era una niña mimada y rodeada como pocas en la tierra, sobre todo entre los niños privados de su madre…»[229].

Las hijas de este «admirable padre» le devolvían muy bien su afecto. Hay que saborear, en las cartas que Marie le envía desde el convento, esta profundidad de sentimiento que, en rigor de términos, se asemeja a un culto. El 24 de agosto de 1887, le envía sus votos de San Luis:

> «Que el buen Dios te deje aún muchos años con tus hijas que tanto te aman, porque eres su rayo de sol en esta vida o, más bien, todo su Cielo con Jesús. Hace un año, por estas fechas, éramos cuatro en tu mirador, que habíamos adornado con guirnaldas y flores. ¿Lo recuerdas? Desde hace

un año, dos han volado del nido, pero aún tienen alas y si no las usan para volver a la *tierra extranjera* del mundo, ¡cuán alegres regresan hacia ti!

¡Oh!, mi querido papá, ¿qué te cantarán tus palomas que han volado? ¡Ah! todo su amor, todo su agradecimiento. Tú, que no retuviste su vuelo hacia Dios, tú, que las diste con tanta generosidad, sé bendito por siempre. Que te sea devuelvo el ciento por uno en este mundo y en el otro. Que nuestra madre querida, que partió al Cielo antes que nosotros, se una a nosotras para bendecirte, junto con los cuatro angelitos que también son tuyos. Cinco en la Patria y cinco en el exilio. La familia de allá arriba y la de aquí abajo hoy son una para celebrarte».

Aunque el padre y sus hijas vivieran en Lisieux casi como desconocidos, relacionándose poco con lo que se llama «sociedad», ocurría que testigos perspicaces percibían al paso la calidad única de esta comunidad de almas. Así, una antigua habitante, la Srta. Hélène Hue, escribe al Carmelo el 4 de octubre de 1929 con ocasión de las fiestas de septiembre en Lisieux:

«¡Qué grandiosa manifestación en la plaza de San Pedro! Y yo veía a mi Teresita en el mercado con su querido Padre, deliciosa con sus grandes rizos dorados y su vestido azul marino. ¡Pero cuántos recuerdos en San Pedro! Había podido situarme donde antes Teresa asistía a Misa en nuestra querida Catedral. Veía a nuestra Santita descender para el sermón con su Padre y venir allí, al segundo pilar de la nave, donde mi tía le reservaba los lugares…».

La misma, escribiendo a Sor María del Sagrado Corazón para su Jubileo de Oro, el 15 de octubre de 1936, volvía sobre sus recuerdos:

«¡Oh, el hermoso ramo de rosas que desde el Cielo Teresa hará llover sobre su querida hermana, y cómo todo el Cielo también está de fiesta! ¡Y el buen, el Santo Sr. Martin, a quien veneraba tanto! ¡Cuánto me gustaba verlo junto a su pequeña reina! El buen Dios no puede negarle nada a este padre que fue tan valiente y generoso».

El mismo sello de caridad sobrenatural marcaba las relaciones entre las hermanas. En vano se insinuó que Léonie, como la heroína del cuento de Perrault, habría sufrido un régimen de excepción, teñido de desfavor o, incluso, de ostracismo. Todos los que compartieron la vida de los Buissonnets, desde los padres Guérin hasta las sirvientas Victoire y Félicité, se indignaron contra tales calumnias. Desde la muerte de su madre, el temperamento de Léonie se había domesticado. Sin desprenderse totalmente de cierta inclinación al aislamiento, vivía cada vez más en armonía con la vida familiar. Teresa, en particular, se esforzaba por protegerla de todo aquello que cierta inferioridad intelectual podría haberle resultado aflictivo.

«Me sentí particularmente conmovida –declara Léonie sobre ella– por la gran delicadeza con la que actuaba conmigo. Yo tenía entonces veintitrés años, y ella sólo trece, pero estaba muy retrasada

en mis estudios y formación; mi pequeña hermana se prestaba a instruirme con gran caridad y un tacto exquisito para no humillarme»[230].

Cuando la «Solitaria» se confinaba en su habitación, donde no tardaba en sucumbir al sueño, sus dos hermanas traviesas la molestaban con gentileza. ¿No se les ocurrió, en su ausencia, transformar el apartamento en celda y colocar en las paredes grandes cartuchos con severas sentencias, destacando ésta: «Mis ojos se cierran a la luz del día cuando, después de mi cena, ¡no doy un paseo!».

La piedad fraterna iba aún más allá. Alcanzaba su punto culminante en la amistad espiritual que unía a las dos hermanas menores. Habían crecido una al lado de la otra en una intimidad sin nubes. Había que ver con qué frescura de entusiasmo intercambiaban sus regalos con ocasión del Año Nuevo y las fiestas. Teresa excluía implacablemente cualquier calendario que, con fecha 21 de octubre, no llevase el nombre de Santa Céline, virgen. Ella estaba bajo el patrocinio de la Reformadora del Carmelo, festividad que se celebra el 15 de octubre. Poco antes de ese día, el papá las llevaba a ambas a una tienda en el centro y daba cien pasos de un lado a otro en la calle, mientras sus hijas, cada una por su lado, con gran misterio, se abastecían, por cincuenta céntimos –era la época del franco de oro–, de múltiples adquisiciones, con vistas a sus sorpresas recíprocas. A finales de diciembre, la misma escena, que la santa relata con su habitual abandono:

«Lo más divertido era vernos comprar nuestros aguinaldos, juntas en el bazar, escondiéndonos cuidadosamente la una de la otra. Al tener 10 centavos para gastar, necesitábamos al menos 5 o 6 objetos diferentes; era ver quién compraba las cosas *más bonitas*. Encantadas con nuestras compras, esperábamos con impaciencia el primer día del año para poder ofrecer nuestros magníficos regalos. ¡La que se despertaba antes se apresuraba a desearle el feliz año a la otra, luego nos dábamos los aguinaldos y cada una se extasiaba con los *tesoros* adquiridos por 10 centavos…!

Estos pequeños regalos nos daban casi tanto placer como los *hermosos aguinaldos* de mi *tío*; además, ¡no era más que el comienzo de las alegrías! Ese día nos vestíamos rápidamente y cada una se mantenía alerta para saltar al cuello de Papá; en cuanto salía de su habitación, eran gritos de alegría en toda la casa y el pobre Papito parecía feliz de vernos tan contentas… Los aguinaldos que Marie y Pauline daban a sus niñas no tenían gran valor, pero también les causaban una *gran alegría*»[231].

Con los años, los intercambios de regalos se convirtieron en comunicaciones sobrenaturales. Teresa anota, al día siguiente de su

«conversión» de Navidad:

> «Céline se había convertido en la confidente íntima de mis pensamientos... Jesús, que quería hacernos avanzar juntas, formó en nuestros corazones lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo *hermanas de alma*… ¡Qué dulces eran las conversaciones que teníamos cada noche en el mirador! Con la mirada perdida en la lejanía, contemplábamos la blanca luna elevándose suavemente detrás de los grandes árboles…, los reflejos plateados que derramaba sobre la naturaleza dormida…, las brillantes estrellas centelleando en el azul profundo... La ligera brisa de la tarde hacía flotar las nubes nevadas, todo elevaba nuestras almas hacia el Cielo, el hermoso Cielo del cual no contemplábamos más que el *reverso* límpido»[232].

Este ascenso espiritual –la santa lo menciona más adelante– evocaba el vuelo poderoso que, en la playa de Ostia, había llevado hasta la esencia divina el espíritu de Agustín y de Mónica; era ya la ascensión, hecha entre dos, de la belleza sensible hacia el Bien increado, único capaz de apaciguar la inquietud humana.

El padre también disfrutaba de este tipo de éxtasis. Tocaba ahora al final de la vía ascendente que domina la cruz. Pronto experimentaría su humillante desnudez. Como uno se deleita con una sinfonía de temas indefinidamente renovados, su alma musical saborea por el momento los mil placeres penetrantes de la vida familiar. Su hogar puede servir de modelo a todos. Los modernos lo considerarán, quizás, un poco cerrado, demasiado cálidamente sellado, demasiado concentrado en su riqueza secreta. Preferirán la fórmula «abierta», más exteriorizada, del hogar conquistador, cuyos miembros, sin sacrificar la unidad colectiva fundamental, se lanzan hacia afuera y trabajan arduamente en la transformación cristiana del entorno.

Guardémonos de pecar por anacronismo. Volvamos a los años 1880. Las obras estaban entonces en sus primeros tanteos. Trasladada bruscamente a nuestra época, ¿qué comportamiento nuevo asumiría la tranquila existencia de los Buissonnets? Pregunta ociosa. La historia evoluciona en lo real; aborrece la ficción. Una cosa es cierta: que, con los medios y en el espíritu de su tiempo, sabiendo, además, unir a su vida interior las obras de misericordia, apostolado episódico y participación en la actividad parroquial, el hogar del Sr. Martin ofreció a sus contemporáneos y a las generaciones siguientes, además, el «testimonio» realizado, y por ello radiante, de una familia ciento por ciento cristiana, donde el evangelio plenamente vivido conduce a la perfección del amor.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIII LA OFRENDA DE LOS HIJOS

EL ALMA RELIGIOSA DE LOS PADRES —
PAULINE Y MARIE EN EL CARMELO — LA VOCACIÓN DE TERESA —
LA PEREGRINACIÓN A ROMA — LA AUDIENCIA PONTIFICIA —
LA ENTRADA DE TERESA AL CARMELO — LA VOCACIÓN DE CÉLINE

René Bazin ha hablado de esas madres que tienen «un alma sacerdotal» y que la transmiten a su hijo junto con la vida. Del Sr. y la Sra. Martin se puede decir que tenían «un alma religiosa». Su hogar ilustra de manera concreta la influencia de la atmósfera familiar en el surgimiento de una gran vocación. Esta tesis, querida por el P. Viollet, el ardiente animador de la Asociación del Matrimonio Cristiano, es el origen de la presente obra: merece detenerse en ella para examinar su alcance, a la luz de un ejemplo particularmente llamativo.

No es que se deba someter la elección divina al juego fatal de la herencia y la educación. La gracia se burla de nuestros cálculos. Tiene intervenciones tan desconcertantes como decisivas. A veces es en medio del lodo donde la llamada del Maestro busca a sus discípulos. No obstante, es igualmente cierto que, por regla general, el sello prestigioso que marca al pescador de hombres o a la esposa de Cristo es la coronación de un ascenso colectivo. Hay pocos ámbitos donde estalle con mayor claridad la misteriosa ley de solidaridad que preside la evolución del orden, tanto sobrenatural como natural.

El Sr. y la Sra. Martin habían concluido en su juventud con la ambición de entregarse por completo a Dios. Mensajeros de la Providencia, los acontecimientos o las personas rompieron su propósito. ¿Conservarán, como ocurre a veces, un resentimiento secreto o una hostilidad inconfesada hacia la vida sacerdotal y religiosa? Tienen demasiada nobleza para eso. Es un culto el que le profesan, teñido de una especie de nostalgia. El preludio virginal que inauguró su unión les dio de ese estado una comprensión que roza la experiencia personal. La castidad perfecta sigue siendo objeto de su envidia. No habiéndose podido encadenar al servicio del Señor, aspiran a ofrecerle toda su descendencia.

Hemos mencionado las oraciones vehementes que habían solicitado la llegada de un futuro sacerdote destinado a las misiones en tierra infiel y cómo la muerte de los dos pequeños Joseph truncó esas esperanzas. Los valientes cristianos se inclinaron, pero, habiendo trabajado para poblar el cielo, aspiraron a poblar el claustro. Cada nacimiento era objeto de su primera petición. Se reflejaba en todas sus oraciones. No eran de esos padres pusilánimes que temen sacrificar a Dios lo que no dudan en entregar a una criatura. Al leer en la biografía de la Sra. Acarie, que esta fundadora del Carmelo en Francia había ingresado al monasterio con sus tres hijos, la Sra. Martin exclamó, llena de admiración:

«¡Todas sus hijas Carmelitas! ¿Es posible que una madre tenga tanto honor?».

La Madre Inés de Jesús, quien relata esta anécdota, pudo, bajo juramento, declarar en el Proceso de Beatificación:

«Mis padres deseaban que todas nos consagrásemos al buen Dios; ¡hubieran querido darle sacerdotes y misioneros!»[233].

No se debe creer, por ello, que hicieron de su hogar un invernadero donde las vocaciones se cultivaban en serie. La presión torpe o la intervención indiscreta generan hipócritas o fracasos, si no exclaustrados. Estos verdaderos educadores tenían demasiado respeto por las conciencias y por la sumisión a la voluntad divina como para rebajarse a tales procedimientos. Hubieran visto en ello una violación de las almas al mismo tiempo que un atentado contra la voluntad de Dios. Es libremente y no por coerción o efracción, que se debe penetrar en el Santo de los Santos.

La Sra. Martin no dudaba en rechazar a Léonie, quien mezclaba sus caprichos y travesuras adolescentes con deseos de vestir el hábito:

«Cuando nos dice todos los días que será Clarisa, confío en ello tanto como si fuera la pequeña Teresa (entonces de dos años y medio) quien me lo dijera»[234].

Es con un tacto exquisito que esta madre sigue paso a paso, en el alma de Pauline, el despertar del germen divino. No quería precipitar nada, temía despertar demasiado pronto una confianza que daría consistencia a pensamientos aún flotantes. Hacía lo mismo con Marie, como le escribió a su hija menor, el 5 de diciembre de 1875:

«No me sorprendería que un día se hiciera religiosa en la Visitación; no tiene en absoluto gustos mundanos, al contrario, me importa más que a ella que esté bien vestida.

Una noche, recientemente, al hacer mi oración después de leer a la Sra. de Chantal, pensé de repente que Marie sería religiosa, pero no me detuve en ello porque he notado que siempre ocurre lo contrario de lo que preveo.

No le cuentes esto; se imaginaría que lo deseo y, en realidad, no lo quiero, a menos que sea la voluntad de Dios. Mientras siga la vocación que Él le dé, estaré contenta».

El papel de los padres es preparar el terreno donde la semilla pueda germinar, constituir la atmósfera que favorezca su crecimiento. Hemos visto cómo el Sr. y la Sra. Martin, con vigilancia previsora, alejaban de sus hijas las influencias perniciosas, cómo orientaban su piedad y las disponían a querer, en todo, lo que Dios quiere, y cómo, finalmente, las estimulaban al sacrificio. Tal disciplina hace que las almas estén eminentemente disponibles a cualquier requerimiento de la gracia. Las almas formadas para decir «sí» al deber no están listas para eludir, si se hace sentir, la soberana invitación.

¿Hace falta añadir que todo en el hogar inclina a apreciar la vocación como un honor? Las niñas aprendieron a venerar a su tía Visitandina. Los locutorios en Le Mans, en las Clarisas de Alençon, en el Carmelo de Lisieux, poblaban sus jóvenes imaginaciones de frescas visiones monásticas. En la calle se saluda a sacerdotes y religiosos y sólo se habla de ellos con respeto. Imposible criticar un sermón sin que el papá intervenga para exaltar la palabra de Dios. La mamá, que no siempre se resguarda –tan sagaz es– de señalar ciertos defectos de los oradores, incluso eclesiásticos, muestra, no obstante, una deferencia totalmente sobrenatural hacia los predicadores de misiones y se impone, para escucharlos, arduos sobresaltos de fatiga.

He aquí, bajo la pluma de Pauline, un rasgo encantador que ilumina en este ámbito la profunda influencia materna:

«De muy pequeña, mamá me tomaba en sus rodillas y me contaba historias de la vida de los santos.

Una vez me dijo que en el Cielo sólo las Vírgenes seguirían a todas partes al buen Jesús, bajo la forma de un Cordero sin mancha, que serían coronadas con rosas blancas y cantarían un Cántico que los demás no podrían cantar. Entonces le dije que yo quería ser virgen con una hermosa corona blanca y le pregunté de qué color sería la suya, porque me había hecho notar que las personas casadas no tendrían corona blanca. Me respondió que, sin duda, tendría una corona de rosas rojas. Y yo exclamé: “¡Oh mamá, nunca me casaré, para no tener una corona roja en el Cielo!”».

Fue por haber vivido en tal ambiente que Teresa sintió surgir en ella un misterioso atractivo que la llamaba «hacia el Esposo de las Vírgenes».

«A menudo, escribió, oía decir que, sin duda, Pauline sería *religiosa*; entonces, sin saber muy bien lo que era, pensaba: "*Yo también seré religiosa*"»[235].

En Lisieux, es el Sr. Martin quien, con su cálida piedad, mantiene la chispa. La santa recuerda lo que le susurró al oído cuando penetró por primera vez en la capilla del Carmelo, diciéndole que, detrás de esa gran reja, había santas religiosas que siempre rezan al buen Dios. Se puede imaginar el torrente de preguntas que siguió y cómo, evocando a la seráfica Teresa, el papá procedió a la primera iniciación monástica de su hijita. El llamado divino nunca es tan insinuante, tan cautivador, como cuando toma prestado, sin que lo sepan, la voz querida de un padre o de una madre.

No es que el Sr. y la Sra. Martin contemplen sin cierto sentimiento sensible el desgarramiento de la separación. Ante esa perspectiva, la naturaleza más domada no deja de estremecerse. La mamá, que expresa por momentos su orgullo por la vocación vislumbrada de Pauline y Marie y que, en su lecho de muerte, se lo confesará a su hija menor, no puede evitar, el 9 de julio de 1876, hacer este reconocimiento a su cuñada:

«A pesar de mi vivo deseo de entregarlas al buen Dios, si me pidiera ahora estos dos sacrificios, aunque los haría lo mejor posible, no sería sin dolor».

Será su propia oblación la que consumará esta mujer de gran corazón. Morirá llevándose a la tumba el sueño que la había hecho estremecerse de la más pura ambición: «¡Todas sus hijas Carmelitas!». Corresponderá al Sr. Martin llevar hasta el final el holocausto e inmolar con sus propias manos, con una generosidad que nos remite a las más bellas horas de la Edad Media, todo el porvenir de su linaje.

***

Desde la instalación en los Buissonnets, el nombre del Carmelo de Lisieux resonaba ocasionalmente en las conversaciones familiares. Era, en la calle Livarot, un conjunto de construcciones geométricas de ladrillos rojos obscuros, con techo de pizarra perforado de buhardillas. El cuadrado conventual estaba formado por dos alas de edificios unidas, de un lado, por toda la longitud de la capilla, y del otro, por las arcadas abovedadas de un claustro del estilo más austero. Una imponente cruz de granito dominaba el patio. Un jardín estrecho ofrecía a las solitarias una vegetación mesurada de la que destacaba, apacible y discreta, aquella encantadora alameda de

castaños que vería a Teresa, en su ocaso, escribir serenamente las últimas páginas de la *Historia de un alma*. Altos muros ocultaban a los profanos el severo recogimiento de aquel lugar.

El monasterio había tenido comienzos heroicos, dignos de figurar en el *Libro de las Fundaciones* de la Santa de Ávila. Dos jóvenes de Pont-Audemer, Athalie y Désirée Gosselin, habían decidido consagrar su modesta fortuna a abrir un Carmelo que albergara sus deseos de perfección, y Mons. Dancel, obispo de Bayeux, las orientó hacia Lisieux y les dio como futuro superior al P. Pierre Sauvage, sulpiciano, primer vicario en Saint-Jacques. Este celoso sacerdote acabó por descubrir, en Poitiers, un fervoroso y antiguo monasterio de carmelitas que aceptó patrocinar el proyecto, formando a las postulantes y enviando, para guiarlas en sus comienzos, a dos de sus mejores religiosas.

Así fue como el 16 de marzo de 1838 descendieron del coche de posta, en la estación de Lisieux, cuatro novicias de Normandía y dos profesas poitevinas de velo negro: Sor Isabel de San Luis, que asumiría el priorato, y Sor Genoveva de Santa Teresa, sub-priora y maestra de novicias. Un carro cubierto con una lona las llevó, bajo una lluvia torrencial, por la calzada de Beuvillers donde, en espera de que se les encontrara un lugar adecuado, la Sra. Le Boucher se ofreció a albergarlas bajo el techo de paja de una humilde choza que recordaba todo a Belén.

El 5 de septiembre siguiente se trasladaron a la calle Livarot, a una casa vetusta, pero algo más amplia. El naciente convento fue dedicado a «María concebida sin pecado». Más tarde se le añadirían los títulos del Sagrado Corazón de Jesús y de Santa Teresa del Niño Jesús. Sobre aquella pequeña familia parecía flotar como una protección la oración del «santo hombre de Groswardein», el príncipe de Hohenlohe, quien les había enviado sus alientos episcopales y había anunciado, con verdadero instinto profético, «la entrada al Carmelo de Lisieux de toda una familia, de la que saldrían para él todas las bendiciones».

Bajo el gobierno de Sor Isabel de San Luis y, luego de su muerte, bajo el impulso de Sor Genoveva de Santa Teresa que, durante cuarenta y nueve años, casi siempre en el puesto de priora, sería la regla viva y el alma de sus hermanas, la comunidad tomó un rápido vuelo. Las pruebas no tardaron en caer sobre ella. La indigencia se aferró a sus pasos. Harían falta cuarenta años de esfuerzos tenaces para dar al monasterio su espacio vital y sus bases

materiales suficientes. El plan primitivo estaba ya realizado en sus grandes líneas en 1877 cuando el Sr. Martin se estableció en Lisieux.

Los habitantes de los Buissonnets conservaron durante largo tiempo hacia el Carmelo una especie de temor reverencial. Las urnas funerarias colocadas sobre el portal tenían el don de helarlos. Era hacia la Visitación que se dirigían los sueños de Pauline. Ya se lo había dicho a la superiora de Le Mans cuando, el 16 de febrero de 1882, asistiendo a Misa en la iglesia de Saint-Jacques, junto a la estatua de Nuestra Señora del Monte Carmelo, sintió de pronto, sin poder dudarlo, que la Virgen la quería religiosa carmelita. Reemplazaría, en la calle Livarot, a una habitante de Lisieux fallecida la víspera de entrar en el claustro. Esta solución le permitiría, además, continuar cerca de Teresa su papel materno.

Pauline se lo confió a su padre, que estaba en el Belvedere, absorto en esos estudios matinales que en él se convertían rápidamente en meditación. La acogió con gran bondad, pero solamente le hizo notar que su salud delicada, sujeta a frecuentes migrañas, tal vez no resistiría bien la austeridad de una Orden semejante, pero, ante el tono decidido y confiado de la joven, accedió gustoso a sus deseos. Por la tarde, al cruzarla sola en la escalera, le dijo con emoción:

> «Mi Pauline, te he permitido entrar al Carmelo para tu felicidad, pero no creas que lo hago sin sacrificio de mi parte, ¡porque te quiero tanto!».

Y la abrazó con ternura.

La *Historia de un alma* ha relatado el desgarramiento de Teresa ante esta noticia y cómo las consolaciones y explicaciones que su «madrecita» le prodigó precisaron de golpe en ella el llamado divino:

> «Sentí que el Carmelo era el *desierto* donde el Buen Dios quería que yo también fuera a esconderme».

Después de la admisión de Pauline, la priora, la Madre María de Gonzaga, puesta al corriente de esas aspiraciones de una niña de nueve años, se cuidó bien de no desalentarlas. ¡Había en aquellos ojos profundos una luz tan virginal! Pero la espera no sería menos dolorosa.

El 2 de octubre de 1882, el Sr. Martin, acompañado de su cuñado y de Marie, conducía a Pauline a su nueva familia. Con el alma completamente penetrada del recuerdo de su esposa, para quien un día semejante colmaría sus esperanzas, ofrecía alegremente a Dios la primera de sus ofrendas. La

pequeña Reina no asistió a aquella separación: el golpe habría sido demasiado doloroso.

Tampoco estuvo presente en la ceremonia de toma de hábito, que tuvo lugar el 6 de abril de 1883. Sin embargo, al comienzo de la tarde, la que se llamaría desde entonces Sor Inés de Jesús, vestida con el blanco atuendo de las bodas espirituales, había salido de la clausura, según el ceremonial de la época, y recibía en un locutorio exterior los últimos abrazos de los suyos. Teresa vino entonces, gracias a una providencial tregua del misterioso mal que la torturaba desde hacía varios días, a visitar a su «madre querida», a sentarse en sus rodillas, esconderse bajo su velo y entregarse a sus caricias. Luego la dejó, mientras Pauline, del brazo de su padre, cruzaba el santuario y, después de la ceremonia exterior, llegaba a la puerta de clausura para revestirse, en el coro de las religiosas, con el hábito monástico. Al dar a su hija menor un último beso, el Sr. Martin suspiró con angustia: «¿Acaso te volveré a ver?».

Trece meses más tarde, el 8 de mayo de 1884, en la tarde de su primera comunión, Teresa volvía con su «Rey», radiante bajo sus «copos de nieve», a derramar sus impresiones junto a su «madrecita», que ese mismo día había hecho profesión. El 16 de julio siguiente, toda la familia asistía a la toma de velo.

Entretanto, los encuentros eran breves. Teresa –y aquello era para ella un verdadero desgarro– no tenía más que unos minutos para hacer sus pequeñas confidencias. ¿Dónde estaban las largas efusiones de los Buissonnets? En cuanto al Sr. Martin, amaba cada vez más aquellas conversaciones espirituales. Su alma, sedienta de entrega total, aplaudía las fulgurantes fórmulas de los héroes de la mística. Con San Juan de la Cruz percibía mejor que nunca la «nada» de las criaturas. Entre los cuatro muros fríos y desnudos de aquel locutorio, frente a aquella reja erguida como un desafío lanzado al mundo, se sentía un alma de monje. En la correspondencia que intercambiaría con Marie, desde Constantinopla y Roma, no olvidará a su «perla fina»:

> «Di a mi querida «pequeña Pauline» que también pienso a menudo en ella y doy gracias al buen Dios por haberle dado una vocación tan alta...».
>
> «¡Cuánto me consuela verla tan plenamente feliz y que Jesús, incluso aquí en la tierra, quiera visitarla como sólo Él sabe hacerlo! Demos muchas gracias al buen Dios, mi primogénita, y roguémosle de todo corazón para que colme también con sus gracias a nuestra pobre y querida Léonie»[236].

Las últimas palabras aluden a los nuevos sacrificios que se perfilaban en el horizonte. Léonie se orientaba poco a poco hacia el claustro. La misma Marie parecía sufrir su irresistible atracción. Ciertamente, a quien la observara con una mirada superficial, tal perspectiva le habría hecho encogerse de hombros. Pura como un lirio, pero de una independencia indomable, aquella joven no tenía nada de «monja». Le gustaba su libertad. Sí, pero había tenido lugar la profunda influencia de su madre, que supo disciplinar esa naturaleza original y magnánima y que, desde el más allá, prolongaba su acción; había tenido lugar el ambiente espiritual del padre, que adoraba a su primogénita; había tenido lugar el ejemplo contagioso de Pauline y las conversaciones mantenidas con ella. Con la ayuda del P. Pichon, eminente especialista en la predicación de retiros y en la dirección de las almas, de nada le sirvió resistirse; la palabra incisiva conmovió su corazón, demasiado recto para rechazarla. Escribió su elección en ocho apretadas páginas. La conclusión era deslumbrante. Se sentía atrapada «en las redes de la misericordia»:

«¡Jesús –exclamaba– ha posado también sobre mí una mirada particular de amor!».

Antes de pasar a los hechos, debía cumplir su misión familiar. Los años pasaban. Estamos en 1886. Léonie quería, por su parte, lanzarse al ancho mar; por haber asistido antaño, con la Sra. Martin, a las reuniones de la Tercera Orden entre las Clarisas de Alençon, ardía en deseos de unirse a las Pobres Damas, pero Céline tenía ya diecisiete años cumplidos y la educación de Teresa parecía cercana a su término. El P. Pichon, en una carta enviada desde Canadá, adonde había partido dos años antes, zanjó las últimas dudas de Marie.

«Había llegado para mí, pues, la hora del sacrificio –escribe ella–. ¡Ah! vi llegar aquella hora sin entusiasmo. ¡Tenía que decir adiós a un padre a quien amaba! ¡Tenía que abandonar a mis hermanitas! Sin embargo, no vacilé ni un instante y le hice a papá esta gran confidencia. Lanzó un suspiro al oír semejante revelación. Estaba muy lejos de esperarla, pues nada podía hacer suponer que quisiera ser religiosa. Reprimió como un sollozo y me dijo: “¡Ah! ¡Ah! ¡Pero... sin ti...!”. No pudo terminar. Y yo, para no enternecerlo, respondí con firmeza: “Céline es ya bastante grande para reemplazarme; verás, papá, que todo saldrá bien”. Entonces el pobre Papito replicó: “¡El buen Dios no podía pedirme un sacrificio más grande! ¡Creía que nunca me dejarías!”. Y me abrazó para ocultar su emoción».

La entrada al Carmelo fue fijada para el 15 de octubre de 1886. Al igual que Pauline, Marie quiso antes arrodillarse una última vez sobre la tumba de su madre. Toda la familia partió hacia Alençon.

Fue durante ese viaje cuando, con una precipitación que nada hacía prever, y cuya imprudencia demostraría el futuro, Léonie solicitó y obtuvo de inmediato su admisión entre las Clarisas. Colocado, por así decir, ante el hecho consumado, el Sr. Martin se inclinó con grandeza de alma. Se esforzó incluso, con razonamientos de orden sobrenatural, en apaciguar a su hija mayor, que no ocultaba su descontento ante aquella prisa insólita que nada justificaba. En efecto, el 1 de diciembre del mismo año, Léonie regresaba al hogar paterno. Su temperamento era demasiado débil para soportar las mortificaciones de una regla particularmente austera. Con gran tacto y caridad, el padre se dedicó a suavizarle aquella decepción.

En cuanto a «su primera», la condujo al Carmelo en la fiesta de Santa Teresa. El 19 de marzo de 1887, en la mañana de San José, con una emoción apenas contenida, la ofrecía a Dios bajo el nombre de Sor María del Sagrado Corazón, en la conmovedora ceremonia de la toma de hábito, en la que el P. Pichon, recién llegado, exaltó la vocación religiosa.

Soportó valientemente la herida del corazón. Durante el banquete ofrecido al clero, que, según la tradición, se celebraba en casa del Párroco de Saint-Jacques, superior del Carmelo, confió al P. Godefroid Madelaine:

> «Estoy muy feliz; ya tengo dos hijas cuyo destino eterno está asegurado; me queda aún una que sólo tiene catorce años y que ya arde en deseos de seguirlas»[237].

Es verdad que sus hijas sabían rodearlo de ternura. En una serie de cartas, que son verdaderas obras maestras de afecto delicado, la novicia se esforzará por aliviar en su padre la herida de la separación.

Por su parte, daba pruebas hacia las monjas de una auténtica generosidad. En la toma de hábito de Pauline, había donado dos magníficas lámparas de bronce dorado, adornadas con cristales y cirios. Cuando llegó el turno de Marie, enriqueció el tesoro conventual con dos grandes relicarios en forma de custodia. A menudo mejoraba con alguna pieza de elección el menú básico siempre frugal de la comunidad. Era para ella que, con amor, lanzaba el anzuelo. Y si las líneas no daban fruto, hacía contrato con el pescador o se abastecía en la lonja.

Su primogénita lo llamaba, con toda justicia, «el proveedor del buen Jesús». Le agradecía delicadamente, después de haber entregado a Dios «todo el tesoro de su barca, sus hijas», atribuyéndole, además, en la persona de sus esposas, todo el fruto de sus pescas. Por encima de todo, lo bendecía

por el *Fiat* tan noblemente consentido que había decidido la dicha de sus queridas carmelitas:

> «Oh tú, el mejor de los padres, que das a Dios a manos llenas toda la esperanza de tu vejez, la gloria es para ti, la gloria que no pasa; sí, padre amado, te glorificaremos, como mereces ser glorificado, convirtiéndonos en santas. Otra cosa sería indigno de ti».

***

La vocación de Marie, fríamente deliberada y serenamente realizada, se había desarrollado a modo de un matrimonio de la razón donde el amor conservaría todos sus derechos. En contraste, la de Teresa tiene el aspecto de un irresistible impulso de la pasión. La lleva en el corazón como una herida. El Carmelo se ha convertido en su gran pensamiento; inmolarse por la Iglesia y por los sacerdotes, su única ambición. Las congregaciones activas no dejan de atraerla; el apostolado sería para ella una fiesta, pero estima más crucificante actuar directamente sobre la Causa primera en el silencio de la contemplación. Por eso, después de haber aceptado con entusiasmo, de manos de Céline, durante el viaje a Roma, un número de los *Anales de las Franciscanas Misioneras de María*, se abstendrá de leerlo:

> «Tengo un deseo demasiado vivo –explicará– de consagrarme a las obras de celo y quiero esconderme en un claustro para darme más totalmente al buen Dios».

Se había dirigido a excelentes confesores: el P. Ducellier, vicario en San Pedro, que debía volver allí como arcipreste después de haber sido párroco en Mathieu y en Trévières; el canónigo Domin, capellán de la Abadía; el P. Lepelletier, también vicario de la Catedral, que no la dejará hasta 1888, cuando se traslade a Luc-sur-Mer y, más tarde, a San Esteban de Caen. Todos ignoraron su decisión[238].

> «Decía –confesará más tarde la Carmelita– que, para mí, el buen Dios no se servía de intermediario, sino que actuaba directamente».

Pues bien, es Él quien le inspira pedir su entrada en el monasterio en la Navidad de 1887, para el aniversario de su «conversión», justo en vísperas de sus quince años. Es una apuesta: Marie la rechaza en nombre del sentido común. Pauline, que conoce mejor el alma de su hija espiritual, la apoya con todas sus fuerzas. Céline, que lo ha adivinado todo y que sueña también con tomar algún día el velo, acepta borrarse ante su hermanita. Las conversaciones del Belvedere beben de una fervorosa inspiración que Teresa cantará un día:

«Entonces nuestras voces se unían,
Nuestras manos encadenadas una a otra;
Juntas, cantando las bodas sagradas,
Ya soñábamos con el Carmelo,
¡Con el Cielo!».

Resta a la joven postulante abrir su alma a su «Rey». No tiene aún sesenta y cuatro años, conserva el porte marcial y la actitud erguida, pero ya es un anciano de salud gravemente amenazada. El 1 de mayo de 1887, cuando se disponía, como de costumbre, a asistir a la Misa de siete, un ataque de congestión cerebral con forma hemipléjica lo retuvo en cama. La parálisis entumeció todo un costado, aunque sin afectar sus facultades intelectuales. Inmediatamente alertadas, las hijas del Sr. Martin lo ayudaron a levantarse. Él quiso, pese a todo, arrastrarse, sostenido por ellas, hasta la Catedral, para santificar a toda costa el primer día del mes de María. La pierna le pesaba, la lengua se le trababa un poco. Filosofando como cristiano sobre este aviso venido de lo alto, dijo en el camino de regreso:

> «Hijas mías, somos tan frágiles como las flores de los árboles; una tarde tenemos, como ellas, un aspecto magnífico y, por la mañana, una hora de helada nos marchita y derriba».

Avisado, el Sr. Guérin, interviene enérgicamente. Obliga al enfermo a acostarse y le aplica sanguijuelas. «La mesa del banquete es bien pequeña para tantos comensales», observa el paciente con alegría. El peligro parece conjurado. Durante el año se producirán aún otros dos malestares de la misma naturaleza, aunque más leves y detenidos de inmediato. El Sr. Martin no perderá nada de su brío ni de su buen humor, pero se hundirá cada vez más en reflexiones solitarias y, en ciertos momentos, su tez pálida y sus labios amoratados despertarán en sus hijas legítimas inquietudes.

En el Carmelo, Pauline se preocupa. Envía este billete que pretende ser un llamado a la prudencia, pero que, con el tiempo, toma acentos de profecía:

> «Querido Papito, no pienses aún en el Cielo; el reposo de la Patria no será para ti hasta que tu misión esté cumplida junto a las tres joyas que aún te quedan»[239].

¿Era acaso la hora de poner bruscamente ante sus ojos la perspectiva del más desgarrador de los sacrificios, el de su «pequeña Reina»? Ciertamente, esperaba ofrecerla al Señor más tarde; había percibido la magnificencia de aquel corazón virginal, pero no estaba más que en su primavera. Le servía de compañera predilecta cuando, con un paso vuelto más lento desde el reciente accidente, hacía en Lisieux su paseo cotidiano.

¿Era necesario turbar aquella dulce serenidad? Teresa dudó largo tiempo, oró, consultó a Dios y encontró la fuerza para hablar.

Fue el día de Pentecostés, después de Vísperas. Invadido por la paz de una hermosa tarde, el Sr. Martin descansaba en el jardín trasero de los Buissonnets, con las manos juntas, contemplando el follaje de los grandes árboles bajo el fuego del sol poniente. La niña se acercó. Él adivinó en sus ojos húmedos algún secreto difícil de soportar. «¿Qué tienes, mi pequeña Reina? Cuéntamelo...». Quizá lo presentía, porque ya se levantaba como para disimular su propia emoción y caminaba estrechando a la niña contra su corazón. Pero sólo Teresa puede contar una escena así:

> «Entre lágrimas le confié mi deseo de entrar al Carmelo; entonces sus lágrimas vinieron a mezclarse con las mías, pero no dijo una sola palabra para desviarme de mi vocación; se contentó simplemente con hacerme notar que aún era muy joven para tomar una decisión tan grave. Pero defendí tan bien mi causa, que, con la naturaleza simple y recta de papá, pronto quedó convencido de que mi deseo era el de Dios; y, en su fe profunda, exclamó que el buen Dios le hacía un gran honor al pedirle así a sus hijas. Continuamos largo rato nuestro paseo; mi corazón, aliviado por la bondad con que mi incomparable padre había acogido mis confidencias, se derramaba dulcemente en el suyo. Papá parecía gozar de esa tranquila alegría que da el sacrificio cumplido; me habló como un santo y quisiera recordar sus palabras para escribirlas aquí, pero no he conservado sino un recuerdo demasiado perfumado para poder traducirlo. De lo que me acuerdo perfectamente fue de la acción *simbólica* que mi querido Rey realizó sin saberlo. Al acercarse a un pequeño muro, me mostró unas *florcitas blancas* parecidas a lirios en miniatura y, tomando una de ellas, me la dio, explicándome con qué cuidado el buen Dios la había hecho nacer y la había conservado hasta aquel día. Al escucharlo, creí oír mi propia historia, tanta era la semejanza entre lo que Jesús había hecho por la *florcita* y por *Teresita*… Recibí aquella florecilla como una reliquia y vi que, al querer arrancarla, papá había sacado todas sus *raíces* sin romperlas; parecía destinada a vivir todavía en otra tierra más fértil que el musgo tierno donde habían transcurrido sus primeras mañanas. Era exactamente esa misma acción la que papá acababa de hacer conmigo unos instantes antes, al permitirme escalar la montaña del Carmelo y dejar el dulce valle, testigo de mis primeros pasos en la vida»[240].

La aceptación del padre rozaba el heroísmo: el mundo la tacharía de locura. En Lisieux no se hablaba entonces más que de las vehementes recriminaciones e, incluso, de las calumniosas acusaciones, lanzadas contra el superior del Carmelo, el párroco de Saint-Jacques, el Sr. Delatroëtte, por un ciudadano adinerado cuya hija soñaba con ser carmelita. En tales circunstancias, ¿qué pensaría el Sr. Guérin del proyecto de su sobrina?

¿Aceptaría dar su indispensable *placet* de tutor a una aventura que reavivaría los chismes y dañaría su reputación de cristiano sólido y sensato, en quien la razón siempre tenía la última palabra?

Teresa demoró lo más posible su gestión personal ante el imponente farmacéutico. Sin duda esperaba un cambio de ánimo o prefería aguardar el restablecimiento completo de la salud de su padre.

Algunos acontecimientos familiares contribuyeron también a retrasar el encuentro. A comienzos de julio, el Sr. Martin llevó a sus tres hijas a la Exposición del Havre. Más tarde hubo una nueva estancia en la costa, la cuarta –la de julio de 1886 había sido muy breve–, en el chalet de las Lilas, en Trouville.

Entre tanto, el 16 de julio de 1887, Léonie había intentado, con el consentimiento paterno, una nueva experiencia de vida religiosa. El deseo de preservar su frágil salud, el recuerdo de Sor María Dositea y la gratitud hacia la Vidente de Paray-le-Monial, que la había curado en su infancia, la llevaron a la Visitación de Caen. No hará allí más que una estancia de algunos meses que le impedirá participar en la peregrinación a Roma. A comienzos de 1888 habrá regresado a los Buissonnets.

Mientras tanto, las semanas pasaban. Se acercaba la fecha de Navidad. Antes de dirigirse a la Ciudad Eterna, era necesario emprender oficialmente la gestión ante el Sr. Guérin y obtener de él la autorización indispensable. Tras cuatro días de vanos intentos, Teresa lo abordó en su tienda el sábado 8 de octubre. La acogida fue paternal, pero el rechazo, categórico. Era imposible dar con serenidad el consentimiento a una partida tan temeraria que podría dañar la religión.

Pasaron casi quince días, cargados de angustia para la joven, que veía derrumbarse su sueño y se sentía atrapada, como en un torno, entre la voluntad divina y un obstáculo infranqueable. Sor Inés de Jesús recibió sus confidencias y alertó a su tío sobre el estado de ánimo de la niña; esta intervención y una inclinación del corazón, suscitada por la oración, desarmaron la oposición del Sr. Guérin.

Otra surgió, más tajante e irreductible: la del mismo Sr. Delatroëtte, a quien la injusta campaña urdida contra él había puesto de muy mal humor. Este sacerdote, austero y digno, se había propuesto hacer triunfar en la comunidad, con una intransigencia férrea, la observancia más rigurosa. Profesaba –sin referencia alguna, por lo demás, a las Constituciones– que no se debía admitir candidatas antes de los veintiún años cumplidos. Su

trato carecía de afabilidad. El rostro, de rasgos tensos, labios apretados y surcado de profundas arrugas, delataba un carácter imperioso. Cuando la Madre priora le habló de la joven postulante, la interrumpió bruscamente. La intervención, en el mismo sentido, de la venerada Madre Genoveva no hizo sino provocar una tormenta. ¿Quién sabe si ese pastor autoritario no guardaba rencor a unos feligreses culpables de no poner nunca los pies en «su iglesia»?

Teresa, sin embargo, enfrentó con su padre al temible personaje. Argumentó con ardor. Fue en vano. El rechazo estalló de inmediato, definitivo. Sólo una decisión del obispo podría hacerlo ceder. El Sr. Martin, que en este asunto se convirtió, con admirable desinterés, en el abogado y sostén de su hija, y quiso acompañarla en todas sus gestiones, no sabía cómo consolarla. Una lluvia torrencial, al salir de la entrevista, subrayó aquel primer choque entre la prudencia administrativa y el ímpetu místico de una vocación extraordinaria.

Se decidió recurrir a Bayeux. Por consejo del Sr. Youf, capellán del Carmelo, el padre de Teresa intervino ante el Vicario General, el Sr. Révérony, para obtener a la postulante una audiencia en el palacio episcopal. Se presentó allí con él el 31 de octubre, después de haberse cuidado de «recoger su cabello», para parecer mayor.

Mons. Hugonin ocupaba desde hacía más de veinte años la sede de Bayeux. Era un hombre de estudio, de costumbres afables, inclinado a las soluciones conciliadoras. La petición de la joven de Lisieux debió parecerle tan imprudente como generosa. Se remitió al juicio del superior, lo que, a pesar del protocolo y de las recomendaciones del canónigo Révérony, provocó de inmediato una crisis de lágrimas. El Sr. Martin había dejado a propósito dejar hablar a su hija, juzgando, sin duda, que así demostraría mejor su precoz madurez. ¿Creyó el prelado ver en ella alguna reserva? ¿Quedó impresionado por su aire venerable, conmovido por la nobleza de la inmolación que consentía? Intentó hacer comprender a la adolescente que debía permanecer aún algún tiempo a su lado. ¡Cuáles no serían la sorpresa y la edificación de Su Excelencia al ver al padre tomar partido por su hija, añadiendo con bondad que, debiendo viajar a Roma con la peregrinación diocesana, no dudarían en hablar con el Santo Padre si no obtenían antes la autorización solicitada!

Esa intervención del Sr. Martin suspendió sin duda una decisión que todo hacía prever negativa. Tuvo la ventaja de hacer aceptar por el obispo el

recurso a la instancia suprema y de preparar así la solución definitiva.

«Hablaré de usted al señor Superior –concluyó Mons. Hugonin– y ciertamente recibirá mi respuesta en Italia».

La candidez y las lágrimas de la niña lo habían conmovido. Quiso acompañar a sus visitantes al jardín y escuchó con interés el relato que le hizo el padre de los rizos rubios deshechos esa misma mañana. En cuanto al Vicario General, decía abiertamente que jamás se había visto cosa semejante:

«¿Un padre tan ansioso por dar su hija al buen Dios como esa hija de ofrecerse a sí misma?»[241].

***

Sólo quedaba una esperanza: Roma. El Sr. Martin acababa de inscribirse, junto con sus dos hijas, en la peregrinación presidida por Mons. Germain, obispo de Coutances, y organizada gracias al celo industrioso de su Vicario General, Mons. Legoux. La diócesis de Bayeux había de asociarse a ella con una importante delegación que conduciría el Vicario Révérony. El tren especial transportaría a ciento noventa y siete viajeros, entre los cuales había un cierto número de eclesiásticos; los laicos pertenecían, en su mayor parte, a la aristocracia normanda. La *Agence Lubin* había organizado el recorrido de manera de unir el máximo de confort con las más altas emociones artísticas y religiosas. Ningún viaje nocturno, itinerario pasando por los lugares históricos y los sitios más espléndidos, paradas previstas en las estaciones de renombre y los hoteles más fastuosos: esta travesía de un mes sería un encanto para los ojos y el corazón.

Desde el punto de vista católico, constituía todo un evento. Estábamos al comienzo de las espoliaciones anticlericales en Italia. El mundo cristiano se estremecía al ver al Papa cautivo y vejado. Las bodas de oro sacerdotales de León XIII hacían subir hacia él una ola de fervor. Esta peregrinación –la segunda organizada en Francia– sería una impactante manifestación de fe ultramontana.

Antes de partir, el Sr. Martin, siempre delicado, piensa en sus religiosas, a quienes su reclusión voluntaria privará de tantas bellezas. Copia para ellas, y les dirige como despedida, estos versículos de la *Imitación*:

«Qué puedes ver en otro lugar, que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo, y la tierra, y los elementos, de los cuales fueron hechas todas las cosas. ¿Qué puedes ver que permanezca mucho tiempo debajo

del sol? ¿Piensas hartarte? Pues cree que no lo alcanzarás. Si todas las cosas vieses ante ti, ¿qué sería sino una vista vana?»[242].

Para nuestros amigos, este viaje es una verdadera cruzada. Los malintencionados susurran que, al llevar a su hija a Italia, en una sociedad particularmente seductora, el padre tiene la intención oculta de quebrar su vocación. Es no conocerlo bien. ¿No había suscrito, por el contrario, a la idea de un recurso al Soberano Pontífice en favor de Teresa? En cuanto a ella, conoce todos los peligros que puede correr su virtud en estas semanas agitadas; confía su guarda a su Mamá del cielo y a San José, Padre y Protector de las vírgenes. Jamás su serenidad se verá quebrantada.

La reunión general se hizo en París. Tres días antes, el viernes 4 de noviembre, a las tres de la mañana, el Sr. Martin salió de Lisieux con sus dos hijas.

«Llegados a París en la mañana –escribe Teresa–, comenzamos inmediatamente a visitarlo. El pobre Papá se fatigó mucho para complacernos, así que pronto habíamos visto todas las maravillas de la capital»[243].

Se sabe que, de todas, la más amada por la Santa, la que más le habló al corazón, fue la iglesia Nuestra Señora de las Victorias. Habiendo escogido el Sr. Martin a propósito un hotel cerca del ilustre Santuario, pudieron orar allí con tranquilidad. Es allí donde se desvanecieron definitivamente las angustias que velaban a veces, en el espíritu de Teresa, el recuerdo de la visión de la Virgen de la Sonrisa.

El domingo 6 de noviembre, Mons. Germain presidió, en la cripta del Sagrado Corazón de Montmartre, la ceremonia de apertura de la peregrinación. Asistieron a Misa en la capilla San Pedro, comulgaron y luego, ante los acentos del *Magnificat*, la procesión se dirigió al ábside superior, entonces al aire libre, donde el obispo bendijo la arquivolta de un arco colocado frente al altar mariano.

El tren a Roma salió de la estación del este el lunes 7, a las 6:35 de la mañana. Cada compartimiento llevaba el nombre de un santo. Nuestros amigos no dejaron de sorprenderse al oír que se les atribuía, por medio de Mons. Legoux en persona, el patronazgo de San Martín, lo que valió, posteriormente, al padre de Teresa ser frecuentemente llamado con el nombre «el Sr. San Martín».

De las ocho plazas, solo siete estaban ocupadas, todas por habitantes de Lisieux, entre ellos un vicario de Saint-Désir, el P. Moulin. En ocasiones, el P. Leconte, vicario de San Pedro, vendrá a mezclarse en las conversaciones del grupo, sin que, por lo demás, el padre le hubiera dado en lo más mínimo, como algunos imaginarán más tarde, el mandato de velar por sus hijas. El Sr. Martin no habría confiado ese cuidado a nadie. Era demasiado vigilante, demasiado orgulloso también de su Céline y de su pequeña Reina para separarse de ellas voluntariamente. Las raras veces que se resignaba a no acompañarlas, se las confió a la familia Besnard.

El medio era selecto. Se hubiera creído uno transportado a algún castillo normando. Unos ostentaban sus títulos de nobleza, otros manejaban brillantes alianzas. Los chismes de salón corrían de vagón en vagón. La oración tenía sus horas, pero más bien medidas. No hay nada como las largas peregrinaciones –el autor de la *Imitación* tiene sobre esto una palabra de decepción– para hacer estallar los pequeños defectos de cada uno. Es ver quién busca el mejor rincón, la situación más cómoda. ¿Acaso no hay que organizarse para ahorrar fuerzas y mantenerse en buena forma hasta el final? Luego está el señor que siempre se queja, aquel al que hay que informar y remolcar constantemente, aquel que no piensa más que en las comidas y las diversiones. Toda esta «hombrería» no impide fusionar, vivir en familia y vibrar al unísono, pero al precio de ciertos roces y en la vigilante observación de los defectos del prójimo.

Nuestros tres amigos pasaron indemnes a través de estas miserias. Su nombre carecía de partícula, pero formaban un trío tan encantador y distinguido que los maestres de hotel se equivocaban a veces y pretendían concederles un rango de honor. Era con una bella simplicidad y una exquisita urbanidad que el Sr. Martin se movía entre este gran mundo. La *Historia de un Alma* relata cómo se eclipsaba para ofrecer a otros el mejor lugar o la habitación de acceso más fácil, cómo también se empeñó en alegrar a un vecino hipocondríaco, más inclinado por naturaleza a criticar que a admirar. A pesar del cansancio que se leía a ciertas horas en su rostro, se mostraba siempre de una perfecta ecuanimidad y afrontaba valientemente todas las fatigas para complacer a los demás. Ningún incidente del camino pudo alterar su paz.

A la salida, había instalado a sus hijas junto a la ventanilla para que pudieran contemplar a sus anchas el paisaje. Solicitadas para mezclarse en las sempiternas partidas de cartas, alegaron su poca aptitud en la materia

para declinar cortésmente la invitación. Esta negativa provocó comentarios descorteces, por lo que el padre tomó con calma la defensa de sus hijas y añadió que convendría quizás, en un tren de peregrinación, orar más. La observación fue mal acogida. «Afortunadamente, los fariseos son raros», exclamó uno de los jugadores. El Sr. Martin fingió no oír, mantuvo un rostro alegre y aprovechó la primera ocasión para estrechar amigablemente la mano de su poco amable interlocutor.

Para él, este mes de peregrinaciones a través de las maravillas de la naturaleza y del arte fue un continuo himno de alabanza. Al atravesar Suiza, lanzó una mirada de envidia en dirección al Gran San Bernardo, donde se había refugiado un instante el más bello sueño de su vida. La velada en Lucerna, el panorama del Lago de los Cuatro Cantones, el paso del San Gotardo lo incitaron a cantar a Dios en las alturas.

En Milán, asistió a la Misa de Mons. Germain, muy cerca del altar, piadosamente apoyado contra la urna que contiene el cuerpo de San Carlos Borromeo. Sus devociones se prolongaron, mientras Céline y Teresa subían los cuatrocientos ochenta y cuatro escalones que conducen a la cima del Domo. En Venecia, las dejó hacer solas la ascensión del campanario y admiró los tesoros de San Marcos. En Padua, fue el recuerdo de San Antonio el que lo conmovió y se impuso.

El 11 de noviembre por la tarde, desembarcaron en Bolonia. Todos los estudiantes de esta ciudad universitaria estaban alertas para acoger a los franceses. La recepción fue calurosa, un poco ruidosa incluso, como corresponde a la juventud. El periódico local *Il Resto del Carlino* había de hacer, al día siguiente, un relato simpático. A la salida del *hall*, en el tumulto provocado por la manifestación, el Sr. Martin se encontró separado de sus hijas. Cuando apareció Teresa, llevando sobre el pecho la insignia de la peregrinación de la cual era la benjamina, la cinta de seda blanca con rayas azules, con la medalla con la efigie de León XII, un jovial muchacho la levantó de un impulso y la llevó en triunfo hasta que, intimidado por su mirada tan pura, la depositó en medio de la multitud. Travesura sin importancia, que sería pueril dramatizar.

La adolescente no dejó de sentir cierta repulsión por una ciudad donde era imposible circular sin provocar corrillos de curiosos o hileras de admiradores. ¡Hasta las pequeñas vendedoras italianas la perseguían con sus llamados, ofreciéndole ramos de flores, diciendo «*Bella signorina! Bella signorina!*». Es que era graciosa, la Reina de los Buissonnets, con su

vestido negro y su chaqueta color tabaco de tejido grueso rizado imitando la piel, con su tocado de fieltro guarnecido de la misma manera y con un ala. La sedosa y larga cabellera rubia, recogida a la mitad con una cinta, enmarcaba de maravilla su linda figura de niña. El Sr. Martin lo disfrutaba con deleite.

«Cuando no estábamos en el coche –confía– y me alejaba de él, me llamaba para que le diera el brazo, como en Lisieux»[244].

De Bolonia llegan a la *Santa Casa* de Loreto donde el papá, con su dulzura ordinaria, según las expresiones de Teresa en la *Historia de un Alma*, participa de la comunión general en la basílica, mientras que sus hijas, prefiriendo «el diamante» al «estuche», quieren recibir a Jesús en su propia casa.

El 13 de noviembre por la noche se estremecieron ante el grito lanzado en las tinieblas: *Roma! Roma!* Nuestros viajeros se alojaron en *Via Capo le Case*, en el Hotel del Sur, hoy destinado a otros usos, y donde la habitación ocupada por Teresa ha sido transformada en oratorio. A menos que hubiera ceremonia especial, asistían a Misa en la iglesia, muy cercana, de Sant'Andrea delle Fratte, santuario devenido célebre, el 20 de enero de 1842, por la aparición, al judío Alfonso Ratisbona, de la Virgen de la Medalla Milagrosa.

Fue bajo un cielo pálido que visitaron la Ciudad Eterna. La lluvia cayó casi sin interrupción durante seis días. Teresa ha relatado en su autobiografía el paseo por la campiña romana, la oración en las Catacumbas de San Calixto en la *via Appia*, la estación en la Basílica de Santa Inés Extramuros y, finalmente, el descenso al Coliseo, donde, a pesar del peligro y de las prohibiciones oficiales, bajó corriendo con Céline las rampas de escombros que llevan al «pequeño pavimento cruzado», testigo del combate de los mártires. Haciendo camino, la santa se regocija de los discursos de los guías, cuyo tono, fluidez y plácida grandilocuencia imita a la perfección. Señala agradablemente las inversiones de sílabas de un intérprete ocasional que hace admirar, en el frontón de un templo antiguo, «los TONTUELOS (sic) y los AVAROS (sic) puestos encima»[245].

Los múltiples avisos que impiden al sexo débil la entrada de los lugares sagrados le arrancan una vehemente protesta:

«A cada instante se nos decía: «¡No entren aquí… no entren allá, serían excomulgadas…!». ¡Ah! Las pobres mujeres, ¡cómo son despreciadas...! Sin embargo, aman al Buen Dios en mucho mayor número que los hombres y, durante la Pasión de Nuestro Señor, las mujeres tuvieron más valor que los Apóstoles, pues desafiaron los insultos de los soldados y osaron enjugar el Rostro adorable de Jesús. Es sin duda por eso que permite que el desprecio sea su parte en la tierra, puesto que lo escogió para sí mismo... En el cielo, mostrará claramente que sus pensamientos no son los de los hombres, pues entonces los *últimos* serán los *primeros*…»[246].

He aquí, ¿no es cierto?, un párrafo que, sin tener nada del estilo incandescente de las sufragistas de antaño, no por ello erige menos a nuestra Teresa en patrona inesperada del feminismo de buena ley.

El Sr. Martin sonreía ante estas indignaciones. Amaba la espontaneidad, el valor. La intrepidez de sus hijas, lanzándose resueltamente a la arena del Circo pagano para besar el suelo enrojecido con la sangre de los primeros fieles, después de un instante de sorpresa, lo había hecho estremecer de un noble orgullo. Igualmente las dejó subir a lo alto de San Pedro, y hasta dentro del globo que corona la cúpula plantada por Miguel Ángel, como una tiara gigante, sobre la tumba de los Apóstoles.

***

El punto crucial del viaje fue la audiencia pontificia. Teresa la deseaba y la temía al mismo tiempo. Acababa de recibir una carta de Sor Inés de Jesús, quien, después de haberse mostrado contraria a una súplica directa dirigida al Santo Padre, había cambiado de parecer por consejo de su priora, la Madre María de Gonzaga, y de la fundadora, la Madre Genoveva. La carta llegaba incluso a redactar los términos de la petición y a prever las posibles gestiones. La niña no dejaba de temblar ante la perspectiva de realizar públicamente un gesto tan insólito.

El 14 de noviembre escribía a su tía:

«No sé cómo me las arreglaré para hablar con el Papa; realmente, si el Buen Dios no se encargara de todo, no sé cómo haría. Pero tengo una confianza tan grande en Él que no podrá abandonarme; pongo todo en sus manos».

El domingo 20 de noviembre, se echó sobre los hombros la protocolaria mantilla negra y, del brazo de su padre, cruzó la Puerta de Bronce, subió la *Scala Regia* y tomó asiento en la Sala del Consistorio, donde se había dispuesto un altar. León XIII debía celebrar allí la Misa. Aunque se hallaba aún en los primeros años de su pontificado, ya era un anciano

profundamente encorvado, pero de una sorprendente juventud de espíritu. Con su alta estatura, sus largas manos diáfanas de blancura aristocrática, su frente de magnífica amplitud, su hermosa nariz aguileña, sus ojos deslumbrantes que iluminaban un rostro de asceta de pálida transparencia y de un extraordinario poder de expresión, imponía realmente grandeza. Algo magnético emanaba de su persona; se habría dicho la síntesis encarnada del genio y de la santidad.

Celebró con una unción y recogimiento impresionantes, asistió a la Misa de acción de gracias celebrada por un prelado y luego se dirigió a su trono en la Sala de los *Palafrenieri*. En ausencia del obispo de Coutances, el canónigo Révérony presentó al Santo Padre los homenajes de la diócesis de Bayeux y le ofreció, como don jubilar, un roquete de encaje al estilo de Luis XIV, que llevaba las armas papales y el blasón de varias ciudades normandas. Esta obra maestra de delicadeza había exigido ocho mil jornadas de labor.

Entonces comenzó el desfile de los peregrinos: primero las damas, luego los sacerdotes, y por último los caballeros, que se arrodillaban uno a uno ante el Pontífice, besaban su sandalia y recibían su bendición. El Vicario General se había encargado de advertir en voz alta que estaba absolutamente prohibido hablar al Santo Padre. Él mismo se limitó a señalar a León XIII las personas notables. Así fue como se detuvo para designar al Sr. Martin como padre de dos carmelitas. El Soberano Pontífice, «en señal de particular benevolencia», le posó largo tiempo la mano sobre la cabeza, «pareciendo así, como dice la *Historia de un alma*, marcarlo con un sello misterioso en nombre de Cristo».

Aún emocionado por aquel gesto, ¡cuál no sería la sorpresa del Sr. Martin, al salir de la ceremonia, cuando su Teresa llegó a él llorando! Desafiando todas las consignas, había osado hablar al Papa, quien, inclinándose sobre ella hasta casi rozarle la frente, había escuchado sus palabras: «Santísimo Padre, en honor de su jubileo, permítame entrar al Carmelo a los quince años». La intervención del Sr. Révérony, afirmando que los superiores estaban examinando el caso, dictó, en cierto modo, el tono evasivo de la respuesta. La niña insistió en vano. La Cabeza de la Iglesia respondió con voz profunda, acentuando cada sílaba: «Vamos, vamos... entrarás si el buen Dios quiere». Y su mano se alzó para bendecirla, su mirada se posó en ella largamente, mientras los guardias la retiraban entre lágrimas.

El dolor de Teresa era desgarrador. Una carta a su «madrecita» lo revela en confidencia el mismo día:

«¡Oh, Pauline, no puedo decirte lo que he sentido! Estaba como aniquilada, me sentía abandonada, y estoy tan lejos, ¡tan lejos!... Lloraría al escribirte esta carta, tengo el corazón muy apesadumbrado. Sin embargo, el Buen Dios… me ha dado el valor de soportar esta prueba, ¡oh!, es muy grande... Pero, Pauline, yo soy la Pelotita del Niño Jesús; si Él quiere romper su juguete, es muy libre de hacerlo; sí, quiero todo lo que Él quiera.

No he escrito en absoluto lo que hubiera querido; no puedo escribir estas cosas, tendría que hablar y además no vas a leer mi carta antes de tres días. ¡Oh, Pauline, no tengo más que al Buen Dios solo, solo...

Adiós, Pauline querida, no puedo decirte más, tengo miedo de que Papá venga y me pida leer mi carta, ¡y eso sería imposible!»[247].

En realidad, el Sr. Martin compartía la emoción de su Reina y, entre los bastidores de los peregrinos, se hacía su activo defensor. Permaneciendo solo en Roma durante la excursión que el grupo realizó a Nápoles y a Pompeya los días 21 y 22 de noviembre, aprovechó para visitar a un venerable Hermano de las Escuelas Cristianas, que lo había acogido paternalmente dos años antes, durante su primera estancia en la Ciudad Eterna. Fundador y director del Colegio San José, el Hermano Simeón era uno de esos franceses eminentes que, por sus relaciones en los medios vaticanos, trabajaban desinteresadamente por el bien espiritual de sus compatriotas. El Sr. Martin le expuso la causa de su hija. Le contó todo: la vocación de Marie, los proyectos de Teresa, sus desengaños, la famosa audiencia y sus resultados decepcionantes. Conmovido y entusiasmado, el religioso tomaba notas.

«¡Eso no se ve en Italia!», exclamó.

Ya se disponía a hablar con el Sr. Révérony cuando –golpe de teatro imprevisto– introdujeron en el locutorio al propio Vicario General. Dejemos la palabra a Céline, que, apenas enterada de la entrevista, la relató a sus queridas carmelitas:

«El Sr. Révérony fue encantador con papá, parecía arrepentido, y le recordó que el Soberano Pontífice le había hablado de modo particular porque lo había dado a conocer diciendo que dos de sus hijas eran carmelitas. Papá le preguntó si había oído hablar de la respuesta de Monseñor y añadió: “Usted sabe bien que me había prometido dar una mano”. ¡Qué buen padre!... El Sr. Révérony se mostró conmovido, creo yo, y empieza a creer que la vocación de Teresa es extraordinaria. Incluso dijo: “¡Bien! Asistiré a la ceremonia; me invito yo mismo”. Papá le respondió que estaría muy feliz de tenerlo y se intercambiaron toda clase de palabras amables.

Creo que dimos lástima al Sr. Révérony. Teresa estaba tan hermosa a los pies del Santo Padre: arrodillada ante él, con las manos juntas sobre las rodillas del Papa y los ojos tan suplicantes... ¡era hermoso verla así!»[248].

Es posible que el Vicario General de Bayeux haya sido invitado por el mismo León XIII a facilitar la concesión del *placet* episcopal solicitado por la joven. Los círculos romanos afirmaron después que el Papa no dejaba pasar ninguna súplica sin interesarse personalmente en ella. Sea como fuere sobre esta hipótesis, la promesa del temible canónigo fue una luz en la noche. A decir verdad, no era tan severo como podría imaginarse. Asceta consigo mismo, de caridad desbordante con los demás, poseía en alto grado el sentido de los valores apostólicos. Además, místico que, por humildad, rehusaría el episcopado, era capaz de comprender a la postulante del Carmelo, aunque no sin haberla antes examinado. Durante todo el viaje, Teresa había sentido sobre sí su mirada escrutadora. El examen debió ser favorable, pues, desde entonces, la actitud del imponente personaje sería hacia ella enteramente de simpatía. Lo mismo ocurriría con Mons. Legoux y con muchos otros notables, en quienes su petición, apenas conocida, había despertado una benevolente curiosidad.

Incluso el diario *L'Univers* del 24 de noviembre, bajo el título «Correspondencia romana del 20 de noviembre», señalaba incidentalmente el hecho a los católicos de Francia:

«Entre los peregrinos se hallaba una joven de quince años que pidió al Santo Padre permiso para entrar de inmediato en el convento y hacerse religiosa».

La prensa normanda difundió y precisó la noticia, dándole una publicidad que la pequeña Reina ciertamente no había previsto ni deseado. En Lisieux, especialmente en el ámbito eclesiástico, no hubo dudas: evidentemente se trataba de Teresa Martin. El confesor de la adolescente, a quien no había informado de su decisión –pensaba que Dios y su «madrecita» bastaban para guiarla–, acudió al Carmelo ávido de explicaciones. Sin duda quedó plenamente tranquilo, pues Sor Inés escribió a su tío Guérin:

«El Sr. Lepelletier sabe todo; vino a ver a Sor M. del S. C. el sábado. Está maravillado; dice que esta niña es privilegiada y destinada a grandes cosas»[249].

Desde Lisieux partían hacia Italia mensajes de consuelo. El Sr. Martin los recibía con deleite. Se sentía conmovido al leer estas líneas de Marie:

«Estoy completamente tranquila con la bendición del Santo Padre. ¡Ah!, no me sorprende que te haya dado una mirada tan particular. Él, el representante de Nuestro Señor en la tierra, debía ser inspirado por Él para comprenderte, ¡oh, Padre venerado! Bendijo tus cabellos blancos, bendijo tu vejez... ¡Me parece que fue el mismo Jesús quien te bendijo, quien te miró...!

Ya no queda nada por ver ni gustar en este mundo. Creo que, después de eso, no hay más que el Cielo. ¿Y no es acaso una dulce imagen de él?

¡Hasta pronto, mi querido Padre!»[250].

En cuanto a Teresa, recibía de su madrina estas palabras de consuelo, que el porvenir debía confirmar tan pronto.

«¿Has reparado la palabra que el Santo Padre te dirigió? "¡Entrarás si el buen Dios quiere!". Es muy profunda, mi Teresita. ¡Ah!, si supieras cuántos misterios encierra. "Entrarás si el buen Dios quiere". Una palabra del Santo Padre es una palabra de Nuestro Señor. Es como si Jesús te dijera: "Hija mía, si quiero entrarás; si quiero, a pesar de todas las contradicciones, a pesar de todos los no, entrarás; ¡si quiero, mañana los corazones serán transformados, pues los tengo a todos en mis manos!".

No, mi Teresa, no hay nada que temer, sólo hay que bendecir a Jesús… Que la pelotita repose suavemente en las manos del Niño Jesús. ¡Si supiera cuán querida le es, cómo la desea sólo para Él, y cómo la tendrá totalmente para sí en Navidad si quiere…!

Sí, mi Teresa, sí, el Santo Padre se inclinó hacia ti para escucharte. Y también Jesús. ¡Ah, cómo se inclina con amor hacia su querido juguetito! Ya sabes que hasta aquí no había prestado mucha atención a tus deseos. Me preguntaba si la hora de Dios no estaba siendo anticipada por nosotros. ¡Pero ahora sé que no, nos ha dado pruebas de ello y estoy segura de que se hará su voluntad!»[251].

Ya nuestros peregrinos estaban en camino de regreso. Habían dejado Roma el 24 de noviembre, al amanecer, para saludar en Asís «los lugares perfumados por las virtudes de San Francisco y de Santa Clara». En la sacristía de la basílica dedicada a la abadesa de San Damián, donde se venera la cabeza de Santa Inés y muchas reliquias del franciscanismo primitivo, Teresa había perdido su cinturón y la hebilla que lo sujetaba. Mientras los buscaba y volvía a colocárselos, el flujo de peregrinos se había dispersado. En la plaza, lo único que quedaba era el carruaje del temido canónigo, que la había recibido como «una ardillita atrapada en una trampa» y la había entretenido amablemente hablando de su hermosa vocación.

Visitaron de paso Florencia y el relicario de Santa María Magdalena de Pazzi, Pisa y su torre inclinada, que las dos hermanas quisieron escalar. Después de contemplar desde el tren los esplendores mágicos de la *Riviera*, los viajeros cruzaron la frontera, siguieron la Costa Azul con sus acantilados rojizos, sus hileras de palmeras y sus bosques de pinos recortando sus sombras sobre el fondo azul del mar.

Al partir de Niza, el Sr. Martin, siempre preocupado por calmar la pena de su hija, susurró discretamente al oído del Vicario General:

«Si le dijera algo a Teresa… Usted sabe que no hace más que pensar en su pequeño Jesús de Navidad…».

Una sonrisa cómplice fue toda la respuesta. Poco después, encontrándose en el ómnibus junto a la postulante, el canónigo –ayer nomás tan temido– se inclinó con bondad hacia ella y le preguntó:

«Bueno, ¿a dónde iremos cuando lleguemos a Lisieux?
Iré a ver a mis hermanas al Carmelo, respondió la joven, sonrojándose.

Haremos lo que podamos, ¿no es cierto?... *Te prometo* hacer todo lo que *pueda*».

No hacía falta nada más para reavivar todas las esperanzas.

«¡Oh, gracias!, exclamó Teresa con un impulso de alegría»[252].

Hicieron una visita a Nuestra Señora de la Guardia, cantaron el *Magnificat* de acción de gracias en la colina de Fourvière y la disolución del peregrinaje tuvo lugar al llegar a París, en la noche del 1 al 2 de diciembre.

El viaje concluía, en definitiva, en una casi incertidumbre del porvenir. Para consolar a su benjamina, el Sr. Martin le propuso un itinerario más amplio, el que él mismo había soñado realizar: hacia Tierra Santa y sus santuarios divinos, donde todo habla del Evangelio. Pero la adolescente estaba saciada de las bellezas de la tierra; no deseaba otro horizonte más que las frías murallas del Carmelo. Apenas llegada a Lisieux, llevó su pena a su «madrecita», quien le recordó oportunamente la promesa de Mons. Hugonin de pronunciarse pronto sobre su petición y la invitó a escribirle de nuevo sin demora.

Por su parte, el Sr. Martin confió en privado a Pauline que sus dos hijas no le habían parecido fuera de lugar en aquel ambiente aristocrático:

«Te aseguro –dijo– que estaban entre las más destacadas».

Teresa escribía, por su parte:

«Creo que éramos queridas por todos, y papá parecía orgulloso de sus dos hijas; pero si él estaba orgulloso de nosotras, nosotras lo estábamos también de él, pues no había en toda la peregrinación un señor más hermoso ni distinguido que mi querido Rey»[253].

***

Las semanas que siguieron parecieron interminables a la generosa niña. Cada día, su padre –que contenía su propio corazón para unirse a los deseos de su Reina– la llevaba a la oficina de correos para esperar con ansiedad la tan esperada respuesta. Llegó recién el 1 de enero de 1888, por mediación de la Madre María de Gonzaga. El obispo se remitía simple y llanamente al juicio de la Priora. Ésta, deseando –como Pauline– evitar a la postulante los rigores de una inmediata Cuaresma claustral, decidió aplazar su entrada hasta el día siguiente de Pascua, es decir, en la época del quincuagésimo aniversario de la fundación del monasterio. El Sr. Martin, que se había identificado por completo con la causa de su «pequeña reina», se mostró muy descontento.

Este nuevo plazo fue particularmente cruel para la joven, que conoció por un instante la sutil tentación de aprovecharlo para relajarse en su fervor y gustar de las legítimas alegrías de este mundo que estaba a punto de dejar. Pero la luz del Espíritu Santo desbarató pronto esta trampa del maligno. Por su parte, el Sr. Martin soportó valerosamente esos tres meses de espera, en los que cada mañana acusaba el progreso del implacable término. Jamás había disfrutado tanto de su Teresa; no sabía cómo colmarla. Hacia fines de febrero, ¿no le llevó acaso un pequeño cordero recién nacido, todo blanco y rizado, que fue la delicia de las dos hermanas? ¡Ay!, el gozo fue breve: aquella misma tarde, el pobrecito expiró.

La fecha fatídica finalmente quedó fijada para el lunes de *Quasimodo*, 9 de abril, día en que se celebraría la fiesta aplazada de la Anunciación; la comida suprema tuvo lugar la víspera por la noche en el comedor de los Buissonnets. Alrededor de la mesa de roble iluminada por los candelabros de cristal, el Sr. Martin se había sentado junto con sus tres hijas y la familia Guérin. Léonie estaba presente, al haber interrumpido recientemente su ensayo en la Visitación de Caen por un problema de salud. Herida por este segundo fracaso, creyó deber advertir a su hermana sobre las posibles consecuencias de una decisión precipitada. Teresa, suavemente, agradeció; su resolución no se tomaba a la ligera. No se hacía ilusiones. Era una voluntad de holocausto la que la empujaba hacia adelante. Fortalecida con el apoyo divino, no retrocedería.

No obstante, sentía con todo su ser el filo agudo de esas horas en que se deja todo.

«¡Qué desgarradoras son esas reuniones íntimas…!, escribiría. Mientras quería ser olvidada, los abrazos y las palabras más tiernas se prodigaban y hacían sentir el sacrificio de la separación… Papá casi no decía nada, pero su mirada se fijaba en mí con amor… Mi tía lloraba de vez en cuando y mi tío me hacía mil cumplidos afectuosos»[254].

Todos los ojos se humedecían de lágrimas. Sólo ella permanecía calma y perfectamente dueña de sí misma.

«Partir es morir un poco». ¡Qué emoción en esta revisión final de las cosas más familiares!

«*Objetos inanimados, ¿tenéis acaso un alma*
Que se une a nuestra alma y la fuerza de amar?».

Teresa recorrió por última vez los senderos del jardín inglés, contempló sus flores favoritas, dio una suprema caricia a Tom y, tras haber abrazado con una mirada «el nido gracioso de su infancia», bajó el rocoso «camino del paraíso». El alma de los Buissonnets se va.

Todos los suyos la acompañan. Silenciosamente, penetran con ella en la austera capilla.

«Al igual que en la víspera, toda la familia se encontró reunida para oír la Santa Misa y comulgar. Tan pronto como Jesús descendió al corazón de mis queridos parientes, no escuché alrededor más que sollozos; fui la única que no derramó lágrimas, pero sentí mi corazón latir con *tal violencia* que me pareció imposible avanzar cuando nos hicieron señas para que nos acerquemos a la puerta del convento; avancé, sin embargo, preguntándome si no moriría por la fuerza de los latidos de mi corazón… ¡Ah! ¡qué momento aquel! Hay que haberlo vivido para saber lo que es…

Mi emoción no se traducía al exterior; después de besar a todos los miembros de mi querida familia, me arrodillé ante mi incomparable Padre, pidiéndole su bendición; para dármela *se arrodilló* y me bendijo llorando… ¡Era un espectáculo que debía hacer sonreír a los ángeles, el de aquel anciano presentando al Señor a su hija aún en la primavera de la vida!… Unos instantes después, las puertas del arca santa se cerraban sobre mí y allí recibía los abrazos de las *queridas hermanas* que me habían servido de *madres*…»[255].

Lo que Teresa omite decir es que, presente en la escena, el Canónigo Delatroëtte se permitió arrojar en el cáliz su gota de hiel. Lo suficientemente alto para ser oído por la joven y por su padre, pronunció con tono seco:

«¡Y bien! Reverendísimas Madres, ¡pueden cantar un *Te Deum*! Como delegado de Monseñor, el Obispo, les presento a esta niña de quince años cuya entrada habéis querido. Deseo que no defraude vuestras esperanzas, pero os recuerdo que, si fuera de otro modo, vosotras solas cargaréis con la responsabilidad».

El superior carecía evidentemente del don de profecía. Más tarde volverá a mejores sentimientos.

De regreso a los Buissonnets, el Sr. Martin encontró en su misal la amada imagen titulada *Vocación*, que Marie le había legado como recuerdo. Representa a la virgen elegida por el Señor que sale de la casa paterna y se dispone a dar el gran paso para subir al Calvario, los ojos fijos en Cristo, entre dos alineaciones de cruces. Al pie del grabado se lee el comentario:

«Que a este objeto querido, todo sea sacrificado…
Y que al último día de mi peregrinación
La muerte, al golpearme, encuentre en mí la imagen
De un Dios Crucificado».

Al reverso están impresos amplios extractos de las páginas inmortales insertadas por Montalembert en el quinto Libro de los «Monjes de Occidente», el día que volvió, con el corazón agitado pero orgulloso, tras haber inmolado al Padre de los Cielos a su hija Catherine. El fragmento y su punto culminante conmovedor son conocidos:

«Pero, ¿quién es este amante invisible, muerto en un patíbulo hace diecinueve siglos y que atrae de esta manera hacia sí la juventud, la belleza y el amor? ¿Que aparece a las almas con un brillo y un atractivo a los que no pueden resistirse? ¿Que se abalanza de repente sobre ellas y las hace su presa? ¿Que toma toda viva la carne de nuestra carne y se sacia de lo más puro de nuestra sangre? ¿Es un hombre? No, es un Dios. He aquí el gran secreto, la clave de este sublime y doloroso misterio».

La fe cristiana no ha inspirado nada más emocionante.

Al día siguiente de su oblación, recogido en aquel Belvedere todavía lleno de la sonrisa y confidencias de Teresa, el Sr. Martin escribía a un amigo:

«¡Teresa, mi pequeña reina, ha entrado ayer al Carmelo!… Sólo Dios puede exigir un sacrificio así. No me compadezcan, porque mi corazón rebosa de alegría»[256].

No por ello dejaba de estar profundamente conmovido. A alguien que se asombraba de su aparente estoicismo y le decía:

«“Abraham no tiene nada que enseñarte; habrías hecho como él si el buen Dios te hubiera pedido sacrificar a tu pequeña Reina”, replicaba vivamente: “Sí, pero lo confieso, habría levantado lentamente mi espada, esperando al ángel y al carnero”».

Una nota de Céline, la noche del 9 de abril, había dado noticia al monasterio de esta grandeza de alma del noble cristiano. Las tres hermanas reunidas podían tranquilizarse. Soportaba heroicamente el choque.

Marie expresó de inmediato su admiración y gratitud:

«Mi incomparable Padre,

¡Lo que Céline nos cuenta es digno de ti! ¡Ah! ¡qué padre tenemos! No me extraña que el buen Dios le tome todos sus hijos a este padre incomparable. Es demasiado querido a su Corazón para que no lo mire a él y a los suyos con un amor muy particular. ¡Cómo debe sonreírte desde lo alto nuestra buena madre, cómo debe alegrarse al ver su barca querida tan bien guiada por ti hacia el Cielo…

No puedo decirte nada más, mi corazón está lleno de ti y todo para ti. Nuestra Madre no podía evitar llorar al leer el relato de Céline»[257].

***

Las entrevistas en el locutorio del Carmelo se convirtieron más que nunca en el descanso del Sr. Martin, su deleite espiritual. Allí encontraba a Teresa, con el pequeño velo tradicional y llevando sobre su vestido azul de muchacha, la esclavina negra de postulante. Una especie de majestad cubría su gracia infantil. Parecía radiante. No se percibía al exterior ninguna de las pruebas de toda clase que ya constituían su destino. Sólo se notaba que no pretendía burlar la Regla ni hacer las cosas a medias. La gente del mundo tal vez la creía «el juguete de la comunidad». El Esposo divino la había puesto de inmediato en el régimen austero que hace a los santos.

El martes de Pentecostés, 22 de mayo, fue elegida para coronar de rosas a Marie, su madrina, que acababa de hacer profesión. Dos días después, el Sr. Martin asistió a la toma de velo de su primogénita; pudo escuchar por última vez la firme palabra del P. Pichon, que destacaba en engrandecer el estado religioso.

El mes del Sagrado Corazón le reservaba una nueva emoción. Léonie, para nada desanimada por dos intentos fallidos, estaba decidida a unirse tarde o temprano a la Visitación, objeto de sus pensamientos. Pero Céline, ¿qué sería de ella cuando su anciano padre ya no esté? Acababa de rechazar sin discusión un brillante proyecto de matrimonio. Su piedad también parecía encaminarla hacia el claustro. Sólo sus hermanas conocían sus intenciones al respecto. No había dicho ninguna palabra al Sr. Martin, decidida a rodearlo de cuidados hasta su muerte. Un incidente fortuito le llevó a confiarle todo.

El viernes 15 de junio de 1888 –tenía entonces diecinueve años–, habiendo terminado un lienzo, hoy colocado en la habitación paterna de los Buissonnets, que representaba a María Magdalena a los pies de la Virgen de los Dolores, lo subió al Belvedere. El papá se encontraba allí, sentado en su mesa de trabajo. Apreció el cuadro, cuyo tema patético lo impresionó profundamente. Tomó esto como argumento para proponer a su hija llevarla a la capital a perfeccionar su talento en la escuela de algún maestro. Fue entonces cuando Céline dejó escapar su secreto. Confesó que, queriendo a su vez seguir a sus hermanas al Carmelo, no deseaba exponer su virtud en los ambientes tan desordenados que se ven con frecuencia en los talleres de arte.

Ante esta revelación, que sellaba sus ofrendas y realizaba al pie de la letra el último deseo de la mamá, el Sr. Martin se estremeció de un santo orgullo.

> «¡Ven!, exclamó de inmediato, vamos juntos ante el Santísimo Sacramento a agradecer al Señor por las gracias que concede a nuestra familia y por el honor que me hace al elegir esposas en mi casa. Sí, el buen Dios me hace un gran honor al pedirme a todas mis hijas. Si poseyera algo mejor, me apresuraría a ofrecérselo».

Su alegría era tan intensa que lo llevó a compartirla de inmediato con su querido monasterio de la calle Livarot.

> «Quiero deciros que estoy impaciente por dar gracias y haceros dar gracias al buen Dios, porque siento que nuestra familia, aunque muy humilde, tiene el honor de ser contada entre las privilegiadas de nuestro adorable Creador».

Hay quienes lo compadecen por los vacíos que lo rodean, quienes califican de inhumanos estos sacrificios repetidos. Él sabe por experiencia que su vejez no se ve ensombrecida. La ternura de sus hijas, nunca la había sentido más cálida ni palpitante que en esos mensajes que le llegan del Carmelo, transcritos en pedazos de papel, encerrados en pobres sobres reutilizados.

Un poco antes, con motivo de la fiesta de San Luis en 1887, Pauline le escribía:

> «¡No te deseo nada en la tierra sino vernos a las cinco juntas en la casa del Señor! En ello creo complacerte, ya que no deseas nada más. ¡Oh Padre incomparable, cuán hermosa será tu corona y cuán elevada tu posición en el Cielo! Pero, mientras tanto, permanecerá nuestra alegría aquí abajo mucho tiempo aún»[258].

Las cartas de Teresa transmiten el mismo tono:

«¡Qué bueno eres para tu pequeña Reina, casi no pasa un día sin que reciba algún presente de su Rey!

Gracias por todo, mi buen Papá. ¡Si supieras cuánto te ama la pequeña Huérfana de la Bérézina! Pero eso no lo sabrás sino en el Cielo…»[259].

«… Cuando pienso en ti, mi querido papito, pienso naturalmente en el buen Dios, porque me parece imposible ver a alguien más santo que tú en la tierra.

Cuando pienso que dentro de ocho días se cumplirán cuatro meses desde que estoy en el Carmelo, no lo puedo creer; me parece que siempre he estado aquí y, por otro lado, que mi entrada fue ayer. ¡Cómo pasa todo!

… Estoy muy orgullosa de mi título de Reina de Francia y Navarra, espero merecerlo siempre. Jesús, el Rey del Cielo, al tomarme para Él, no me ha arrebatado a mi santo Rey de la tierra, oh no, siempre que mi querido papá lo permita y no me encuentre demasiado indigna, seguiré siendo ¡la Reina de Papá!»[260].

Las cartas de Marie y Pauline muestran la misma sensibilidad vibrante, elevada, transfigurada y como sublimada por la misma llama sobrenatural. El amor filial es aquí verdaderamente «piedad» o, mejor dicho, culmina en caridad. Después de haber escrito de Teresa que «la Reina es realmente digna de este título», que «es una perfección digna de su Rey», la hermana mayor se dirige a él:

«No creo que haya muchos padres amados y venerados tanto como tú. Por mi parte, siento que mi corazón se enternece cada día más para contigo. ¡Si pudiera darte toda mi felicidad!»[261].

El 31 de diciembre de 1888, le dirá aún:

«¡Tu “diamante”, aquí abajo, quisiera coronarte! Y tu corona, después de todo, ¿no ha comenzado ya? ¿No hay ya tres joyas en la mano del divino obrero?... ¡Oh! Cómo conoce su oficio, qué maravilloso trabajo hará en nuestras almas si no ponemos obstáculo. Y, además, ¿no debemos contar también las dos perlas que brillan en los Buissonnets? ¡Y nuestra madrecita en el Cielo, y los cuatro ángeles que se han ido!... ¡Qué hermosa corona para el anciano patriarca de cabellos blancos! ¡Hay con qué rejuvenecerlo!».

Tantas deferencias divinas a veces la hacen estremecerse de obscuros presentimientos:

«¡Oh, mi querido papá, cuando pienso en el tesoro que has acumulado, casi me da miedo! ¡Ah!, que al buen Dios no se le ocurra darte ese tesoro todo de inmediato. A veces parece que no puede esperar para coronar a sus santos. ¡Pero espera, mi Dios! ¡Tienes toda la eternidad…!»[262].

Dios esperará. Recién corona a sus santos después de haberlos dejado beber largamente de su cáliz. El Sr. Martin conoce por ahora la parada en la

cima del Tabor. No es más que una etapa muy breve. Pronto tendrá que escalar, antes de tocar la gloria, el más doloroso de los calvarios.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIV EL SACRIFICIO DEL PADRE

LA VISIÓN PROFÉTICA — LA OFRENDA DE LA CABEZA —
LA GRAN PRUEBA — LA TOMA DE HÁBITO DE TERESA —
EL SR. MARTIN EN EL BON-SAUVEUR — EL BUEN SUFRIMIENTO —
EL «DESCUBRIMIENTO» DE LA SANTA FAZ —
PROFESIÓN Y TOMA DE VELO DE TERESA —
EL REGRESO DEL SR. MARTIN A LISIEUX —
SU MUERTE EN LA MUSSE — TESTIMONIOS SOBRE EL DIFUNTO

En la vida del Sr. Martin todo hasta aquí, incluso el sufrimiento, había sido luminoso. Ahora va a entrar en la fase de obscurecimiento.

Conocerá las tinieblas interiores donde la fe se purifica. Experimentará el declive progresivo de las facultades intelectuales, la incertidumbre creciente del libre albedrío, que constituyen el tormento más deprimente, mientras sus hijas encontrarán allí la prueba capital destinada a empujarlas hacia adelante por «el camino real de la cruz».

Este doloroso capítulo tiene un prólogo shakespeariano. Digamos más bien –pues la alusión al drama profano apenas es oportuna aquí– que se abre, ocho años antes del acontecimiento, con un preludio profético, lleno de color y tan conmovedor como las visiones más trágicas de Isaías o Ezequiel.

Teresa tenía siete años. Era al comenzar la tarde, bajo un sol radiante. El Sr. Martin, de viaje de negocios en Alençon, la había privado de su paseo habitual y ella se consolaba contemplando, desde la habitación de Victoire, detrás del mirador, el despertar de la naturaleza normanda.

«Me encontraba sola –escribe– en la ventana de una buhardilla que daba al gran jardín; miraba delante de mí, con el espíritu ocupado en pensamientos alegres, cuando vi, frente al lavadero que estaba justo enfrente, a un hombre vestido exactamente como Papá, de la misma talla y el mismo andar, sólo que *mucho más encorvado*... Su *cabeza* estaba cubierta con una especie de delantal de color indefinido, de modo que no pude ver su rostro. Llevaba un sombrero igual al de Papá. Lo vi avanzar con paso regular, bordeando mi pequeño jardín... Enseguida, un sentimiento de temor sobrenatural invadió mi alma; pero al instante reflexioné que, sin duda, Papá había regresado y se escondía para sorprenderme; entonces lo llamé bien alto, con voz temblorosa de emoción: “¡Papá,

Papá!”. Pero el misterioso personaje, sin parecer oírme, continuó su paso regular sin siquiera volverse; siguiéndolo con los ojos, lo vi dirigirse hacia el bosquecillo que dividía en dos la gran avenida; esperaba verlo aparecer del otro lado de los grandes árboles, ¡pero la visión profética había desaparecido!...»[263].

Ante los gritos de espanto de la niña, Marie y Pauline acudieron presurosas. Se pensó en una broma de Victoire, la sirvienta; ella lo negó. Buscaron entre los macizos: ninguna huella de presencia extraña. Finalmente, juzgaron más prudente cerrar el incidente invitando a la niña a no pensar más en ello.

«No pensar más en eso no estaba en mi poder –continúa Teresa–; muy a menudo mi imaginación me representó la escena misteriosa que había visto... Muchas veces intenté levantar el velo que me ocultaba su sentido, porque conservé en el fondo del corazón la íntima convicción de que esa visión tenía un significado que debía serme revelado algún día... Ese día tardó mucho en llegar, pero, después de catorce años, el Buen Dios rasgó el velo misterioso.

Estando de licencia con Sor María del Sagrado Corazón, hablábamos, como siempre, de las cosas del más allá y de nuestros recuerdos de infancia, cuando le recordé la visión que había tenido a la edad de seis o siete años; de repente, al relatar los detalles de aquella escena extraña, comprendimos al mismo tiempo lo que significaba... Era efectivamente Papá a quien había visto, avanzando encorvado por la edad. Era realmente él, llevando en su venerable rostro, en su cabeza encanecida, la señal de su gloriosa prueba...»[264].

***

El Sr. Martin se entrega ahora cada vez más a los pensamientos del más allá. Posee una fortuna bastante cómoda y la administra hábilmente, pero con una soltura y libertad tales que el espíritu astuto del normando apenas puede hallar presa en él. Con un toque de ironía, Teresa del Niño Jesús le recordará en una carta las palabras en que consideraba sin emoción la perspectiva de una posible ruina.

«En tales disposiciones –subrayaba– ningún infortunio puede dar miedo»[265].

Recuerda con deleite aquel pasaje, recogido tiempo atrás del Libro de la Sabiduría, que se ha convertido en objeto de sus frecuentes meditaciones:

«Porque no hacen venerable la vejez los muchos días ni los muchos años; sino que la prudencia del hombre suple las canas, y es edad anciana la vida inmaculada. Porque agradó a Dios, fue amado de Él y, como vivía entre los pecadores, fue trasladado a otra parte» (Sab. IV, 8-10).

Los que se le acercan sienten una indefinible impresión de grandeza. De su persona emana una paz completamente sobrenatural, una augusta serenidad que conmueve e impone respeto. «Es un verdadero Patriarca», dicen a su paso. Incluso físicamente, encarna ese tipo. Las Religiosas de la Abadía –y las fotografías que se conservan lo justifican plenamente– veían en él también «un aire de San José».

«En efecto –añade Céline, que nos confía este detalle–, era el hombre justo por excelencia, y cuando quiero imaginar a San José, pienso enseguida en mi padre»[266].

Durante la peregrinación a Roma, Teresa constató en su «Rey» la nobleza de su ascensión moral.

«Lo que sobre todo había notado –decía– eran los progresos que Papá hacía en la perfección; a ejemplo de San Francisco de Sales, había llegado a dominar su natural vivacidad hasta el punto de parecer poseer la naturaleza más dulce del mundo... Las cosas de la tierra parecían apenas rozarle, superaba fácilmente las contrariedades de esta vida»[267].

La Madre Inés de Jesús no teme decir:

«Según el testimonio de Mamá y de todos los que lo conocieron, jamás pronunció una palabra contra la caridad».

Sor Genoveva se expresa no menos categóricamente:

«Su caridad para aliviar los males del prójimo y su caridad en las palabras eran igualmente notables: siempre excusaba las faltas de los demás»[268].

Un día que había debido hacer justas observaciones a una inquilina rebelde que, pese a su holgada situación, se negaba a pagar el alquiler, ésta lo persiguió por la calle con vocabulario grosero y gestos de energúmena. Céline temblaba de indignación. Él conservaba la calma. A una criatura desatada no se le razona. Muy filosóficamente, la dejó allí plantada y se alejó sin decir palabra.

El Sr. Martin había leído la vida de San Francisco. Se halló en sus notas una oración del Seráfico de Asís y su *Cántico de las criaturas*. Soñaba, como él, con tratar a su cuerpo como a un enemigo, o, como decía el *Poverello*, poner «al hermano Asno» en su lugar. El asceta que llevaba dentro nunca depuso las armas. Permaneció, hasta los sesenta y siete años, rigurosamente fiel a todos los ayunos eclesiásticos. Saboreaba en secreto la *Historia de los Padres del Desierto* y en ella hallaba, sin cesar, nuevos

planes de combate contra sí mismo. Marie, que le había procurado la obra, terminó por quitársela, para evitar las consecuencias de lo que llamaba «una imprudencia».

Por lo demás, que nadie imagine a un beato seco, embebido en «piadosidades». El Sr. Martin era siempre el alma de las reuniones familiares. Gustaba, como artista, de las emociones estéticas. Cuando aparecía Marie Guérin, su ahijada, a quien su padre llamaba su «pequeño ruiseñor», y él «la Griega», por sus grandes ojos negros tan expresivos, quería que le cantara alguna romance, con su voz melodiosa y pura. Permanecía sensible a las bellezas de la creación, pero se mostraba más pronto que nunca a ofrecerlas a Dios en homenaje.

Su devoción parecía enternecerse con la edad. En tiempo de Navidad, la Madre Inés de Jesús le oyó exclamar en el locutorio:

> «¡Un niñito! ¡Ah! ¡Cómo no sentirse atraído hacia el buen Dios que así se anonadó! ¡Es tan amable un niñito!».

Copiaba diligentemente una oración de San Francisco Javier a las Cinco Llagas de Nuestro Señor y una oración a la Santa Faz, compuesta por Sor María de San Pedro, muerta en olor de santidad en el Carmelo de Tours el 8 de julio de 1848, cuya influencia se reflejará tan poderosamente en el monasterio de Lisieux de la calle Livarot. Si se añade que, al ocaso de su vida, el Sr. Martin se sentía invenciblemente atraído hacia la Hostia, hasta el punto de entregarse a la comunión cotidiana, no se podrá sino admirar la disposición providencial que prefigura en el alma del padre tres aspectos esenciales de la espiritualidad teresiana.

Desde su juventud, el Sr. Martin reunía gustosamente, al hilo de sus lecturas, citas escogidas de autores místicos. Así tenemos, escritas de su propia mano, toda una antología donde San Anselmo se encuentra junto a San Agustín, donde San Francisco de Asís y San Buenaventura se codean con San Ignacio y Santa Juana de Chantal. Señala un rasgo conmovedor de la biografía del venerable Teófano Vénard, a quien su «pequeña Reina» profesará más tarde un amor de predilección.

Una hoja manuscrita hallada entre sus notas íntimas parece contemporánea del período final en que había hecho al Señor todas sus ofrendas. La reproducimos *in extenso*. En ella se verá claramente acusada la orientación de su piedad antes del choque supremo de la cruz:

«Los hombres se atormentan y se dan tanta pena en conservar su vida en vísperas de su muerte como si aún les quedaran varios siglos por vivir; lo mismo hacen con todas las cosas del mundo: no hay nada que no hagan para hacerlas inmortales.

Sin embargo, Dios se burla de su diligencia y conoce el instante en que ha resuelto, desde toda la eternidad, que dejen de existir.

Esto no excluye toda clase de cuidados, sino las inquietudes, las previsiones extraordinarias y demasiado rebuscadas. Hagamos lo mejor que podamos y dejemos el resto a la Providencia.

El P. de Rancé tenía razón: en vano brama y se encrespa de rabia el mar, en vano las olas rugen al embestir, en vano se agita el navío; si el soplo de la Providencia hincha sus velas, no podrá naufragar y nada le impedirá llegar al puerto».

«¡Oh, Santa Iglesia romana, madre de las iglesias y de todos los fieles, Iglesia elegida por Dios para unir a sus hijos en una misma fe y en una misma caridad! Mantendremos siempre tu unidad con lo más profundo de nuestras entrañas» (Bossuet, *sermón sobre la Unidad de la Iglesia*).

¡Oh mi amado Salvador! Cuando me comprometí por primera vez, ignoraba la felicidad que hay en perteneceros; pero hoy sé todo lo que sois para mí. Por eso, hecha la experiencia, quiero protestaros que a todas las satisfacciones del mundo prefiero el honor y la alegría de vuestro servicio».

«Amad a Dios, no os aferréis sino a Él, y morid de dolor si no vivís de amor» (Madre Barat).

Con los años, la inclinación del Sr. Martin por la contemplación no había hecho más que desarrollarse. Se aferraba más que nunca a su celda del Belvedère, donde se le veía extasiado durante horas enteras ante los esplendores estivales o la ternura íntima del paisaje otoñal. En los últimos meses de su estancia en los Buissonnets, Teresa había notado esta atracción creciente de su padre por el recogimiento y la oración:

«El buen Dios *lo inundaba de consuelos*; durante sus visitas diarias al Santísimo Sacramento sus ojos se llenaban a menudo de lágrimas y su rostro respiraba una beatitud celestial»[269].

Frecuentemente el *Magnificat* terminaba en el *Nunc dimittis*. De su paso por las tierras de Armor, el Sr. Martin había conservado cierto fondo de melancolía que, generalmente contenido, se escapaba, a veces, en breves reflexiones.

«Mi pequeña Reina –decía entonces–, quien prueba la vida, prueba la muerte».

¡Cuántas veces recitó la lírica queja!

«Para el desterrado no hay más que llantos y tristes pensamientos… ¡Oh, la Patria! ¡la Patria!».

¡Con qué acento penetrante declamaba el bello poema lamartiniano titulado «Reflexión»!

«Hombre, ¡el tiempo no es nada para un ser inmortal!
¡Ay de quien lo ahorra, insensato el que lo llora;
El tiempo es tu navío y no tu morada;

Hacia el término sin fin apresurémonos a correr.
Pisoteemos este mundo y vivamos para morir;
La ciencia, el amor, el placer, la vida,
Esta sombra de los verdaderos bienes que tu corazón sacrifica
Como un germen divino tras de ti arrojado,
¡Reflorecerán más bellos, pero en la eternidad!».

Un texto, sobre todo, le encantaba, esta palabra de Dios a Abraham, que no se cansaba de repetir:

«Yo mismo seré tu recompensa grande en exceso».

¿Iría así hacia la casa del Padre, embriagado con sus holocaustos, mecido por la ternura de sus hijos y glorioso de su virtud? En la plena fuerza de sus veinte años, había retenido este pasaje de una bella oración de Fénelon:

«Señor, cuando considero vuestro yugo, me parece demasiado dulce: ¿es ésa, pues, la cruz que debo llevar, siguiéndoos todos los días de mi vida? ¿No tenéis otro cáliz más amargo de vuestra pasión para hacerme beber hasta las heces?».

Esta perspectiva de una gran prueba no lo abandonó nunca. Más tarde anota:

«Dios no ha abierto más que una vía para conducir a todos los hombres a la felicidad que les destina. Es la de las contradicciones y las cruces. Es tanto para los príncipes como para los pastores, y la fe nos enseña que de ella no exime a nadie».

Ciertamente, ¡había conocido el sufrimiento, pero estaba aureolado de tanta claridad! La garra del príncipe de las tinieblas nunca lo había desgarrado. La humillación lo había evitado. Ante semejante destino, un escrúpulo lo atraviesa. Después de haber asistido al sacrificio de su esposa, a la inmolación de sus hijas, ¿no debía comulgar con su sed de perfección, participar de su ardor apostólico, asumir como ellas la carga de la redención? El debate de conciencia se deshace en mayo de 1888, en esa escena que Pauline, interpretando el pensamiento teresiano, anexó al séptimo capítulo de la primera edición de la *Historia de un Alma*:

«¿Os acordáis de ese día, de ese locutorio, donde nos dijo: “Hijas mías, vuelvo de Alençon, donde he recibido, en la iglesia de Nuestra Señora, gracias tan grandes, consuelos tales, que he hecho esta oración: *Dios mío, ¡es demasiado! sí, soy demasiado feliz, no es posible ir al Cielo así, ¡quiero sufrir algo por Vos! Y me he ofrecido...*”. La palabra *víctima* expiró en sus labios, no se atrevió a pronunciarla delante de nosotras, ¡pero lo habíamos comprendido!».

Desde hacía tiempo alma de alabanza, he aquí que ahora se había convertido en hostia de alabanza. La consagración se hizo en el mismo santuario donde fue bautizada su pequeña Reina. Igualmente, había sido en el transcurso de un viaje paterno a Alençon donde la niña había tenido «la visión profética» de su Rey trágicamente velado. ¿Está cerca la explicación del misterio? Marie se interroga.

«Muy a menudo –escribirá– me había preguntado pensando en Papá: ¿cómo terminará su bella vida? Tenía el secreto presentimiento de que terminaría en el sufrimiento, aunque estaba muy lejos de sospechar cuál sería ese sufrimiento».

En cuanto a Pauline, he aquí cómo interpreta la frase con la cual el Sr. Martin suscribió con entusiasmo a la vocación de Céline:

«“Si poseyera algo mejor, me apresuraría a ofrecérselo”. ¡Ese algo mejor, era él mismo! *Y el Señor lo recibió como una hostia de holocausto, lo probó como el oro en la fragua y lo halló digno de sí*».

Hasta los sesenta y cuatro años, el Sr. Martin había mostrado una salud a toda prueba. El cansancio –crisis de agotamiento intelectual, sin duda–, que lo había forzado en su juventud a renunciar a la vocación religiosa, se había resuelto, sin dejar huellas, desde la interrupción de los estudios. Desde entonces, sólo había recibido cuidados con motivo de un incidente de pesca ocurrido hacia el final de su estancia en Alençon. Picado por una mosca venenosa, había descuidado el rasguño. Al infectarse el mal, se había formado detrás de la oreja izquierda una llaga dolorosa que debía, diez años más tarde, bajo el efecto de un tratamiento tan bárbaro como desafortunado, crecer hasta las dimensiones de la palma de la mano y desaparecer muy lentamente. Salvo este acontecimiento, el Sr. Martin siempre había ignorado la medicina y los médicos. Conservaba buena vista, paso rápido, espíritu vivo y testimoniaba una resistencia notable a todo género de fatiga. Se podía augurar que alcanzaría los días de su padre, el capitán, fulminado a los ochenta y ocho años por un ataque, o los de su madre, fallecida el 8 de abril de 1883 en Valframbert, y que tenía la edad de su siglo.

Se ha visto cómo la sacudida del 15 de mayo de 1887, pronto seguida de dos espasmos más anodinos, vino a decepcionar esta esperanza. Se trataba de lo que comúnmente se denomina una congestión cerebral, siendo el desorden, en este caso, imputable a la arteriosclerosis que, al volver quebradizos los tejidos vasculares, desorganiza el riego sanguíneo del

cerebro. Estos trastornos son esencialmente móviles y variables en sus efectos, según las localizaciones del mal, su extensión y duración. El Sr. Martin experimentará toda la gama. Será igualmente propenso a los brotes de uremia. Afectado un momento de hemiplejía, se verá luego liberado en sus miembros, para conocer más tarde la inmovilidad y la impotencia cuando las lesiones se vuelvan definitivas. Respetado al principio en sus facultades intelectuales, sufrirá su declive progresivo cuando porciones más vastas del cerebro queden, a su vez, afectadas[270].

El período de remisión que siguió al primer shock permitió la peregrinación a Roma. Sin embargo, desde el umbral del año 1888, se manifestaron los pródromos de una nueva fase mórbida: una fatiga más marcada, pérdidas de memoria. A pesar de todas las precauciones de la piedad filial, el padre de Teresa tomó brusca conciencia de su estado cierto día que, por negligencia, dejó perecer su periquita favorita. Este hecho banal lo afligió e inquietó como una primera revelación de la disminución de sus fuerzas mentales. Teresa, al final de su vida, nunca volverá a esto sin emoción.

Sin embargo, no fue hasta junio de 1888 que el mal adormecido se despertó súbitamente. El Sr. Martin acababa de pronunciar su ofrenda en Alençon. Había ratificado muy recientemente la de Céline. Las confidencias en las que su Reina le contaba sus descubrimientos del Carmelo lo transportaban de alegría. Y he aquí que, de repente, las manifestaciones de amnesia se vuelven más frecuentes. Se producen ciertos fenómenos alucinatorios, que beben en el fondo místico de todo el pasado del santo anciano. Obsesionado por el peligro anticlerical que comenzaba entonces a levantarse sobre Francia, teme por la vida de sus hijas, por la seguridad de los sacerdotes. La pasión de los viajes lo vuelve a atrapar con una agudeza inquietante. El deseo de la vida eremítica lo persigue. Aspira a fugarse, a arrancarse de los ruidos del mundo, a llegar a algún retiro lejano donde pudiera escapar a toda mirada, meditar a sus anchas y preparar su muerte.

Este estado de ánimo inquieta a los allegados. Si el Sr. Martin tardaba en regresar de París, donde lo llamaba la gestión de sus bienes, se temía una desgracia. Fue en el curso de una de estas horas de angustia que la Madre Genoveva de Santa Teresa, favorecida por el cielo con comunicaciones sobrenaturales, reveló a Teresa y a sus hermanas, para disipar sus alarmas, una palabra tranquilizadora oída a Nuestro Señor en la oración, y que se verificó al día siguiente.

Bajo el imperio de sus ideas fijas, el anciano parte sin avisar, el 23 de junio de 1888, y permanece cuatro días sin dar señales de vida. Se adivina el pánico de sus hijas, que se agotan en búsquedas inútiles y lo creen víctima de un accidente o de un atentado. Recién el 27 de junio, una tarjeta enviada desde el Havre permitió a Céline y al Sr. Guérin encontrar allí a su enfermo, algo confuso de ver su proyecto frustrado tan pronto, pero visiblemente feliz de ser devuelto al afecto de los suyos. Mientras tanto, un incendio que devoró la casa cercana a los Buissonnets estuvo a punto, para gran terror de Léonie, de aniquilar la querida villa.

Cuando se reagrupó allí después de la doble alerta, la vida volvió a ser como antes. El padre no aspiraba más que a hacer felices a sus hijas. Para ellas proyectaba la compra de los Buissonnets, incluso hizo la adquisición del inmueble recientemente siniestrado y del terreno contiguo. Se hizo también arrendatario de un chalet en Auteuil, donde se alojó con Léonie y Céline, del 1 al 15 de julio. Siendo este desarraigo pesado para todos, el contrato de alquiler fue rescindido.

El miedo siempre latente de un golpe más decisivo oprimía todos los corazones. Primero el 12 de agosto y luego el 31 de octubre en Honfleur, cuando se dirigía al Havre con Céline para saludar al P. Pichon, que partía para Canadá, el Sr. Martin sufrió nuevos brotes de parálisis que afectaron notablemente el uso de la palabra y lo sumieron momentáneamente en un verdadero desorden mental. Es entonces –¿hay que ver, con Sor María del Sagrado Corazón, en la deposición del Proceso, uno de esos detalles prefigurados en la visión profética?– que, con un gesto instintivo, siempre se esfuerza por cubrirse la cabeza como con un velo.

Pasada la crisis, a veces siente el indecible tormento de su lucidez amenazada. «Sólo la muerte tiene para mí invencibles atractivos», exclamaba, usando de una reminiscencia poética. Entonces volvía a su memoria el gesto de oblación consentido al Señor. Al quedarse allí de manera egoísta en el hogar, ¿no traicionaría su vocación? Y luego, ¿el debilitamiento de sus energías, los temores enfermizos, no era el preludio de un desapego más total aún, aquel que ningún ser humano vislumbra sin estremecerse, pues golpea en el corazón mismo de la personalidad humillándola, disminuyéndola, entregándola a una aparente aniquilación? El Sr. Martin conoció estas clases de agonía.

Se pacificaba en la aceptación. «Todo para la mayor gloria de Dios», le gustaba repetir. Y a sus religiosas, que le aconsejaban que se cuidara:

«No teman nada por mí, hijas mías, porque soy el amigo del buen Dios».

Esto fue dicho en el locutorio del Carmelo, sin sombra de exaltación, en la plena serenidad de la fe.

El enfermo se ocupaba como antes de todos sus ejercicios de piedad. El pensamiento de la eternidad lo absorbía frecuentemente. Hasta el final, guardará un culto delicado de la virtud de la castidad, con un cuidado extremo de mortificarse.

Un pequeño hecho mostrará su voluntad de despojo. Marie, antes de entrar al claustro, le había legado como recuerdo un crucifijo de cobre que colocó preciosamente en su habitación. Ignorando su procedencia, Céline expresó el deseo de poseer esa cruz por la noche. El padre vaciló primero: todo lo que venía de su hija mayor le importaba particularmente... pero en el curso de la Misa, mientras releía la oración del general de Sonis que Céline le había pasado, se inclinó hacia su hija y le murmuró en voz baja:

«Te doy mi Cristo».

Se aplicaba sistemáticamente a renunciar a los bienes de la tierra. Un domingo de 1888, el canónigo Rohée, arcipreste de San Pedro, habiendo declarado en el púlpito que necesitaba 10.000 francos para dotar a la Catedral de Lisieux de un nuevo altar mayor, el Sr. Martin se los llevó sin demora, exigiendo sólo el secreto más riguroso.

El Sr. Guérin, puesto necesariamente al corriente de esta liberalidad, expresó cierto descontento por una generosidad que juzgaba excesiva: lo cual dio a Teresa la ocasión de defender a su Rey en estos términos:

«Después de habernos dado a todas al Buen Dios, es muy natural que ofrezca un altar para inmolarnos a nosotras e inmolarse a él mismo».

En cuanto al clero de San Pedro, conmovido por tanta abnegación en medio de tantas pruebas, rodeaba de veneración a aquel a quien, en los círculos religiosos de la ciudad, se llamaba familiarmente «el santo patriarca».

***

Un supremo consuelo estaba reservado al Sr. Martin. Seguía con un interés apasionado la vocación de su Teresa. Saboreaba con emoción las deliciosas cartas en los que le prodigaba ternura y consuelo:

«Tu Reina piensa continuamente en ti y reza todo el día por su Rey, le escribía el 25 de noviembre de 1888. Soy muy feliz en el dulce nido del Carmelo y ya no deseo nada en la tierra, excepto ver a mi querido Rey totalmente curado, pero sé bien por qué el buen Dios nos envía esta prueba: es para que ganemos el bello Cielo, sabe que nuestro Padre querido es lo que más amamos en la tierra, pero sabe también que hay que sufrir para ganar la vida eterna y es por eso que nos prueba en todo lo que tenemos de más querido».

Pronto iba a sonar la hora tan esperada. El 10 de enero de 1889 Teresa tomaría el hábito. El postulantado, que era normalmente de seis meses, se había prolongado, pues el Sr. Delatroëtte no había cedido del todo. Una providencial calma autorizó la presencia paterna en la solemnidad. La fiesta fue toda de luz.

La toma de hábito, simplificada desde entonces, se celebraba con todo un lujo de pasos particularmente conmovedores. La postulante, con traje de novia, salía de la clausura. Penetraba en la capilla con su padre, seguida de los parientes, que venían de dos en dos como en las fiestas nupciales. Después de haber asistido, en el santuario, a la ceremonia exterior, Vísperas o Misa con sermón, el cortejo se volvía a formar para dirigirse a la sacristía. La prometida de Cristo besaba por última vez a su familia, recibía la bendición del celebrante y franqueaba para siempre la puerta interior del monasterio. Dando la mano a la priora y precedida de todas las monjas que portaban un cirio encendido, era luego introducida en el coro de las religiosas, donde se desarrollaban los ritos propiamente dichos de la toma de hábito. Los fieles se dirigían entonces a la reja, rodeando al oficiante, que pronunciaba las fórmulas litúrgicas, mientras que la superiora procedía a la imposición del hábito y la capa blanca.

Se adivina lo punzante que tiene esta fiesta donde todo es símbolo. El Sr. Martin la vivió lúcidamente, en plena posesión de sus fuerzas, con un santo entusiasmo. Había querido para su Reina –pensando en el arte exquisito de la esposa tan amada– un vestido de terciopelo blanco, adornado con cisne y de Punto de Alençon. Con su corona de lirios, su velo al estilo judío y sus largos bucles rubios flotando sobre los hombros, Teresa tenía realmente figura de Santa Inés. El Sr. Martin la esperaba a la puerta de la clausura. Avanzando hacia ella con los ojos llenos de lágrimas y apretándola contra su corazón, exclamó:

«¡Ah!, ¡aquí está, pues, mi pequeña Reina!».

Luego, ofreciéndole el brazo, hicieron solemnemente su entrada a la capilla.

Nada faltó a la alegría de ese día. La inmolación tuvo como preludio el sacrificio eucarístico, marco ideal para un gesto de ofrenda. El obispo de Bayeux, Mons. Hugonin, estaba allí en persona, ya seducido por el encanto sobrenatural de la angélica niña. Olvidadizo del ceremonial, entonó el *Te Deum*, que interpretó magníficamente los sentimientos de gratitud de Teresa. Y luego estuvo el pequeño milagro de la nieve, ese deseo ingenuo de la humilde «flor de invierno», divinamente escuchado a pesar de una temperatura excepcionalmente suave.

«Monseñor, dijo además la Santa, entró después de la ceremonia; fue de una bondad completamente paternal para mí. Creo que estaba orgulloso de ver que había tenido éxito y decía a todo el mundo que era su hijita»[271].

El Sr. Martin volvió a ver a su hija en el locutorio. La contempló con embeleso bajo su nuevo atuendo de carmelita. Su alma estaba como saturada de felicidad. «Fue su triunfo, su última fiesta aquí abajo». En la comida que siguió a la ceremonia, y que tuvo lugar en casa del Sr. Delatroëtte, párroco de Saint-Jacques y superior del Carmelo, el padre de Teresa confió al P. Godefroid Madelaine:

«Soy feliz de haber dado mis hijas al buen Dios. Quisiera tener una docena para ofrecérselas. Me hace un muy gran honor al pedirme mis hijas para introducirlas en su propia familia».

La joven novicia comparará más tarde este día con la entrada de Jesús en Jerusalén, el Domingo de Ramos. ¡Ay! el telón cayó rápido sobre esta escena de embriaguez. La santa concluyó el relato con estas reflexiones melancólicas:

«Como la de Nuestro Divino Maestro, su gloria de un *día* fue seguida de una pasión dolorosa, y esta pasión no fue para él solo, de la misma manera que los dolores de Jesús traspasaron con una espada el corazón de su Divina Madre, así, nuestros corazones sintieron los sufrimientos de aquel a quien más tiernamente queríamos en la tierra...»[272].

***

La mejoría constatada en la salud del Sr. Martin se prolongó durante todo el mes de enero. En el curso de un viaje a Alençon, confió a Céline:

«Me aferro a la vida; no es por mí, es por mis hijas. Quiero comprar los Buissonnets, la arreglaré lo mejor posible. Quiero complacerlas en todo».

Una recaída brutal aniquiló estos sueños. Un nuevo brote mórbido, que, dejando los miembros intactos, borró la memoria y desarrolló peligrosamente el deseo místico de evasión, llevó al Sr. Guérin a considerar para su cuñado el recurso a un asilo de salud. En la imposibilidad de vigilar constantemente al enfermo, que había conservado plena libertad de movimientos, era el único medio de evitarle algún accidente desafortunado y de impedir, quizás, la dilapidación de sus bienes.

Para el paciente que conservaba, junto con la posibilidad de examinarse, una suficiente conciencia de su estado, la cruz será de una punzante aspereza. Antaño, considerando una perspectiva semejante, en una conversación con Céline, a propósito de un habitante de Lisieux condenado a tal reclusión, había dicho, con un estremecimiento de angustia:

«Es la mayor prueba que un hombre pueda sufrir».

Su espíritu de abandono lo inclinaba hasta allí. El sacrificio amargo no le fue ahorrado.

Nos podemos imaginar, para el padre y sus hijas, en esa cruel jornada del 12 de febrero de 1889, el desgarramiento del supremo adiós a los Buissonnets, la tristeza de la breve visita al Carmelo, donde el Sr. Martin no volvió a ver a sus religiosas –la emoción habría sido demasiado fuerte–, pero depositó en el torno, como lo había hecho tantas veces, el paquete de pescado reservado para la comunidad.

A la hermana del Bon-Sauveur de Caen que le decía, al recibirlo, que todavía tendría algún bien para hacer entre tantos incrédulos, respondió:

«Es verdad, pero preferiría ser apóstol en otra parte que aquí. En fin, ¡puesto que es la voluntad de Dios! Creo que es para abatir mi orgullo».

Y al médico:

«Siempre había estado acostumbrado a mandar y me veo reducido a obedecer, es duro. Pero sé por qué el buen Dios me ha dado esta prueba: nunca había tenido humillaciones en mi vida, y me hacía falta una».

«Pues bien, esa puede contar», no pudo evitar responder el profesional.

La casa del Bon-Sauveur de Caen, que Barbey d'Aurevilly había introducido en la literatura en su historia del *Chevalier Des Touches*, constituía una verdadera pequeña ciudad poblada de mil setecientas almas y comprendía, con una imponente comunidad, un pensionado, un externado, una escuela de sordomudos, un dispensario y pabellones destinados a los cuidados de las afecciones mentales. Se preciaba con justa razón de estar a

la vanguardia en cuanto a confort y terapéutica. Todo estaba dispuesto para asegurar a los enfermos los tratamientos más modernos junto con el máximo de libertad que autorizaba su estado. Una capilla espaciosa, que señalaban a la vista su fachada elegante y su fino campanario, daba alma al edificio. La filantropía se encontraba aquí largamente superada. La caridad divina reinaba en estos lugares.

El Sr. Martin debía permanecer allí un poco más de tres años. Había rechazado el apartamento separado que se le ofrecía, prefiriendo, en un pensamiento de celo, vivir mezclado con los otros pensionistas, con los cuales, para gran desesperación de su enfermera, compartía obstinadamente todas las golosinas que se le procuraban. Ningún huésped del Bon-Sauveur fue más fácil de cuidar. Jamás una palabra de queja. Ningún rastro de egocentrismo. La caridad, que se había convertido para él en una segunda naturaleza, no lo abandonaba. Su paciencia sólo era equiparable a su bondad, lo que no dejaba de asombrar al personal. Acostumbrado desde siempre a una cierta austeridad de vida, exigía incluso observar todavía las leyes de la penitencia eclesiástica.

Las religiosas lo rodeaban de respeto y consideración.

> «Puede estar convencida, escribía a Céline la Madre Asistente, de que su querido enfermo, que inspira a todo el mundo una profunda veneración, es objeto de las más delicadas atenciones».

La Madre Costard, que tenía bajo su dirección la parte del establecimiento reservada a los quinientos hombres, le testimoniaba una verdadera piedad filial, en recuerdo de su propio padre, afligido de la misma enfermedad:

> «Desde el poco tiempo que hace que está aquí, decía, ha sabido hacerse querer y, además, tiene algo tan venerable, ¡lleva en sí un sello no ordinario!...»[273].

El Sr. Martin se había convertido en el visitante más asiduo de la capilla. Comulgaba varias veces por semana e incluso todos los días, en los buenos periodos. La privación de la Eucaristía constituía su más duro sacrificio. Fuera de las raras crisis en que un temor instintivo, acompañado de delirio, lo sumía en una especie de noche, consideraba su situación con calma desde la perspectiva sobrenatural y se resignaba a ella con valentía. Cuando sus hijas lo invitaban a unirse a la novena que hacían a San José para su curación, respondía:

> «No, no hay que pedir eso, sino sólo la voluntad del buen Dios».

La maniobra errónea de un hombre de ley que, interpretando al revés las directrices del Sr. Guérin, fue a hacer firmar al enfermo un acto totalmente innecesario de renuncia a la gestión de sus bienes, fue ocasión de una escena dolorosa que también terminó en la aceptación de la divina voluntad.

> «Creo realmente –escribirá Céline a sus hermanas– que cuanto más avanza, más pacífica y santa es la expresión de su rostro».

Después de recibir la Hostia, el mayor consuelo del Sr. Martin era la visita de los suyos. Dejando los Buissonnets, que perderían al final del arriendo, Céline y Léonie habían querido, el 19 de febrero de 1889, tomar pensión cerca del Bon-Sauveur, en el orfanato de San Vicente de Paúl. A pesar del consejo contrario de su tío, permanecieron allí todo el tiempo que les fue posible, en virtud de una autorización especial, para ver con frecuencia a ese padre que era todo para ellas.

Para el espíritu de familia, la enfermedad de uno de sus miembros es la prueba de desinterés y de fortaleza. Aquí se mostró perfectamente concluyente. Recordaban los consejos del Eclesiástico:

> «Hijo, alivia la vejez de tu padre y no le des pesadumbres en su vida. Si llegare a volverse como un niño, compadécele y jamás le desprecies por tener tú más vigor que él; porque la beneficencia con el padre no quedará en olvido» (Ecli. III, 14-15).

Bajo el golpe de la humillación, el cariño no hizo más que crecer y refinarse.

Sólo cuando tuvieron que someterse al reglamento general que permitía una sola visita por semana, las dos jóvenes regresaron a los Buissonnets. El 7 de junio de 1889, la familia Guérin se reunió con ellas allí. Para esa fecha, su tío ya no vivía en la plaza Thiers. Habiendo heredado, el 22 de agosto anterior, junto con sus parientes, los Maudelonde, la cuantiosa fortuna de uno de sus primos, el Sr. Auguste David, antiguo notario en Évreux, había liquidado su farmacia y, después de una breve estancia en una vivienda de transición, se preparaba para retirarse al 19 de la calle Paul-Banaston. Allí –o, durante el periodo estival, en el Castillo de la Musse, en l'Eure– repartiría su tiempo entre los estudios, las buenas obras y las obligaciones mundanas. Céline y Léonie serían acogidas como hijas propias. Para seguirlo, rescindieron el arriendo de los Buissonnets.

El Sr. Martin aplaudió esta decisión. El 17 de julio, la hermana enfermera daba de él estos conmovedores detalles a la Madre Priora del Carmelo:

«Hemos hablado bastante tiempo de sus amadas hijas y, al saber que las Srtas. Léonie y Céline estaban de viaje[274], exclamó: “¡Tanto mejor! Díganles que se queden todo el tiempo que su buen tío considere necesario. ¡No quiero que regresen por mi causa! ¡Estoy bien! ¡Muy bien aquí!”.

¡Este venerable anciano no predica más que la mayor gloria de Dios! Es realmente admirable. No sólo nunca se queja, sino que encuentra excelente todo lo que se le da...».

La visita semanal de sus hijas constituía su rayo de sol.

En los días más sombríos, las cartas de sus carmelitas tenían el don de serenarlo. Seguía siendo el gran cristiano al que un solo recuerdo de la fe bastaba para sumirlo en Dios.

A decir verdad, su estado evolucionó lentamente. Incluso conoció varios periodos de mejoría que permitieron considerar su regreso entre los suyos. Así pasaron por numerosas alternativas de esperanza y desilusión. Luego, el ciclo de las congestiones se intensificó implacablemente hasta reducir considerablemente las facultades intelectuales y atacar después el sistema motor.

***

El Sr. Martin conservó largo tiempo, al menos de manera intermitente, la lucidez suficiente para sentir, aceptar y santificar la más trágica de las pruebas, la que hunde poco a poco la personalidad en la penumbra y el caos. Impulsado por la corriente de toda una vida de generosidad, adhirió inmediatamente a la humillación y no retractó la ofrenda. Incluso en las horas de delirio, las fórmulas de abandono volvían a sus labios como una especie de homenaje instintivo rendido al plan divino, en una naturaleza domada por la fuerza del hábito.

En cuanto a sus hijas, el golpe las alcanzó en lo más profundo del corazón. Hemos hablado del culto que profesaban a su padre. Asistir impotentes a la decadencia de sus facultades, verse reducidas a confiarlo a manos ajenas, sufrir por su causa las faltas de tacto, que en tales casos el entorno nunca logra evitar por completo, fue para ellas un suplicio indecible al lado del cual la muerte habría sido dulce. El mundo, por debajo, lanzaba sus flechas envenenadas. El Sr. Martin representaba a sus ojos la figura de un gran vencido que se hundía, abandonado por los suyos, a las divagaciones del misticismo:

«Una virtud menos austera lo habría salvado del naufragio. ¡La prueba de que Dios no pedía tanto estaba clara!».

Los librepensadores la tenían fácil[275].

Se adivina este ambiente punzante a través de las líneas en que Teresa expresa la congoja común y la común aceptación:

«Recuerdo que, en el mes de junio de 1888, en el momento de nuestras primeras pruebas, dije: "Sufro mucho, pero siento que puedo soportar pruebas mayores". No pensaba entonces en las que me estaban reservadas... No sabía que el 12 de febrero, un mes después de mi toma de hábito, nuestro querido Padre bebería el cáliz *más amargo*, *más humillante* de todos…

¡Ah! ¡Ese día no dije que podía sufrir aún más!...

Las palabras no pueden expresar nuestras angustias, así que no voy a intentar describirlas»[276].

¿Las dejará esa herida jadeantes y abatidas, en pleno desorden interior? Prosigamos la cita:

«Los tres años del martirio de Papá me parecen los más amables, los más fecundos de toda nuestra vida; no los cambiaría por todos los éxtasis y revelaciones de los Santos; mi corazón desborda de gratitud al pensar en ese *tesoro* inestimable, que debe causar una santa envidia a los Ángeles de la Corte Celestial...

¡Qué dulce ha sido nuestra gran prueba, ya que de todos nuestros corazones no salieron más que suspiros de amor y gratitud! Ya no caminábamos por los senderos de la perfección, volábamos las cinco».

Para penetrar este misterio, habría que haber asistido a las conversaciones del locutorio donde Léonie y Céline encontraban junto a sus carmelitas el consuelo sobrenatural; ¡habría que revisar toda la correspondencia que entonces se intercambiaron! No es más que un largo grito de aceptación ferviente o más bien, «puesto que la resignación es todavía distinta de la voluntad de Dios», como observa Teresa siguiendo a la Sra. Swetchine, no es más que un himno de agradecimiento bañado en lágrimas. En la intención del Divino Cirujano, la prueba, a la manera del *shock* operatorio, desprende de las alegrías, incluso legítimas; fuerza a mirar sólo hacia el Cielo; marca con la efigie del divino Agonizante; hace comulgar con su misión redentora. Tal es el *leitmotiv* de estas comunicaciones de almas donde la querida santa marca el tono con una esperanza que alcanza la heroicidad.

¿Conviene, evocando estos cánticos, transcribir algunas de sus estrofas inéditas? He aquí la voz de los Buissonnets dirigiéndose al Carmelo:

«Queridas hermanitas, recuerdo estas palabras de la *Imitación*: "Daré una gloria infinita por una humillación pasajera...". ¡Oh, las humillaciones! son nuestro pan de cada día, pero si supierais todo

lo que veo oculto en ellas... es para mí un misterio de Amor.

¡Oh, mis hermanitas!, no os apenéis, os lo ruego; ¿acaso ha rezado Teresa en vano, acaso he puesto con tanta confianza el óleo de la Santa Faz en vano[277]? No, mil veces no, estoy segura de que hay designios admirables que no podemos comprender. Siento que Nuestro Señor está tan contento cuando se tiene en Él una confianza ilimitada, aprobando todas sus disposiciones...

No, no voy a pedir a Dios que me quite las humillaciones, los desprecios, las penas del corazón, las angustias, las amarguras... Pero voy a suplicar al buen Dios que le quite todo esto a mi querido Papito. Puede concedernos esta gracia y ¡estoy segura de que lo hará!...»[278].

He aquí, con fecha del 1 de marzo de 1889, después del traslado del Sr. Martin al Bon-Sauveur, la misma voz expresándose esta vez desde Caen:

«Hermanitas, quiero felicitarme por nuestras tribulaciones; incluso más: agradecer a Dios por la amargura de nuestras humillaciones. No sé por qué, pero en lugar de recibir estas pruebas con amargura y quejarme, veo algo misterioso y divino en la conducta de Nuestro Señor hacia nosotros. Además, ¿acaso no pasó por todas las humillaciones?... Confieso que la opinión del mundo no pesa en nada en la balanza de mi interior.

¡Oh! ¡Si supierais cómo veo al buen Dios en todas nuestras pruebas! Sí, todo está marcado visiblemente por su dedo divino».

Seis semanas después, al prolongarse la cruz, la queja se hace más vehemente. Se adivinan las tentaciones de desaliento que se infiltran por momentos para resolverse en un *fiat*.

«Mis queridas hermanitas, ¡qué suspiro se escapa en este momento de mi alma! ¡Cuán roto está el pobre corazón!

No puedo acostumbrarme a ver a nuestro querido papito enfermo de esa manera. Siempre lo recuerdo en casa, cuando nos hablaba como un verdadero patriarca, ¡es tan bueno!

¡Oh! ¡Cuánto debe amarnos el buen Dios para afligirnos tanto! Me pregunto cuán impaciente debe estar por llamar a sí a nuestro bienamado padre; me parece que hace un gran esfuerzo por dejarlo aún en la tierra; es necesario que de ello resulte una gran ventaja, tanto para su gloria como para Papá y para nosotras, sin ello no podría esperar más… Mis queridas hermanitas, ¡qué momento tan feliz cuando estemos todos reunidos allá arriba!

¡Oh! ¡Cuánto nos hacen gemir estas pruebas por la Patria..!»[279].

En esta escuela del sufrimiento, las almas ascienden.

«Queridas hermanas –escribe aún Céline–, ciertamente papá no tendrá Purgatorio en el otro mundo, pero estas penas para nosotras son tan vivas que son de capaces, me parece, de hacer revoluciones en nuestras almas, de convertirnos en santas».

Léonie secunda todos estos sentimientos:

«Lo mejor para nosotras es refugiarnos en el Corazón de Jesús y confiarnos a Él en todo lo que nos concierne. Allí, únicamente, recobraremos valor para soportar los dolores de la vida que, ciertamente, no nos faltan. Pero no nos quejemos, somos más que las amigas de Jesús, somos sus

esposas, al menos de deseo. ¡En el Cielo veremos a nuestro padre querido, tan humillado aquí abajo, colmado de gloria por la eternidad! Seamos su corona, ¡hagámonos dignas de tal padre!».

Las voces del Carmelo completan el diálogo. Sor Inés de Jesús, en marzo de 1889, envía a Céline esta misiva bañada de una paz sobrenatural:

«… Seamos Santas, Jesús nos lo pide... lo necesita, necesita almas totalmente dedicadas, totalmente abandonadas, totalmente entregadas a sus divinos caprichos... Abramos las nuestras de par en par, dejémosle penetrar o, más bien, forcémosle a detenerse hasta el santuario más íntimo. Como los discípulos de Emaús digámosle: "¡Quédate con nosotros, Señor, mira que anochece! La noche cae, no te aventures durante esta noche de pecados por los caminos por donde pasan los malvados. ¡Ah! Ven, te protegeremos de sus ataques. Pero, Señor, ¿por qué te dejas rogar tanto? ¡Vamos! ¿Es tan onerosa tu compañía?...". Y Jesús sonríe mostrando la Cruz que nunca lo abandona... "Hijas mías, muchos me invitan como vosotras, pero pocos me retienen, porque muchos me aman sin mi cruz, y muy pocos me dejan plantarla en su corazón. Sin embargo, es sólo por ella que establezco mi morada para siempre. Si el amor me encuentra, es el sufrimiento solo el que me retiene…".

¡Oh, Jesús, queremos tu cruz! ¡Entrad y quedaos! Aquí estáis en vuestra casa... Es otra Betania donde encontraréis corazones fieles. Es un Padre de cabellos blancos, afligido por vos y que, sin embargo, se dice aún vuestro amigo, es un enjambre de vírgenes de las que sois el Esposo, Esposo de sangre, pero siempre adorado...

Adiós, querida, ¡alegrémonos de sufrir!»[280].

Sor María del Sagrado Corazón resume en estos términos sus impresiones relativas a la prueba paterna que había presentido tiempo atrás:

«Cuando llegó, un día, durante la Misa, vi su precio tan claramente, que no la habría cambiado por todos los tesoros de la tierra. ¡Y qué méritos habrá adquirido nuestro querido padre!... En aquel tiempo, la historia de Job me venía a la memoria, me parecía que era tanto suya como nuestra y que Satanás, presentándose de nuevo ante el Señor, le había dicho: "¡No es de extrañar que vuestro siervo os alabe, lo colmáis de bienes! Castigadlo, pues, en su propia persona y veréis si no maldice vuestro nombre". Pero el nombre del Señor no fue maldecido; al contrario, fue siempre bendecido».

En cuanto a los sentimientos de Teresa, se encontrarán expresados en la correspondencia dirigida a Céline. Recojamos aquí algunas fórmulas particularmente sugerentes:

«¡Qué privilegio nos hace Jesús al enviarnos un *dolor* tan grande! ¡Ah! la ETERNIDAD no será demasiado larga para agradecérselo. Nos colma de sus favores como colmaba a los más grandes santos, ¿por qué una tal predilección?…

Ahora ya no tenemos nada más que esperar en la tierra, nada más que el sufrimiento, siempre el sufrimiento. ¡Oh! qué suerte digna de envidia… Los querubines en el Cielo envidian nuestra felicidad»[281].

«¿Cómo ha hecho Jesús para desprender así nuestras almas de todo lo creado? Ah, ha dado un gran golpe... pero es un golpe de amor»[282].

«Oh, no perdamos la prueba que Jesús nos envía, es una mina de oro por explotar, ¿vamos a perder la oportunidad?»[283].

Confidente de Céline, Teresa sostiene sus ímpetus y aplaca sus temores. Saca de su caminito de infancia espiritual intuiciones magníficas. Las lágrimas pueden correr, la naturaleza puede rechinar y estremecerse. Lo principal es dejar a Dios la última palabra:

«Quien dice paz no dice *alegría*, o al menos *alegría sentida*… Para sufrir en paz, basta con querer todo lo que Jesús quiere»[284].

«¡Querríamos sufrir generosamente, grandemente!... ¡Céline! ¡Qué ilusión!... ¿Acaso querríamos no caer nunca?... ¿Qué importa, mi Jesús, si caigo a cada instante? *Veo* allí mi debilidad y es para mí una gran ganancia»[285].

Cuando el dolor toca el paroxismo, el recuerdo del Cielo pone bálsamo en la herida:

«Querida Céline, la figura de este mundo pasa (I Cor. VII, 31), las sombras declinan (Cant. IV, 6), pronto estaremos en nuestra tierra natal, pronto las alegrías de nuestra infancia, las veladas de los Domingos, las charlas íntimas... todo eso nos será devuelto para siempre y con usura. ¡Jesús nos devolverá las alegrías de las que nos privó por un instante!... ¡Entonces, de la cabeza radiante de nuestro querido Padre, veremos salir flujos de luz y cada uno de sus cabellos blancos será como un sol que nos colmará de alegría y felicidad!...»[286].

Desde Canadá, el P. Pichon prodiga a la dedicada enfermera, sus consuelos sobrenaturales:

«Bebo a largos tragos vuestro cáliz amargo. El querido Patriarca está presente en mi pensamiento en el santo Altar y por todas partes. ¡Sí, sí! ha sido elegido como víctima y ¡esto lo explica todo! Estad orgullosa y agradecida a Nuestro Señor»[287].

***

Esta ascensión en común bajo el aguijón de la tortura moral autorizaba a Teresa a inscribir el 12 de febrero de 1889 en el número de los «días de gracias concedidos por el Señor a su pequeña esposa» y a denominarlo *nuestra gran riqueza*. No obstante, la Madre Inés de Jesús nos invita a ahondar más en el sentido de esta bienaventuranza, cuando dice de la Sierva de Dios:

«Fue en el Carmelo, en el momento de nuestras pruebas tan grandes relativas a la enfermedad cerebral de nuestro padre, cuando se aferró más al misterio de la Pasión, fue entonces cuando obtuvo añadir a su nombre el de la Santa Faz»[288].

Esta devoción estaba en honor en la calle Livarot. La comunidad de Lisieux la había heredado del Carmelo de Tours. En 1874, la Madre Genoveva de Santa Teresa, en relaciones directas con el monasterio de Tours, había tenido conocimiento de las revelaciones hechas por Nuestro Señor a Sor María de San Pedro. Había recogido preciosamente «las promesas en favor de las personas dedicadas a la Santa Faz». La sexta, sobre todo, atraía a las contemplativas: «Enjugarán, como la piadosa Verónica, mi adorable Faz que el pecado ultraja y desfigura y, en cambio, grabaré mis rasgos en sus almas». La Fundadora aceleró, con sus gestiones ante el obispado, la erección en Lisieux de la Archicofradía reparadora. Instaló en la capilla la impresionante imagen que propagaba en esa época el santo hombre de Tours, el Sr. Dupont.

Fue en el umbral de su vida religiosa cuando Teresa despertó a este culto.

«Hasta entonces –escribe a la Madre Inés– no había sondeado la profundidad de los tesoros ocultos en la Santa Faz; fue por vos, mi querida Madre, por quien aprendí a conocerlos, así como antiguamente nos habíais precedido a todas en el Carmelo, del mismo modo habíais penetrado antes que nadie en los misterios de amor ocultos en el Rostro de nuestro Esposo; entonces me habéis llamado y he comprendido…»[289].

Esto no era más que una primera iniciación. La aplastante aflicción de 1888-1889 proyectará fulgurantes precisiones sobre esta compasión naciente. La aproximación se impondrá, imperiosa, obsesionante, entre este padre tan bueno, tan digno, tan santo, caminando silencioso, doblado bajo la carga, y el Justo por excelencia despojado de su gloria, las mejillas tumefactas, la frente maculada, vuelto semejante a un leproso.

«¡Como la Faz Adorable de Jesús que estuvo velada durante su Pasión, así el rostro de su fiel servidor debía estar velado en los días de sus dolores, para poder irradiar en la Patria Celestial, junto a su Señor, el Verbo Eterno!...»[290].

De la prueba surge una claridad que ilumina la espiritualidad de Teresa. Recurre a Isaías y copia, para enviárselo a Céline, el admirable comienzo del capítulo LIII:

«¿Quién ha creído nuestro anuncio, y a quién ha sido revelado el brazo de Jehová? Pues creció delante de Él como un retoño, cual raíz en tierra árida; no tiene apariencia ni belleza para atraer nuestras miradas, ni aspecto para que nos agrade. Es un hombre despreciado, el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer; como alguien de quien uno aparta su rostro, le deshonramos y le desestimamos. Él, en verdad, ha tomado sobre sí nuestras dolencias, ha cargado con nuestros dolores, y nosotros le reputamos como castigado, como herido por Dios y humillado. Fue traspasado por nuestros pecados, quebrantado por nuestras culpas; el castigo, causa de nuestra paz, cayó sobre él, y a través de sus llagas hemos sido curados».

A estos conmovedores versículos los medita, se alimenta de ellos y los vive. El Hijo del hombre está siempre ante sus ojos, en la infinita profundidad de su humillación. Comprende que sus anonadamientos son el precio de nuestra salvación. Entonces su pensamiento salta hacia el querido enfermo del Bon-Sauveur. Lo contempla, a través de Cristo, dócil, recogido, disminuido ante los ojos de los hombres, pero tan querido al Corazón de Dios; su sufrimiento adquiere otro rostro y ya no le aparece más que como un capítulo de la redención. El abajamiento es la condición de la fecundidad sobrenatural. ¿Qué importa la trituración de una ternura maltratada? ¿Qué importa lo que diga el mundo? La Faz rodeada de espinas es la clave del misterio.

Nunca se subrayará lo suficiente, en la existencia de Teresa, la importancia capital de este «descubrimiento», en el sentido en que la palabra indica una acción incisiva del Espíritu Santo que graba en lo íntimo del corazón, en trazos de fuego, como principio vital, una verdad ya conocida, pero no totalmente explorada ni vivida aún.

«Estas palabras de Isaías –declara la Santa– han constituido todo el fundamento de mi devoción a la Santa Faz o, para decirlo mejor, el fundamento de toda mi piedad»[291].

«La devoción a la Santa Faz –testifica la Madre Inés en su Deposición– fue la inclinación especial de la Sierva de Dios. Por tierna que fuera su devoción al Niño Jesús, no puede compararse con la que tuvo por la Santa Faz»[292].

«La Santa Faz fue el libro de meditación donde bebía la ciencia del amor… Fue en la meditación de la Santa Faz donde aprendió la humildad».

Este tema vuelve constantemente en sus poesías. Le consagra un cántico, lo inscribe en sus armas, lo hace objeto de una consagración para sus novicias y de una oración para sí misma. Pinta su imagen sobre casullas, lleva siempre la Santa Faz en su breviario, la contempla en la oración y la cuelga de las cortinas de su cama durante su enfermedad. Con qué convicción –a pesar de algunas sorpresas causadas por este audaz gesto de fe– participa en la iniciativa de sus hermanas, quienes, al final de las horas

más graves de su prueba, hicieron colocar en la capilla del Carmelo, bajo la imagen de la Santa Faz, una lápida de mármol blanco –hoy incrustada detrás del altar mayor– con esta inscripción en letras doradas, un grito de gratitud y abandono filial:

Sit nomen Domini Benedictum
F. M.
1888

Es en la escuela de su compañera de infancia que Céline, a quien Teresa gustaba llamar «su pequeña Verónica», aprende a su vez a contemplar el Rostro herido. Al entrar en religión, es puesta bajo el patrocinio de la Santa Faz. Poco después de la muerte de Teresa[293], cuando la Sábana Santa de Turín reveló su secreto en el negativo fotográfico, Céline concibe y lleva a cabo el proyecto de reproducir, por medio de la pintura, y difundir por el mundo la augusta efigie que conmovía al Papa Pío X. ¿Quién no admiraría, en esta cadena de gracias, la mano de la Providencia desplegando su plan a través de las vicisitudes humanas y haciendo servir incluso las desgracias más dolorosas para santificar a los que la aman?

***

Es con estas disposiciones que Teresa aborda su profesión el 8 de septiembre de 1890. El día 2 recibe del Papa León XIII una bendición especial, mediante la mediación del hermano Siméon, quien guardaba un vivo recuerdo del doble paso del Sr. Martin por Roma.

En aquel entonces, la emisión de los votos se hacía en capítulo, en manos de la Priora, sin intervención alguna del clero y fuera de la presencia de los familiares.

Sin embargo, el pensamiento del padre enfermo dominó toda la ceremonia. Antes de renunciar a la administración de sus bienes, Teresa dispuso de su dote de muchacha para hacer celebrar Misas por la intención del querido enfermo. Asimismo, expresó el deseo de que fuera él quien bendijera y colocara sobre su augusta frente la corona destinada a ella, señalando con este gesto simbólico toda la parte que tomaba en la oblación de su hija. Céline cumplió piadosamente este doble rito.

Al adornar, para la fiesta, la estatua del Niño Jesús que estaba confiada a sus cuidados, la santa usó modestas velas ya gastadas y desteñidas. Le «hablan más al alma» que unas nuevas, explica en una nota dirigida a Sor

María del Sagrado Corazón, pues «comenzaron a arder el día de mi toma de hábito, cuando aún eran rosadas y frescas. Papá (que me las había dado) estaba allí, ¡y todo era alegría! Pero ahora el color *rosa* se ha ido; ¿quedan acaso, para la huérfana de la Bérézina, alegrías de color *rosa* en esta tierra? ¡Oh, no! Ya no le quedan más que alegrías celestiales...»[294].

Extendida sobre el tapete del hábito durante la gran postración que sigue a la oblación, Teresa confió a Dios todas sus súplicas. Para obedecer la orden de la Madre María de Gonzaga, pidió al cielo la curación de su padre, pero con fórmulas cuidadosamente medidas, que dejaban plena libertad a la voluntad divina:

> «Dios mío, haced que Papá sane si es vuestra voluntad, ya que nuestra Madre me ha dicho que os lo pida».

En cambio, encomendó con absoluta confianza los intereses espirituales de su madrina de confirmación:

> «Por Léonie, haced que sea vuestra voluntad que sea Visitandina; y si no tiene vocación, os pido que se la deis; no me lo podéis negar».

Más aún, solicitó para sí misma «el Amor infinito sin límites» y «el martirio del corazón o del cuerpo, o mejor, ambos a la vez».

¿Fue esto una primera respuesta desde lo alto? La toma de velo de Teresa estaba prevista para el 24 de septiembre. Se trataba de un rito complementario, propio del ceremonial carmelita: el obispo bendice el velo en el altar y lo impone a la joven profesa a través de la reja de comunión. Al finalizar la ceremonia, el padre se acerca también para bendecir a su hija. Con esperanza de niña, Teresa contaba con la presencia de su «Rey». Una mejora pasajera recientemente observada en su estado parecía autorizar, en efecto, su desplazamiento. Pero a última hora, el Sr. Guérin se opuso, temiendo, con razón, causar al anciano una conmoción superior a sus fuerzas.

El golpe fue duro para la «pequeña Reina». Lo confesó sin reservas a su confidente de siempre:

> «Jesús ya había puesto muchas joyas en mi cesta, pero faltaba sin duda una de belleza incomparable, y esta piedra preciosa me la dio hoy…, Céline. Al recibirla, mis lágrimas brotaron; siguen brotando aún y casi me las reprocharía si no supiera que “existe un amor del cual las lágrimas son la única prenda”[295]. Jesús solo ha conducido este asunto; es Él y he reconocido su toque de *amor*…

Sabes cuánto deseaba esta mañana volver a ver a nuestro querido Papá; pues bien, ahora veo claramente que la voluntad del buen Dios es que no esté aquí. Lo ha permitido simplemente para poner a prueba nuestro amor… Jesús quiere que sea *huérfana*; quiere que esté sola con Él solo, para unirse a mí más íntimamente y también quiere devolverme, en la Patria, las alegrías tan *legítimas* que me ha negado en el destierro…»[296].

Para colmo de desilusión, el obispo de Bayeux, que debía presidir la celebración, también se vio impedido. Envió en su lugar a su hermano, el canónigo Jean-Baptiste Hugonin, quien poco después sucedería al Vicario General Révérony en su cargo. Estas circunstancias –y otras varias que Teresa, por delicadeza, omite mencionar– convirtieron este día de gracia en un día de lágrimas.

«Sin embargo –añade–, la *paz*, siempre la paz, se encontraba al fondo del cáliz…»[297].

Ocho días después de su toma de velo, la santa redactó, como juego para sus hermanas, la tarjeta de invitación a sus bodas espirituales. En el segundo panel evoca, con trazos sugestivos, el recuerdo de sus padres:

«El Sr. Louis Martin, Propietario y Señor de las Señorías del Sufrimiento y la Humillación, y la Sra. Martin, Princesa y Dama de Honor de la Corte Celestial, tienen el gusto de anunciarles la boda de su hija, Teresa, con Jesús, el Verbo de Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad, quien, por obra del Espíritu Santo, se hizo Hombre e Hijo de María, la Reina de los Cielos».

***

Los recientes ataques que habían paralizado las extremidades inferiores hacían ya innecesaria la estadía del Sr. Martin en el Bon-Sauveur. Ya no había que temer su humor pasajero. Léonie y Céline aspiraban a cuidarlo por sí mismas. Cediendo a sus súplicas, el Sr. Guérin trajo al enfermo a Lisieux el 10 de mayo de 1892.

Dos días después, lo condujeron al Carmelo. Allí manifestó una verdadera conciencia de los intercambios verbales, sufriendo únicamente por no poder expresar sus sentimientos. Fue el único encuentro que tuvo con sus religiosas durante su enfermedad. Al despedirse de ellas, cuando estas le decían adiós, alzó los ojos y, señalándoles el cielo con el dedo, permaneció así largo rato, sin otra palabra para expresar su pensamiento que esta única exclamación, pronunciada con voz cargada de lágrimas:

«¡Hasta el cielo!».

Céline y Léonie habitaban entonces la acogedora vivienda de la calle Paul-Banaston, que Jeanne Guérin había abandonado dieciocho meses antes para seguir a Caen a su esposo, el doctor La Néele. El anciano pasó allí algunos días y luego alquilaron una casa cercana, en la calle Labbey. Bastaba atravesar la calle para entrar, por la puerta cochera, en el jardín de la casa Guérin. El criado Désiré, cuya esposa se ocupaba de todos los quehaceres domésticos, estaba al servicio exclusivo del inválido. Era un buen muchacho, jovial y devoto, que contaba con dos hermanas religiosas en la Providencia de Lisieux y que, sin dificultad, combinaba cantos espirituales y bromas amenas.

El Sr. Martin ocupaba una habitación en la planta baja. Sus pobres piernas estaban inertes y como pegadas. Los brazos permanecían libres, aunque con cierta dificultad para moverse. Había quedado muy delgado y se acurrucaba tembloroso, sufriendo, por añadidura, de nefritis. En cuanto a las facultades intelectuales, estaban como adormecidas, con despertares ocasionales que revelaban su sentido de la observación y el interés que ponía en todas las cosas. La mirada conservaba una expresión auténtica. Hablaba muy poco, pero sin divagar jamás.

Céline escribe el 25 de julio a Jeanne La Néele:

> «Papá va más o menos, no me atrevo a decir muy bien, pues ha tenido varios días muy tristes; le sobrevienen angustias punzantes y crisis de llanto que me desgarran el corazón. Hoy está alegre, y entonces respiro. Ayer me decía: “¡Oh, hijas mías! ¡Rezad por mí!”, y también me pidió que rogara a San José que muriera como un santo».

Cuando se entere, el 20 de febrero de 1893, de la elección de Sor Inés de Jesús como priora, responderá con una alegría evidente:

> «No se podía haber hecho una mejor elección».

Manifestará también su satisfacción por la adquisición de un coche, el mismo que más tarde servirá a Teresa durante su última enfermedad. En él pasaba jornadas enteras cuando hacía buen tiempo, bajo el follaje de los grandes árboles, escuchando el canto de los pájaros.

Visitantes y transeúntes apreciaban a aquel bello anciano, cuya dulzura y docilidad nunca flaqueaban y que conservaba, en su prueba, una especie de majestad. Cuando la procesión de la Fiesta de *Corpus* de 1892 se detuvo ante el altar instalado en el vestíbulo de la casa Guérin, el arcipreste de Saint-Pierre, tras la bendición del Santísimo Sacramento, entró en la oficina contigua, donde la familia se había reunido, y posó largamente el ostensorio

sobre la cabeza del venerado enfermo. En los ojos de aquel que tanto había vivido de la Hostia brillaban lágrimas de emoción.

En el verano de 1893 y 1894, el Sr. Martin acompañó a los suyos al castillo de La Musse. Estaba a unos diez kilómetros de Évreux, en la comuna de Asnières, aunque más cerca de Saint-Sébastien-de-Morsent, una antigua propiedad señorial que abarcaba más de cuarenta y una hectáreas completamente cercadas. El Sr. Auguste David, que reconocía haber cometido allí «una locura», la había restaurado magníficamente. El desmonte se llevó a cabo con rapidez, combinando el misterio de los grandes bosques con los encantos de un parque espacioso. La villa, de aspecto imponente, se alza en la cima de la colina, dominando en vertical el pintoresco curso del Iton.

Desde allí arriba, el lugar es incomparable. La vista se pierde, a la derecha, hasta el campanario de Conches, distante más de treinta kilómetros; a la izquierda, un horizonte inmenso de hondonadas, montículos y terrazas que descienden escalonadamente hasta Évreux; enfrente, al otro lado del valle, el espeso bosque cuya sombría copa devuelve al eco, cuando los monteros acosan al ciervo, ladridos de jaurías, sonidos de trompas y, al atardecer, en el crepúsculo,

> «Los lejanos aires de un corno melancólico y tierno».

Tras la muerte del antiguo notario, que había hecho de este lugar su residencia preferida –mientras su esposa, más mundana, prefería la soledad de su hotel en Évreux, sus carruajes con libreas y sus fastuosas recepciones–, La Musse fue asignada a los hijos de la Sra. Fournet, quienes la dejaron indivisa, ocupándola por turnos: los herederos Guérin, desde mayo hasta el 15 de agosto; los herederos Maudelonde, durante la temporada de caza, hasta octubre.

Fue así que, desde 1890, Léonie y Céline residieron allí sucesivamente con su tía y, en junio de 1893, decidieron llevar allí también a su padre. La Sra. Guérin no había olvidado la última mirada de la Sra. Martin al confiarle su hogar quebrantado. En cuanto al Sr. Guérin, el espíritu familiar le era innato, junto con la fe ancestral. Ambos se esforzaron por suavizar los últimos días de su cuñado, quien les expresaba a su manera su inmensa gratitud:

> «¡En el cielo os lo recompensaré!».

Para evitar al anciano la subida de la escalinata y permitirle el acceso directo al jardín, lo instalaron cerca del castillo, en un apartamento situado en la planta baja de la casa del guarda. Céline era a su lado el ángel consolador. Léonie, cuyas aspiraciones religiosas, a pesar del doble fracaso anterior, habían sido reavivadas por un viaje a Paray-le-Monial, se decidió a realizar un nuevo intento claustral. El 24 de junio de 1893 había cruzado el umbral de la Visitación de Caen. El 6 de abril siguiente, en presencia de su hermana y de los parientes Guérin, tomó el hábito con el nombre Sor Teresa Dositea.

Con noble desinterés, Céline se había quedado sola en el puesto. Algo materno se había despertado en su alma por aquel inválido que esperaba todo de su protección. Teresa interpreta admirablemente los sentimientos de su hermana en esta estrofa que pone en su boca:

«A mi Padre en su vejez
le ofrecía el apoyo de mi juventud.
Él lo era todo para mí: dicha, niña, riqueza.
¡Ah! Lo abrazaba tiernamente,
¡a menudo!».

Ya no era tiempo de efusiones espirituales. Había que preservar al enfermo de las más mínimas emociones. Su atención ya no era capaz de esfuerzo. No se consideraba necesario imponerle ejercicios religiosos. Sin embargo, por iniciativa propia o ayudado por su fiel Désiré, entonaba, con su bella voz algo velada, himnos o cantos de iglesia. Algo meditativo sobrevivía a la ruina de sus recuerdos y de sus antiguas adquisiciones psicológicas. El talento musical de su sobrina Marie conservaba sobre él todo su prestigio. No se cansaba de oírla tocar *Réverie* de Rosellen. Permanecía voluntariamente con las manos juntas, en una especie de éxtasis, contemplando un bello paisaje o percibiendo esos confusos rumores que surgen de la tierra al ocaso.

Céline retrató sobre el terreno, para sus carmelitas, una de esas escenas tranquilas:

«Recordaré toda mi vida su bello rostro cuando, al anochecer, en lo hondo del bosque, nos detuvimos a escuchar al ruiseñor. Él escuchaba… ¡con una expresión en la mirada! Era como un éxtasis, un no sé qué de la Patria que se reflejaba en sus rasgos. Luego, tras un buen rato de silencio, seguíamos escuchando y vi lágrimas que corrían por sus queridas mejillas. ¡Oh, qué hermoso día!

Desde entonces, ha empeorado. Ese consuelo extraordinario no podía durar y, sin embargo, pese a todo, ¡qué dulces son sus últimos días! ¿Quién lo habría pensado? ¡El Señor obra con nosotros

con una bondad inefable!»[298].

***

Fue en La Musse donde el Sr. Martin debía morir. Ya en varias ocasiones había sufrido el accidente cardíaco clásico que acorta este tipo de enfermedad. El 27 de mayo de 1894 se consideró oportuno administrarle los últimos sacramentos. La crisis volvió, más grave, el viernes 27 de julio. El Sr. Guérin estaba por un tiempo en Lisieux, donde solía, en esa fecha, pronunciar un discurso en la entrega de premios de la escuela de los Hermanos. Su esposa acudió presurosa junto al moribundo, con Céline y el doctor La Néele. La tarde del 28 hicieron venir al párroco de Saint-Sébastien, el P. Chillard, antiguo capellán militar, muy popular en el castillo por sus rarezas y los sabrosos relatos de sus innumerables campañas. Administró de nuevo al anciano el sacramento de la Extremaunción.

La mañana del 29 comenzó la agonía. Era domingo. El personal de la casa se dividía en dos turnos para asistir a Misa. El primer grupo, con el doctor y Désiré, se dirigió a Évreux en coche. Céline permaneció sola con su tía junto al lecho del Sr. Martin. La opresión aumentaba, atravesada por estertores desgarradores. Los miembros se enfriaban progresivamente. Los ojos permanecían cerrados. Poco antes de las ocho, rompiendo el silencio, la joven recitó en voz alta la triple invocación: «Jesús, María, José…». Grande fue su sorpresa al ver entonces cómo se levantaban los párpados y el anciano la miró largo rato con una mirada en la que pasaba, con toda su vivacidad de antaño, una intensa expresión de reconocimiento y ternura. ¿Era uno de esos ensanchamientos de la conciencia que a veces se observan al borde del más allá? ¿Permitió Dios este consuelo de última hora como suavizante final ante la terrible prueba? El hecho es que Céline creyó recuperar a su padre tal como era antes.

Luz fugaz. Pocos instantes después, la respiración se volvió jadeante y luego declinó. El Sr. Guérin, que había acudido de urgencia, colocó el crucifijo sobre los labios ya fríos. A las ocho y cuarto, sin esfuerzo, como un niño que se duerme en paz, el Sr. Martin entregó su alma a Dios. Tenía casi setenta y un años. El intrépido observador de la ley dominical partía, al alba de un domingo, a gozar su reposo eterno, a inaugurar su Misa eterna.

Aludiendo a los monumentos funerarios de las iglesias medievales, Montalembert escribió, en su *Historia de Santa Isabel*, sobre «esas estatuas tan graves, tan piadosas, tan conmovedoras, impregnadas de la placidez de

la muerte cristiana». Un sentimiento de igual calidad emana de la fotografía que fijó los rasgos del Sr. Martin sobre su lecho de muerte. El rostro demacrado y surcado por el sufrimiento parece como aureolado de dulzura y de majestad sobrenatural.

El cuerpo fue trasladado a Lisieux, donde la inhumación tuvo lugar el 2 de agosto, en la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles, tras una conmovedora ceremonia en la Catedral. La asistencia fue particularmente numerosa y de un recogimiento impresionante. Los grandes órganos entonaron los cantos preferidos del Sr. Martin: «Dichoso quien desde su infancia» y «El cielo es el premio». Más conmovedora aún fue la ceremonia que reunió a los íntimos, en torno a Teresa y sus hermanas, en la pequeña capilla del Carmelo. Quizá nunca un padre fue tan llorado, ni con tanta esperanza.

La imagen mortuoria que la piedad filial consagró al difunto fue, según el testimonio del arcipreste de Saint-Pierre, que lo había conocido particularmente bien, el análisis exacto de su alma y de su vida. En el anverso, dominando el sobrio recuerdo biográfico, la Santa Faz enmarcada por estos textos sugerentes:

«¿No era necesario que Cristo padeciera y que, por ello, entrara en la gloria?».

«¡Oh, Faz Adorable, que colmaréis de gozo a los justos durante la eternidad, dirigid sobre nosotros vuestra mirada divina!».

«Señor, escondedlo en el secreto de vuestra Faz».

El reverso se llenaba de citas escriturarias que señalan el valor del sufrimiento y la fecundidad espiritual de un hogar donde reinaban el sentido del deber y la sencillez del corazón. Una frase tomada del difunto recordaba la alegría con que, antes de ofrecerse a sí mismo, inmoló a Dios a todos los suyos. Otra, sugerida por sus amigos, definía la virtud esencial que había pacificado su existencia y lo había rodeado, incluso en la tumba, de un unánime halo de simpatía y pesar:

«Su caridad era admirable, nunca juzgaba a nadie y siempre encontraba una excusa para las faltas del prójimo».

***

En Alençon, la noticia del fallecimiento provocó la más viva conmoción. El Sr. Martin había conservado allí profundos lazos. La Sra. Coulombe, la dueña del castillo de Lanchal, escribió a las hijas del difunto:

«¡A pesar de la diferencia de edad, encontraba tanto placer en la compañía de su venerado Padre! Es que los santos como él tienen algo que atrae y agrada a todo su entorno; se los admira y se los

ama».

El vicario de Notre-Dame que bautizó a Teresa debía atestiguar en su Proceso de Beatificación la reputación de fervor, celo y rectitud de la que gozaba el Sr. Martin en toda la ciudad. El P. Pichon, que se acercó a él bastante íntimamente a partir de 1882, declararía a su vez:

«El padre de la Sierva de Dios era un verdadero patriarca siempre sobrenatural, un cristiano de los días antiguos; el espíritu moderno no había dejado huella en él»[299].

En una carta dirigida a Céline, al recibir el telegrama que anunciaba el fin de su venerable amigo, le cantó el himno de la esperanza:

«Ved la alegría de toda su familia en el Paraíso, el triunfo que sigue a una vida cristiana. ¿Hay que llorar una muerte que es, sin duda, un nacimiento en el Cielo? Cerca de ese sepulcro respirará un perfume de vida y cantará la liberación del alma cautiva».

El canónigo Lepelletier escribirá, por su parte:

«Me gusta recordar a menudo los instantes pasados en los Buissonnets con el padre tan santo y sus hijas tan queridas».

En junio de 1930, en su lecho de muerte, la Sra. Tifenne evocará aún el recuerdo del santo anciano:

«Me encomiendo al Sr. Martin; ¡era tan bueno! Lo quería mucho».

Sor María Gertrudis Bigot, una anciana de Alençon que ingresó en la Visitación de Le Mans, enviaba sus condolencias al Carmelo en estos términos:

«¡Qué santos padres eran los suyos! La Sra. Martin, enérgica, heroica, era la digna hermana de nuestra por siempre llorada Sor María Dositea; y su marido, ¡un santo como apenas se ve! ¡Qué hogar modelo, qué asiduidad tanto en el trabajo como en la oración!».

El Sr. Christophe Descoziers, que fue el amigo más íntimo del Sr. Martin en el periodo de Alençon, le rendirá más tarde este homenaje:

«No es sin una viva emoción que he encontrado en la *Historia de un Alma* el retrato físico y moral del querido Louis, uno de los hombres que más he amado sobre la tierra. Nunca encontré un corazón más noble ni un alma más generosa y es seguramente de él de quien Sor Teresa del Niño Jesús heredó la nobleza de sus sentimientos».

En la familia Guérin, el sacrificio fue dolorosamente sentido. El Sr. Guérin, bajo el velo de la alegoría, había hecho antaño el elogio de su

cuñado en una carta dirigida a Sor María del Sagrado Corazón el mismo día de su entrada al Carmelo, el 15 de octubre de 1886:

«Un día Dios me mostró un viejo árbol cargado con cinco hermosos frutos esperando la madurez. Me ordenó trasplantarlo a mi jardín. Obedecí. Los frutos maduraron sucesivamente, el Niño Jesús, como antaño durante la huida a Egipto, pasó tres veces e hizo una señal, el viejo árbol se inclinó amorosamente y cada vez, sin murmurar, dejó caer uno de los frutos maduros en la mano del Niño Dios. ¡Qué admirable espectáculo el de este nuevo Abraham! ¡Qué simplicidad! ¡Qué fe! ¡Qué grandeza! ¡No somos más que pigmeos al lado de este hombre!».

Volviendo al castillo de la Musse en mayo de 1895, Marie Guérin escribirá, el 19, a su prima Céline, quien, a su vez, había entrado al Carmelo:

«Hice mi pequeña peregrinación apenas bajé del coche. Fui a la habitación de mi tío y allí todos los recuerdos abundaron. Volví a ver todo. Me sumergí en la idea de que allí, en ese apartamento, se había llevado a cabo algo muy grande; que allí, mi tío había visto al buen Dios y que había sido muy bien recibido por Él. Me parecía que iba a ver también algo del cielo y mi tío me dio este pensamiento al reflexionar sobre el juicio particular que había tenido lugar en esa habitación tan llena de recuerdos: “No juzguéis y no seréis juzgados”».

En el 12º aniversario del fallecimiento, volverá sobre estas impresiones:

«No puedo pasar por este apartamento sin ser, a pesar mío, presa de un sentimiento serio, tranquilo, que habla del otro mundo, en una palabra, que me llena el alma. Esto me sucede muy a menudo y sin ninguna preparación de mi parte, soy presa... Esa es la palabra exacta.

No sé por qué, pero este aniversario, que es triste en sí mismo, no me produce ese efecto. Es tan cierto que mi tío entró en el cielo ese día que es más bien un sentimiento de felicidad lo que experimento al pensar en su liberación. ¡Qué feliz es ahora! ¡Y qué bien lo ha merecido! ¡Oh!, mañana prometo pedirle muchas gracias...

Cuando uno tiene grabada en el espíritu su bella figura serena y que expresa una felicidad tan apacible, es imposible que no llene el alma y la impulse a amar al buen Dios»[300].

Pero era a la querida Santa a quien le correspondía otorgar al difunto el elogio supremo. Escribe a Léonie:

«¿No te parece, como a mí, que la partida de nuestro querido Padre nos ha acercado a los Cielos?...»[301].

Y a Céline, entonces a la orilla del mar:

«¡Qué dulcemente nos conmovió tu pesca milagrosa!... ¡De qué manera nos hacen sentir estas pequeñas delicadezas que nuestro querido Padre está cerca de nosotras! A cinco años de su muerte, ¡qué alegría reencontrarlo siempre igual, buscando como antes los medios de complacernos! ¡Oh! ¡Cómo va a devolver a su Céline los cuidados que le prodigó…! Él es quien hizo que tu vocación tuviera éxito en tan poco tiempo; ahora que es un espíritu puro le es fácil ir a encontrar a los

sacerdotes y a los obispos, ¡así que no ha tenido tanto trabajo por su querida Céline como por su pobre pequeña reina!»[302].

Es en su autobiografía, dirigiéndose a la Madre Inés, donde Teresa ha contado, en términos deliciosos, la acción póstuma del Sr. Martin a favor de su valiente enfermera que, libre de todas sus ataduras, ya sólo aspiraba a volar al Carmelo:

«Un día en que las dificultades parecían insuperables, le dije a Jesús durante mi acción de gracias: "Sabéis, Dios mío, cuánto deseo saber si Papá *fue directo al Cielo*; no os pido que me habléis, sino que me deis una señal. Si mi Sor I. de J. consiente en la entrada de Céline o no le pone obstáculos, esta será la respuesta de que Papá *fue directo con Vos*". Esta hermana, como sabéis, mi querida Madre, encontraba que ya éramos demasiadas siendo tres y, por consiguiente, no quería admitir a otra, pero el buen Dios, que tiene en su mano el corazón de las criaturas y lo inclina como quiere, cambió las disposiciones de la hermana; la primera persona que encontré después de la acción de gracias fue ella, quien me llamó con un aire amable, me dijo que subiera donde vos y me habló de *Céline* con lágrimas en los ojos...»[303].

¿Para qué enriquecer con nuevos testimonios el elogio fúnebre del Sr. Martin? ¿Existe un sello más alto de predestinación que esta misteriosa supervivencia atestiguada por la voz de una Santa?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XV LA CORONACIÓN DE UN BELLO HOGAR

EL DESTINO DE LA FAMILIA —
LA HERENCIA ESPIRITUAL CONFERIDA A TERESA —
LA SOLIDARIDAD FAMILIAR EN LA BÚSQUEDA DE DIOS —
EN EL APOSTOLADO — EN EL SACRIFICIO —
LA COMUNIÓN EN LA GLORIA

La gloria póstuma de los padres es el florecimiento sobrenatural de su descendencia. En este sentido, ¿qué hogar más privilegiado que el de Sr. y la Sra. Martin?

«Es todo el nido el que fue bendecido por ellos, nos confiaba Céline. De todos los pajarillos, no dejaron caer a ninguno».

Ella misma, como ya se ha visto, experimentó la mediación paterna cuando, cumplida su misión filial, quiso reunirse con sus hermanas en el Carmelo. El inflexible canónigo Delatroëtte, que había jurado impedir a toda costa el «escándalo» de ver a toda una familia reunida en el mismo claustro, se dejó de pronto conmover. Lo mismo ocurrió con ciertas religiosas cuya oposición parecía irreductible. En resumen, ingresó en el claustro como Sor Genoveva de la Santa Faz y de Santa Teresa.

El 14 de septiembre de 1894, la joven inició su postulantado; el 5 de febrero siguiente recibió el hábito; el 24 de febrero de 1896 hizo su profesión y el 17 de marzo de ese mismo año, en presencia de Mons. Hugonin, el P. Ducellier, deán de Trévières, pronunció el sermón en su toma de velo.

¿Se cumpliría el deseo de la Sra. Martin? «¡Todas sus hijas religiosas!». Léonie permanecía en el mundo, herida por su tercer fracaso. El régimen de excesiva austeridad impuesto por una superiora demasiado aferrada a la observancia rigurosa había conducido, en julio de 1895, a su salida de la Visitación de Caen, junto con todas sus compañeras de noviciado.

Acogida paternalmente por su tío Guérin, que acababa también de entregar a Dios a su hija Marie, Léonie superó el primer desaliento y se organizó, al margen de las obligaciones mundanas, una vida casi

conventual, aguardando la ocasión propicia para retomar el vuelo hacia el monasterio. Las cartas en las que expresa sus desilusiones y esperanzas tienen algo conmovedor. Al recordar lo que fue antaño el alma obsesionada por una nostalgia divina, no se puede dejar de saludar en ella la obra maestra de la educación de los padres Martin. Forjar un corazón de santa constituye, para un padre y una madre, un éxito de prestigio que les granjea los homenajes de la posteridad. Pero a los ojos de Dios, ¿no es acaso un resultado aún más elocuente, una victoria más auténtica, haber enderezado un carácter rebelde y haber despertado el fervor en un terreno cubierto de hierbas salvajes?

Léonie fue verdaderamente la conquista colectiva de la familia. Todo conspiró a su conversión: la oblación suprema de la madre, la paciencia del padre, las oraciones de toda la casa; como si el saberla «rezagada» en el camino de la perfección fuese sentido por todos como un malestar. Al atardecer de su vida, Teresa confiaba a Sor María del Sagrado Corazón:

«Después de mi muerte, haré que Léonie vuelva a la Visitación y allí perseverará».

La profecía no tardó en cumplirse. El 28 de enero de 1899, la obstinada postulante cruzó nuevamente el umbral de la Visitación de Caen. Al caer en brazos de su superiora, exclamó:

«¡Estoy aquí para siempre!».

El 30 de junio recibió el hábito y, en recuerdo de la querida santa recién fallecida, tomó el nombre de Sor Francisca Teresa. El 2 de julio de 1900 emitió sus votos.

Su vida religiosa, destinada a prolongarse cuarenta y dos años, fue una ascensión ardiente por la senda de la infancia espiritual.

«Teresa trabaja mucho mi alma en la humildad, escribía. Cuanto más elevada la veo en la gloria, más necesidad siento de abajarme. Tengo sed de desaparecer, de no contar para nada. ¡Qué gracia!».

Cuando las enfermedades la redujeron, según su expresión, al estado de «verdadero castillo tambaleante», llevó la carga, con una tierna serenidad, durante varios años.

Una muerte de predilecta coronó esta fidelidad.

«Me he vuelto tan pequeña, confesaba a sus hermanas del Carmelo, que tengo la audacia de creer que no iré al Purgatorio».

«Es mi miseria extrema la que me da esta confianza y pienso con alegría que, al abandonar los brazos queridos y tan maternales de nuestra Madre muy amada, caeré naturalmente en los de Jesús

y de la Santísima Virgen, mi Mamá del Cielo».

El 16 de junio de 1941, en un ímpetu de ternura, Léonie se reunió con su familia en lo alto. Las religiosas de su monasterio la veneran e invocan como a una santa.

Sor María del Sagrado Corazón la había precedido en el encuentro definitivo. El germen de su vocación no cesó de crecer en una rectitud inquebrantable. Su afán de libertad se había transformado en servidumbre amorosa.

«He encontrado a Jesús entre estas cuatro paredes, escribía, y, al encontrarlo, he hallado el Cielo».

Deslumbrada por la «pequeña doctrina» de su Teresa, que le había escrito de un solo impulso las páginas que serían luego un admirable capítulo de la autobiografía, se esforzó por hacerse cada vez más pequeña. Los pobres, los trabajadores manuales, eran sus preferidos. ¿Acaso no se propuso –y lo logró– iniciar incluso a la anciana Victoire, la devota sirvienta de los Buissonnets, en las maravillas de la ofrenda al Amor Misericordioso?

Quebrantada por los reumatismos y atormentada por el dolor, «la querida Madrina» conservó hasta el final, junto con la originalidad de sus ocurrencias, su valentía sin artificios y su pasión por las almas. Afrontó serenamente el encuentro divino que gustaba llamar «el día de la gran misericordia». El 19 de enero de 1940 voló hacia Dios, como antaño su ahijada, besando el crucifijo como última oración.

Pauline Martin, la intrépida obrera de la causa teresiana, no se reuniría con los suyos en la casa del Padre sino después de haber llevado, durante más de cincuenta años, la carga del priorato, haber favorecido con todo su talento la difusión del «caminito de la infancia» y, tras el doloroso éxodo a la cripta de la Basílica, haber atendido las restauraciones materiales impuestas por la guerra.

La santa, de quien fue la «Madrecita» antes de convertirse en su primera discípula, le había dicho misteriosamente:

«El Buen Dios te absorberá como una pequeña gota de rocío».

La madre Inés de Jesús se durmió dulcemente en el Señor el 28 de julio de 1951, a los noventa años de edad.

Céline, Sor Genoveva de la Santa Faz, la sobrevivió lo suficiente como para completar sus testimonios anteriores sobre Teresa y sus padres. Publicó en 1952 *Consejos y Recuerdos*, en 1953 y 1954 *El Padre* y *La Madre de Santa Teresa del Niño Jesús*. Fue la principal testigo en el *Proceso informativo* para la Causa de Sr. y la Sra. Martin. Conservó hasta el final, y pese a múltiples achaques, una sorprendente vitalidad. Falleció el 25 de febrero de 1959, en su nonagésimo año, después de ofrecer a su entorno, en una agonía prolongada, el conmovedor espectáculo de su paciencia, abandono y vehemente anhelo del cielo.

¿Conviene ensanchar aún esta mirada retrospectiva sobre los destinos familiares? El padre enfermo había prometido muchas veces a su cuñado una retribución de gratitud cuando llegara al más allá. Cumplió su palabra. Un sello de bendición parece posarse sobre el hogar del Sr. Guérin.

Llamada a la vida religiosa desde su primera comunión, Marie, la menor, escuchó el llamado del Carmelo durante la toma de velo de Teresa. Ingresó en el claustro cinco años después y fue al atardecer de la toma de velo de Céline cuando recibió el hábito con el nombre María de la Eucaristía. Desde el 15 de agosto de 1895 había sido admitida como postulante bajo la dirección de su joven prima, encargada provisionalmente del noviciado. Su inalterable paciencia frente a las crisis de escrúpulos y a los dolores físicos más agudos la consumió rápidamente en virtud. Expiró el 14 de abril de 1905, a la manera de una «pequeña alma», a los treinta y cuatro años, dejando como despedida estas palabras:

> «¡No temo morir! ¡Oh!, ¡qué paz!... No hay que temer al sufrimiento. Él da siempre la fuerza... ¡Mi Jesús, te amo!».

La misma impresión de suavidad había marcado, el 13 de febrero de 1900, el tránsito de Sra. Guérin. El P. Ducellier, que la asistió en sus últimos momentos, decía de ella:

> «En veinticinco años de sacerdocio, jamás había visto los auxilios supremos de la religión recibidos con una piedad tan angélica»[304].

Esta noble mujer, al sentir que se acercaba la muerte, estrechó con una mano la cruz de la comunión de su santa sobrina y con la otra, el cirio de la profesión de su hija Marie.

> «¡Mi Jesús –exclamó en un último esfuerzo–, te amo, te ofrezco mi vida por los sacerdotes, como mi pequeña Teresa del Niño Jesús!».

En cuanto al Sr. Guérin, llegó a ser terciario del Carmelo y se convirtió, en lugar y representación del Sr. Martin, en el gran benefactor de la comunidad. Retirado de los negocios y disponiendo de una considerable fortuna, este valeroso luchador sostenía las escuelas libres, evitaba el hundimiento del periódico católico de la región y, auxiliado por su yerno, se comprometía personalmente, con la palabra y con la pluma, en los primeros embates que el anticlericalismo lanzaba contra la idea religiosa. También murió santamente en su septuagésimo noveno año, el 28 de septiembre de 1909. El doctor La Néele lo siguió a la tumba en 1916 y su esposa, Jeanne Guérin, en 1938.

***

A los múltiples capítulos de esta *Historia de una familia*, a tantas páginas dramáticas o sonrientes, les faltaba un epílogo con visos de apoteosis. Y llegó entre las muselinas de la última cuna.

Uno sonríe al ver los esfuerzos de un grupo rezagado de volterianos por presentar a la taumaturga del Carmelo como una creación artificial de una publicidad ultramoderna. Según ellos, se «lanzaría» una «mística» en Lisieux, como se lanza una estrella en Hollywood o una vedette en los estudios de la Costa Azul. Tales mezquindades no merecen que nos detengamos. Incluso cuando son más respetuosas y evidencian una mayor buena fe, tampoco deben inspirar confianza las explicaciones excesivamente simplistas que presentan la santidad como una improvisación de la Providencia. ¿Recuperaría aquí todos sus derechos la «generación espontánea»?

Los hechos, objetivamente valorados, desmienten tales afirmaciones. En el orden de la gracia, como en el de la naturaleza –aunque con mayor flexibilidad, pues la libertad conserva, en definitiva, la última palabra–, la ley de solidaridad despliega sus misteriosos encadenamientos. Alcanza su culmen en la inmensa comunión de los santos. ¡Cuántos parterres cuidadosamente cultivados para producir la flor escogida! ¡Cuántas medias ascensiones previas para que una sola alma venza la montaña! Salvo excepción, donde se afirma la soberanía de la intervención divina, se llega a las cumbres en equipo; digámoslo con mayor justicia: en familia.

Teresa no es un ser legendario surgido de pronto de la niebla para iluminar los caminos de los hombres. Es una niña como las nuestras. Cuanto más

exquisito el fruto, más robusto y sano el árbol. Ella misma lo expresa con gracia al comentar sus armas:

> «La tierra verdeante representa la familia bendita en cuyo seno creció la florecilla».

O en este juicio sobre sus padres:

> «El buen Dios me dio un padre y una madre más dignos del Cielo que de la tierra»[305].

¿Cómo no evocar aquí la advertencia profética que Sor María Dositea renovaba tras cada duelo de la Sra. Martin:

> «La medida de tus penas será la de los consuelos que te están reservados porque, al fin, si el buen Dios, satisfecho contigo, quiere darte ese gran santo que tanto has deseado para su gloria, ¿no serás muy bien recompensada?».

La santidad de Teresa es el ápice de toda una estirpe en busca de la perfección. La herencia le transmite, junto con el fuego espiritual y el instinto caballeresco que brillan en los ojos paternos, el equilibrio perfecto, la solidez del juicio y la sabiduría nunca defraudada que caracterizan a la Sra. Martin y que serán tan necesarias para la «Doctora» del caminito de la infancia.

Llegada en noveno lugar a un hogar ya visitado muchas veces por la prueba, encuentra allí, como tradición innata, el espíritu de abnegación y el sentido del sacrificio. No es casualidad, como tantas veces se ha señalado, que la mayor parte de los santos hayan surgido de familias particularmente numerosas. No hay escuela mejor para forjar el coraje y acostumbrar al don de sí mismo.

La educación completa lo recibido por nacimiento. Para afinar este perfil moral, se da como una admirable confluencia: todos se empeñan con entusiasmo. La madre lo hace con precisión de pinceladas, firmeza de trazo y sabia utilización de las fuerzas afectivas, de modo que Teresa, más tarde, no tendrá más que inspirarse en ella para convertirse en una maestra de novicias insuperable. El padre instruye a su «Reina» en los secretos de la unión con Dios. Pauline guía su infancia antes de orientar su vuelo hacia el claustro. Marie prepara con respeto a la primera comulgante, calma las angustias de la adolescente y despierta las confidencias de la joven monja. Léonie la provoca hacia la generosidad extrema cuando, en plena crisis vocacional, la llama en su auxilio espiritual. Céline comparte sus ímpetus de amor y, deseosa también de inmolación total, cede en todo para permitir su ingreso al Carmelo a los quince años. Incluso los cuatro pequeños

difuntos la ayudan con sus sufragios, desatando –a su petición– la crisis de escrúpulos que desde hacía tiempo la atormentaba. Las lecciones del Breviario traducen la exacta realidad cuando, al exaltar la heroicidad de sus virtudes, asocian al elogio a toda la familia en cuyo seno floreció su alma.

***

¿Nos hemos de extrañar, pues, que encontremos en la doctrina de nuestra santa, sintetizados, profundizados y madurados por la contemplación interior, los principios que regían la conducta del hogar? Sin duda pudo decir de su caminito de amor:

> «Es Jesús solo quien me ha instruido; ningún libro, ningún teólogo me la ha enseñado… No he recibido aliento de nadie, salvo de la Madre Inés de Jesús»[306].

No obstante, es cierto que Dios utiliza las causas segundas para llevar a cabo sus designios y que la vida familiar ideal en la que había sido sumergida predisponía a Teresa a realizar plenamente esa trascendente vida de familia que envuelve al alma fiel en la «sociedad» de las tres Personas Divinas. No se disminuye en nada la originalidad divina de su pensamiento al mostrar su lejana preparación sobre las rodillas de un padre y una madre que fueron verdaderos santos.

La que había de revelarnos el «ascetismo de la pequeñez» experimentó la dulzura de ser en casa la novena, la última, la benjamina. Sin mimarla en exceso, la colmaban, la devoraban a besos, acudían en auxilio de su fragilidad, se enternecían ante su gracia menuda. Sintió con agudeza el prestigio de tal debilidad. La lección no se perdió. Trasladada al plano sobrenatural, le enseñó a reconocer su impotencia y a amar su nada. Fue precisamente por haberlo vivido de manera personal que Teresa captó, a través de los versículos evangélicos, la soberana dignidad de la infancia.

Para abrirse a la confianza –que es el alma profunda de su doctrina–, no tuvo más que llevar al infinito, en el Corazón del Padre Celestial, lo que leía de bondad en el corazón de sus padres. Francisco de Asís fue arrojado en los brazos de Dios por la maldición que le cerró el acceso a la morada familiar. Perseguido, desheredado, rechazado por los suyos, buscó más arriba un refugio:

> «Hasta ahora he llamado padre a Pedro Bernardone; de ahora en adelante diré: “Padre nuestro, que estás en los Cielos”».

Teresa llegó a la misma cumbre por una experiencia diametralmente opuesta. El Sr. Martin era para ella la encarnación viva de la condescendencia. De él esperaba todo: perdón, apoyo, impulso. Saboreaba con deleite el abrigo de sus caricias. Si tal era la ternura de un hombre, ¿qué será la caridad sin límites de Aquel de quien Tertuliano decía: *Nemo tam Pater*: «Nadie es tan Padre»?

Esta inducción del corazón posee una lógica triunfal. Hará mañana de la «pequeña Reina» la teóloga y mártir del Amor Misericordioso. La carmelita exclamará «Papá, el buen Dios» con el mismo acento con que la niña llamaba antaño a su «Rey Querido». La oración no será para ella algo complicado, un estallido de bellas frases o de grandes pensamientos. Conversará con el Señor como antaño conversaba con el Sr. Martin en la soledad del Belvedere o por las praderas junto al Touques.

> «Le digo al buen Dios, sencillamente, lo que quiero decirle y siempre me entiende».

Llora de emoción al meditar el *Pater Noster*:

> «¡Es tan dulce llamar al buen Dios nuestro Padre!».

Céline da testimonio de que amó al buen Dios como un niño «adora a su padre, con gestos de ternura increíbles». Incluso utilizará la prueba misma que había de ensombrecer el rostro paterno para perderse aún más en el abismo del Amor eterno:

> «Jesús nos ha quitado a quien amábamos con tanta ternura… ¿no será acaso para que podamos decir realmente: “Padre nuestro, que estás en los Cielos”? ¡Oh, qué consoladora es esta palabra, qué horizonte infinito abre a nuestros ojos…!»[307].

De esta confianza sin límites, el abandono es el fruto espontáneo. Teresa lo practicó bajo la dirección de sus seres queridos. La primacía de la voluntad divina, la adhesión gozosa a su beneplácito, constituían –como hemos señalado a su tiempo– el fundamento mismo de la espiritualidad de la calle Saint-Blaise y de los Buissonnets. La serenidad en la prueba, el rechazo a poner en duda los derechos de Dios, el horror a la crítica y al rencor, en una palabra, la decisión de adorar en todo el plan providencial e inclinarse ante sus exigencias más duras sin comprender, ¿qué mejor preparación para la obediencia en un alma dócil y flexible?

Añadamos a esta lección directa las reflexiones que le inspiraba el absoluto desprendimiento que sus padres le demostraban. Se veía de nuevo

al pie de la escalera, esforzándose en vano por subir el primer peldaño o frente al columpio, donde anhelaba sentarse rápidamente. El padre y la madre, acudiendo a su llamado, se conmovían ante su esfuerzo y, tomándola en brazos, la hacían franquear de un salto el obstáculo. ¡Qué felicidad ser tan pequeña para ser así objeto de tanta solicitud! ¿No consiste acaso la verdadera sabiduría en entregarse sin resistencia al abrazo de los seres queridos? Y he aquí el punto de partida de la parábola, hoy clásica, del ascensor divino. El abandono –entrega total de la persona al amor soberano– conduce, tarde o temprano, a la santidad eminente. Jesús atrae a sí al alma totalmente entregada que confía en Él.

No exige más que una cosa a cambio de esta intervención decisiva: que el pequeñito ponga toda su ingeniosidad en agradarle. No se trata de buscar sacrificios eminentes, de montar en sueños heroicos ni de agotarse en penitencias. Teresa tiene, al respecto, ideas muy firmes. Su filosofía es antigua. Se remonta a sus primeros pasos. Ya a los tres años le hicieron contar su «rosario de prácticas». Le enseñaron a actuar por amor y que un «nada», revestido de ternura, cautiva el Corazón de Jesús más que la hazaña espectacular. ¡Cuántas veces no vio al Sr. Martin reparar un reloj o a la Sra. Martin «ensamblar» su punto de Alençon con la precisión, paciencia y atención al detalle propias de las obras de arte! Esta aplicación amorosa a hacer de todo una obra maestra la lleva, por así decir, en la sangre, junto con la desconfianza instintiva ante el alarde, el horror al engaño y el desprecio de la vanagloria.

El realismo cristiano que iluminaba de divino los tranquilos días de su infancia impregnará después, para elevarla hasta el heroísmo, su existencia de carmelita. Fue en el seno de la familia donde se formó su capacidad para hacer de modo extraordinario las cosas más ordinarias. Allí descubrió aquel talismán del que escribía un día a su prima Marie:

> «… En cuanto a mí, no conozco otro medio para llegar a la perfección que el “amor”…»[308].

Es allí donde bebió esa manera encantadora de expresarse en imágenes, en comparaciones concretas, en un vocabulario del terruño, los más altos secretos de la unión divina.

Así como antaño Pauline le explicaba, comparando su dedal con el vaso de su padre, la desigual pero plena satisfacción de los elegidos, le bastará una pelota, un trompo, un caleidoscopio para abordar y esclarecer, en sus aspectos más arduos, la economía del reino de Dios. Hasta su último

suspiro, se percibirá sobre su pensamiento y su conducta una lejana proyección de las escenas íntimas del hogar.

La *Historia de un alma* es, en sí misma, la fotografía exacta de la vida llevada por nuestros héroes. A comienzos de 1895, Teresa había evocado esos recuerdos durante una recreación con su «madrecita» y su madrina. Sor María del Sagrado Corazón encontró en ello tanto encanto que instó a la Madre Inés de Jesús a ordenar a la narradora que pusiera por escrito dicho relato. La priora se dejó convencer y su hija le entregó, en su fiesta, el 21 de enero de 1896, las humildes hojas manuscritas que constituirán la primera parte de la autobiografía.

Cuando la tuberculosis iba minando poco a poco a la joven monja, la Madre María de Gonzaga, a instancias de la Madre Inés de Jesús, le ordenaría retomar la pluma para contar sus impresiones del claustro, y serán esas páginas sublimes que comentarán, en el marco conventual, el precepto –tan querido para el Sr. Martin– de la caridad para con el prójimo.

El 13 de septiembre de 1896, al ver a su ahijada declinar cada vez más y presintiendo su glorioso destino, Sor María del Sagrado Corazón le pedirá, en una conmovedora carta, sus *ultima verba*:

> «Mi hermanita querida:
>
> Te escribo no porque tenga algo que decirte, sino para tener algo tuyo, de ti, que estás tan cerca del buen Dios; de ti, que eres su pequeña esposa privilegiada, a quien confía todos sus secretos... ¡Son tan dulces los secretos de Jesús para Teresa, y quisiera oírlos aún! Escríbeme unas líneas; quizá este sea tu último retiro, pues Nuestro Señor debe anhelar recoger su *racimo dorado*; Teresita debe tentar allá arriba a Jesús y a María, y a papá y a mamá, y a los cuatro angelitos y a todos los santos del Cielo y a todos los ángeles que ha tomado por padres.
>
> Pide a Jesús que me ame también como a su Teresita. ¡Ah! Teresita ha crecido, ha crecido y, sin embargo, sigue siendo la pequeña, sigue siendo la benjamina, sigue siendo la querida a quien Jesús (como antaño aquel pobre papá) lleva de la mano…».

La respuesta llegó «por retorno del correo», según la autorización concedida por la Madre priora. Esta exposición del caminito de la infancia –joya sin rival en las anales de la santidad– formará la espléndida conclusión de la autobiografía en la edición primitiva.

Al leer estas páginas incandescentes, la hermana mayor experimentó un sentimiento doloroso de hallarse lejos, muy lejos, de tales cumbres. ¿Podía, en su pobreza, aspirar a ascender tan alto? Una carta del 16 de septiembre de 1896 dio cuenta a Teresa, en términos de profunda humildad, sobre esas

angustias y escrúpulos. Al día siguiente, una nueva carta traía la espléndida aclaración, el grito de fe apasionada en la infinita Misericordia que, al tranquilizar a su querida madrina, abriría a las almas conscientes de su indigencia los horizontes de la perfección:

«¡Oh, hermana mía querida, te lo ruego, comprende a tu pequeña hija, comprende que, para amar a Jesús, para ser su *víctima de amor*, cuanto más débil, sin deseos ni virtudes, más apta es para las operaciones de ese Amor consumidor y transformador…!».

La *Historia de un alma*, cuya carta del 17 de septiembre de 1896 no es sino un anexo explicativo, constituye realmente –como se ve, tanto en su génesis como en su estructura interna– un documento de carácter familiar. El libro prodigioso que suscitaría tantas conversiones, orientaría tantas vocaciones hacia Cristo y contaría entre los éxitos editoriales más brillantes no fue, en su origen, sino un puñado de confidencias y consejos recogidos en el lecho de una enferma por hermanas ávidas de escucharla. A menudo se ha soñado con una pintura ideal de la familia francesa. ¿Para qué buscar más lejos? Nuestros antepasados, de costumbres sencillas y puras, responderían sin dudar: La *Historia de un alma* es ese cuadro.

***

Teresa no es solamente «doctora», es también «apóstol», y es también en el hogar donde ha extraído la primera inspiración. ¡El Sr. y la Sra. Martin habían rezado tanto para obtener de Dios un sacerdote, un misionero! La *Propagación de la Fe* era su obra predilecta. Así como aprendió en su escuela a socorrer a los pobres y a «no juzgar», la «pequeña Reina» se instruye junto a ellos en esa forma eminente de caridad que es la sed de irradiar a Cristo. No ha olvidado los sacrificios que se imponían en casa por la conversión de los pecadores. Le han contado –y ella misma imitará ese gesto– que su madre realizó el acto heroico en favor de la Iglesia sufriente del Purgatorio. Recuerda su entusiasmo juvenil cuando obtuvo *in extremis* «la gracia» de Pranzini. Su priora le permite hacer celebrar cada año una Misa por el primogénito de sus «rescatados».

«¡Es mi primer hijo –exclama–; después de las travesuras de su vida, debe necesitarla mucho!».

Entró en uno de esos claustros ardientes, como los quería la seráfica Teresa, donde el celo por la gloria de Dios galvaniza en las fervorosas el espíritu de oración. Desde hace casi medio siglo, la tradición misionera es

honrada allí. Ya en 1849, desde la prisión de Hué, donde llevaba el cepo y aguardaba la ejecución de la sentencia que lo condenaba al «suplicio de las cien heridas», Mons. Lefèbvre, Vicario Apostólico en la Cochinchina, transmitió a la comunidad de Lisieux su proyecto de instaurar la vida contemplativa en su naciente cristiandad. Con una magnanimidad sobrenatural, la Madre Genoveva de Santa Teresa compartió sus vistas.

La persecución, llevada al paroxismo bajo el emperador Tu-Duc, frustró por largo tiempo el proyecto. Se aferraron a él obstinadamente. El 1 de julio de 1861, Sor Filomena de la Inmaculada Concepción, profesora de Lisieux, partió de Marsella con tres compañeras. El 15 de octubre fundaba en Saigón el primer monasterio, del que surgirían sucesivamente todos los Carmelos del Extremo Oriente.

Teresa, cuya imaginación tantas veces había vibrado ante los relatos de los soldados coloniales y de los mártires, y que no se había encerrado en el claustro sino para apoyar mejor sus conquistas, conservaba, en el fondo de su corazón, como una aspiración irrealizable pero obsesiva, el viejo sueño de sus padres: quería un hermano sacerdote y misionero.

El 8 de septiembre de 1890, al momento de emitir sus votos, suplicó al cielo que le concediera «una vocación». Y he aquí que, dos años antes de su muerte, la obediencia le confiere dos «hermanos espirituales»: el P. Roulland, de las Misiones Extranjeras, cuyo ideal, un instante comprometido, se reafirmó bruscamente el mismo día de la profesión de nuestra santa, y el P. Bellière, entonces seminarista de Bayeux, que se preparaba para ingresar en el Instituto de los Padres Blancos. Para nuestra monja, es una alegría exaltante.

> «Si, como creo –escribe al P. Roulland–, mi padre y mi madre están en el Cielo, deben mirar y bendecir al hermano que Jesús me ha dado. ¡Habían deseado tanto un hijo misionero!... Me han contado que, antes de mi nacimiento, mis padres esperaban que, por fin, se realizaría su voto. Si hubieran podido penetrar el velo del porvenir, habrían visto que era, en efecto, por mí como se cumpliría su deseo»[309].

La profecía se realizó en un sentido aún más pleno de lo que Teresa concebía entonces. Su vocación misionera floreció. Clavó en la pared de la celda donde trabaja el mapa del Su-Tchuen. Pintó para su hermano una imagen que representa al Sagrado Corazón derramando, gota a gota, desde su llaga, sobre el mundo culpable, el rocío redentor y agregó, en letras de oro, este comentario: «¡Oh, Sangre divina de Jesús! Riega nuestra Misión,

haz germinar a los elegidos». Devora la vida del P. Nempon; lee la del Beato Teófano Vénard y siente por el dulce mártir una verdadera amistad.

Pronto se habló de enviarla al Carmelo de Hanói. Esta perspectiva, durante algún tiempo, avivó su fervor. Pero escribe con finura:

«Para ello haría falta que la vaina fuera tan sólida como la espada y quizá la vaina sería arrojada al mar antes de llegar al Tonkín»[310].

¡Qué importa! Dios siempre colmó «sus inmensos deseos».

«Si voy pronto al Cielo –confía aún al P. Roulland–, pediré a Jesús permiso para ir a visitarlo al Su-Tchuen, y continuaremos juntos nuestro apostolado»[311].

Un distrito es demasiado poco para su ardiente pasión. Es en todos los continentes y en las islas más remotas donde «descenderá» pronto, esparciendo su «lluvia de rosas». Es de todas las tierras infieles que la Iglesia le encomendará la custodia, junto a Francisco Javier.

Al protectorado universal de las Misiones lejanas, confiado por Pío XI, Pío XII añadirá, el 1 de mayo de 1944, un patronazgo oficial sobre ese nuevo «País de Misión» que es hoy Francia[312]. El Sr. y la Sra. Martin debieron estremecerse de gozo en su eternidad. Su espera no fue vana. Al dar todas sus hijas al Señor, renunciaron a la esperanza de una descendencia según la carne. La Providencia les asignó, en gloriosa contrapartida, una descendencia según el espíritu, que hará bendecir su memoria de generación en generación.

***

Llegamos aquí al aspecto más elevado de la estrecha solidaridad que une el resplandor de Teresa al calvario de sus padres. Evocando el testimonio de las víctimas de la guerra mundial y el peso que representa en los destinos franceses, Jacques Debout, el poeta de *Los Muertos Fecundos*, exclamaba:

«Sus ojos se han cerrado, otros deben abrirse;
Junto al árbol derribado brotan los retoños;
Para vengar tanta noche, se necesita mucha aurora,
La tumba llama a los nacimientos».

La estrofa, al referirse nada más que a la necesidad de revitalizar la raza tras una terrible hemorragia, se limitaba a un patriótico llamado a las

responsabilidades familiares. En sentido sobrenatural, la fórmula es absoluta: define una ley intangible de la economía de la gracia.

«Sin derramamiento de sangre –escribe el Doctor de las naciones– no hay redención».

Para vivir de Dios, para comunicar la vida divina, es preciso morir a sí mismo. La cosecha de almas tiene como preludio necesario:

«El triste y largo sueño de la semilla arrojada»

Más aún: la destrucción de la semilla, su corrupción, su aniquilamiento.

La imagen es del mismo Cristo.

A la luz de esta claridad, contemplemos el panorama grandioso del apostolado de la «pequeña Reina». Debe enseñar de nuevo, en los tiempos modernos, el camino de la infancia espiritual, convertirse en madre de una legión de víctimas entregadas por completo al Amor, multiplicar sus conquistas por todos los pueblos y despertar la fe en la soberana Bondad. Una misión tan vasta exige un capital de partida prodigioso, una suma de inmolaciones proporcionada a la extensión del campo de acción. Aquí se sitúa la intervención colectiva de la familia Martin.

La madre aporta al tesoro la angustia de sus múltiples duelos, el desgaste de sus fuerzas a la cabecera de sus enfermos, la renuncia de toda una existencia, las horribles torturas de su fin, sostenidas siempre con una serenidad jamás desmentida.

El padre aporta el coraje cristiano de sus años de viudez, el *fiat* suscrito a la vocación de sus cinco hijas, la oblación que hizo de sí mismo en una postrera visita a Nuestra Señora de Alençon.

Inspiradas por tales ejemplos, Teresa y sus hermanas emprendieron desde muy jóvenes la carrera de la entrega. En la familia Martin, la ofrenda se volvió un rito tradicional, un hábito, una necesidad del corazón. Cada nueva separación –tanto la de la tumba como la de la clausura religiosa– hizo saborear mejor su dulzura y su precio.

Entraba en el plan de Dios proporcionar materia heroica a este espíritu de oblación, hacer pasar por el lagar esas sensibilidades vibrantes, a fin de asociarlas más estrechamente a su obra de salvación. Para este designio de misericordia, el padre se convertirá en instrumento de la Providencia, un instrumento consciente, pues se presentó al altar del sacrificio, aunque no podía sospechar el alcance de su holocausto ni sus repercusiones infinitas. Fue entonces cuando tuvo lugar el sombrío drama que doblegó su cabeza y

la de todos los suyos en una sumisión filial, en medio de la más patética adversidad.

Teresa traduce el pensamiento común cuando declara a sus hermanas el 23 de julio de 1897:

> «*In te, Domine, speravi!* ¡Con qué felicidad decía este versículo en el coro en los momentos de nuestras grandes penas!»[313].

Devastado por la congestión cerebral, su «Rey» se ha vuelto uno de esos impotentes, descoronados y despreciados de los que el mundo se burla, pero a los que Cristo utiliza para salvar a la humanidad pecadora. La paradoja, el escándalo, la locura de la cruz actuarán, una vez más, plenamente. Es este milagro lo que expresa una última confidencia de la santa moribunda a la Madre Inés de Jesús:

> «Lo que un momento fue nuestra humillación, luego se convierte en nuestra gloria, incluso en esta vida».

Pío XI pensaba en todo esto cuando declaraba a Mons. Picaud, obispo de Bayeux:

> «Diga y haga decir que quizá se ha suavizado demasiado la espiritualidad de la Santita. ¡Y, sin embargo, cuán varonil y viril es! Santa Teresa del Niño Jesús es un *gran hombre*, cuya doctrina entera predica la renuncia».

Cautivados por los encantos de la carmelita, por su lenguaje florido, por su sonrisa, los mundanos la habrían erigido voluntariamente en prototipo de una perfección rebajada. El «caminito» habría llegado a ser sinónimo del «camino espacioso». Esta biografía tal vez ayude a destruir ese peligroso contrasentido que insulta al Evangelio. Ni en los Buissonnets ni en la Porciúncula hay rosas sin espinas. El crucifijo del Carmelo arroja su verdadera luz sobre el rostro de Teresa, así como el escarpado del Alvernia proyecta su sombra austera sobre los rasgos seductores del Patriarca de Asís. A la santa y a sus padres les costó terriblemente atraer tantos corazones al Amor eterno.

***

¿No es acaso, brotando de los sepulcros, esa potencia de resurrección la que se siente con todo el corazón cuando se llega, al este de Lisieux, al campo de los muertos? Es sumamente pintoresco ese cementerio escondido

en la naturaleza. Para alcanzarlo hay que seguir un sendero ascendente, bajo una bóveda de vegetación, entre dos hileras de árboles de copa encanecida, mezclados con troncos nudosos de formas esqueléticas y perforados por alvéolos. A ambos lados, la opulenta pradera normanda lanza hacia el cielo, entre pastizales donde pacen rebaños bien cebados, el impulso quebrado de sus manzanos retorcidos. Allí, al final de la avenida, dominando el valle del Orbiquet y frente al cinturón de crestas boscosas que envuelven la ciudad, una verdadera floresta de crucifijos y capillas se escalona en la ladera de la colina. Setos de tejos, interrumpidos por avellanos, custodian las alineaciones. El color sombrío de los cipreses perfora aquí y allá las laderas cubiertas de césped. Uno se siente súbitamente envuelto en el recogimiento. Sólo el llamado del cuco, el canto estridente del grillo o los trinos de los pájaros que revolotean en las alturas atraviesan el apacible silencio donde muere todo ruido.

El recinto carmelita emerge a media ladera. Lo protege una estatua: la de Teresa en éxtasis. Sobre el pedestal, un grito de gratitud tomado de la *Historia de un alma*, a la vez su *Magnificat* y su *Nunc dimittis*:

> «¡Oh, Dios mío, habéis superado mi esperanza y quiero cantar vuestras misericordias!».

Su cuerpo abandonó estos lugares un día de triunfo, el 26 de marzo de 1923; sin embargo, parece que su espíritu aún flota en torno a la cruz de madera que antaño sombreaba el féretro.

Sus padres la habían precedido allí en el otoño de 1894. Al día siguiente del fallecimiento del padre, el Sr. Guérin hizo exhumar y trasladar, para reunirlas con el jefe del hogar, las reliquias de la esposa, de los cuatro hijos pequeños fallecidos prematuramente, de la abuela Martin y del abuelo Guérin. El monumento que alberga a la familia se halla a poca distancia del de Teresa, apenas algo más abajo. Es de una imponente austeridad. Sobre una losa elevada, enmarcada por una cadena labrada, se alza una robusta cruz de granito. Altos tuyas le otorgan un severo marco. Breves inscripciones invitan a la reflexión:

> «*O Crux, Ave, Spes Unica*. La raza de los justos será bendecida. — Aquí yacen los padres de la Santa de Lisieux, Teresa del Niño Jesús».

La cercanía de ambas tumbas tiene algo de elocuente. A uno le agrada asociarlas en un mismo peregrinaje y meditar aquí estas líneas que Teresa

dirigía a su prima Juana para consolarla por la entrada al claustro de una hermana tiernamente amada:

> «¿Acaso el Buen Dios no ha prometido "al que por Él deje padre o madre o hermana, el ciento por uno en esta vida"?... Bien sé que ordinariamente estas palabras se aplican a las almas religiosas; sin embargo, siento, en lo más íntimo de mi corazón, que fueron pronunciadas también para los generosos padres que hacen el sacrificio de hijos más queridos que ellos mismos…»[314].

Para el Sr. y la Sra. Martin, tras tantas y tan duras pruebas, ¡qué espléndida recompensa! El huracán de gloria que arrebata a su benjamina los sumerge también a ellos. Al culto oficial que la Iglesia le rinde se une el homenaje privado que los fieles tributan a quienes le dieron la vida. La correspondencia recibida en el Carmelo atestigua que esta confianza de los humildes se ve muchas veces escuchada, como si Dios hubiera querido comunicar a los padres un rayo del poder tan abundantemente concedido a la hija.

El 17 de mayo de 1925, al atardecer de la canonización de la «pequeña Reina», mientras en Roma, por primera vez desde 1870, la fachada de Maderna y la cúpula de Miguel Ángel se iluminaban con mil fuegos, un mismo ritmo de entusiasmo sacudía al unísono el campanario de Notre-Dame de Alençon, la campana mayor de Santa Eulalia de Burdeos y la tímida campana campestre de San Dionisio de Sarthon. A través de esas voces de bronce, la alegría unía el alma virginal de la flor del Carmelo y las almas heroicamente fieles de quienes merecieron darla al mundo.

OceanofPDF.com

APÉNDICE CAUSAS DEL SR. Y LA SRA. MARTIN

Tan pronto como se conoció mejor la vida de los padres de Santa Teresa del Niño Jesús, se manifestó, entre los católicos y en el episcopado del mundo entero, un amplio movimiento a favor de su glorificación oficial por parte de la Iglesia.

Los motivos aducidos –y que reaparecen constantemente en las cartas de solicitud– se reducen a los siguientes puntos: en una época en que la fe es frecuentemente puesta en duda, conviene ofrecer como modelo a cristianos cuyas convicciones sean sólidas y profundas, que trasciendan la mera adhesión intelectual y modelen toda la vida según el estilo del Evangelio. No es menos importante, en plena crisis familiar, presentar el ejemplo de un hogar unido, fecundo y feliz –aunque muy probado– porque estuvo substancialmente marcado por la gracia del sacramento del matrimonio. La lección resulta tanto más actual y sugestiva cuanto que se imparte sin referencia alguna a fenómenos extraordinarios, en el clima de humilde fidelidad cotidiana que hará célebre el «caminito» teresiano. Tampoco parece menos oportuno, en un momento en que peligrosamente desciende la curva de ingresos en los diversos noviciados, honrar a un padre y a una madre que tenían tal estima por la vocación sacerdotal y religiosa que aspiraban a ver a todos sus hijos consagrados al Señor.

Los ecos de este movimiento de simpatía llegaban, numerosos e insistentes, al Carmelo de Lisieux. Éste aguardaba discretamente la hora de Dios. La iniciativa provino de la autoridad eclesiástica.

El 24 de febrero de 1956, con ocasión del aniversario de bodas de diamante de la última superviviente de la familia Martin, Céline –Sor Genoveva de la Santa Faz–, Su Excelencia Mons. Jacquemin, obispo de Bayeux y Lisieux, le anunció que iba a abrir la Causa de su padre. Como éste había fallecido en La Musse, correspondía al obispado de Évreux llevar a cabo las gestiones canónicamente previstas. Su Excelencia Mons. Gaudron aceptó ceder su competencia en este asunto, dado que el fallecimiento había ocurrido allí accidentalmente. La Sagrada Congregación de Ritos ratificaría esta transferencia.

En cuanto a la Sra. Martin, habiendo vivido y muerto en Alençon, su Causa dependía del obispo de Séez. Se trataba, pues, de dos procesos claramente distintos, aunque moralmente vinculados en la opinión pública. La santidad es un hecho eminentemente personal: únicamente los mártires pueden ser beatificados y canonizados colectivamente.

Desde los decretos de Urbano VIII y Benedicto XIV, la institución de nuevos cultos compete exclusivamente al Papa. Corresponde al Ordinario del lugar instruir el proceso informativo diocesano, que precede a la intervención directa de la Santa Sede. Cuando ésta lo estima oportuno, abre el proceso apostólico, en el que el obispo actúa en nombre y por delegación del Pontífice de Roma. La primera fase comprende necesariamente la investigación sobre la heroicidad de las virtudes y la fama de santidad; el proceso de falta de culto, que establece que la piedad de los fieles no se ha anticipado al juicio de la Iglesia y, finalmente, el examen de los escritos.

El proceso informativo se abrió en Bayeux el 22 de marzo de 1957 para la Causa del Siervo de Dios, Louis Martin, y el 10 de octubre de 1957 en Séez, para la de su esposa. La Postulación General de los Carmelitas Descalzos asumía la responsabilidad de la solicitud, asistida por dos vice-postuladores: el R. P. Francisco de Santa María, O.C.D. –lamentablemente fallecido desde entonces– y el canónigo Terrillon.

Los Tribunales constituidos en ambas sedes procedieron sin demora al interrogatorio de los testigos. En primer lugar, compareció Sor Genoveva de la Santa Faz; tras ella, desfilaron quienes, directa o indirectamente, habían podido apreciar la conducta de los Siervos de Dios y medir su influencia. Se necesitaron 48 sesiones en Bayeux y 25 en Séez para llevar los debates a su término.

Concluido el examen de los escritos y la investigación de falta de culto, el proceso relativo a Louis Martin fue cerrado bajo la presidencia de Mons. Jacquemin, en la capilla del Carmelo de Lisieux, el 12 de febrero de 1960, mediante la colocación de los sellos. Los autos fueron trasladados a Roma por iniciativa del R. P. Francisco de Santa María. Los documentos relativos a la Sra. Martin estaban ya en la Sagrada Congregación de Ritos desde enero de 1959.

Corresponde ahora a la Santa Sede introducir oficialmente ambas Causas. No cabe duda de que el argumento de milagros cualificados pesará decisivamente en la resolución. Es preciso orar para obtenerlos del cielo, sin olvidar que la intervención del taumaturgo, para ser válida ante los Jueces

eclesiásticos, debe poder atribuirse personalmente a uno u otro de los Siervos de Dios, excluyendo toda otra intercesión, así como cualquier atribución común.

Mientras se aguarda la hora romana, se procedió, el 13 de octubre de 1958, a la exhumación de los restos del Sr. y la Sra. Martin, sepultados en el cementerio de Lisieux. Esta ceremonia, deliberadamente desprovista de toda publicidad, fue presidida por Mons. Jacquemin, obispo de Bayeux, por Mons. Pioger, entonces obispo auxiliar de Séez, y por Mons. Fallaize, obispo titular de Thmuis. Asistieron también varios miembros de los tribunales eclesiásticos encargados de los procesos informativos. Médicos, oficialmente designados a tal efecto, examinaron los huesos, conservados en excelente estado. Al reconstruir el esqueleto de la Sra. Martin, constataron –no sin emoción–, en las vértebras, en la base del cuello y al nivel de la escápula izquierda, profundas lesiones que evidenciaban los estragos del cáncer y constituían un testimonio póstumo de los atroces dolores magnánimamente soportados por la Sierva de Dios. Otro detalle conmovedor: habiéndose consumido por completo las vestiduras, lo único que permanecía intacto eran los escapularios de Nuestra Señora del Carmen, que los Padres de Santa Teresa solían llevar y que se habían colocado sobre sus restos mortales.

Los preciosos restos fueron trasladados a ataúdes de roble y llevados al presbiterio de la basílica, al recinto del Vía Crucis, donde ambas tumbas enmarcan la estatua de la Santa de Lisieux. Una lápida de mármol lleva esta inscripción, tomada de una carta de Teresa:

> «¡El Buen Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra!»[315].

Son numerosos los peregrinos que, tras haber rezado a la Santa junto al relicario, en el Carmelo, o en el inmenso santuario erigido en su honor sobre la colina que domina el valle del Orbiquet, gustan subir por los senderos laterales que flanquean la basílica para recogerse junto a los padres de la «pequeña Reina», convertida, según el juicio de Pío X, «en la más grande santa de los tiempos modernos». Ya los Siervos de Dios escoltan a su benjamina en la bienaventuranza. Mañana –esperémoslo– la acompañarán en la gloria de los altares. Será entonces exaltado el hogar entero, tan cierta es la siguiente palabra:

> «Cuando una familia es profundamente cristiana, el sacerdocio y la vida religiosa se presentan naturalmente a la mente de los hijos».

Tal familia es una escuela de santidad.

---

[1] Citado por René Jouanne en su notable guía literaria y artística *Paseo por el Viejo Alençon*.

[2] Tuvieron cuatro hijos: Pierre-François, Louise-Marie-Henriette, que se casó con Louis Lemoine, Jacqueline, que murió a una edad temprana, y Catherine, que se unió al Sr. Dufay.

[3] Louis Martin, por devoción al Apóstol de las Indias, más tarde añadirá a sus nombres el de Javier.

[4] Esta condecoración le fue otorgada por Carlos X el 20 de agosto de 1824.

[5] Cuarenta y tres páginas fueron arrancadas del primer cuaderno, cinco textos, entre ellos uno de Voltaire, fueron tachados de tal manera que quedaron ilegibles, y otros veintidós llevan círculos que parecen condenarlos total o parcialmente. Cuesta trabajo rechazar la hipótesis de que un escrúpulo tardío haya inspirado a Louis Martin la eliminación de fragmentos moralmente inofensivos, pero que rendían culto a la mitología pagana o celebraban el amor humano.

[6] De hecho, Marie Zélie fue conocida únicamente con el nombre de Zélie, mientras que Marie Louise fue comúnmente llamada Élise. Nos atendremos al uso adoptado por la familia.

[7] Una breve nota publicada por el canónigo Chatenpie, párroco de Notre-Dame de Laval, nos da, a partir de Louise-Jeanne Macé y hasta Nouël Macé, fallecido en Le Horps en 1715 a la edad de sesenta y cinco años, una de las ramas del árbol genealógico de Santa Teresa del Niño Jesús. Este linaje se desarrolla por completo en la región de Mayenne.

[8] Correspondencia familiar, carta n. 15, 7 de noviembre de 1865.

[9] C. F. 3, 12 de noviembre de 1863.

[10] ¿Puede señalarse, en apoyo de esta hipótesis, la siguiente frase, recogida en el año 1845 en el «Cuaderno de cuentas» del Sr. Martin?: «7 de noviembre. Por la encuadernación de dos libros, uno de los cuales es el *Manual del viajero en Suiza* y el otro el *cuadro de la M.*, 1 fr. 50».

[11] C. F. 1, 1 de enero de 1863.

[12] Versos de Gustave Le Vavasseur, citados por René Jouanne, *op. cit*.

[13] C. F. 192, 4 de marzo de 1877.

[14] No estará quizá fuera de lugar, en esta monografía de una bella familia francesa, señalar que Zélie Guérin aportaba a su marido cinco mil francos de dote y siete mil francos de ahorros personales. En cuanto a Louis Martin, reunía veintidós mil francos de ahorro y todo un equipo profesional en sus dos propiedades, completamente libres de cargas y amuebladas, del Puente Nuevo y del Pabellón.

[15] N. del Trad. Juego de palabras intraducible. En francés, *élever* tiene un doble significado: *educar* y *elevar*.

[16] C. F. 192, 4 de marzo de 1877.

[17] Para resaltar mejor hasta qué punto el egoísmo fue ajeno al propósito del Sr. y la Sra. Martin de abstenerse de las relaciones conyugales, basta con señalar aquí que, en el umbral mismo de su matrimonio, acogieron en su hogar y conservaron durante algunos años a un pequeño de cinco años, cuyo padre, miembro de su parentela, acababa de perder a su esposa y se veía solo al frente de una familia de once hijos.

[18] Teresa pasará más tarde por una evolución análoga. «Siendo muy pequeña, declarará, me afligía tener un cuerpo, no me sentía cómoda en él, me daba vergüenza». Su hermana Marie relató que, durante su enfermedad, a la edad de nueve años, la niña soportaba con dificultad que la desnudaran para aplicarle el tratamiento hidroterápico prescrito por el doctor. Con el tiempo, llegó a tener un juicio más elevado sobre las relaciones entre la «Hermana Alma» y el «Hermano Cuerpo». La Reverenda Madre Inés de Jesús –su «madrecita»– debía hacer, en este sentido, la siguiente declaración en el Proceso de Canonización: «La Sierva de Dios era muy sencilla y estaba en una gran ignorancia con respecto al mal, temiendo descubrirlo, como confiesa en su vida, y confiando la guarda de su pureza a la Santísima Virgen y a San José. Más tarde comprendió que todo es puro para los puros. Viendo que estaba instruida en las cosas de la vida, le pregunté quién le había dado ese conocimiento. Me respondió que lo había encontrado sin buscarlo, en la naturaleza, observando las flores y los pájaros, y añadió: «Pero la Santísima Virgen lo sabía todo. ¿No le dijo al Ángel, el día de la Anunciación: *cómo será eso, si no conozco varón*?». No es el conocimiento de las cosas lo que está mal. Dios no ha hecho sino cosas muy buenas y nobles. El matrimonio es hermoso para aquellos a quienes Dios llama a ese estado, es el pecado el que lo desfigura y lo mancha», Sum. II, § 725.

[19] C. F. 21, 13 de enero de 1867.

[20] C. F. 32, mayo de 1868.

[21] C. F. 6, 11 de marzo de 1864.

[22] C. F. 12, 5 de marzo de 1865.

[23] C. F. 13, 23 de abril de 1865.

[24] C. F. 11, 12 de enero de 1865. El padrino de Marie era su abuelo, el Sr. Guérin.

[25] *Ibid.* 2, 5 de abril de 1863.

[26] C. F. 12, 5 de marzo de 1865.

[27] C. F. 5, 17 de enero de 1864.

[28] C. F. 7, 28 de marzo de 1864.

[29] C. F. 10, 14 de julio de 1864.

[30] C. F. 15, 7 de noviembre de 1865.

[31] C. F. 15, 7 de noviembre de 1865.

[32] *Ibid.* 156, 12 de marzo de 1876.

[33] *Ibid.* 19, 18 de noviembre de 1866.

[34] *Ibid.* 21, 13 de enero de 1867.

[35] *Ibid.* 71, 17 de octubre de 1871.

[36] *Ibid.* 23, 21 de diciembre de 1867.

[37] *Ibid.* 26, 14 de febrero de 1868.

[38] *Ibid.* 31, 14 de abril de 1868.

[39] *Ibid.* 35, 23 de agosto de 1868.

[40] La Sra. Martin, siguiendo la costumbre de la época, no asistió a las «exequias de los párvulos», celebradas antes de la inhumación de sus hijitos fallecidos.

[41] C. F. 32, mayo de 1868.

[42] C. F. 87, 1 de marzo de 1873.

[43] La Sra. Guérin murió de una congestión pulmonar el 9 de septiembre de 1859, a la edad de 55 años, en la casa de la calle Saint-Blaise.

[44] C. F., 12, 23 de diciembre de 1866.

[45] C. F. 33, 8 de junio de 1868.

[46] El Sr. Guérin fue enterrado en el cementerio Notre-Dame de Alençon, de donde sus restos fueron trasladados, en 1894, al panteón del Sr. Martin en Lisieux.

[47] C. F. 39, 7 de septiembre de 1868.

[48] *Ibid.* 42, 1 de noviembre de 1868.

[49] *Ibid.* 43, enero de 1869.

[50] *Ibid.* 47, 11 de julio de 1869.

[51] *Ibid.* F. 42, 1 de noviembre de 1868.

[52] *Ibid.* 45, 28 de febrero de 1869.

[53] *Ibid.* 46, 1869.

[54] *Ibid.* 48, 29 de agosto de 1869.

[55] *Ibid.* 49, octubre de 1869.

[56] *Ibid.* 52, 24 de febrero de 1870.

[57] *Ibid.* 54, 27 de marzo de 1870.

[58] *Ibid.* 53, 6 de marzo de 1870.

[59] *Ibid.* 56, 10 de junio de 1870.

[60] La Sra. Martin volverá sobre esta idea en una carta dirigida a su cuñada el 23 de agosto de 1870, después del doble nacimiento de su pequeña Marie Mélanie Thérèse y de Marie Guérin. Poco importa que haya venido una niña en lugar del niño esperado: «Si eres como yo, no te habrás afligido por ello, pues jamás he tenido ni un minuto de pena por eso».

[61] C. F. 51, 12 de febrero de 1870.

[62] *Ibid.* 60, 8 de octubre de 1870.

[63] *Ibid.* 61, octubre de 1870.

[64] N. del Trad. El juego de palabra es intraducible. *Sœur* significa «hermana», *se sœur* es «su hermana», por lo tanto, *la sesœur* significa «la su-hermana».

[65] C. F. 192, 4 de marzo de 1877.

[66] *Ibid.* 71, 17 de octubre de 1871.

[67] *Ibid.* 62, 30 de noviembre de 1870.

[68] *Idem*.

[69] C. F. 64, 17 de enero de 1871.

[70] *Ibid.* 66, 29 de mayo de 1871.

[71] *Ibid.* 80, 21 de julio de 1872.

[72] *Ibid.* 12, 30 de noviembre de 1873.

[73] *Ibid.* 98, 29 de abril de 1877.

[74] *Ibid.* 20, 23 de diciembre de 1866.

[75] *Ibid.* 26, 14 de febrero de 1868.

[76] Sum. I, § 103.

[77] El Sr. Adolphe Leriche era el hijo único de François Leriche y de Fanny Martin, segunda hija del capitán, que había muerto a los veintisiete años.

[78] C. F. 66, 29 de mayo de 1871.

[79] *Ibid.* 65, 5 de mayo de 1871.

[80] *Ibid.* 85, 16 de mayo de 1873.

[81] No nos corresponde pronunciarnos sobre el carácter preternatural de tal fenómeno, ni tampoco sobre la autenticidad de las voces interiores que, en varias ocasiones, sugirieron a la Sra. Martin ciertas decisiones. Ni siquiera ella se planteaba esa cuestión. No les daba más que una importancia secundaria. La verdadera santidad se encuentra en la conformidad con la voluntad divina y no en manifestaciones siempre sujetas a duda.

[82] El Sr. Paul-Albert Boul debía morir prematuramente el 18 de febrero de 1883 en Alençon. Santa Teresita, llamada a dejar su ciudad natal a la edad de cuatro años y medio, apenas tuvo tiempo de conocer a su padrino.

[83] La piedad de los devotos de Teresita ha rodeado de honor los lugares santificados por su doble nacimiento a la vida natural y a la vida divina. La casa de la calle Saint-Blaise ha sido despejada, por la izquierda, y unida al edificio vecino por una reja y un arco coronado por una cruz. Por la derecha, ha sido flanqueada por una capilla-oratorio que, gracias a la apertura de la pared, se comunica lateralmente, por una verja de hierro forjado, con la habitación natal. Se encuentra en el primer piso, detrás del apartamento de los huéspedes. Allí se ve la cama conyugal, dominada por una copia de la Virgen de la Sonrisa; al lado, la sillita infantil de la Santa; enfrente, en una vitrina, sus primeros vestidos. La casa llama la atención del peregrino por una doble inscripción en francés e inglés, esta última designa a Teresa con el gracioso nombre de *Little Flower of Jesus*, «la florcita de Jesús». Ocupado, desde 1912, por un ministro protestante de Escocia, convertido al catolicismo por la influencia teresiana, el reverendo Alexander James Grant, y mantenido, desde 1917, por su viuda, fallecida a su vez el 23 de enero de 1956, el santuario del Nacimiento fue dotado, en 1928, de una capilla que pronto fue confiada a las religiosas del Carmelo de San José. En cuanto al baptisterio de

Nuestra Señora, se enriqueció con un altar y una estatua de la Santa, un vitral, que representaba de forma idealizada el rito sacramental y una placa conmemorativa, encima de la cual se enmarcó, a modo de relicario, una parte importante del ajuar bautismal de Teresa. El vitral fue lamentablemente destruido en 1944 durante un bombardeo.

[84] C. F. 85, 16 de enero de 1873.

[85] *Ibid.* 87, 1 de marzo de 1873.

[86] *Ibid.* 89, marzo de 1873.

[87] *Ibid.* 89, marzo de 1873.

[88] *Ibid.* 90, 30 de marzo de 1873.

[89] *Ibid.* 91, 10 de abril de 1873.

[90] *Ibid.* 93, 13 de abril de 1873.

[91] *Ibid.* 102, 22 de mayo de 1873.

[92] *Ibid.* 112, 30 de noviembre de 1873.

[93] Lamartine.

[94] C. F. 119, 25 de junio de 1874.

[95] *Idem*.

[96] *Idem*.

[97] René Jouanne, archivero departamental en la Prefectura del Orne.

[98] C. F. 54, 27 de marzo de 1870.

[99] *Ibid.* 90, 30 de marzo de 1873.

[100] *Ibid.* 81, julio de 1872.

[101] *Ibid.* 70, 1 de octubre de 1871.

[102] *Ibid.* 140, 29 de septiembre de 1875.

[103] *Ibidem*.

[104] C. F. 130, 14 de marzo de 1875.

[105] *Ibid.* 157, 26 de marzo de 1876.

[106] *Ibid.* 159, 14 de mayo de 1876.

[107] *Ibid.* 139, 7 de septiembre de 1875.

[108] *Ibid.* 145, 7 de noviembre de 1875.

[109] *Ibid.* 116, 29 de marzo de 1874.

[110] *Ibid.* 154, 26 de febrero de 1876.

[111] Entre los asiduos de ese Círculo notamos, junto al Sr. Martin, en una fotografía que data de antes de 1866, a los Sres. Barré, Boul, Rattier, Tifenne; Christophe, Ferdinand y Gustave Desroziers; Adrien, Auguste y Vital Romet, a quienes se suma el P. Hurel, que fue párroco de Montfort de 1827 a 1849, y luego párroco de Saint-Léonard.

[112] C. F. 75, 25 de diciembre de 1871.

[113] *Ibid.* 157, 26 de marzo de 1871.

[114] *Ibid.* 159, 14 de mayo de 1876.

[115] *Ibid.* 145, 7 de noviembre de 1875.

[116] *Ibid.* 90, 30 de marzo de 1873.

[117] *Ibid.* 71, 17 de octubre de 1871.

[118] *Ibid.* 164, 16 de julio de 1876.

[119] *Ms. A*, 11 v°.

[120] C. F. 1, 1 de enero de 1863.

[121] Céline debía tomar en religión el nombre de Sor Genoveva de la Santa Faz, y Pauline, el de Sor Inés de Jesús.

[122] *Sum*. II, § 88.

[123] *Sum*. II, § 120.

[124] C. F. 65, 5 de mayo de 1871.

[125] *Ibid.* 44, 3 de febrero de 1869.

[126] *Ibid.* 50, 8 de febrero de 1870.

[127] Jean Aicard.

[128] Cf. especialmente *Sum.*, § 95.

[129] C. F. 49, octubre de 1869.

[130] La lección debe entenderse, evidentemente, sin ningún resabio de jansenismo, de los pecados mortales, que son los únicos que es obligatorio acusar, y cuya omisión voluntaria invalida la confesión.

[131] C. F. 77, 3 de enero de 1872.

[132] *Ibid.* 150, 16 de enero de 1876.

[133] *Ibid.* 173, 12 de noviembre de 1876.

[134] *Ibid.* 145, 7 de noviembre de 1875.

[135] *Ibid.* 147, 5 de diciembre de 1875.

[136] *Ibid.* 81, julio de 1872.

[137] *Ibid.* 117, 1 de junio de 1874.

[138] Carta del 28 de abril de 1869.

[139] *Ibid.* 105, 9 de julio de 1873.

[140] *Ibid.* 172, 8 de noviembre de 1876.

[141] Ms A, 4 v.

[142] Carta del 10 de mayo de 1877.

[143] C. F. 169, octubre de 1876.

[144] Ms. A, 4 v.

[145] C. F. 147, 5 de diciembre de 1875.

[146] *Ibid.* 159, 14 de mayo de 1876.

[147] Ms. A 8 v.

[148] C. F. 188, 13 de febrero de 1877.

[149] Carta de Marie a Pauline, 10 de mayo de 1877.

[150] C. F. 159, 14 de mayo de 1876.

[151] Ms. A, II v.

[152] C. T. 13 de julio de 1897, al P. Bellière.

[153] C. F. 192, 4 de marzo de 1877.

[154] Sum. II, § 769.

[155] *Ibid*. §§ 229 y 232.

[156] *Ibid*. § 128.

[157] *Ibid*. § 248.

[158] C. F. 57, 19 de julio de 1870.

[159] *Ibid.* 115, marzo de 1874.

[160] Esta página está extraída de la obra *Une Voix de Prison*, que el visionario de La Chesnaie escribió durante una estancia forzada en Santa Pelagia y que publicó en 1840. Es probable que la Sra. Martín la conociera por alguna recopilación de fragmentos escogidos.

[161] C. F. 152, 6 de febrero de 1876.

[162] *Ibid.* 110, 1 de noviembre de 1873.

[163] *Ibid.* 172, 8 de noviembre de 1876.

[164] *Ibid.* 164, 16 de julio de 1876.

[165] *Ibid.* 147, 5 de diciembre de 1875.

[166] *Ibid.* 150, 16 de enero de 1876.

[167] *Ibid.* 168, 20 de octubre de 1876.

[168] *Ibid.* 207, 14 de junio de 1877.

[169] *Ibid.* 179, 24 de diciembre de 1876.

[170] *Ibid.* 189, 20 de febrero de 1877.

[171] *Ibid.* 180, 31 de diciembre de 1876.

[172] *Ibid.*

[173] C. F. 200, 10 de mayo de 1877.

[174] *Ibid.* 195, 22 de marzo de 1877.

[175] *Ibid.* 205, 7 de junio de 1877.

[176] *Ibid.* 204, mayo de 1877.

[177] *Ibid.* 205, 7 de junio de 1877.

[178] *Ibid.* 206, 11 de junio de 1877.

[179] *Ibidem*.

[180] *Ibid.* 209, 24 de junio de 1877.

[181] *Ibid.*

[182] *Ibid.*

[183] *Ibid.* 210, 25 de junio de 1877.

[184] *Ibid.*

[185] Carta de Marie a la Sra. Guérin, 9 de agosto de 1877.

[186] Ms. A, 12 r° y v°.

[187] *Ibid.*

[188] Ms. A, 12 v°.

[189] A decir verdad, la casa no llevaba en 1877 ni nombre ni número. Estaba situada «en el barrio de los Bissonnets». Las hijas de la familia Martin, encontrando poco elegante ese nombre, le reemplazaron en la intimidad por otro más armonioso: «Buissonnets». La denominación pasó, por simplificación, del lugar y del camino a la casa. La *Historia de un Alma* la consagró definitivamente y le dio una difusión mundial. Las palabras también tienen su destino.

[190] Ms. A, 13 v°.

[191] Carta del Sr. Martin a sus hijas, 25 de noviembre de 1877.

[192] De San Desiderio no debía quedar, en 1944, más que un montón de ruinas. Saint-Jacques, muy duramente golpeado, escapó por poco a la destrucción total.

[193] Su prudencia en los negocios era apreciada. Una superiora de la Abadía de Lisieux, la Madre San Francisco de Sales, da testimonio de ello: «Yo estaba encargada del aspecto temporal de la Casa –dice–; el Sr. Martin nos prestaba servicios en ese sentido y estaba bastante a menudo en relación con él», Sum. II, § 30.

[194] Carta a su padre, 16 de noviembre de 1877.

[195] Durante la restauración de los Buissonnets en 1913, este boudoir se redujo en longitud con la creación de un pasillo de servicio hacia el jardín.

[196] Marie y Pauline, durante sus estudios en la Visitación de Le Mans, habían tenido la oportunidad de acercarse a Dom Guéranger, quien hacía frecuentes visitas allí.

[197] N. del Trad. La idea de este nombre está tomada de la canción infantil que solía cantarles: *Compère Guilleri*, de la que se habló más arriba en el cap. VII.

[198] Carta al Sr. Nogrix, 1883.

[199] El R. P. Pichon había pedido a Dios, por intercesión de su «Teresita», celebrar los santos Misterios hasta el último día de su vida y murió en París, en la mañana del 15 de noviembre de 1919, en su septuagésimo séptimo año, mientras se preparaba para decir la Misa. Deseoso de entrar en la «legión de las víctimas del Amor Misericordioso», había hecho el acto de ofrecimiento aconsejado por la Santa.

[200] Carta del Sr. Martin a Nogrix, 1883.

[201] Sum. II, § 218.

[202] Ms. A, 21 V°.

[203] Ms. A, 17 v°.

[204] Sum. II, § 335.

[205] Ms. A, 23 r°.

[206] Ms. A, 31 v°.

[207] Carta del Sr. Martin al Sr. Nogrix, 1883.

[208] Ms. A, 35 v°.

[209] Carta del Sr. Martin a sus hijas, 30 de agosto de 1885.

[210] Carta del Sr. Martin a Marie, 11 de septiembre de 1885.

[211] A la misma, 25 de septiembre de 1885.

[212] A la misma, 27 de septiembre de 1885.

[213] Ms. A, 39 v°.

[214] Marie a Teresa, sin fecha (26.5.1885). Teresa se había quejado a su hermana mayor de que Céline «robaba» todo el tiempo del locutorio con Sor Inés de Jesús.

[215] Ms. A, 44 r°.

[216] Ms. A, 43 r°.

[217] Ms. À, 47 v°.

[218] Sum. II, § 263.

[219] *Ibid.*, § 221.

[220] *Ibid.*, §§ 281-282.

[221] *Ibid.*, §§ 1021-1022.

[222] *Ibid.*, §§ 835-841.

[223] *Ibid.*, § 205.

[224] *Ibid.*, §§ 190-191.

[225] *Ibid.*, §§ 317-318; 132-133.

[226] *Ibid.*, § 198.

[227] Ms. A, 48 r°.

[228] Para este análisis del carácter de la Santa, hemos utilizado abundantemente el exhaustivo estudio psicológico publicado por el Sr. Canónigo Moreau, Superior del Gran Seminario de Bayeux: *Santa Teresa del Niño Jesús: su temperamento moral* (en las Ediciones *Spes*).

[229] Ms. A, 34 r°.

[230] Sum. II, § 182.

[231] Ms. A, 24 v°.

[232] Ms. A, 47 v°, 48 r°.

[233] Sum. II, § 90.

[234] C. F. 132, 19 de mayo de 1875.

[235] Ms. A, 6 r°.

[236] Carta del Sr. Martin a Marie, 27 de septiembre de 1885.

[237] Sum. II, § 131. Es ese religioso premonstratense, prior de la Abadía de Mondaye en el Calvados y, más tarde, abad de Frigolet, quien será encargado posteriormente de examinar como

teólogo el manuscrito de la *Historia de un alma* y quien alentará vivamente su publicación.

[238] Recién durante una estancia en Lisieux, el P. Pichon, director de Marie y de Céline, será informado de todos sus proyectos, los cuales alentará sin reserva alguna, incluida la súplica a León XIII.

[239] Sor Inés de Jesús a su padre, sin fecha, 3 o 4 de mayo de 1887.

[240] Ms. A, 50 r° y v°.

[241] Ms. A. 55 r°.

[242] Lib. I, cap. XX.

[243] Ms. A, 56 v°.

[244] Ms. A, 57 v°. Algunos escritores, ávidos de novedad, han sostenido que la joven postulante había sorprendido por sus audacias a los participantes eclesiásticos del peregrinaje. El P. Ubaldo de Alençon, habitualmente mejor inspirado, y que habría de lamentar, al final de su vida, una publicación tan irreflexiva como llena de errores, invoca a este respecto, en su artículo de enero de 1926 en los *Estudis Franciscans*, el testimonio de dos sacerdotes: uno, el P. Rodin, no podía ya decir nada, pues había muerto en 1913; el otro, el P. Lebrech, le opuso en el acto una desmentida tajante, mientras que los canónigos Huet y Delamarre, por su parte, también rechazaban tales afirmaciones.

La expresión «pequeño caballo desbocado», que se atreve a emplear el religioso capuchino, aun suavizada por una sonrisa, choca con el buen sentido y falsea la realidad. Sin duda, Teresa había declarado que su timidez habitual la había abandonado al comenzar el viaje y que había podido, sin sentirse incómoda, vivir varias semanas entre tantas personas distinguidas. Sin embargo, no por eso dejó de ser la muchacha reservada y dócil que la presencia divina envolvía en un halo virginal.

Cierto día, cuando subía a una altura desde la que podría gozar de un espléndido panorama, bastó una llamada de su padre, amante de la exactitud, para detenerla a dos pasos de la cumbre. Incluso en Roma, la intrepidez que demostrará al dirigirse al Santo Padre será, en esencia, un acto de obediencia al Carmelo de Lisieux, al que había sometido la inspiración de esa iniciativa y que le había dictado la fórmula.

La hagiografía –conviene subrayarlo de una vez por todas– desfigura a sus héroes cuando, con el pretexto de enderezar la historia, monta procesos de tendencia completamente artificiales.

[245] N. del Trad. Juego de palabras imposible de traducir. En lugar de decir corniches/cupidons (cornisas/cupidos), el intérprete mezcló las palabras diciendo cornichons/cupides (tontos/avaros).

[246] Ms. A, 66 v°.

[247] C. T. 20 de noviembre de 1887. Teresa temía que el Sr. Martin sintiera pena al saber cuánto había sufrido.

[248] Carta de Céline a sus hermanas, 23 de noviembre de 1887.

[249] Sor Inés de Jesús al Sr. Guérin, sin fecha, 28 de noviembre de 1887.

[250] Sor María del Sagrado Corazón a su padre, sin fecha, 26 de noviembre de 1887.

[251] Sor María del Sagrado Corazón a Teresa, sin fecha, 23 o 24 de noviembre de 1887.

[252] Referido por Céline a sus hermanas carmelitas, 29 de noviembre de 1887.

[253] Ms. A, 57 v°.

[254] *Ibid.*, 68 v°.

[255] *Ibid.*, 69 r°.

[256] Citado en Ms. A 71 v°.

[257] Sor María del Sagrado Corazón a su padre, 9 de abril de 1888.

[258] Sor Inés de Jesús al padre, sin fecha, 24 de agosto de 1887.

[259] C. T. 29 de abril de 1888.

[260] *Ibid*. 31 de julio de 1888.

[261] Sor María del Sagrado Corazón a su padre, sin fecha, 1888.

[262] *Ibid.*, mayo-junio de 1888.

[263] Ms. A, 20 r°.

[264] *Ibid.*, 20 v°.

[265] C. T. 8 de mayo de 1888. En 1894, el activo total de la sucesión ascenderá a doscientos ochenta mil francos, con todos los gastos pagados. Teniendo en cuenta las dotes constituidas para sus hijas y ciertos desplomes de valor, es un capital de trescientos sesenta mil francos el que el Sr. Martin, ayudado por su esposa, había adquirido. La bendición divina lo había acompañado incluso en sus negocios.

[266] Sum. II, § 101.

[267] Ms. A, 71 v°.

[268] Sum. II, § 102.

[269] Ms. A, 71 v°.

[270] Un maestro psiquiatra, a quien hemos sometido en su integridad, con desarrollos que no podía contener una simple biografía, todos los elementos de la enfermedad del Sr. Martin, ha tenido la amabilidad, tras un examen profundo del caso, de entregarnos, en la nota siguiente, su apreciación particularmente autorizada:

«A partir de los sesenta y cuatro años, el Sr. Martin presentó varios ictus cerebrales que dejaron secuelas de tipo hemipléjico, primero transitorias y después definitivas. La edad del enfermo, el estudio de sus antecedentes, la evolución clínica de los trastornos, permiten considerar como casi seguro el diagnóstico retrospectivo de arteriosclerosis cerebral. Tras una serie de espasmos u oclusiones vasculares engendrados por el ateroma y la esclerosis de los vasos cerebrales, las parálisis y los demás síntomas neurológicos ya no retroceden, se instalan definitivamente, confinando al enfermo en una casi inmovilidad.

Paralelamente a los trastornos orgánicos, los trastornos psíquicos evolucionan, primero, con fases de regresión, más tarde, implacablemente, hacia un debilitamiento intelectual definitivo. Fueron, al principio, trastornos leves de la memoria, olvidos, fugas, luego, manifestaciones delirantes y alucinatorias que tomaban sus temas de las tendencias afectivas profundas de la personalidad del enfermo.

En razón del carácter típico de los trastornos relatados, por una parte, y de la frecuencia de la afección, por otra, apenas parece posible discutir otro diagnóstico».

Añadamos, sin embargo, que, según el juicio de otro psiquiatra también consultado, el estado previamente descrito iba acompañado de brotes de uremia, parcialmente responsables de los trastornos psicológicos y de las fugas.

[271] Ms. A, 72 v°.

[272] *Ibid.*, 73 r°.

[273] Céline a sus hermanas, 4 de marzo de 1889.

[274] Pasaban unos días en La Musse.

[275] ¿Es necesario decir que estas insinuaciones malintencionadas eran completamente erróneas? En las partidas sucesivas de sus hijas al claustro, el Sr. Martin no había encontrado más que tranquilidad y una razón más para esperar en Dios. Pretender establecer una relación de causa y efecto entre estos sacrificios noblemente aceptados y la enfermedad que afligió al santo anciano, sería traicionar los rasgos principales de su fisonomía moral y violentar los hechos. Tampoco se tiene derecho a invocar en este ámbito no sé qué exceso de devoción. La piedad del padre de Teresa tenía un magnífico equilibrio. Nada de exaltación. Ninguna tendencia al sentimentalismo o a la ilusión. Si continuó, durante su prueba de salud, reaccionando y hablando como cristiano y como apóstol, es porque los pliegues de la fe estaban tan profundamente marcados en él que se habían convertido, por así decirlo, en una segunda naturaleza y sobrevivieron al retroceso parcial de su lucidez.

[276] Ms. A, 73 r°.

[277] Céline había ungido la frente de su padre con el aceite de la lamparilla que ardía permanentemente ante una imagen de la Santa Faz.

[278] Céline a sus hermanas, sin fecha, finales de enero o principios de febrero de 1889.

[279] Céline a sus hermanas, 14 de abril de 1889.

[280] Carta sin fecha; posterior al 15 de marzo de 1889.

[281] C. T. sin fecha, 5 de marzo de 1880.

[282] *Ibid.*, 14 de julio de 1889.

[283] *Ibid.*, 28 de febrero de 1889.

[284] *Ibid.*, 4 de abril de 1889.

[285] *Ibid.*, 26 de abril de 1889.

[286] *Ibid.*, 23 de julio de 1891.

[287] Carta a Céline, 15 de septiembre de 1890.

[288] Sum. II, § 580.

[289] Ms. A, 72 r°.

[290] *Ibid.*, 20 v°.

[291] Cuaderno amarillo, 5 de Agosto de 1897, 9° palabra.

[292] Sum. II, § 580.

[293] En efecto, fue en octubre de 1897 cuando se presentó al rey de Italia, custodio del precioso tesoro, la solicitud de ostensión de la Sábana Santa. La autorización real lleva fecha 10 de noviembre de 1897. ¿Acaso es una coincidencia que la manifestación de la imagen de Jesús se produjera justamente unos días después de la muerte de Santa Teresa?

[294] C. T. sin fecha, 7 de septiembre de 1890.

[295] Cita de un ensayo poético de Céline.

[296] C. T. 23 de septiembre de 1890.

[297] Ms. A, 77 r°.

[298] Céline a sus hermanas, 3 de julio de 1893.

[299] Sum. II, § 84.

[300] ¿Acaso no convenía conmemorar, precisamente en el lugar donde había terminado sus días, la memoria de aquel a quien Benedicto XV, en su discurso del 14 de agosto de 1921, con ocasión de la promulgación del Decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Santa Teresa, calificaría como un «verdadero modelo de padres cristianos»? El 11 de mayo de 1899, las familias Maudelonde y Guérin –una vez establecidos ya todos sus hijos– vendieron de común acuerdo la propiedad de la Musse, la cual pasó luego por varias manos hasta convertirse, en 1932, en un amplio sanatorio destinado a las víctimas de la tuberculosis. Con el consentimiento de la Dirección de este Establecimiento, se erigió en julio de 1938, junto al Castillo y dominando desde lo alto el valle del Iton, un busto que representa al Sr. Martin teniendo junto a él a su Teresa, con la frente suavemente inclinada hacia él.

[301] C. T. enero de 1895.

[302] *Ibid.* 19 de agosto de 1894.

[303] Ms. A, 82 v°.

[304] Carta a Jeanne La Néele, 14 de febrero de 1900.

[305] Carta al P. Bellière, 26 de julio de 1897.

[306] Sum. II, § 1358.

[307] C. T. 26 de abril de 1891.

[308] C. T. julio de 1890.

[309] C. T. 9 de mayo de 1897.

[310] *Ibid.* 19 de marzo de 1897.

[311] *Ibid.* 30 de julio de 1896.

[312] Se sabe que el Papa Pío XI ya había proclamado a la Santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción, patrona principal de Francia y a Santa Juana de Arco, patrona secundaria. El nuevo patronazgo conferido a Santa Teresa pone el acento sobre la vocación misionera de la «hija primogénita de la Iglesia», que debe, según el deseo de Pío X (discurso del 29 de noviembre de 1911), «llevar, como en el pasado, el nombre de Cristo ante todos los pueblos y reyes de la tierra».

[313] Cuaderno amarillo, 23 de julio de 1897, séptima palabra.

[314] C. T. 14-17 octubre de 1895.

[315] C. T. 26 de julio de 1897.

OceanofPDF.com